

**Marisa; Cordelia; Cecilia; Yéssica; Vilma:
Santo Domingo (República Dominicana) febrero 17-28, 1992**

Éste sería mi séptimo viaje a la RD., detalle absolutamente ocioso excepto por lo que pudiera tener de coadyuvador en resaltar la única verdad con argumento explicable, a saber: que la República Dominicana se había constituido plena y formalmente en mi alternativa del Extremo Oriente como destino viajero. La diametral diferencia entre una y otra cultura, la incompatibilidad de contenidos anímicos — acaso con la excepción de Filipinas para lo relativo al trasfondo de catolicismo — que comportaban dichas partes del mundo, totalizaban la cobertura de registros que yo entendía como óptima para justificar mis desvelos, mis contactos significativos con mujeres que dieran sentido a lo que en este momento vengo ya haciendo desde hace diez volúmenes y sobre lo que espero perseverar durante dos o tres más. Literaturizar mis encuentros era tanto como llenar de realidad a las mujeres titulares de ellos. Sin ella — la literatura — ellas — las chicas — eran módulos virtuales vagando por las ondas del ámbito desiderativo, materias peregrinas tan sólo candidatas meritorias a ser enaltecidas por el toque de la forma.

Ya piden 250 pesos por el traslado desde el aeropuerto hasta el centro de Santo Domingo, pero se puede conseguir por doscientos. El Hotel Continental está algo remozado: han desplazado la discoteca hacia atrás de la planta baja del edificio, y ya no se oye el estrépito al abrir la puerta que daba al comedor. Busco y encuentro a Marisa Aquino. Por supuesto que había seguido escribiéndome con ella, con las vicisitudes esperables que el correo nos deparaba. En una carta suya de 22 de agosto 1991 me dice que continuaba considerándome su amigo aunque no de la manera como ella lo había soñado (!) En otra de 11 de diciembre me acusa recibo de una mía del 9 de septiembre y

también de la *National Geographic* que, según parece, le va llegando. Bueno. Ahora, como digo, ya nos habíamos vuelto a encontrar. Copulé con ella una vez, y un rato más tarde, al coincidir todos, saludé asimismo a su hermana Josefina, que tenía dolor de muelas y por lo tanto no se hallaba abordable ni tan siquiera para un proyecto de compañía. Me pareció algo más oscura y menos estilizada que cuando nos conocimos. Según Marisa, su hermana es virgen y ella es consciente del calibre que comporta dicha caracterización.

También seguía correspondiéndome con Cordelia. En una carta suya de 16 de noviembre 1991 me dice que si la puedo ayudar para comprar un refrigerador, y en mi respuesta de 9 de enero 1992 le envió el billete de 100.- (CIEN) \$ USA B76722846B. Ahora, al encontrarnos, ella tan amable como siempre y tan buena amiga de confianza como siempre, le regalo otros mil pesos que junto con los anteriores cien dólares ya le daban de sobra para la nevera, refrigerador o frigorífico de que me hablaba. Desistí de hacer tentativas sobre su hermana Elsa, la más intelectual de la familia. Si no viene ella a mí doy el asunto por concluido.

Visité el domicilio de Jeanette y conocí a su hermana Karen, preciosa gacelita de 17 años. Hasta el momento he hablado con Jeanette por teléfono pero parece algo renuente a venirse a estar un rato "completo" conmigo.

El jueves veinte fui a Santiago a ver a Sergio Bencosme. Previamente el día anterior y desde la clínica de su tío don José Alcides lo había concertado. Un taxista me pidió 1,000.- (MIL) pesos mínimos (a diez pesetas el peso, unas diez mil pesetas), a todas luces excesivo. Así que opté por coger el autobús Metro, a cincuenta pesos cada trayecto. Añádase a eso los transportes a y desde la terminal de la estación de autobuses y resultaba un coste global de unos 150.- pesos, muchísimo menos de lo que por lo

barato me habría costado un coche sin conductor. Lo cierto es que yo andaba algo obcecado con este tema por el hecho de haber efectuado mi primera visita a Sergio con aquel taxista Antonio, hombre de toda confianza; y mi segunda con aquel otro hombre, apellidado Castillo, pulido y correcto, Testigo de Jehová para más señas. Estos dos servicios habían compensado su carestía con lo agradable e individualizado de sus prestaciones, pero el paradero de estos amigos me era desconocido, y así no tenía sentido pagar un dineral por viajar con alguien que no me inspiraba la misma confianza. El propio Sergio me había recomendado el autobús, y tengo que reconocer que yo anduve errado en lo de no hacerle caso desde el primer momento. Los precios de los productos y de los servicios en general estaban experimentando una vigorosa subida, y ya no era cuestión de empecinarse pretendiendo ignorar que las cosas habían cambiado. Y tuve que reconocer gratamente que el autobús era bueno. A Santiago tardaba dos horas y cuarto, y a Puerto Plata algo menos de cuatro. Tuve la fortuna, tanto a la ida como a la vuelta, de ocupar uno de los asientos delanteros, y desde ahora recomiendo el autobús a cualquiera que desee viajar a Santiago desde Santo Domingo. Con Sergio, bien. Se había mudado de casa. Comimos juntos lo que nos preparó su ama de llaves de siempre, Cecilia, y que estaba riquísimo. Tiene Sergio a su servicio a un muchachito joven y a una chavalilla como de doce o trece años, muy bien formadita, todo lo cual me trajo a la conciencia la personalidad protectora de Sergio, amante de disponer de elemento femenino a su alrededor para hacerle sentir dispensador de liberalidades y de munificencia. Cecilia, en un "off" o "fuera aparte" me explicó que don Sergio, el señor, o "el profesor" como ella le llamaba, quería tener siempre gente con él para hacerle compañía. El caso de este hombre era muy aleccionador. Nacido en la RD en abril de 1920, nos conocimos

en la Queen's University de Kingston, Ontario, Canadá a raíz de comenzar yo a trabajar allí a finales de 1965 y permanecer mis últimos seis cursos académicos fuera de España. Sergio era, pues, diez y seis años y medio mayor que yo. Por aquel entonces, y a sus cuarenta y seis, el rango de Full Professor le otorgaba una indiscutible notoriedad entre los miembros del "staff", sin mencionar sus rasgos característicos de hombre caribeño propicio al galanteo con las cualesquiera mujeres que encajaran en el contexto. Devoto marido por otra parte y padre ya entonces de cinco hijos. Mi relación con él y con su familia durante los seis años míos en Queen's, acomodados y compartidos dentro de su ya bien establecida residencia en Kingston, están convenientemente reseñados en el volumen V de mi *Mujeres, lugares, fechas...*, y no es éste, ni creo que ningún otro, el lugar para insistir. Pero sí me interesa subrayar algún detalle muy concreto que a la luz de la perspectiva producida por todos estos años puede contribuir a la coherencia de esta viñeta de ahora. Cuando en abril de 1971 yo me despedí de Queen's, después de haber profesado en su Departamento de Español durante los seis años mencionados en calidad de Associate Professor "with tenure" (es decir, con el puesto en propiedad indefinida o perpetua), la interpretación de Sergio al informarle yo de mi decisión de salir definitivamente de Canadá y regresar a España no pudo ser ni más afortunada, ni más pintoresca ni más sagaz: "Teás jartao" [Te has hartado]. Lo que nunca podría yo suponer es que él se "jartaría" tan sólo seis años más tarde, a sus 57, y regresaría a la República Dominicana para trasladar su magisterio y su investigación a la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad, con mucho, en relevancia del entero país. Con 57 años pensó acertadamente que "that [was] no country for old men"; que Canadá no era país para viejos, y que se podían meter

por los cojones sus inviernos de cinco meses de continuas temperaturas bajo cero, sus veranos de calor húmedo (por estar Kingston junto al lago) y demás lindezas. Acaso influyera en su decisión el hecho de haberse quedado viudo (aunque él apareciera como *soltero* en el curriculum al que más adelante nos referiremos); acaso también que sus dos hijos más pequeños hubieran alcanzado la plena mayoría de edad y le hubieran exteriorizado a su padre la intención de hacer esto o lo otro con criterio irreversible; ante lo cual Sergio no habría tenido más que dejarse llevar por sus propias iniciativas que, en cualquier caso, parecían arrancar de un hartazgo de cultura anglosajona. A fin de cuentas él era antillano, caribeño-racial puro en lo tocante a encarnar los atributos y las singularidades de los ciudadanos de esta zona de la América hispana. Ya digo que para sorpresa mía Sergio debió gestionar con Queen's University su retirada, su pensión de pre-jubilado: hizo las maletas y con sus 57 años se re-colocó, se re-contrató reciclado en su propio país. Tratándose de profesiones liberales como la Medicina, no digamos la investigación, a Sergio le podían quedar un *mínimo* de veinte años plenos y densos de actividad. Como canadiense nacionalizado que era, combinando sus cursos de trabajo en los USA y en Canadá, le había dado a Norteamérica treinta y tres años de residencia y de adhesión, y ahora, a la llamada de sus raíces se devolvía a su ambiente. Desde luego que no iba descaminado. En este momento de 1992 que estoy reseñando, Sergio estaba a punto de cumplir los 72 años, justo la edad que yo tengo mientras garabateo esta crónica a principios de agosto de 2008. Y si fuera yo a calcular la forma física y mental que acompañaban a Sergio en 1992 por la que yo disfruto a su misma edad, puedo asegurar que Sergio mantenía unas facultades envidiables, en toda la extensión de los términos. Vuelvo a llamar la atención sobre el hecho de que nos encontramos en

1992: Sergio tenía 71 años, cerca de cumplir los 72, y yo tenía 55 a todavía siete meses para cumplir los 56. Me regala dedicado afectuosísimamente el número de *Acta Médica Dominicana* correspondiente a enero-febrero 1991, vol. 13, no. 1, Santo Domingo, donde se contiene un *curriculum* bastante completo de Sergio (pgs. 10-19), además de su trabajo "Investigación biológica clínica. Educación y práctica médica: Desarrollo de un Programa Institucional. Reporte consolidado 1977-1991" (pgs. 27-40). La metodología y programación de actividades docentes e investigadoras era uno de los campos preferidos de Sergio. También me obsequió con el tomo *Universidad, Cultura y Evangelización. Seminario*. Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Sección para la cultura del Celam. 22-25 de marzo 1988. Departamento de Publicaciones. PUCMM. Santiago, República Dominicana 1988, dedicado asimismo en estos términos: "A Tomás Ramos. Para mi muy querido amigo y compañero de la historia de Kingston, Ontario, Canadá; gracias por tu visita a esta mi casa en Santiago, Rep. Dominicana. Sergio". En este libro Sergio contribuyó con su trabajo "Valores y técnica" (pgs. 157-176), explorando el sentido de la intuición en el médico, a la que considera como "un instrumento de comunicación con la Divinidad" (pg. 171). A la vista de esta incorporación tan decidida de Sergio a una institución tan inequívocamente partidista como la iglesia católica, a un lector poco avisado le podrían surgir interrogantes sobre su filiación mental. Estaba claro. Él era científico, y se había aliado sencillamente con la única fuerza en su país que podía poner a su disposición lo que necesitaba, después de haber ejercido en lugares reconocidos como santuarios de la investigación, como lo eran los países de Norteamérica. Después de abandonar Canadá, Sergio encontró en esta Universidad de Santiago la mejor oportunidad de continuar un par de décadas más su amor

por el estudio y su predisposición para la docencia y la formación de una cantera de grandes profesionales como ya lo había conseguido en Queen's University. En las aproximadamente cuatro horas que estuvimos juntos tratamos una variedad persuasiva de temas. Sergio me propuso pasarme 30-40 días en su Universidad, en régimen de colaborador — ya veríamos de qué exactamente dentro de mis especialidades — y así poder justificar ante la Universidad de Granada no solamente mi ausencia sino también mi actividad investigadora. Le dije, bueno, por no desairarle, que lo consideraría, ya que en mi interior bien claro tenía yo que mi incumbencia con la RD la negociaba yo a plena satisfacción con mis viajes ocasionales. Su sugerencia, en todo caso, no dejaba de ser interesante y digna de sopesación porque, además y por si fuera poco, en el peor de los casos técnicamente hablando..., es decir, en el caso de que no hubiera dinero por medio, sólo con tener los gastos pagados y la compensación en especie que ya me encargaría yo de despacharme sería suficiente justificación.

Ya en Santo Domingo hablé por teléfono con Ana Rosa Mercado (Jackie), ella, claro, en Puerto Plata; pero parece seguir en una condición "mística" y enormemente susceptible respecto de lo que ella pueda entender por intenciones de alguien como yo. Había yo encargado cinco subscripciones a *National Geographic* para la República Dominicana en las personas de Marisa Aquino (renovar); Jeanette Yocasta; Ingrid Bencosme; Jackie, e Idelca Tavárez, con quien hable por teléfono asimismo pero con pocas probabilidades de poder conectar de forma íntima. Por cierto que don José Alcides Bencosme me dijo con tono como normal, pero orgulloso en el contexto profundo, que Ingrid, su hija, tenía un novio USA, o logrado en USA, y que se iba a casar inminentemente. Mucha suerte para todos. Pienso que acaso podría extender la subscripción a Vilma Cabrera, a Elsa

Hiciano y nuevas amistades. Y hablando de nuevas amistades, el viernes 21 se celebraba en el Hotel Continental un pase de modelos de trajes de baño, y con esa ocasión —iba yo vestido con el mío azul marino de alpaca/seda — conocí a Yéssica Peralta, preciosa indiecita clara de 19 años a quien invité al día siguiente a cenar y a estar conmigo en la habitación : llevaba un sujetador calado, negro, y unas braguitas del mismo color : no pude consumar el coito porque a media penetración se me escaparon los bichos. En una posterior coyuntura la invité a cenar a ella de nuevo y a otra amiga suya, Divina Iris Robles, chica al parecer de alta sensibilidad humanística, aunque de facciones no tan acusadamente atractivas como las de Yéssica. El día en que nos vimos solos le regalé 1,000.- (MIL) pesos, unas diez mil pesetas, para que se comprara los mejores pantalones vaqueros del mercado, según sus deseos. Me encareció que vistiera yo de traje como la primera vez que me vio, pues decía que me sentaba muy bien, y en algún momento comenzó a conjeturar en voz alta, jugando conmigo a las adivinanzas, sobre si yo tenía más o menos de treinta años!! Tanto si era sincera como si me quería bacilar, el corazón mío se lo agradeció.

Vilma Cabrera vino a verme al Hotel y la encontré tan naturalmente atractiva que empecé a besarla en el Hall. Subimos a la habitación pero como parece seguir obsesionada con mantener su aparato sin taladrar (?), a lo que sí accedió y se prestó fue a una perfecta y completa felación, de principio a fin, ingiriendo gustosísima el semen y diciendo al final: "Rica", que es la marca de una leche muy popular en la RD. Se había desvestido de cintura hacia arriba, mostrando unos senos más bien menudos pero muy formaditos.

Se hospedaba por aquellos días en el Hotel un puertorriqueño, un tal Sr. Dávila que en verdad era un tipo

singular. Se hacía acompañar de una o dos chicas cada jornada, a las claras, como exhibiéndose, algo estrafalariamente. No dejaba de merodear por el Hall, charlando con los de Recepción e interpellando a toda chavala joven que por allí se acercara, hasta el punto de que alguna de ellas se refirió a él como "el viejo ese". Probablemente con el trasfondo de este personaje en la conciencia, y charlando yo con los taxistas y los mozos adscritos al servicio del hotel es como volví a sorprender alguna expresión que otra cargada de pintoresquismo idioléctico. Por ejemplo, refiriéndose a cualquier chica joven bonita que pudiera ir a visitar a algún cliente poco atractivo y mayor, al mozo de equipajes, Rafael, le oí decir algo así: "La chamaca bien chévere encueradita con el pendejo de tal o cual"...

Uno de mis entretenimientos más establecidos era usar la entrada principal del hotel que daba a la Avda. Máximo Gómez como tolo natural para ver pasar gente, sobre todo chicas jóvenes que desde cualquier sitio, tal vez desde la Avda. Bolívar o desde las Escuelas de la Universidad Pedro Henríquez Ureña, discurrían por delante del Hotel Continental camino de la Avda. Independencia o del Malecón en busca de transporte sobre todo: Así me topé con Yomaris, jovencita de 19 años a quien di una tarjeta mía y con quien no pude conectar aún porque su teléfono andaba descompuesto. Otras dos chavalas que asimismo bajaban por la Avda. Máximo Gómez accedieron a los lavabos del hotel y las abordé a la salida, allí en la calle. Se trataba de María Isabel Espinal y de Elizabeth Cepeda, la una indiecita muy, muy clara; y la otra creo que prácticamente blanca. María Isabel vestía un atuendo sobrio, de color granate moteado y bonito; Elizabeth llevaba minifalda y lucía unas esbeltísimas piernas. Las invité a cenar en el Asadero Los Argentinos, allí mismo, a la vuelta, en Avda. Independencia, y me sirvieron de proyección especulativa para mi presente y futuras visitas a la RD. Y eso es lo que dejo

registrado hasta este momento 13:00 pm. del martes 25 de febrero 1992. Esa misma noche conozco a Paula Virmania Mateo, estudiante de Derecho. Es una indiecita oscura, con buen discurso, buena sintaxis y buena dicción. Algo bajita, pecho que en un principio me pareció breve pero que no lo era tanto, como en su momento observaría; y ojos ligeramente resaltados en su bola blanca sobre el fondo endrino. La invité a cenar y no pasó nada más. Se aloja en una casa cuya inquilina sub-arrienda habitaciones a estudiantes, detrás del Continental. Paula es de Azua, en la costa sur, al oeste de Santo Domingo.

Hoy miércoles 26 he quedado con otra indiecita color marrón intenso, por nombre Evelyn, que estudia computadores y a la que, invariablemente, abordé en el tramo de paseo de enfrente de la entrada al Hotel, en la calle. Me agradó su cara, no excesivamente bonita pero sugestiva, dientes del centro ligeramente apartadillos y senos abundantes, busto cumplido. No es alta pero tampoco baja, y tiene un hablar agradable. Cené con ella esa misma noche del miércoles y charlamos sobre matemáticas. Parece enterada y competente. Al dejarla en su domicilio, junto a la Avda. Independencia, conocí a su hermana Linabel, blanquita y atractiva, compacta.

Se me vuelven a quedar prendidos los dichos, los términos espontáneos de esta gente: "De una vez", rápidamente, inmediatamente; "un chin", un poquito, una pizca; "un chele" es un céntimo de peso, unos diez céntimos de nuestras viejas pesetas.

El jueves 27 entrego un ramo de flores a Lourdes María, mamá de Yéssica Peralta, la señora médico geriatra. El viernes 28, día de mi partida, llevo por la mañana otro ramo de flores asimismo a Asunción, mamá de Jeanette Yocasta. Conozco a la tercera hermana, Kenny, la mayor, de 23 años y también una preciosidad. Me disculpo por el plantón de la comida a la que me

invitaran y a la que no asistí; pero me guardo mucho de decirles la contrariedad que me supuso que Jeanette no hubiera ido primero al hotel Continental a estar conmigo.

**Facelis; Griselda; Jeanette; Marisa; Elena Clara; Vilma;
Evelyn : Santo Domingo (República Dominicana), 18-30 de
junio 1992**

La aparente rutina de mis viajes a la RD se había consolidado en razón de sus propios contenidos que no eran otra cosa sino la perpetua ebullición de los argumentos iniciados en cada visita anterior, y los que necesariamente brotaban de la dinámica esperable de la realidad. Esta oscilación de péndulo entre el Extremo Oriente y el Caribe, como sus dos cotas máximas, se había constituido en referencia suficiente para todo lo que de aventura vivencial pudiera despacharse mi espíritu. Claro que el programa de Santo Domingo era mucho más lineal, menos trabajoso, menos complejo que su opcional correlativo. Cuandoquiera interviniesen desplazamientos por la isla — como lo habían sido en avioneta a Cabo Haitiano (Haití); a Puerto Plata; al pico Duarte y recorrido de excursión panorámica..., y lo seguirían siendo, como a Punta Cana un par de años más tarde — en estas ocasiones, digo, el traslado al aeropuerto doméstico de Herrera en el propio Santo Domingo era el único trasiego de poca monta implicado. Y para las excursiones en coche o autobús sobran explicaciones. La República Dominicana, mejor dicho, la Isla Española, comprendiendo también bajo tal denominación y a estos efectos al tercio occidental de la república de Haití, no cabe duda de que se ofrecía como uno de los destinos más compactadamente válidos para el tipo de incumbencia como el que yo me traía entre manos. Si a esto añadimos que en algunas de mis visitas (las menos, eso sí) no llegué a moverme de Santo Domingo se visualizará fácilmente el grado de concentración de actividades que concurría durante mi periodo de estancia. A estas alturas yo disponía de un directorio bastante completo de amistades con sus correspondientes

teléfonos, horarios, ocupaciones, propensiones y correspondencia mantenida con ellas, etc. Lo cual, dicho así, traslada al lector un panorama de sociedad articulada que se sirve de prestaciones a tenor de los tiempos. Y ello no era completamente cierto. Las direcciones de la gente aquí resultaban una voluta de aleatoriedad: hoy en un sitio y mañana en otro; los teléfonos iban poco a poco cubriendo más y más parcelas de población. El propio Hotel Continental hasta bien entrada la década de los noventa no contó con la tecnología suficiente para poder llamar directamente desde las habitaciones afuera de Santo Domingo. Una vacación como de la que ahora se trata se componía de jornadas diarias en las que había lectura de prensa y piscina por la mañana; contacto con las amigas idóneas, si así lo estimaban las circunstancias; largos ratos en el Hall escuchando la mejor selección de canción española concentrada; comer solo o acompañado, según el resultado de mis conexiones. Otras veces, claro, el contactado era yo porque desde España había procurado mantener el interés, acaso el afecto, posiblemente las dos cosas juntas, de las titulares de mis inquietudes. Algo así, *grosso modo* combinado, intercalado, permutado y recreado constituía el guión por el que yo me regía. Y este octavo viaje mío a Santo Domingo correspondía al modelo de la permanencia allí, en la capital, y más que nada en mi hotel, encastillado en sus dependencias, blindado con todas las comodidades y servicios, leyendo la prensa y escribiendo mis notas, en espera siempre sobreentendida de que sonara el teléfono y me sacudiera con la magia de un proyecto nuevo de aventura.

En la misma noche de mi llegada, es decir, en la madrugada del día 19 le eché un polvo a Facelis. ¿Quién era esta mujer? Uno de los temas que con más vehemencia le asaltan al cronista es la pérdida de esas grasas o broches informativos que en forma

de apuntes sustentan todo el andamiaje de los aconteceres. En algunos viajes míos mis notas se han extendido hasta el punto de que para la redacción definitiva de ciertos pasajes no he tenido sino que trasladar literalmente a mis papeles finales lo consignado en tales prontuarios. En casos así probablemente me encontrara con tiempo para incorporar, junto con el dato telegráfico, el contexto ambientador. Pero otras veces sólo aparece en mis apuntes el nombre escueto o la fecha pelada, impulsado todo por la anticipación optimista de que la percepción reciente, intensa y bien trabada de los hechos no desdibujaría nunca sus contornos. Ilusión vana, porque la memoria, la primera de las potencias del alma, también asume sus riesgos, concede sus fallos, incurre en deslices. A la tal Facelis Domínguez sí recuerdo haberla tenido catalogada como de "mujer peligrosa". Estaría alrededor de los treinta años y comportaba una atracción proporcionada a sus atributos de buena moza, piel blanca europea por entero. Lo que ocurre es que en la escala de mis preferencias ocupaba un lugar muy por detrás de mis inclinaciones punteras. Facelis trabajaba o había trabajado en los servicios de administración del Hotel Continental, y por lo tanto estaba familiarizada con todos los espacios del inmueble, amén de conocer sobradamente al personal y no tener que dar a nadie explicaciones. Quiero asumir que ella sabía quién era yo de visitas anteriores y que había echado sus cuentas sobre la clase de hombre fácil que yo encarnaba en cuestiones de sociabilidad. Y también quiero recordar que fue ella la que se llegó a mi habitación, estando yo dentro.

En la mañana del día 20, muy probablemente después de desayunar y antes de ponerme a leer detenidamente los tres o cuatro periódicos que por sistema compraba, había salido yo a la puerta del hotel. Todo lo que no fuesen las horas muy tempranas, digamos, hasta las ocho, significaba ya calor

pesado, pegajoso, penitencial. No serían entonces más de las nueve pero recuerdo que ya se hallaba el ambiente denso de gente, tráfico y mucho movimiento en la intersección en forma de T perfecta que formaban las avenidas Máximo Gómez e Independencia. Vi a una chica cruzar nuestra calle y dirigirse hacia... allá, hacia el ángulo más distante de la confluencia de las dos vías, sin que pudiera yo determinar su destino; sólo que se iba alejando del punto en que yo estaba. Por ese típico acto reflejo pegué un respingo y me planté junto a ella justo cuando había alcanzado el bordillo de la acera. No me había engañado la vista; al contrario, los atributos que se me habían hecho aparentes a esa distancia de 25-30 metros ahora enaltecían su armonía proporcionada. Recuerdo el detalle de que chancleaba ligera y graciosamente sus zapatos, desprovistos de sujeción o cobertura para la parte del talón, sin que ello significase merma en la movilidad de... Griselda, porque así me dijo llamarse, Griselda Espinal, una chica de unos 25 años, rellenita, preciosamente dotada de senos. Entonces, en la perentoriedad del suceso, y ahora con la calma que mi perspectiva se está despachando, me tuve y me tengo que maravillar necesariamente del buen fin al que a veces nos conducen estos abordajes tan espontáneos, tan irrepitiblemente inspirados, tan gratuitamente intuidos. En ese aspecto los mejores ambientes del Río de Janeiro que yo conociera a últimos de los setenta consentían comparación con estas epifanías dominicanas. Griselda era de Santiago y me dijo estar en la capital haciendo unas compras y unas gestiones, pero no encontró nada mejor que complimentar mi invitación a acompañarnos un rato en mi habitación. Me felacionó gustosamente y más tarde no pude consumir el coito por incapacidad mía. No creo que me llegase a escribir con esta chica, creo que no. Lo que sí que conservo suyo es un papelito con su dirección y teléfono escrito por ella misma. En mis

posteriores visitas a la RD sí tengo distintamente claro que hice lo posible por encontrarme con Griselda, un encanto de mujer, agradecida, madraza, representante de esa clase de gente que veía en ciertos españoles — y de ahí mi celebración de su cándida y natural sagacidad — a una estirpe de hidalgos [hijos de algo] rumbosos que al golpe del azar menos anunciado, como era nuestro ejemplo, dejaban caer sobre ella su cornucopia de regalos. Griselda me gustó mucho y estoy seguro de que le hice un jugosísimo obsequio. En las viñetas que dedicara a mis todavía futuras visitas a la RD, esta chica tiene necesariamente que aparecer desplazando en el fluido de mi alma la cantidad de concernimiento que la circunstancia concreta permita.

El día 21 me felaciona Jeanette Yocasta. Así lo tengo registrado en mis notas, sin un solo detalle más. En estos casos, y por tratarse de amistades conocidas, en el momento de consignar el apunte tendría yo que dar por sabido el acompañamiento habitual de matices, que ahora asimismo tengo que dar por sentado. Yo me acomodaba en el borde de la cama y Jeanette en el suelo, de forma que pudiera acariciarla los senos. Ese mismo día 21, obligadamente por la noche, — Jeanette siempre se encontraba conmigo por las mañanas — le eché un polvo (sin penetrar) a Vilma Esther Cabrera. Sigue idéntico tono de laconismo en mis notas, y lo que estoy haciendo es trasladarlas literalmente a la versión definitiva de mi redacción. Me voy dando cuenta de que este viaje debí de considerarlo como de relleno; como de asegurar los cabos ya sujetos. El día 28, domingo, le echo un polvazo a Marisa y le echo un polvito a Elena Clara Guridis: esta chica aparece por primera vez en mi relación, y su carta primera a mí, estando yo en España, data de agosto. En su momento se dará cuenta de lo que convenga; ahora sólo aclarar que se trataba de una chavala a la que abordé cuando ella pasaba por la calle, delante de la puerta del hotel. Era alta y

pronto me mandaría una fotografía acaso con su carta inicial que reseñaremos a la altura de los acontecimientos. El día 29, es decir, el anterior a mi regreso a España, le amaso los senos (preciosos) a Evelyn Gertrudis Rodríguez, mientras me ayuda a masturbarme. No he creído oportuno ampliar con ningún tipo de contexto integrativo la relación de encuentros que sostuve con mis chicas en este viaje. En la única hoja por las dos caras que dediqué a la consignación de notas, las relativas a las citadas intimidades ocupan un pequeño espacio. Y al trasladarlas ahora a la versión final de este capítulo no quiero desvirtuar la voluntad de concisión lacónica que presidió entonces mi estado de ánimo. El resto ya de mis comentarios se ocupan de los temas que paso a detallar.

En el hotel tengo que celebrar que la señora de la limpieza de la zona donde se halla mi habitación es mayor, y oscura de piel sin llegar a negra: se las sabe todas respecto de la vida del hotel, y a mí me había tomado la medida en lo relativo a pequeños detalles, como dejar las cortinas cerradas cuando daba el sol, o no molestar cuando me sabía acompañado, etc.

Los anglicismos que se gastaba aquí la gente eran con frecuencia violentísimos. La expresión inglesa "to call someone back" cuando se habla del teléfono, significa "devolver la llamada", lo que pudiera entenderse como "llamar a alguien de vuelta". Pues bien, yo oí decir a un fulano que iba a llamar a no sé quién "para atrás". Tremebundo. Un taxista, don Augusto, pues así me gustaba a mí llamarle, y con quien solía yo atender alguna de mis diligencias, era un tipo curioso donde los hubiere. Una vez se dirigió a un policía urbano como "mi don". Ante la momentánea expresión de extrañeza que demostré por tan singular tratamiento, don Augusto me razonó muy cabalmente que puesto que él requería del policía un servicio, debía mostrarle acatamiento y deferencia, y puesto que desconocía su

nombre se dirigía a él de tan graciosa manera, que en español de España hubiera equivalido a la fórmula escrita "Muy Señor mío" o al más conversacional "Caballero".

"El Puma e Irene Sáez podrían *candidatearse*" [subrayado mío], *Hoy*, 24 de junio 1992: sobre la posibilidad de que ambos artistas se presenten como candidatos a elecciones en Venezuela. "También el Mocho [personaje] se raliza sus barbas *interdiario*" [subrayado mío], lo que se diría en inglés "every other day" y en español de España "cada dos días", "un día sí y otro no", *Listín Diario*, 24 de junio 1992... "declaraciones que fueron acompañadas de la quebrazón de algunos vidrios en medio de la pequeña batahola, reportó una radio-emisora", *El Siglo*, lunes 29 de junio 1992, pg.2A. Ya he dejado dicho que la lectura sistemática de prensa de la capital Santo Domingo constituía una de mis actividades más insustituibles. Una vez que había desayunado y con la habitación hecha, los tres o cuatro periódicos me servían de compañía. Como la Avenida Máximo Gómez descendía suavemente hasta el Malecón, desde el piso séptimo del hotel la hipotenusa visual se llenaba de toda la fronda de árboles y arbustos, florecidos según la estación, hasta la línea del agua. No me cansé nunca de contemplarlo, como si quisiera avistar en cada ocasión algo desconocido o no observado hasta entonces. Cuando me lo pedía el cuerpo me bajaba a la piscina, haciendo encajar los tiempos tanto de lectura como de baño, en el periodo completo mañanero en el que muy bien podían ocurrir algunas de las llamadas de mis chavalas. El dominicano emplea mucho el "dizque" en el sentido de "al parecer", "supuestamente". "A la o//den" y "siempre" son dos expresiones de cortesía con las que mucha gente se despiden conversacionalmente después de que les hayamos dado las gracias por lo que sea. "Dar cotorra", "dar muela" es dar palique, hablarle a una mujer sobre todo en plan de cortejo. Alguien hace

algo "de maldad" cuando lo hace por fastidiar, con mala intención. "Mojarse los fondillos", mojar los pantalones o simplemente "mojarse" en el mismo sentido de lo que entendemos en España por "dar la cara", tomar una determinación, arriesgarse.

Los encargados de la limpieza suelen recoger la basura con una o dos chapas de matrícula de coche viejas.

**Hon; Mu; Saipin; Noi; Daa (Bangkok, Thailandia).
Myra; Jasmine; Leivy; Myrna; Itel (Cebú, Filipinas). Gloria;
Lourdes; Lynn; Rosario (Manila, Filipinas). Eli; Ariyani;
Purnama; Elbi; Merci; Roy; Gina (Jakarta, Indonesia),
julio-agosto 1992**

Me preparo para el que sería mi noveno viaje a Bangkok, que era tanto como decir a Extremo Oriente. Recuerdo que tuve algún "tira y afloja" aquí en casa, en Alcalá de Henares, con la obtención del billete básico Madrid-Bangkok-Madrid. Todo aquel que se haya familiarizado siquiera mínimamente con las tarifas aéreas y con las características de algunas zonas del mundo habrá captado de una vez por todas que Bangkok se constituía en el punto de enlace, es decir, comienzo y final para todos los destinos del sureste asiático. Se trataba de llegar a Bangkok y desde allí operar como más le conviniera a uno. Digo que la compra de este billete experimentó un pequeño regateo. Miguel Ballesteros, antiguo jefe de oficina de Meliá, se acababa de pasar a "Viajes El Corte Inglés", pero en ese momento no ostentaba todavía el rango de primer *capo* de Agencia, y el precio que su empresa me sugería no me resultaba atractivo en absoluto. Se trató tan sólo de cruzar la calle Mayor en corte diagonal y contactar con Top Tours. Allí me dieron el billete requerido por 131,000.- (CIENTO TREINTA Y UNA MIL) pesetas, que no era ciertamente ninguna ganga, pero que caía dentro de lo que podría entenderse como tarifa competitiva.

La salida para Bangkok estaba prevista para el 10 de julio. Una innovación que quería yo incorporar en este viaje era la de detenerme y descansar en Bangkok un par de noches antes de saltar a Filipinas. Los años no pasaban en balde, y las más de treinta horas ininterrumpidas que solían transcurrir desde que me levantaba de mi cama, en casa, hasta que aterrizaba en otra...,

empezaban a pasar factura. La cuenta es fácilmente visualizable: dos horas a Roma; una hora de espera allí; once horas más de vuelo sin escalas a Bangkok; tres horas de espera allí, y casi otras tres horas más de vuelo hasta Manila. Obviando maximalismos, pónganse por término medio otras diez horas más repartidas como se quiera : cinco desde que se levanta uno de la cama en su casa hasta verse sentado en el avión; y otras cinco desde que se baja uno del último avión y toma contacto con el lecho del hotel para la dormida normal y seguida de la noche.

Llevaba yo varios viajes especulando con la posibilidad de hacer un descanso intermedio en Bangkok, como digo, de un par de días máximo, antes de proseguir con el siguiente vuelo; y el lugar para tal descanso no quería que estuviese alejado del aeropuerto; en realidad, lo ideal es que se tratara del aeropuerto en sí; y claro, dicho lugar, y aun con las pegas que ahora mismo les comento, no podía ser otro sino el Airport Hotel, el hotel del propio aeropuerto. El factor que me impulsaba a adherirme inquebrantablemente a tal esquema era un factor mental. Bangkok, como sitio proverbial de peregrinación, lo destinaba al final, ya de regreso absoluto a España. No quería que ahora significara más que una avanzadilla de apoyo para mi recorrido ulterior. Bangkok no podía ser en estas circunstancias una escala con argumento de principio y fin por corto que ello fuese. Y la única solución era el Hotel del Aeropuerto. Las pegas a las que antes me refería estribaban en el hecho de que el hotel ya no era dependencia del aeropuerto, técnicamente hablando, sino territorio urbano aparte. Se llegaba a él por una pasarela elevada sobre la autovía, el ferrocarril y el tráfico en general. Pero, repito, *técnicamente* había que salir del aeropuerto Don Muang, proceder a través de las formalidades de la aduana, comprobación de pasaporte, etc., para volverlo a hacer un día y

medio más tarde; sin descontar el detalle, no muy significativo pero algo antipático, de tener que pagar nuevamente las tasas de aeropuerto. Bueno. Me hacía la idea de que con el par de veces que había cogido los taxis en la zona de "Departure", "Salida" (aunque yo estuviera llegando), siguiendo la recomendación de mi compañero de viaje israelita de finales de año 1990..., con eso había enjugado la mitad de lo que ahora el Reino de Thailandia me cobraba de más.

El Amari Airport Hotel era un cuatro estrellas caro como correspondía al rango de su constelación, pero se trataba de una experiencia, y ante eso no podía ser preceptivo ningún tipo de descalificación anticipada. Por pertenecer al grupo IAPA se beneficiaba uno de un descuento teórico del 20% sobre el precio base. Muy poco, pero bastante más que nada. Cada noche 3,082.- Bahts, unas 12,500.- pesetas. El empleado de la Recepción me dio un gran susto al decirme que tal vez todas las habitaciones tenían ruido por las obras en marcha en las proximidades; y resulta que en la 3019 donde me acomodé disfruté de uno de los ambientes más tranquilos y cómodos de todos mis viajes. Me pareció algo mágico que aquel trozo de ámbito, allí, en el centro de lo que al principio me parecía una barahúnda de estrépitos que venían de la calle, se mantuviera recoleto, protegido acústicamente. La cama era grande, 1'80 x 1'80 por lo menos. La primera tarde recibí el cestillo de frutas normal, junto con la golosina de rigor en cajita de cartón. Todo lo que restaba del día 10 supongo que lo pasaría descansando y pensando, y de la manera más natural llegué a la conclusión de que en temas de viajes y de billetes nada ni nadie como los de Diethelm Travel. Al día siguiente, temprano, por la mañana, me pasaría por allí en la seguridad de que me arreglarían un buen esquema de vuelo para mis destinos deseados. Por medio del servicio cada hora de autobús lanzadera desde el mismo hotel, el día 11 me acerqué,

madrugador, al *down town* de Bangkok, a la Wireless Road, una perpendicular de la Phloenchit, a visitar a mis buenas amigas Urupong, Saowaluk y Khanitha. Adivine el lector. Por algo menos de 70,000.- (SETENTA MIL) pesetas me vendieron un billete para el día siguiente 12 a Manila; y de allí, abierto y válido para cualquier fecha, tan sólo con reconfirmar, a Jakarta y regreso a Bangkok. La explicación para un precio tan excepcionalmente ventajoso era que 1992 era el año de la celebración de la ASEAN (acrónimo que me parece que sintetiza algo así como Asociación de Naciones del Sureste Asiático), y una forma esperable de promocionar todo ese tinglado era, entre otras cosas, haciendo las tarifas aéreas atractivas con el fin de animar a la gente a viajar. Por mi parte, animado y encantado! Esta cantidad incluía, según me dijeron, el incremento del 4% por ser abonada con tarjeta de crédito. Añádase a esto los 110.- \$ USA de los vuelos Manila-Cebú-Manila; así que sumadas las 133,000.- pesetas del vuelo básico Madrid-Bangkok-Madrid, el viaje completo me saldría por menos de 225,000.- pesetas, cuarenta y cinco mil duros, una ganga, sobre todo en comparación con el dineral que me había supuesto el año anterior la birria minúscula de desplazamiento a Sofía (Bulgaria) con tarifas Iberia. Para que luego hablen de preferencias y de derrotismos. Estas tres chicas empleadas de Diethelm, a las que he citado, disponían de la típica competencia diligente de las buenas administrativas. Me conocían de otras veces, y dentro de la disciplina hermética que presidía sus funciones, yo degustaba íntimamente cualquier expansión comunicativa, por mínima, que fuese, dirigida a mí. Según mis registros, por lo menos a Saowaluk y a Urupong les haría el regalo de la subscripción a *National Geographic*. Creo que a Khanitha la conocí un poco después de mis otras dos amigas. Mi detención de ese par de días intermedios en Bangkok ahora adquiriría toda su dimensión de

acierto. Aunque no creo que fuera posible, no guardo registro alguno sobre si desde Bangkok esta agencia Diethelm me expidió algún *voucher* de reserva para mi vuelo a Cebú, ya que tratándose de servicios internos nacionales, supongo que en ningún caso un país extranjero estaría autorizado a arrogarse la atribución de expedir un billete de otro país. Pero en aquel *annus mirabilis* de 1992 podía ocurrir de todo. La cosa no comportaba complicación alguna, ya que según mis apuntes el vuelo a Cebú desde Manila se produce a inmediata continuación de mi llegada de Bangkok. No obstante, ya sabemos que entre Manila y Cebú existía un muy buen servicio *shuttle* cada hora, y no descarto que obtuviera mi billete acercándome al mostrador de vuelos y pagándolo sin más. El caso es que, pertrechado de mi estupendo pasaje me quedaba disfrutar del resto del día 11 en mi hotel.

En esa segunda tarde me pusieron en mi habitación una hermosa fuente metálica redonda de unos 30 y 12 centímetros de diámetro respectivamente en su parte superior y en su pie, repleta de frutas, a saber: Uvas granates sueltas; una raja de sandía convencional, color rosado; otra raja de sandía también, ésta de color amarillo; un cuarto o más de piña natural, ya troceada convenientemente; gajos de naranja desprendidos de la cáscara excepto por un pedúnculo o matojito en un extremo, para poderlos comer fácilmente; una sección o corte de papaya; un plátano grande; dos unidades de piel oscura, rugosa, con protuberancias a modo de hongos o setas adheridas, del tamaño de una nectarina mediana, por ejemplo [Bon Hut] ; ocho o diez unidades de una fruta redonda, del tamaño de una ciruela pequeñita o de una picota muy grande, con un rabo como de palo, color tierra y envoltura asimismo lijosa [Lamllae]; tres unidades de color púrpura, tamaño de albaricoque, y con la piel llena de cerdas [Nok]; dos unidades con forma de pera picuda, color verde claro, y sabor como de manzana [Shompu]. Además,

una caja en toda regla de 12 bombones de cuatro clases, tres por clase. ¡Ah!, se me olvidaba: entre medias de todas las frutas, flores de orquídeas diminutas.

Me quedaba un tercio de la jornada de ese día 11. Mi billete estaba reconfirmado y ya no tenía más que esperar hasta la fecha siguiente para cruzar de nuevo la pasarela y adentrarme en el aeropuerto. Pensé que una sesión de relax podría servirme de celebración. Albergaba ciertas dudas razonables sobre si...! Pero qué tontería más grande me estaba importunando! Thailandia era lo que era, y en un hotel de cuatro estrellas, precisamente colocado allí, en un punto estratégico para todo lo que pudiera considerarse como menester turístico, seguro que ese tipo de prestaciones estaba previsto. Y claro que lo estaba. Creo que llamé a Recepción, o tal vez me acercara personalmente allí. Dije lo que tuviera que decir, regresé a mi estancia y a los pocos minutos llamaron a la puerta. Se trataba de un... mayordomo, acaso simplemente recepcionista, impecablemente uniformado de negro, acompañado de una chica. Ya no recuerdo si fue allí mismo, antes de pasar a la habitación, o habiendo ya entrado..., no recuerdo, no lo tengo anotado; sólo que esa primera chica no... me daba el mínimo de paisaje y..., ya digo, o bien la devolví, o bien se retiró igual que había venido, escoltada por aquel empleado. Sin problema. A los diez minutos me trajo a otra, de nombre Hon, y que no logré pronunciar como ella lo hacía. Era más delgadita y más proporcionada que la anterior, ya que no tenía la cara tan redondeada, tan de luna llena. Dijo tener 17 años, aunque ese segmento de detalles es irrelevante, ya que dentro de los patrones fisiognómicos orientales alguien que no sea un verdadero especialista — y ningún occidental, en principio, podría titularse de tal — es probable que no distinga propiamente entre cotas de edades de hasta diez años de separación. Antes de empezar a "oficiar", antes de empezar nada

le pedí a Hon que me dijera el nombre de las cuatro últimas frutas raras y así lo anoté en fonética tentativa. Hon se prestó a todo, aunque sólo la eché un buen polvo de entrada. Obvié el baño (que estaba en el programa), y casi también el masaje por la amenazante posibilidad de que me provocara dolor en lo afectado por una ciática pasada. Intentamos un segundo polvo, que yo no pude materializar, y con el que Hon participó activa y conscientemente, acariciándome y auto-animándose. Al cabo de una hora escasa — la sesión cubría noventa minutos — le dije que por mi parte su función había terminado. Cogió el teléfono y llamó. A los 3-4 minutos acudió el mismo señor que la había llevado a mí, ceremonioso y escueto. Me preguntó si me había satisfecho. Le dije que sí.

En este mi quinto viaje a Filipinas el destino de Cebú una vez más había constituido mi primera preferencia. Ocho días permanecería en la capital de las islas Visayas, desde el 12 hasta el 20 de julio. En el aeropuerto de Manila, justo en el autobús que nos lleva al terminal nacional, distingo a una chica que me causa una tantalizante impresión; luego vuelvo a coincidir con ella en la sala de espera, y como no podía ser menos, los mecanismos automáticos y valorativos de nuestra percepción se ponen en marcha. Es un pedazo de mujer, proporcionada, dentro de lo que pudiéramos considerar como primera cota de la corpulencia pero... sin ser corpulenta; maciza, sí, cuya plenitud de formas y distribución de atributos plasmaba su más armonioso compendio en una formidable pechera que desde el primer momento actuó como brújula imantante para todas las tropías de mis sentidos. ¡Cuántas veces no lo habremos visto alojado en tal o cual hembra! Es igual. Siempre que se ve es como si se viese por vez primera. La blusa o camisa blanca de aquella chica devenía túrgida de acuerdo con la kinesia de sus posturas naturales. Ya sabemos que en estos casos nuestra

voluntad pretende jugar al "no están maduras" detectando algún fallo o quiebra o defecto que actúe de lenitivo ante la impotencia de acceder a esa instancia de hermosura tan cercana y tan inalcanzable. Pero imposible. Aquella joven resistía todos mis escudriñamientos, salía indemne de mis intentos de rebajar la soberana realidad de su persuasivo chasis. Luego caemos juntos, quiero decir contiguos, con el pasillo de por medio, en el avión. Al llegar a Cebú, el típico revuelo de gentes y de equipajes me la desplazan, me la hacen perder de vista, con la esperable amargura, con la proverbial frustración que ello significa para mi alma. Desolado, agónico, hago lo indecible por orientarme, taladrando cada espacio de ámbito, cada cuadrícula de aire... y..., sí, es ella, ahí está, abordando un taxi en la zona pertinente. Esta muchacha tuvo que percibir algo; tuvo que recibir el heraldo de alguna vibración mía, porque si no..., si no,... no es posible; no, no hubiera sido posible. Ella me vio y decidió dar el paso a invitarme a subir y compartir el taxi de Leonardo, supuestamente vecino suyo, en dirección *down town* Cebú. Me había impactado el adelantado volumen, mejor dicho, velamen de sus pechos contra la camisa. La deseé desde el primer momento, y así, antes del taxi — que pagaría yo, claro — cuando pensé que se me había diluido en el abandono sin retorno de la nada, volví a sentir, siempre por penúltima vez, la lacerante embestida del desánimo y del desaliento. Y ahora, por estos bandazos del azar generoso, la tenía allí, con una abordabilidad impensable tan sólo unos minutos antes. Me dijo llamarse Myra Ornupia, y me preguntó si la querría ver de nuevo. Al asentir yo, en extraño arrobo, me escribió su dirección en un trozo de cartoncito que portaba yo en el bolsillo a los efectos. Siguiendo la costa NE desde Cebú City, vive en un pedáneo o barrio llamado Consolación, de unos 45,000.- habitantes, y a unos ocho kilómetros del centro de Cebú. Myra me informó de que

trabajaba de "bailarina", o sea, de mueve-piernas-y-caderas, en el Club 99 del *down-town*. Me pareció una chica más o menos normal, no decididamente prostituta, que lo primero que me dijo fue eso, donde trabajaba, porque en estos momentos tenía que recurrir a un dinero fácil y seguro para ayudar a su familia. La canción de siempre. Me dio un teléfono que resultó ser el que correspondía a la pensión donde se hospedaba en la ciudad, ya que viajar a diario a Consolación era una locura en tiempo y gasto. Ese primer día, el que estoy relatando, el del aeropuerto y de nuestro encuentro inicial, me presentó a sus padres y resto de la familia: apareció una hermana, Itel, que se excusó prontamente porque se encontraba vestida con una bata-albornoz de felpa y se le notaban las voluminosidades de las tetas. Los dos días siguientes hablé con Myra por teléfono — creyendo, ya dije, en un principio, que dicho número correspondía a Consolación — y no quedábamos en nada: me decía que me llamaría a tal hora; que acaso se pasaría por el Cebú Plaza Hotel, pero ni me llamaba ni se pasaba. Lo normal en estos casos, a ver: "Ladies' privilege".

Los hoteles de Cebú habían pegado un subidón del 40% de media y de golpe. Como acabo de indicar, me alojé en el Cebú Plaza por segunda vez consecutiva, aunque ya desde el principio, por el precio y por otros detalles, sospeché que no me quedaría todo lo largo de mi estancia. Lo iremos viendo. Nada más llegar el primer día llamo a la familia Detuya. Yo había seguido enviando dinero a Mary Ann. Según mis notas y mis resguardos de certificado hasta estas fechas de ahora yo le había hecho llegar unos 750.- (SETECIENTOS CINCUENTA) \$ USA con los que Mary Ann había cubierto los gastos más incómodos de su educación. Ocioso es trasladar porción alguna de sus cartas, por pequeña que sea, a estas páginas. Yo era para ella su rey mago, su dios, su... ni se sabe. Mary Ann me mandaba algún que

otro recibo de sus estipendios de matrícula y de todo lo que lleva consigo estudiar.... en su caso un titulillo de técnica administrativa en la universidad — o Colegio, como así lo indica un plano — de San José Recoletos en el *down-town* de Cebú ciudad, por debajo de la Avda. Colón y no lejos del mar. Otra vez me envió las calificaciones del número de materias en que se había matriculado. Nada de esto, por supuesto, le había yo pedido, ni siquiera sugerido, pero ella debía hacer depender buena parte de su credibilidad en el hecho de que a mí me constara fehacientemente el destino de mi dinero. Bien. El caso es que de resultas de esa primera comunicación no logro entender si es Mary Ann la que quiere venir a verme al hotel únicamente !Qué va; Muy al estilo de estas gentes, se me presentó con su mamá Isabel, y con una vecinita, Rowena, linda y bien hechita ella. Al día siguiente es Mary Ann la que me llama para anunciarme que va a venir a verme después de clase, como así fue. Sin mucho preámbulo le pregunto si era virgen. Me dice sin titubear que sí. Le pregunto a continuación si le gustaría hacer el amor conmigo. Me responde que la encantaría. Bueno, pues a partir de ahí se abrió la veda de mis desventuras y de las simplezas incoherentes de mi amiga. La invito a que se quite la ropa, indicándole el cuarto de baño para poderlo llevar a cabo con confidencialidad. No acierto a conjeturar qué..., qué es lo que le pasaría por la cabeza a la buena... o cínica comedante de Mary Ann, porque el caso es que pasado un buen cuarto de hora aparece en la habitación exactamente igual que cuando entró en el toilette, con la sola excepción de que se había despojado de la falda exterior y se había quedado en combinación...

Recrear esto al cabo de 16 años como ahora estoy haciendo no está carente de sentido lúdico. Pero dudo que a alguien sin una sólida formación humanística y baqueteado en la escuela de

la comprensión y del desatino de las flaquezas humanas le pareciera tolerable. Me acabas de decir, so jilipollas, que quieres hacer el amor conmigo y... ¿Podría ser que Mary Ann pensase que hacer el amor era estar diciendo sandeces? El caso con Jasmine, excepto por la realidad de mi penetración, ya me había encendido una luz de alarma: ¿Cómo es posible que una enfermera no distinga entre estar penetrada y no estarlo? ¿Era Mary Ann tan ingenua, tan ingenua? ¿O era una pícara que quería probar hasta qué punto de hinchazón soportaban mis cojones? Todo momento, toda circunstancia es irrepetible, igual a sí misma y distinta a cualquier otra realidad. Yo recuerdo que la escena que me estaba representando mi amiguita encerraba sobrada justificación como para mandarla a paseo, pegarla una mano de hostias y olvidarse uno del tema. Lo único malo de esos esquemas es que, si llevados a cabo, le acarrearán a uno una cadena de infortunios y vicisitudes molestas; porque como guión mental no se les puede poner un reparo. Tuvimos que hablar de muchas estupideces, estoy seguro. Recordaba yo que Jack West me había dicho que cuando tres años antes andaba él peinando Filipinas (Manila y Cebú), Mary Ann tenía un novio o amigo; pero el caso es que ahora ella me aseguraba que nunca había salido con ningún chico..., lo que se dice en plan serio; que no había tenido relación alguna; y que yo encarnaba el principio y... deseablemente por su parte, el fin de su incumbencia con el otro sexo. Fuere lo que fuere, y actuara fingidamente o no, la realidad fue que puso una cara como de creerme loco al requerirle yo que se despojara de la ropa que llevaba puesta; y no menos realidad parecía ser, siempre según el show que me estaba dedicando, su categórica creencia de que follar consistía en estar diciéndonos bobadas sin grandes prisas. Después de una hora larga de dialéctica conseguí que se tumbara, que me dejara acariciarla los pechos (pequeños y blandurrios), y después de otra media hora

de parlamentos conseguí colocarle la pirula entre los muslos y así correrme. Al día siguiente su madre me llamó dos veces para decirme que Mary Ann estaba abatida porque "tenía la seguridad de estar muy enamorada de mí", pero que comprendía que se había comportado incomprensiblemente durante su visita a mí en el hotel. Me invitó a irme de "picnic" con ella y con su hija: "En eso estaba pensando yo— dije para mis adentros —. Cambiar el *comfort* del hotel por una jornada de calor, a lo gitano, como cuando no había tren; y además expuesto al fuego directo de las majaderías incesantes de Mary Ann". Quité hierro a todo el asunto, le di las gracias más persuasivas a Isabel y decliné rotundamente. Como al día siguiente me trasladaría de hotel, me propuse despedirme, acaso definitivamente, de los Detuya tan sólo en el momento de salir de Cebú.

Ese tercer y último día que pasé en el Cebú Plaza recibí a la familia Cabato: la madre Guillermina, su hija Wheng; una hermana de Guillermina, Roa, y su hija Ruth, la mejor de las cuatro: 21 años graciosos y esbeltos. La verdad es que mi concernimiento con los Cabato radicaba en la madre, ya que Vangie había devenido una imposibilidad geográfica en lo relativo a poder coincidir con ella. Pero a mí no me importaba: yo mantenía vivos los rescoldos de mi primera intención, ese vago espíritu del pen-pal de comunicarse con alguien lejano, la mayoría de las veces sin pretensión real de encontrarse material y facticiamente con la persona objeto de la correspondencia. En el caso de esta familia yo había asumido la realidad: Vangie era una cantante que viajaba con su grupo al extranjero, lo cual, en términos filipinos de comparación, era un señalado privilegio. ¿Para qué rebelarse contra eso? A partir de las primeras rondas de correo, la mamá de Vangie, Guillermina, había sostenido por delegación el carteo de su hija conmigo y yo estaba suficientemente satisfecho de que las cosas se produjesen de esa

manera. Me encontraba cómodo ejerciendo mi menester munificente hacia Vangie en las personas de los demás miembros de su clan. La última carta de Vangie a mí tenía fecha de 27 febrero 1992, desde Jakarta (Indonesia). También había recibido el 16 de marzo, es decir, cuatro meses antes de los hechos que ahora estoy relatando, una carta de Guillermina informándome invariablemente de las posibles localizaciones de Vangie y agradeciéndome el celo y la voluntad que yo seguía poniendo en propiciar el encuentro con su hija. La buena señora estaba muy lejos de imaginar que, en mi caso, cuando los imponderables le obligan a uno a desistir de cierta forma de realidad, permanece otra forma de realidad, la literaria, que se hace cargo con creces del tema. Más o menos esa era la situación espiritual de todos nosotros cuando llegaron mis invitadas al Hotel Cebú Plaza. Resulta que Vangie, sorprendentemente, está ahora en Baguio, y que para el 26 de julio — o sea, del mismo mes en el que estamos — debe encontrarse en Manila. Ya digo que el hecho de coincidir física, materialmente con Vangie era un argumento que había cedido en importancia a todo lo demás. Lo literario, la ficción predominaba ahora sobre la supuesta realidad. Todo este trasiego de fechas y de lugares, siguiendo el portentoso juego del cada vez más improbable encuentro con una mujer, esto, precisamente esto era lo que constituía el alma del asunto. Las fechas saltaban, los lugares iban dejando paso a otros posteriores, y yo, entre medias de esta orquesta espacio-temporal, haciendo de virtuoso con la conjugación de las categorías. Estoy seguro de que por la mente de la mamá de Vangie cruzarían algunas especulaciones: ¿Por qué este hombre, Tomás, si dice tener interés en conocer a mi niña no se desplaza en el momento concreto que sea a donde ella está? Bueno. Es probable que algo así pensara, como también era menos probable que se pusiera dentro de la piel de alguien como yo y descubriera

sin ningún forcejeo de principios que el camino importaba más que la posada; que Vangie podría ser en teoría la mejor de las posadas, pero que eso estaba por ver; mientras que el camino se estaba viendo, se dejaba ver siempre grávido, siempre pletórico de posibilidades. Eligieron equivocadamente el buffet, ya que comieron poco, y un buen plato a la carta hubiera costado menos; pero bueno, mientras cenábamos los cinco nos contamos lo suficiente para estimar yo que mi deuda sentimental con la madre de Vangie estaba saldada: no nos habíamos visto desde el día aquel de Navidad de 1990, hacía justamente año y medio. Quedamos en que antes de irme de Cebú les llamaría, para que me dieran la dirección última y demás particulares de Vangie tanto en Baguio como en Manila.

A todo esto, desde el Cebú Plaza mando telegramas a Divina Maraveles; a Joy Dacullo (2) y a Marivic Rivalal, la mamá con cara de simpática cuya carta había tenido yo la buena idea de traer conmigo como testimonio inequívoco en caso de encuentro. Pero vayamos por partes. La correspondencia que yo mantenía con Divina había alcanzado ya cierto volumen, y eso que la cosa no había hecho más que empezar. Su última carta a mí databa de 10 de junio 1992 y era la séptima que de ella había recibido. Divina estudiaba enfermería en la Universidad de Dumaguete, en la parte suroriental de la isla de Negros, justo al otro lado del estrecho que la separaba del extremo sur de la de Cebú. Su dirección familiar, tal y como la había publicado Jack West, estaba en Mindanao, la gran isla meridional de Filipinas, en la provincia de Zamboanga del Norte, y en un pueblito o poblado que no aparecía en ninguno de los mapas oficiales de que yo disponía. Además, y siempre según decía ella, parecía tener a sus abuelos en la isla vecina de Bohol, también del grupo de las Visayas. Hasta el momento de su última carta citada de 10 de junio 1992 yo le había hecho llegar 800.-(OCHOCIENTOS) \$

USA, tanto en concepto general, más o menos igual que al resto de mis corresponsales, como en concepto de financiación específica de sus estudios que, al menos en este caso, parecían ser reales. Divina se destacaría pronto como una portentosa... intrigante, no, tal vez no sea la palabra, tal vez la palabra *intrigante* sea un poco dura, pero en todo supuesto... calculadora, interesada. A esta altura de nuestro intento de relación sus habilidades sólo habían alcanzado un mínimo nivel de capacidad, estaban como si dijéramos calentando motores. Sus cartas son una fabulosa red de razones y contrarrazones; de excusas y de justificaciones sobre el tema de que pudiere tratarse. Yo me podía permitir el lujo de observar el proceso mental de esta chavala, quiero decir, sus expresiones voluntaristas (que nadie, y menos yo, le habían pedido) sobre servicios y compensaciones que le parecerían congruentes con sus maneras de propiciar mis liberalidades. Era una chica ambiciosilla, y tengo la seguridad de que experimentó la cantidad de sufrimiento y frustración proporcionales al grado de codicia que instrumentara.

Respecto de Joy Dacullo puedo decir que nos habíamos visto una sola vez, la vez de mi primera visita a Cebú más de un año y medio antes. Nos seguíamos escribiendo regularmente. Me gustaba el tono niño, ágil y juguetón que yo creía percibir en las comunicaciones de Joy. Antes de aquel nuestro primer encuentro, y supongo que en razón de la simpatía que despertara su clave epistolar, yo le había hecho llegar a Joy 300.- (TRESCIENTOS) dólares USA; cuando nos conocimos le regalé en mano 3,000.- (TRES MIL) pesos filipinos (unas 15,000.- pesetas) y cincuenta dólares USA, seguido del envío, ya desde España, de un cassette que me había pedido de no sé qué, si cantante u otra cosa. Más tarde, en una carta mía de 11 de marzo 1991 yo le había cursado a Joy otros 100.- (CIEN) \$ USA. La

última carta suya, hasta el momento, llevaba fecha de 27 de marzo 1992.

En cuanto a Marivic, se había producido un corto-circuito entre la única carta que conservo de ella y la visita que le hice, ya que debido al baile del correo — su carta la fecha el 8 de abril y yo tengo consignada su recepción el 10 de octubre — nada parecía encajar. Pero en definitiva, y esto es lo que únicamente cuenta, Marivic tenía una niña pequeña, parece ser que por libre, como la gran mayoría de mujeres en Filipinas; yo la había visto en mi primera visita a Cebú de hacía ya, como dije, más de año y medio (vid. el volumen VIII de *Mujeres, lugares, fechas...*) y ahora me apetecía encontrarme con ella de nuevo, si es que seguía viviendo por allí.

Después de mi tercera noche en el Cebú Plaza terminé por hartarme del ruido del aparato del aire frío de la habitación. Además, cuando un detalle de relevancia empieza a molestar, el resto de cosas en contra, aunque no sean muy significativas, multiplican en progresión geométrica nuestra desgana y nuestras ganas de dejar lo que sea. El primer día, el de mi llegada, el sistema telefónico había sufrido un parón. Ya no recuerdo qué hice para comunicarme con mis amistades. Probablemente usara las líneas de Recepción porque lo cierto es que en lo relativo a la conexión con las habitaciones, el servicio de la mía, al menos, estuvo estropeado. También habían aparecido hormiguitas en cantidad; por supuesto, nada que me preocupara, porque a mí, excepto roedores como la rata (y el ratón, aunque en proporción muy inferior) la mayoría de los insectos los encontraba normalmente combatibles con los métodos convencionales. Entre los detalles de alto *standing* que proporcionaba el Hotel estaban los adminículos de toilette, como la crema hidratante, polvos de talco (Body powder) y todo el champú que uno quisiera. En el lobby se hallaba Glenn, el pianista simpático con

quien volví a intercambiar melodías. Para ser exactos, a los miembros de IAPA se les hacía sólo un 20% de descuento de la tarifa base, lo cual, como dije, quedaba mejorado por el programa general ofertado por el Hotel *para todo el mundo* (En el Hotel Magellan me harían sólo un 10%, algo testimonial pero mejor que nada). El precio del Cebú Plaza lo habían subido escandalosamente, y por cantidades que ahora no puedo puntualizar el descuento preceptivo de IAPA, insisto, no tenía sentido. Se daba la corruptela tan habitual en hostelería de decir al cliente que el paquete tal y cual, que el programa tal y cual en existencia salía a mejor precio, lo que siempre producía al afiliado a la Asociación que fuere la impresión de que estaba perdiendo el dinero y el tiempo. En mi caso concreto estaba perdiendo el dinero con plena seguridad. La habitación menos cara con vistas a la ciudad se ponía en 125.- \$ USA diarios, lo cual me pareció definitivamente demasiado. Así que, harto de la desproporción entre precio y prestaciones, en mi cuarto día de residencia en Cebú me trasladé al Hotel Magellan. La recepcionista del Plaza, que me conocía de la vez anterior, se disgustó algo, se lo tomó en plan personal, lo cual me agradó sobremanera, porque ello era el indicativo más certero de que eran conscientes de lo razonable de mis objeciones. El Hotel Magallanes, en la Avenida Gorordo, estaba un poco más a mano de todo que el Cebú Plaza. Ni Divina, Ni Joy, ni Marivic darían señales de vida en el día y medio siguiente a mi traslado de alojamiento. Me pareció que eso tal vez fuera lo mejor: concedernos todos tales plazos pequeños para arreglar nuestras estrategias. Lo primero que hice durante la mañana de mi traslado de hotel fue coger un taxi y plantarme en Consolación, con idea de ver a Myra y de saludar a sus padres. Ni lo uno ni lo otro. Pero estaba su hermana Itel, a quien dejé un recado para Myra con mi nueva dirección. La tal Itel me pareció ahora una

chica francamente atractiva y sociable. Le insinué que me podía buscar si tal era su deseo..., y encontrar. Un hermano de ambas — Richard dijo llamarse — se ofreció a venir conmigo en el taxi a buscar a Myra. Por el camino el taxista, Paul, chico despejado y servicial, me tradujo la pregunta que sobre mí le había hecho Richard: "Que si me pensaba casar con su hermana". Lo de menos, aun siendo mucho, hubiera sido establecer la proporción de esa conjetura en razón de que alguien, yo, buscara a su hermana; lo de más — reflexioné yo — era la querencia monográfica, monotemática que esta gente dispensa al asunto. No hay más punto final que el casorio, te pongas como te pongas. Llegamos al Velmont Hostel, en el Boulevard Osmeña, en el puro centro enfollonado de Cebú. Resulta que Myra bajaba en ese momento por la escalera, acompañada de dos amigas. Una de ellas se tenía que ir, así que invité a Myra y a la otra, Myrna, una medio chinita, con un par de tetas soberanas; locuaz, despierta y atractiva. La comida la hicimos en la habitación de mi hotel, y Myra me dio las primeras señales de ser... una calientapollas en la proporción que las circunstancias lo permitieran. Pidió una botella de vino blanco de casi 3,000.- (TRES MIL) pesetas, para tan sólo beber una copita y media. Como el rollo con Myra estaba planteado, es decir, que yo sabía su dirección, el sitio donde se alojaba y el tugurio en el que movía las tetas y las piernas, le solté el cebo a su amiga Myrna, que de físico me gustaba también decididamente, no con el morbo pertinaz que Myra me producía, pero lo suficiente para quedar en vernos, en hablarnos y en tratar de entendernos. Lo comprobaríamos poco después. Myrna vivía en Lapu-Lapu City, en la isla Mactan. Conservo asimismo de su puño y letra su dirección entera.

A quien también había llamado desde el Cebú Plaza era a Rowena Dacuyan. Nos habíamos encontrado y "conocido" aquí

mismo la Navidad anterior, sólo siete meses atrás. La llamé al Hotel La Nivel, donde ella solía trabajar, y luego a su casa. Tanto en el primer sitio como a través de su madre en el segundo, me confirmaron que Rowena se había empleado de "cashier" (cajera) en la Music Shop del Hotel Pavillon de Manila. "Bueno — me dije — : otra palomita que vuela a mi nido de Manila".

Y por supuesto, había contactado a Jasmine Alfante. Nada más llegar la telefoneé al Perpetual Soccour Hospital (Hospital del Perpetuo Socorro). Me contestó seca, con difidencia agraz, como correspondía a su estado de ánimo respecto de mí. Me dijo que me llamaría ella, etc. Todo esto hallándome yo aún en el Cebú Plaza y antes de mudarme al Magellan. Su caso merece una glosa suficiente. Si algún lector que me haya acompañado hasta aquí recuerda, en mi anterior visita a Cebú, hacía siete meses, Jasmine y yo habíamos celebrado varios encuentros íntimos, con todo lo que ello debía de haber significado para la cosmovisión tan particular de esta criatura. Como dicha viñeta está cubierta en el volumen VIII de esta serie, no es oportuno reiterar aquí los mismos puntos. Lo que sí que cumple reseñar ahora es el resto del proceso. No en vano en esta visita mía a Cebú de julio 1992 nos veríamos Jasmine y yo por última vez, en razón de lo que paso a explicar. Después de nuestro anterior "affaire" vivencial yo había seguido, como si nada, enviándole dinero a Jasmine : conservo dos resguardos de certificación de carta, de 9 y de 29 de enero 1992, incluyendo cuarenta y cien dólares USA respectivamente. Jasmine me había escrito a finales de febrero una carta ciertamente cargada de confidencias y de revelaciones, más por el tono que evidenciaba su alma que por la entidad de los temas en sí, por otra parte traídos y llevados como mercadería común en las relaciones humanas. Al tiempo que me daba las gracias por el chorreo de dólares que no dejé un instante

de hacerle llegar, me rogaba que — exceptuando la primera vez absoluta de últimos de 1990 — no escribiera en ninguna de mis cartas futuras, y si a ello hubiere lugar, que yo había estado de nuevo en Cebú. Ya digo que el registro expresivo de Jasmine denotaba una crisis esencial de pensamiento. Leer sus frases era una dimensión absolutamente distinta. Me dice que los momentos maravillosos que pasamos juntos perdurarán por siempre con ella; mejor lo transcribo con sus propias palabras: "All those wonderful things we've spent together will always be cherished"; que es todavía una fórmula más precisa e íntima que la versión que yo he trasladado. Pero sigue aún más acuciantemente y no me puedo abstener de traer sus palabras aquí mismo: "I love your company and love being with you. I could never forget those times we've spent together. I would have liked being there with you".... Conociendo a Jasmine, con todo el equipaje de cavernicolidad que comportaba su familia; con todo el trasfondo de quietismo ideológico que respecto de cuestiones, como por ejemplo el sexo, la propia Jasmine me había dado a entender..., con todo eso y con el crecimiento en su ideología que le hubieran significado los sucesos de los pasados meses, digo que Jasmine me había escrito esa carta bajo los efectos cumplidos de una crisis mental. Yo, de cualquier forma, se la contesté, incluyendo otros 100.- (CIEN) dólares en mi envío certificado de 17 de marzo. Y todavía el 21 de mayo le envié cien dólares más. Comprendo que cualquier mujer con el bagaje cultural de Jasmine tenía más que fundamentada su perplejidad. Si un hombre como yo — pensaría ella — accede a mi intimidad pero sigue anegándose en obsequios..., obsequios que significaban la resolución de todos sus problemas económicos... ¿qué clase de hombre es? Porque se trataba de la cantidad de trescientos cuarenta dólares lo que yo le había hecho llegar a Jasmine con posterioridad a nuestro "conocimiento",

algo realmente entitativo para ella. Como muy pronto veríamos, el dilema ontológico que parecía atenazar la mente de mi amada Jasmine lo formaban dos proposiciones contrarias en apariencia y que debían de formularse en su conciencia más o menos así: "¿Cómo es posible que un hombre que se comporta así conmigo no piense lo mismo que yo?" ¿Entonces? Entonces no parecía haber más salida que elegir uno de los dos caminos: o liberalidad rumbosa sin límites respetando mi independencia de criterio o... Esa segunda opción es la que necesariamente tendría que seguir Jasmine. Excepto por un detalle que en su momento revelaremos, tal era la situación integral de nuestros dos estados de ánimo, de nuestras cosmovisiones hasta ese cambio de impresiones telefónico.

El mismo día en que me mudé al Magellan me persono por la noche en el Hospital de Jasmine. La vi nada más llegar y ella me vio a mí. Si bien no tengo ningún detalle anotado al respecto, con toda seguridad que yo dispondría de la información preceptiva prestada por la misma Jasmine sobre las horas y turnos de trabajo de las enfermeras. Yo había esperado a la noche porque me constaba que Jasmine terminaba entonces su jornada en el rato propicio; y no tenía prisa; al contrario, disponía de todo el tiempo del mundo, a muchos miles de kilómetros de donde pudieran emanar siquiera en teoría — es decir, mi país, mi casa — las cualesquiera instancias de concernimiento que me pudieren afectar. Yo, allí en Cebú, constituía por mí mismo mi servidumbre y mi grandeza, y sólo desde y hacia mi conciencia podían venir y dirigirse respectivamente las órdenes existentes en el universo. Yo no tenía prisa, pero sí capacidad de percibir que algo raro estaba ocurriendo. Se me ha quedado estampada con trazos difíciles de borrar aquella espera. Ignoro si tuve que dar alguna explicación a alguien, siquiera en forma de saludo a alguna de las figuras,

monjas y enfermeras, que por allí circulaban. Yo recuerdo que me senté en el vestíbulo, por donde sin duda tendría que salir Jasmine. Dominaba la escena. El ámbito se fue quedando más y más oscurecido. Después de algún tiempo creí observar que se habían encendido algunas bombillas más, para contrarrestar posiblemente lo nocturno reinante. Siluetas de blanco atravesaban el Hall y se dirigían a las dependencias que fueren. Creo que mi candidez despreocupada me salvó de encallar en conjeturas retorcidas. Tengo la certeza de no haber pensado en momento alguno que algo *insalvablemente* inusual estuviera ocurriendo, porque de haber sido así hubiera abandonado mi propósito. El tiempo transcurría... pero yo me resistía a asumir que hubiera algo premeditado en el comportamiento de Jasmine. Poco a poco los contornos de enfermeras y monjas iban cesando; ahora ya tan sólo registré la presencia de una o dos a lo largo de un buen tramo de tiempo. Pero Jasmine seguía allí, sin duda. ¿Qué querría hacer; qué pensaría? Nadie me interpeló, nadie me molestó, nadie me preguntó nada. Se me antojaba que un perfecto vacío de silencio y de atención a distancia se había orquestado respecto de mi persona. Pero a mí no me importaba; yo me sentía más fuerte y más acorazado en mi cometido cuanto más solo e incomunicado el mundo que me rodeaba parecía dejarme. Acaso se tratara de mi imaginación, pero en algunos instantes tal vez conectados únicamente por mi voluntarismo gratuito, me pareció que Jasmine me lanzaba un esbozo de mirada furtiva, robada, tan sólo para cerciorarse de que efectivamente yo continuaba allí. ¡Oh, el recinto de los hospitales! ¡Qué situaciones para pensar, para repasar, para hacer examen de criterio, examen de vida! Sin embargo, no podía *ver* en el *ser* de las cosas. Solo podía esperar, aferrarme a las credenciales de mi compostura, de mi estar allí después de haber viajado miles de kilómetros y después de haberme hecho

preceder por las embajadas de mi munificencia. ¿A quién debía yo algo? ¿De quién podía yo temer algo? Creo que Jasmine puso a prueba mi paciencia. Tengo anotado en mis papeles de ruta que esperé *dos horas y media* a que saliera. Era ya pasada la media noche, y en el corto espacio en que nos acompañamos fuera ya del Hospital, en el mismo tono ausente y desapegado de nuestra comunicación telefónica me dio a entender Jasmine que no era su intención encontrarse ya conmigo; y digo "me dio a entender" porque su actitud era renuente a explicitarse, mientras marchaba silente a mi lado muy como sopesando el contexto anímico en que se hallaba envuelta, y dejándome a mí la completa gratuidad de interpretar sus silencios como mejor me pareciera. Yo, no obstante y por si acaso, le alargué en un papel mi número de habitación y el teléfono del hotel, que ella conocería de sobra, pues se hospedaba por allí cerca. Llegados a un cruce de calles, cerca de la Avda. Gorordo, se separó de mí diciéndome simplemente que se iba sola a su alojamiento y que no la acompañase más.

Tan abatido, tan descolocado me encontraba que — acaso para empeorar mi frustración pero en todo caso para obligar a mi alma a ocuparse de otra cosa — me pasé por el puticlub del Hotel Saint Moritz, pegado al Magellan, y me saqué a la primera chavala que pillé: Leivy dijo llamarse. Pagué 290.- pesos porque abandonara el local y le di a ella otros mil. Al referirle yo que venía a Cebú a ver a mis pen-pals, pero que no me emparejaba con ninguna en concreto, "por no hacerla una desgraciada pudiendo hacer felices a tantas", me hizo gracia su sentido... no sé si del humor o de la realidad ante aquel toque de cinismo honesto que yo le había soltado. Yo la había contratado fundamentalmente para charlar, porque quería estar con alguien que me ayudara a empujar hacia fuera de las oquedades de mis sentidos el paisaje recién pasado de Jasmine. Y esta Leivy me

estaba sirviendo a la perfección. Yo deseaba confesarle todas las fantasías y todas las miserias de que era capaz mi temperamento; y como no nos unía nada, me encontré con la interlocutora más capaz y más apropiada que jamás hubiera pensado. Me confesé con ella, haciendo hincapié en todos aquellos detalles que en cualquier otra circunstancia hubieran devenido tabú. Le pregunte que... qué me aconsejaba..., que qué le parecía que podía hacer con todas mis amigas..., y con mi intención de quedar bien con ellas. Leivy me decía completamente en serio que lo que debía yo hacer era elegir a una de mis chicas y prescindir de las demás sin contemplaciones. Le agradecí su franqueza, pero claro estaba que no se encontraba a la altura mental de mis argumentos, porque de lo que se trataba era justamente de lo contrario: de continuar indefinidamente el camino en tanto no se diera uno con la posada definitiva. Muy siguiendo el sistema que yo descubrí en mi viaje de 1983, Leivy, igual que lo hubiera hecho cualquiera de sus compañeras, se había venido con la idea de quedarse conmigo toda la noche, pues el precio cubría normalmente ese servicio. Pero yo la eché un polvo; le dije que estaba libre para volverse al Pub si tal era su deseo — cosa que me agradeció, por supuesto — y yo me acosté con una enorme necesidad de descanso.

A la mañana siguiente, quiero decir, esa misma mañana tan sólo unas horas más tarde me hallaba yo, como era de esperar, todavía en la cama, aun sin dejar de ser bastante temprano. En estos sitios superpoblados el bullicio de la gente en las calles empieza con el alba, y a mí de todos modos me gusta levantarme pronto; así que, puesto que no me había levantado aún, no podían ser más de las siete, como mucho las ocho. Sí, yo me encontraba medio en sueño, medio en vela, en ese estado de relajación en que a uno le gustaría vaciarse y alcanzar la ingravidez y zafarse de las leyes físicas para no oponer ni

oponerse resistencia... Sonó el teléfono y lo cogí con algo de inevitable sobresalto. Se trataba de Jasmine. Me hablaba con voz gobernada por matices desconocidos por mí hasta entonces. Si la noche anterior casi ni me había dirigido la palabra, ahora sí me estaba hablando, pero con resortes tonales que me sonaron raros, sin que tuviera tiempo de interpretar sus designios. Ahora bien, sus intenciones inmediatas bien que me las hizo saber. Con voz cómplice como de prometer y de hacer depender la realización de su promesa de la decisión que yo tomara, va y me dice..., me dice que me cambie al Hotel Midtown [por cierto, el hotel que me resultaría mas satisfactorio para mis ultimas visitas a Cebú, pero que entonces, cuando Jasmine me hablaba, yo no conocía aún]. Intentar razonar en mis condiciones ante una sugerencia así no sólo no era fácil; probablemente ni siquiera fuera deseable, para no empeorar las cosas. En el supuesto de que asistieran a Jasmine algunas razones personales — pues tal parecía ser el caso —, de que, por ejemplo, la conocieran en el Hotel Magellan y no quería ser vista conmigo, no digamos subir a la habitación, etc., y por tanto considerase el otro hotel más impersonalizado, más cosmopolita [como era cierto que la era, lo comprobaría yo en su momento], aun en ese supuesto, el estado de ánimo más complaciente no podía dejar de objetar la violentísima distorsión que a mí me suponía abandonar el sitio al que había llegado el día anterior, así por las buenas, sin entrar en los imponderables detalles técnicos que tal maniobra acarrea y el cúmulo de molestias y el desarreglo de esquemas que ello me suponía. Mucho hubiera tenido que arreciar Jasmine en sus sinrazones. Descontando la siempre problemática accesibilidad que me hubiera permitido Jasmine a la intimidad de sus atributos, lo que me proponía caía rotundamente en el terreno de los despropósitos disparatados. No sé qué hubiera decidido yo de haberse tratado de una aventura nueva con visos de excelsitud,

con arranque absoluto en lo desconocido con alguna criatura que ejerciera instancias de persuasión imantante. Jasmine no reunía ahora dichas características. Jasmine me gustaba, me gustaba mucho, pero su reacción de la noche previa y su propuesta presente me hacían presagiar algo enrarecido, algo lastrado de intenciones que no acertaba yo a colocar en las cuadrículas de la lógica. Aunque mi traslado pudiese significar la entrega de Jasmine, se trataba en todo caso de un perjuicio cierto y actual a cambio de un futuro de recompensa incierta. Muy abultados tuvieron que parecerme los desafueros de Jasmine. El caso es que la colgué, para un segundo después arrepentirme de mi incontinencia. Pero lo hecho, hecho estaba. Y ahora sí que lo dejaba todo en manos del azar desconocido. Pensé, además, que Jasmine no hubiera ido a estar conmigo aun a pesar de haberme cambiado. Pensé que si quería estar conmigo lo podía hacer perfectamente en el Hotel Magellan. Ya era mayorcita para andarse con tonterías sobre si ponerse o no en peligro de que la vieran.

Joy al fin dio señales de vida: me enteré desde el Magellan en mi segundo día de estancia. Había acusado recibo de mi telegrama, había llamado al Cebú Plaza y dejado a su vez un número. Hoy, ahora, 19:00 pm. del 16 de julio, jueves, estoy esperando contactar con ella, aunque no sería hasta el día siguiente 17 de julio, viernes, cuando después de comunicarnos por teléfono viene a mi hotel. Yo había catalogado siempre a Joy como a una criatura difícil de valorar, y por lo tanto, por tener que dejarla hasta cierto punto por imposible, la encontraba enternecedora. Es una mezcla de trapacera, dulce y amigable chavala; es una piedra de toque para mi magnanimidad y para mi auto-ascesis. Es un pequeño desastre de mujer, ese tipo de persona desposeída pero generosa, de las que te piden dinero para hacerte un regalo. Tal probablemente conmigo. Como digo,

un pequeño desastre pero entrañable, difícil por no decir imposible para decirle que no. Ignoro por qué, después de reprenderla y de hacerle saber que me había estado dejando engañar todo este año y más de medio por sus cartas plagadas de diversas ingenuidades maliciosas (como pedirme dinero para los franqueos postales, cuando con tan sólo cinco dólares, y no ya digamos con los cientos que le había mandado, habría tenido para miles de envíos, etc.), no se por qué..., pero el caso es que la acojo con paternal cordialidad y comprensión. La cosa está madura. Le pregunto si es virgen: se sonrío y le digo que me es suficiente. Luego me dice que tiene el periodo; le digo que no me importa, que por mí... que no hay problema. Luego me habla de comprarle "pills", supuse que para la "no pregnancy". No entiendo muy bien pero le digo que tengo preservativos: "¡Ah, entonces muy bien!" — me dice. Se desnuda y vuelvo a observar su pecho diminuto, con dos pequeños botoncitos por pezones. Yo, huelga decirlo, estoy muy exaltado, ya que — ¿cuántas veces me lo habré repetido y repetido a los demás? — hago el amor a ideas, a voliciones, a instancias y no a organismos de vísceras más o menos atrayentes. Joy tiene un cuerpo bonito, piel suave y ligera, ligerísimamente humedecida, de forma que la caricia se produce a leves trompicones. Muy a mi pesar no se me pone con esa dureza inequívoca y arrogante de mis mejores veces, pero se endereza lo bastante para que Joy se la dirija y vaya encontrando el hoyito. Un detalle significativo y revelador: Joy no permite que la bese plena y rotundamente; el típico cisma de desapego, o mejor, la señal palmaria de que Joy reserva esa cuota de su intimidad para quien sea, probablemente ella misma. Esa franja de terreno anímico a la que Joy no me deja acceder se correspondía en idéntica proporción con el margen de laxitud de golfería hetaira que había entrado en su vida. Pero por mi parte no hay reproche alguno que hacerle. Como siempre me ocurre en

casos así, me voy nada más sentir que la penetración se está produciendo. Ya sé que con tales "precocidades" de coito no les doy placer, pero no lo puedo evitar. A ellas les atribuyo mi grado de exaltación emocional; así que ellas también tienen algo en el asunto. Mentalmente me represento a la Joy de hacía año y medio — cuando en compañía de su madre y de su hermano me visitó en el Hotel Montebello — y la Joy de ahora. Como si un pequeño mazazo de la realidad de la vida la hubiera puesto en su sitio. Joy traía en esta ocasión una falda casi larga, hasta el suelo, de listones negros y blancos; zapatos marrón oscuro, semi-planos, escuetos, sobrios por el consiguiente desgaste por un uso así como dignificado. Está bonita y sobre todo más sazónada, más mujer. Pero sigue siendo una golfilla en potencia y en acción. No se le ocurre nada más edificante que hurtarme una de mis tres maquinillas desechables de afeitar, y dos tarritos de champú y loción de crema, obsequio de rutina del hotel a los clientes. !Oh, my God, no¡ Y como tantas otras veces me tuve que decir: !Oh, my God, yes¡ No hay felicidad completa y la travesura de esta pícara me acaba de aguar el día y la fiesta. ¿Qué tendría en la cabeza esta criatura — me preguntaba yo — como para perpetrar semejante jaimitada? Sí, la recuerdo con sus zapatos, su falda casi hasta el suelo, su blusa blanca abotonada, su sujetador de color carne..., innecesario, ya que el pecho de Joy, por breve y joven se sostenía erguido con naturalidad. Quedamos en vernos de nuevo al día siguiente. De momento le hice el estupendo regalo de 2,600.- (DOS Mil SEISCIENTOS) pesos, unas diez mil quinientas pesetas: dos mil quinientos como cantidad principal, y cien para su desplazamiento en taxi. !No podría quejarse¡

Ese mismo día 17, viernes, después de estar con Joy y despedirla, me llama Jasmine, con ganas de torearne. Me dice ahora que se ha arreglado la dentadura con el dinero que le he

ido mandando, y así, como si nada, en uno de esos cambios tan inconsecuentemente femeninos me pregunta si le había traído algún "gift", probablemente refiriéndose a las estampitas de Franklin de cien dólares. La obsesión de Jasmine es sobre si tengo o no tengo más amigas, y que para demostrarle que no, que no tengo más amigas, me debo *casar* con ella. Según parece, antes de empezar a cartearse conmigo había sido la pen-pal de un italiano que en su momento viajó a Filipinas y citó a Jasmine en el aeropuerto de Manila, en un determinado día y a una determinada hora. Ésta, no sin incurrir en gastos y molestias extraordinarias, se desplazó a Manila, y en el momento y lugar de la cita se encontró con un muestrario de otras amigas del italiano a quienes igualmente había convocado. La pobre Jasmine se llevó un sofocón y un disgusto inenerrables. Pero, Jasmine, ¿quién tiene la culpa de que tú no estés a la altura del mundo? Porque lo que tú pretendes, es decir, que el mundo esté justo a tu altura, es una cándida y boba pretensión [Yo al menos había sido y seguiría siendo mucho más fino, más considerado, más generoso, más... todo que el italiano. Así que no te quejes, rica]. Jasmine nunca había tenido ocasión de tratar conmigo el tema de los hijos, ya que — si con suerte el lector recuerda — ella echaba en falta que yo le propusiera matrimonio; le parecía extrañísimo que después de hacer lo que estaba haciendo con regularidad por ella, no la cortejara de manera "oficial" y conducente a la propuesta y al casorio. Y por lo tanto creo que nunca habíamos tenido oportunidad de comentar monográficamente estos asuntos. Pero mi simple modo de ser y de comportarme estoy seguro de que le habían puesto en contacto con mi verdad, que no era otra que la de hacerle ver que la descendencia mía la forman mis escritos, mis trabajos, mis hechos, mis cosas; lo que constituye la memoria en general del paso de alguien por la vida, sin incluir en ella la generación a

sabiendas de otra vida, de un posterior argumento; porque eso lo puede hacer cualquiera, hasta el más tonto, y no encuentro yo que sea motivo de puja. He optado por aferrarme al principio personal, verdadero y legítimo de que no quiero ser instrumento de propiciar descendencia...

No es que por teléfono dijésemos todo esto, pero sí dijimos lo suficiente para evidenciar que nuestras posiciones no podrían nunca avenirse. La corté en seco, harto de lo que ya me sonaba como monserga incoherente por su parte, y en vista de ello me dio a entender que se presentaba en el Magellan a verme al momento. Pasó media hora desde la conversación telefónica y... sigo esperando. Pasaron cinco horas y la tontuela de Jasmine no apareció. Supongo que es así como ella considera que me puede molestar y exasperar del modo más efectivo. ¡Allá ella! En el ínterin he ido con el taxista amigo Paul al *down-town* a cambiar dólares: están a 25'20 pesos, un peso limpio más que en la galería comercial de cerca del hotel. He visitado a Marivic Rivala, que en opinión de Paul está simplemente "enfamiliada" en el mejor de los casos, pero no *casada*, ya que, según él, por allí no se veía marido alguno ni nada que se le pareciese; tan sólo la criatura que aparece en los brazos de Marivic en la foto que me mandó. Me dice también Paul que cree que Myra en una golfa, y que además está emparejada (con papeles o sin ellos) con un japonés que, por supuesto, ahora estaría en Japón pero que se pasaría a verla cuandoquiera le convenga a él [Descubriría en su momento que desde el aeropuerto de Narita, como ya dijimos que también desde Singapore, había vuelos directos a Cebú]. Los signos, pensamos Paul y yo, eran abrumadores: bailarina de club de alterne, etc. Y aun con todo, debido a mi dramática propensión al infundamentado optimismo, me era enormemente penitencial no redimir a Myra de cualquier

obstáculo que se interpusiera entre mi creerla buena chica decente y la realidad...

Me prometí ir a buscarla esa misma noche al Club, no muy tarde, y ver lo que ocurría. De todo esto la mayor satisfacción, la mejor información honesta, de fiar y de primera mano me la estaba proporcionando el taxista Paul que demostró un buen tacto y un buen conocimiento de las cosas pertinentes. A ratos me encontraba reflexionando sobre el hecho de que todos los factores de lógica y de coherencia me apuntaban a que acaso no regresara más a Cebú, para percibir algunos minutos después la virtualidad de lo excepcional por la que me veía volando a París, luego a Singapore y después y por último a Cebú; y todo por ver a alguna de estas criaturas a las que estaba unido por vínculos fabulosos, habitantes exclusivos de la barbarie de la desbocada fantasía.

Esa misma noche, todavía del viernes 17 de julio, me voy al Club 99, en la calle Colón, un verdadero antro en su aspecto exterior y en la entrada; aunque de ambiente distendido y amigable dentro. Estaban Myra, su hermana Itel, y la amiga de ambas, Myrna. Myra me dice lo de estar casada y lo de ser esa la causa de sus comportamientos conmigo. ¿Qué decir de una mujer hermosa? : que nos hace ver lo blanco negro; y al contrario, cuando la tenemos cerca y cuando disponemos de reservas de liberalidad y de supervivencia. De momento, mi mente se entretuvo, como en un fogonazo compacto, con intención de captar esencialidades sociológicas irrefragables..., se entretuvo con la realidad de Filipinas en su papel de país suministrador portentoso de mujeres a toda esa parte del extremo sur-oriental de Asia. Los japoneses habían sido expulsados de Filipinas por las armas en la Segunda Gran Guerra, pero ahora volvían a colonizarlo con su dinero. Filipinas — ¿cuántas veces lo hemos dicho y lo seguiremos diciendo? — se constituía con

sus noventa millones de habitantes en el gran putiferio, en el burdel de dimensiones planetarias para toda Australia, Corea del Sur, Japón..., y ya veríamos qué otras economías nacientes y pujantes se seguirían sumando a la lista de consumidores de tan tentador producto como lo eran las mujeres. Comparados con estos países del entorno, lo que hacían los USA, aun siendo enorme por la cantidad de yanquis que iban allí en busca de esposa, no tenía punto de comparación. Y por mi parte, español, mi ejemplo correspondería a la diez mil millonésima proporción de este fenómeno de consorcio de extranjero con mujer filipina. Lo mío era un ejemplo para una posible relación de instancias testimoniales. Desde luego que Myra me gustaba cantidad. Su actitud era la típica de una calentapollas monumental, que ni mucho menos rompía las amarras del rechazo, pero que tampoco estaba en condiciones de dejarse abordar. Había momentos en que mi corazón se encontraba exacerbado, oteando con atisbos de probabilidades fundadas la virtualidad de que Myra se viniese conmigo a follar. Mis palabras y mis ademanes parecían abrir brecha en el criterio de esta chica, parecían convencerla. Yo estaba dispuesto a pagar una pequeña fortuna por los derechos "legales" de que abandonara el antro y nos fuésemos al hotel. En esto no había problema. Llega la gobernanta o gerente del Club en mi ayuda, y llega Myrna que es con quien finalmente me voy al Magellan. Myrna es una chica despejada y agradable que me saca un polvo disfrutado y que creo que ella también disfruta. Ahora ya no cabe hablar de anticipar mi viaje a Manila, ya que mañana, sábado, voy a pasarme por el Club, y si Myra no se viene conmigo, por lo menos me traeré a su hermana, que está muy buena, y a lo mejor, en un golpe de suerte, el domingo Myra se anima definitivamente. La he visto sólo con sujetador y con pantalones cortos y desde luego que tiene unos pechos superlativamente atractivos y abundosos, preciosísimos y

sugestivos que siguen siendo la fijación más agobiante y reiterativa de mi atracción hacia ella. Y a todo esto, la mema de Jasmine sin dar asomos de vida. Hago recuento de los abordajes íntimos que he celebrado hasta ese momento: Mary Ann (orgasmo sin metérsela); polvo a la chavala del Saint Moritz; polvo a Joy; polvo a Myrna Jurado (la amiga de Myra).

Día 18 de julio, sábado. A las 07.10 am. me llama Jasmine con su voz de mística rezagada y melindrosa. Le pregunto si quiere venir al hotel, a estar conmigo en la habitación. Me dice: "No, I'm sorry". La cuelgo. Hasta ahora. Final absoluto. Al llegar a casa en Alcalá de Henares después de mi viaje, encuentro una carta de Jasmine, sellada el 24 de julio por Correos, así que necesariamente escrita por ella prácticamente a continuación del episodio que acabo de relatar de su llamada telefónica al Hotel Magellan a las siete y diez de la mañana del sábado 18 de julio de 1992. Me dice que el 4 de abril conoció a un muchacho USA que encarna el ideal que ella siempre ha perseguido, etc. etc. La carta es un buen documento de sinceración y de justificación, y citar cualquier cosa de su contenido sería injusto a menos de transcribir el texto entero. No hace falta. Excepcionalmente, dos cosas: una, relativa a la propia carta, y es la bobería tan femenina y tan esperable, en este caso de Jasmine, de que promete devolverme en su día todo el dinero con que yo he sufragado sus estudios, etc. Bueno, la otra cosa pertenece al juego tan cicatero en que a veces se enredan las relaciones humanas. Y ello no es sino que Jasmine durante toda esta permanencia mía en Cebú estuvo dando cartas con las dos barajas, la de su enamorado y prácticamente consorte desde el 4 de abril, y la baraja mía de siempre. ¿Qué pretendería con su sugerencia de que me mudara de hotel? ¿Podría yo imaginar cabalmente mala intención en una criatura tan entrañable? — cuando de entrañabilidad se tratara, claro! Con las mujeres nunca se sabe, pero debo confesar

píamente que la consciente o inconsciente perversidad de Jasmine en este punto me cogió con la guardia baja. *Tu quoque*, Jasmine? ¿Tú también, Jasmine? Pues sí, ella también. Claro que nunca sospecharía que yo iba a servirme de su conducta sinuosa y frívola como material de estudio sobre el cual escribir, reflexionar y sacar conclusiones. En definitiva, decidí quijotear. Le escribí una última carta (de la que guardo copia), con otros cien dólares dentro, asegurándole... la verdad: que puesto que no me había dado ocasión razonable de entregárselos en Cebú..., pues que se los hacía llegar ahora; que no me debía nada; que se hiciera cargo de que existían en el mundo formas de pensar distintas de la suya; que yo seguía amándola de la manera que ella ya conocía, y que aceptaba la realidad. Le deseaba lo mejor que pudiera existir, y agradecía al azar magnánimo que nos hubiera hecho coincidir. Final absoluto. Jasmine es un conjunto de cartas, fotos, papeles, recibos, etc. que llenan una de las muchas carpetas que cuelgan en mi archivador.

Pero volvamos a Cebú. A las 10:00 am. de ese 18 de julio efectivamente me llama Joy desde la Recepción y sube de inmediato. Me dice, me jura que ella no ha cogido nada de mi cuarto de baño. Parece lógico, claro, pero la duda se alberga en mi ánimo. Porque yo había preguntado a los chicos de la limpieza: ociosa su respuesta: me dicen que no saben nada. Y además, estando allí, trabajando allí, ¿no tienen todas las oportunidades del mundo de hacerse siempre que quieran con los adminículos sustraídos? Se trata de la típica imposibilidad absoluta de saber la verdad, porque no he visto a nadie en el momento de la ejecución del acto. Pero la deducción no deja lugar a dudas. Mi maquinilla desechable o "safety razor" y el par de tarritos de champú del hotel han volado. Y Joy es la única persona de fuera que ha tenido acceso a la habitación en el tiempo en que se ha cometido el ilícito. Bueno. Tampoco tiene

más importancia. Esta vez sí le echo a Joy un buen polvazo, el que hace el número cinco de mi secuencia general en Cebú hasta el momento.

La chica de los Guest Services, Beth, me ha causado una profunda impresión; tiene ascendencia española y se le nota por el matiz sugerido de la piel. Dice que tiene novio pero que él no parece tener prisa por casarse; y ella quiere tener hijos, tres o cuatro, me dijo. He hecho idea de dejarle una tarjeta de visita mía por si se le ocurre impulsar la vibración de nuestro primer encuentro. Por la noche voy al Club 99 y, como estaba previsto, Myra no quiere venirse. La sombra del marido japonés es muy alargada y ejerce un inequívoco efecto disuasorio. Pero a la que sí que saco es a su hermana Itel, que va a cumplir 20 años, y con la que disfruto un polvo muy juvenil y vivo. Tiene un orificio estrechísimo que tengo que preparar con el dedo, apuntalar la verga, apretar e introducirla hasta encontrarse alojada ajustadamente, a la perfección. Hace el número seis de los polvos. A este ritmo no forzado sino advenido, de un encuentro íntimo por la mañana y otro por la noche no sé hasta dónde ni hasta cuándo puedo aguantar. Le debo a Itel la candorosa — pero no por ello menos efectiva — complacencia de decirme que soy un "guapito", término cebuano idéntico al del idioma patrio para designar a alguien, varón; lo que en inglés entenderíamos por "handsome".

Quedaría incompleto el reportaje de mi estancia en el Hotel Magellan si no me refiriese a un leve contratiempo, a saber: el sábado 18, a eso de las cinco y media de la tarde contacté con los servicios de atención al cliente del hotel, requiriéndoles hacerse cargo del envío de un telegrama para mi amiga Divina Maraveles, en Dumaguete. Me dicen que no lo pueden hacer porque la oficina de la ciudad no abre ya hasta el día siguiente, domingo; así que mi única opción sería que me lo cursaran por la

modalidad "rush", urgente, en cuanto abrieran la dicha oficina a las ocho de la mañana. Bueno, si no hay más remedio, me dije. Pero es el caso que a las nueve menos cuarto del domingo me informan de Recepción que no pueden enviar el telegrama desde el hotel, y que lo que exclusivamente cabe es que lo envíe yo mismo desde la Central de Comunicación PT & T de la Plaza Osmeña del "down-town". Me levanto apresuradamente, cojo mi telegrama, me meto en un taxi, y lo despacho de una vez. Para sorpresa y estupor míos me dice allí un empleado que la oficina central está abierta de lunes a sábados hasta las diez de la noche; así que no sé de dónde se sacaron los de Atención al Cliente del Magellan que no se había podido enviar a las cinco y media de la tarde. Monté en cólera creo que justificadamente, y más o menos con el contenido informativo que antecede rellené un "complaint form" u "Hoja de reclamación" que dejé allí en Recepción, dirigida genéricamente al Management del hotel.

Domingo 19 de julio. Después del berrinche del envío del telegrama, hoy espero pasar el día enteramente en el hotel, nadar en la piscina, leer la prensa dominical y preparar el ánimo para el viaje de mañana. En Manila me espera Gloria, por una parte; además, contactos posibles aunque improbables con Vangie Cabato, Rowena Dacuyan..., y acaso con Marilou Suan, sin descartar alguna escaramuza con las empleadas del Hotel Silahis, Edith, la camarera, y Emmeri, la niña de Recepción. Todas ellas son virtualidades vivas de divertimento y aventura. Veremos. Veremos. De momento estoy satisfecho con mi comportamiento físico. Parece que el rato de natación me está sentando de maravilla. La piscina es hermosa, rectangular, instalada en el típico espacio ajardinado, con fronda circundante, cerca de la jaula donde se aloja un espectacular ejemplar de tigre de Bengala de 150 kilos de peso, según quiero recordar que rezaba un panel identificativo. Ahora, hoy, domingo 19 de julio, a las 11:30 am.

acaba de romper un intenso chubasco que, unido a las ráfagas de viento, ha nublado las vistas desde la habitación del hotel. Un vigoroso chaparrón tropical, de agua preciosa y limpia, dádiva de purificación regenerativa. Mirando y remirando los periódicos del día, he sacado la cándida pero incontrovertible conclusión de que si Gloria quiere viajar a España, la mejor (acaso la única) manera puede ser a través de algún viaje organizado a los Juegos Olímpicos de Barcelona o a la Expo de Sevilla, preferiblemente la segunda, puesto que dura más y tiene un *appeal* más general, más de masas turísticas. Con los 2,000.- (DOS MIL) dólares que todavía tiene míos debería poder negociar el asunto.

A las 19:00 pm. en el comedor del Magellan, y con motivo de la promoción de la cocina de Singapore que se está llevando a cabo, he charlado con algo así como la embajadora o azafata de y para la comensalía, Riana Ariffin, una preciosa y esbeltísima dama singapureña, toda de encarnado, con la hendidura bilateral del vestido desde algo por debajo de la cadera. Trabaja en el Hotel Mandarín de Singapore. Nos hemos intercambiado tarjetas — ¿para qué?, me pregunto — y me he quedado melancólico ante la fugacidad inexorable de la belleza.

20 de julio, lunes. A las 08:30 am. me telefona Joy para disculparse de no haberme llamado el día anterior, y para decirme que si no me importa que me acompañe al aeropuerto. Le digo que bueno. Esos eran los detalles de brujilla niña que concurrían en Joy y que, a menos de estar uno hecho de piedra, a mí me conmovían. Era la típica perversa ingenua, tal vez inconsciente; de ahí su entrañabilidad. Cuando llega al hotel yo estoy procediendo al "check out", y además observo que Alma, la chica que trabaja en los Guest Services (Departamento de Atención al Cliente) está leyendo el escrito de queja que he formulado respecto del envío del dichoso telegrama. Por supuesto que nunca me creí que mi texto fuese a parar

directamente a las manos del Manager General. Y acaso así ha sido mejor, ya que yo no perseguía de ninguna manera tipo alguno de represalia o de sanción contra nadie; solamente que se dieran cuenta de que lo habían hecho muy mal. A Joy le vuelvo a preguntar si ha sido ella la que me ha cogido la maquinilla de afeitar desechable y los tarritos de champú; y me dice que no. Yo no la creo, es curioso, pero no puedo castigarla. En el camino hacia el aeropuerto le vuelvo a encarecer que lo que tiene que hacer por todos los medios es estudiar; y con cara de niña dolida y reprendida, hiposa y reconcentrada en su reflexión, me promete hacerlo. Le regalo otros 500.- (QUINIENTOS) pesos, lo cual hacen ya cuatro mil justos (veinte mil pesetas) con los que puede pagarse todos los gastos de más de medio curso entero.

Ya en Manila contacto con Rowena y me vuelve a parecer una cachonda viciosilla a quien, por si fuera poco, le gusta el dinero, ya que afina bien el oído cuando le digo que tengo para ella un obsequio transformable en lo que ella quiera, etc,etc.

21 de julio, martes. Mis intentos de conectar con Gloria han sido hasta ahora infructuosos. Opto por dejar una nota en su trabajo. De todo ello saco la clara conclusión de que su menester de cajera en el Araneta Center no digo que no sea pesado, pero que también puede permitirse el lujo de faltar — pidiendo permiso, por supuesto — cuando le da la gana, sin más consecuencias.

Muy raras veces me ponía yo a concienciarme de los gastos en los que había incurrido; a un seguimiento de las finanzas. Supongo que no tendría nada mejor que hacer. El caso es que en mis "apuntes de campo" encuentro las siguientes partidas cargadas a la tarjeta VISA: 1. Billete aéreo Madrid-Bangkok-Madrid: 134,000.- pts. 2. Billete y estancia en Bangkok: 96,000.- pts. 3. Estancia en Cebú: 105,000.- pts. A esto hay que añadir 1,320.- \$ USA *cash* cambiados entre Bangkok, Cebú y Manila.

Por aquel tiempo el dólar USA se cotizaba a unas cien pesetas. En total no llegaba todavía al medio millón, cantidad muy asumible considerando la intensidad de concernimiento y prestaciones que implicaban mis trasiegos. Me falta en este viaje saltar a Indonesia. Luego ya, una vez en Bangkok era como encontrarme en la antesala de España. Reparo en que en Indonesia todavía no he *firmado* en estos dos últimos viajes, ya que toda mi actividad se me ha ido en calentar el guiso sin haber tenido oportunidad de probar una cucharada.

Me fijo en que una expresión incoativa/inceptiva muy corriente del filipino angloparlante es: "I'll be the one to (do it)"... en vez de la más convencional de, por ejemplo, "let me do it", o simplemente "I'll do it". Lo de "I'll be the one to" parece querer indicar cierto afán de protagonismo servicial por parte de estas gentes. Hoy día 22 de julio también, a eso de las 14:00 pm. he puesto el cuarto telegrama a Divina, esta vez a su dirección familiar: Mapang, Rizal, Zamboanga del Norte, por medio de la compañía RCPI, yéndome en persona a la Harrison Plaza y haciendo la gestión. Y por fin conecto con Gloria a través de la información que me presta su tío Lito Abad, pero no es sino hasta el día siguiente 23 de julio, jueves, y no precisamente a las ocho de la tarde, como me había anticipado, sino durante la mañana. Se me había presentado en el Hotel Silahis a las 10:30 am. cuando yo estaba precisamente haciendo una visita a la Adam's Travel Agency, de la calle A. Flores, en el distrito de Ermita. Gloria parece haber adivinado o tal vez descubierto el poder de la sorpresa, y me quiere pescar con las manos en la masa; o sea, con otra tía. Por eso, muy tímidamente y casi por inercia, eso sí, se atrevió a preguntarme "que dónde estaba yo".

Por supuesto que la correspondencia y comunicaciones de todo tipo entre Gloria y yo en los últimos e inmediatos seis pasados meses había sido abundante, yo diría que continua,

empalmándose un envío con otro, en virtud de la tardanza normal del correo. Toda esta batería de actuaciones se dirigía naturalmente a posibilitar que Gloria pudiera salir del país, aunque todo, como hemos estado viendo y terminaremos de ver, sin éxito. Ya con fecha de 24 diciembre 1991, y durante mi anterior permanencia en Manila, los Servicios de Atención al Cliente del Hotel Silahis, y en particular los relativos a viajes y billetes, habían emitido una reserva de pasaje a nombre de Gloria Pineda para el 29 de enero de 1992, y dirigida dicha reserva con todos los protocolos oficiales al Cónsul Honorable de la Embajada española, pues tal era uno de los requisitos para siquiera considerar la posibilidad de obtención de un visado. Ya digo que ninguna de las múltiples maniobras daría resultado, en buena parte por la contumaz pusilanimidad de Gloria, que probablemente calcularía mal los grados de interés que ella me generaba, que eran muy altos, pero no tanto como para llegar a la destrucción consciente del sentido de mi auto-estima. Supongo que esto es la canción de siempre. Lo que ocurre es que cuando uno es el protagonista, el acorde con que se registra el caso parece novedoso, recién inventado. Gloria me seguía escribiendo tirada tras tirada de carta. En las quince largas misivas que conservo de ella para los seis meses y medio transcurridos sin vernos, no me dice más que... más de lo mismo, aunque ciertamente respecto de temas significativos. Porque Gloria realmente me gustaba; era una mujer de su casa; bonita; con una cultura aceptable dadas su condición y circunstancias. Me gustaba, sí. Pero era muy apocada. Pretendía que se lo dieran todo hecho, y en el caso que nos ocupa..., pretendía que yo empleara una bomba atómica (la de empapelarme con ella, previo a todo) en la caza de un gorrion, pues así es como yo siempre veía la desproporción entre los medios a emplear y el resultado a obtener. Pero ahora estábamos juntos, y yo, además

de mis cartas puntuales y de mis faxes, ahora podía contestar en persona todos los asuntos que Gloria me quisiera participar. Tratándose de 1992, mi gran argumento era que si Gloria...¿no podría enrolarse en alguna excursión a la Expo de Sevilla, como se anunciaban aquí y allí en la prensa de Manila? El año era irrepentible, único. Tenían que existir necesariamente viajes "cerrados" de visita a Sevilla, y ya se sabe que para los grupos las exigencias y las pesquisas restrictivas en lo atinente a la concesión de un visado son mucho más flexibles. Yo le había enseñado a Gloria también un recorte del *Manila Bulletin*, del lunes 2 de marzo, en el que se anuncia con todo detalle una romería al "santuario de Torreciudad en España, que será visitado por millones de peregrinos, incluyendo muchos nacionales de Filipinas, en mayo, después de los ritos de beatificación de Monseñor Escrivá de Balaguer en Roma... Los grupos de peregrinos filipinos están siendo atendidos por la Adam's Express Travel Corp (teléfono...) que ha organizado un itinerario que combina los mejores centros religiosos con atracciones turísticas como Lourdes, Fátima y otros muchos". He incorporado una traducción literal del pie de la foto reproducida. Pocas cosas encajaban tan bien. Pocas cosas parecían tan providenciales como ésta. Y en la sección 'Tourism & Travel' de *The Philippine Star* del domingo 19 de julio aparece el artículo "Interest in Seville World Expo mounts: Crece el interés por la Exposición Universal de Sevilla", donde la misma Agencia Adam's Express Travel da todo tipo de explicaciones sobre los viajes de grupo.....

Pues bien, ni siquiera esto. Yo le decía a Gloria que en España, en Madrid tan sólo, había miles de chicas filipinas sin papeles, en situación irregular, y que harían *cualquier cosa*, sí, cualquier cosa subrayado por tener lo que ella ya tenía: una casa, un compañero, una protección, todos los gastos pagados, etc.

Pero ¡quíá! Gloria era como era y no había nada que hacer. Estuvo conmigo el resto de la mañana de aquel 23 de julio, hasta las tres de la tarde. La eché un buen polvo, sostenido, con preservativo, por eso de que "el diablo las carga", aunque ella se adelantó a decirme "que no hacía falta". La dejé sola en mi habitación y me bajé a la Travel Agency del Silahis a ver si podían adelantar la fecha de mi viaje a Jakarta; pero no fue posible, ya que los vuelos que me convenían iban a tope, con muchos más en listas de espera. Volví con Gloria y vi claramente que "lo nuestro" no daba más de sí. ¿Le iba yo a reclamar los... por lo menos dos mil dólares (de los dos mil quinientos que le di) que todavía debería tener míos? Ni ella iba a viajar a España, ni yo me iba a empapelar tan sólo para sacarla de su país. ¿Le pediría los dólares? Pues claro que no, como el lector podrá haber inferido

A eso de las 16:45 pm. recibo una llamada "collect", o sea, a cobro revertido, de Divina Maraveles, desde Dumaguete : preciosa e inquietante sorpresa, que sin embargo sigue aliñándose en el incesante capítulo del juego del escondite y de un principio de conato de calientapollismo. Hablamos durante más de media hora y como no podía ser menos, la cosa queda en suspenso: que necesita la barbaridad de *tres* firmas para obtener permiso para volar a Manila y que lo va a tratar. Al principio me apunta que podría venir únicamente con una compañera, pero yo pongo mi más persuasivo acento para que entienda que eso sería una inconveniencia, y que además yo no estaba dispuesto a pagar los gastos de viaje de su amiga, quienquiera que fuere; lo cual le hace reflexionar, y unido todo al tono cada vez más cálidamente conciliador que acierto a poner en mis palabras, le hacen ver, efectivamente, que puede viajar sola. Queda en llamarme al día siguiente, entre las ocho y media y las nueve de la noche, y mi corazón saborea una vez más toda la gama de regustos y de

responsabilidades. Desde nuestra última comunicación, seis meses y medio antes, y estando yo en Filipinas, hasta este momento objeto de mi relato, yo había hecho llegar a Divina 500.- (QUINIENTOS) \$ USA. Así que creo que concurría en mí cierta congruencia en lo de aspirar a saber a qué atenerme hasta cierto punto con esta chica.

Esa misma noche hablo con Vangie Cabato, ella en Baguio. Ahora resulta que no viene a Manila hasta el 30 de julio, un par de días después de mi fecha de partida para Jakarta; y para más pintoresquismo me dice que actúa en Jakarta a partir del 12 de agosto, también unos pocos días después de que yo me haya tenido que ir necesariamente de allí, porque las fechas no tienen para mí el mismo sentido que para ella. Para mí cada día es un episodio con principio, medio y fin; son 24 horas de peripecia espiritual, de stress y de vivir en punta; mientras que para ella es... un dejarse transcurrir dentro de su tiempo, del tiempo de su ámbito, de su país, de su contexto. Lo suyo era durar simplemente y lo mío era sobrevivir en lucha; de ahí que en mi tiempo no cabían jornadas de espera ni de relleno. Pensé en dejarme caer por Baguio, pero como bien me imaginaba el viaje resultaba terrible. En avión sólo había vuelo por la mañana desde Manila, con salida de Baguio asimismo sólo por la mañana, lo cual destrozaba mi esquema, ya que yo no contemplaba hacer allí noche por nada del mundo. En coche parece que se viene a tardar unas cuatro horas, ocho entre los dos tramos, pero consulto un mapa y calculo que no es posible hacer cada tramo en menos de seis; en total, doce horas, una paliza sorda. Como alivio, me dicen que el viaje es muy "scenic", muy paisajístico. Veremos lo que puedo hacer pero de momento desecho la idea de encontrarme con Vangie ahora que definitivamente he reconfirmado mi billete a Jakarta para el 28. Desde luego que sería un buen golpe psicológico visitarla el lunes 27, día de su

cumpleaños. Pero está escrito que las fechas viables de esta mujer se conforman perfectamente a su destino por el hecho de esquivarse con las mías.

24 de julio, viernes. Mientras espero la llamada de Divina esta noche; mientras asisto al curso de acción que tome Gloria para sus planes; mientras que albergo cierta probabilidad de ir a Baguio a visitar a Vangie; y mientras que no puedo descartar que la montaraz e interesada de Rowena quiera acompañarme para una sesión de sexo compensado por mí con alguna liberalidad... mientras todo esto discurre, deriva y navega indistintamente por los fluidos de mi alma..., estoy aquí en mi habitación 828 del Hotel Silahis escribiendo y llenando mi tiempo. Tengo, sin embargo, un aliento adivinado, una anticipación acuciante de que algo revelador va a sucederme. Y mi espíritu se siente mecido por este pequeño vendaval anudado de emociones. Gloria, sí, ha venido por la mañana, y en vista de que traía una bolsa al parecer con pertenencias, he pensado que se iba a quedar a pasar conmigo la noche. Pero a eso de las 18:00 pm. dijo que se tenía que ir, y me he sentido inmensamente aliviado. Es una buena chica y se lo agradezco. Le había echado un buen polvo por la mañana, nada más vernos, y quedó tocada, satisfecha, realizada. Pienso que lo más humano es regalarle los dos mil \$ USA que todavía tiene míos para que intente regresar a la Universidad.

25 de julio, sábado. Anoche, como me temía, Divina *no* llamó, lo cual reconduce las cosas al primer supuesto negativo que puede accionarse automáticamente en nuestra relación y con el que mi conciencia viene desde hace algún tiempo jugando, a saber : que probablemente me haga el ausente y el sordo desde España alegando que... ¿qué tipo o clase de servicio puede ella imaginar prestarme como libre compensación a la financiación que yo le estoy extendiendo, si ahora que estoy tan sólo a una hora de avión de ella no se las arregla para encontrarse conmigo?

Decido asistir a las 12:00 del mediodía al Festival de Danza Española en el Casino Español de Manila. Allí conozco a Maridel Cruz, una espectacularidad de mujer que interpreta ritmos de pasodobles a las mil maravillas. Creo que me gusta, pero me dice que está casada, con hijos, y prefiero explorar a distancia; es decir, de momento sin concurrir a la fiesta que esa misma noche celebran en la Casa de España, y escribirla desde casa, hablándole de una invitación a Granada o a Alcalá de Henares, por ejemplo. La verdad es que conectamos nada mas vernos en el Casino Español: ella iba vestida de faralás, traje de sevillana en amarillo, vistoso, que le caía muy bien. Nos intercambiamos las direcciones por indicación suya, y fue más tarde, cuando al sugerirme asistir a las 18:00 pm. a la fiesta en la Casa de España, y preguntarle yo que si no prefería venirse conmigo a solas..., fue entonces, digo, cuando me informó, así, como advirtiéndome de "que estaba casada". Me dio un vuelco la cabeza, el corazón y el estómago, todo al mismo tiempo.

Día 26 de julio, domingo. Se me presenta como uno de los menos comprometidos de todo el viaje. Gloria me ha llamado para decirme que viene mañana, lunes, por la mañana. Me parece mejor. He llamado a Maridel Cruz y me informan de casa de su madre que estará fuera, de compras, todo el día, y que luego tiene planeado recibir en el aeropuerto a su marido! Bueno, pues enterado. Ayer por la noche (sábado, ya sabemos), en esa típica mitad maniobra, mitad escaramuza de espontaneidad, conecté con una joven que transitaba más bien apresuradamente por el Hall y el Bienvenida Lounge del Silahis, con una de esas carpetas de ejecutivo. Una pena, porque estuvo a punto de subirse conmigo. Me dijo llamarse Lourdes y ser estudiante, que estaba buscando a un japonés con quien había convenido encontrarse. Me dijo ser de ascendencia filipina y... un término que significaba *musulmán*, no creo que fuese *moro*, ya que este

vocablo me era de sobra conocido desde mi primer viaje en 1983, dado que se aplica a un alto porcentaje de población de la isla Mindanao, sobre todo afectado a las facciones independentistas de los extremistas islámicos de esa parte del sur del país. La chavala tenía bonita cara y el cuerpo lo llevaba recatadamente cubierto con una cazadora de cuero; un vestido como de encaje negro y unos pantalones de tubo ajustados. Experimenté una penúltima y eterna vez más la pugna entre la oportunidad indesdoblable y el tiempo imposible que parecen requerir las cosas. Pero ya digo que todo esto que estoy contando se refería a la noche del sábado, porque el caso es que hoy, domingo, a eso de las 13:30 pm me llama la cachonda de Lourdes — pues ya dije que así se llamaba la chica en cuestión — para que vaya a su casa, no lejos del hotel. Allí me presenta a otras dos amigas, Jill y Lynn. Acordamos venimos Lourdes, Lynn y yo al hotel. Son dos viciosillas que tanto se escudan en su mutua compañía para redoblar sus supuestos melindres con respecto a mí, como todo lo contrario. Las picoteo un poco a las dos pero me corro dentro de Lynn. Les doy la muy jugosa cantidad de 140.- (CIENTO CUARENTA) \$ USA para las dos, aunque la experiencia, muy a mi pesar, no es del todo alentadora. Ahora mismo, a las 18:30 pm. me acaba de llamar la putita de Lourdes y me dice que quiere volver conmigo, ella sola. Parece que se ha convencido de que no había experimentado nunca en su vida una forma tan fácil de ganarse un regalo tan suculento, sin descartar su quimérica ilusión de que le diese ahora a ella ciento cuarenta dólares... Pero yo no estaba por la labor, y le digo que... que primero quiero estar con Jill (a la que me he quedado con verdaderas ganas de follar) y que luego... ya veremos. Y ahora, a las 19.00 pm. siento mi alma asediada por un enjambre de acedías y de desasosiegos.

27 de julio, lunes. Previo a mi partida. Al "toilette" se le llama aquí "comfort room". Gloria ha venido a eso de las 13:00 y se ha ido a las 16:40 pm. Por lo menos es discreta. Creo que he comprado mi libertad, por lo menos mi independencia por dos mil dólares USA, una ganga. Nada como la libertad y la independencia a voluntad. He recibido un telex de Gloria Sanz, mi paisana, desde Jakarta, notificándome que tengo reservada habitación en el Hotel Indonesia. Un pedazo inconmensurable de mujer. He puesto un telegrama a Purnama. He recibido otro de Divina: Excusas pueriles! Dice que me llamó el viernes pasado, cuando yo estaba esperando precisamente su llamada... y yo no recibí tal llamada, y resulta que me encontraba en mi habitación. Una de dos: o me miente Divina; o el sistema telefónico ha fallado exactamente cuando se trataba de que yo recibiese una comunicación. Bueno. Nada a lo que no me estuviera ya acostumbrando por parte de esta chica. A eso de las 19:00 pm., y después de haberlo hecho ya inmediatamente después de marcharse Gloria, telefono de nuevo a las putitas de mis amigas Lourdes, Lynn, y Jill..., y una voz histérica, creo que de Lynn — y después de que otra persona le pasara el teléfono — me chilla que... "Jill doesn't like you... so, so, don't call here any more" ¡Me cago en sus muertos! La típica explosión de despecho de una tía insatisfecha. ¿Quién puede saber lo que ocurrió entre ellas tres cuando se contaran la manera tan fácil de ganarse un dineral? Métase en una mujer rencor, envidia, ofuscación e ignorancia, agítese, y he ahí la bomba atómica de las relaciones humanas. Eso me ocurre por ir por la vida de caballero tratando con putones. Y el caso es que Jill me gustaba cantidad. Tenía cara de adolescente con formas de mujer. Pensé en acercarme otra vez a su casa, en el 1870 de la calle Benítez, distrito de Malate, prácticamente allí mismo. Pero no me atreví, tratándose del último día, no fuese que me viera complicado en alguna

reyerta o en cualquier situación violenta. Así que lo dejé ir. Llamé a Rowena sobre las 19:30 pm., y se puso al teléfono, pues tenía fiebre — dijo — y no había acudido al trabajo. Me alegré de haberla llamado. Quedé bien, sin costarme el incierto compromiso de invitarla. Nos despedimos, supongo que para no volvernos a ver. Es una mujer interesante pero de cualquier modo algo problemática.

28 de julio, martes. Desayuno bien y cómodo, a la carta. Diviso desde la habitación del hotel a dos chalupas, infiero que de nativos, echando una carrera en dirección... hacia el aeropuerto, como si dijéramos. Paso la mañana en el hotel, parte de ella tumbado, por eso de hacer acopio de descanso. El vuelo a Jakarta, estupendo. En el Airbus-300 conozco a la azafata filipina Rosario Pecson, y parece que le caigo bien. Le hago un pequeño juego de palabras con lo de que "me deje rezarla", rezar el rosario que ella encarna... "bead by bead... lingering in the execution", etc. Nos intercambiamos direcciones y hacemos votos para vernos más adelante. Pero me equivoqué, la "ley de Murphy" se produjo con toda la fuerza de su negatividad en mi caso. Lo típico. Yo había enviado un telegrama a Purnama desde Manila, informándola de mi llegada a Jakarta, y con ese contagioso, propagador, gratuito y optimista "wishful thinking" de que pudiera estar recibéndome en el aeropuerto. Era una remotísima posibilidad, pero *era*. Y como siempre, la clave residía en eso: en optar por uno de los ramales de la bifurcación del criterio, para constatar automáticamente que el acierto discurría por el otro. Lo de Purnama era una virtualidad lejanísima. Lo de Rosario tal vez era una virtualidad más contigua, más realizable. Conforme se acercaba el momento del aterrizaje, nuestro rato de conversación, el de Rosario y mío, quiero decir, había alcanzado esas cotas de superación de la neutralidad, que... sin ser nada, es mucho; puede ser todo para un

comienzo. Me había dicho que su padre era juez y que hablaba español. Lo normal. La lengua muerta, de adorno, de la aristocracia. Su residencia familiar se encontraba en Parañaque, uno de los mejores distritos de Metro Manila, ya cercano al aeropuerto. También me había informado de que en Jakarta toda la tripulación se hospedaba en el Hotel Sari Pan Pacific, muy cerca del Indonesia donde yo tenía, en principio hecha mi reserva. Pero eso hubiera importado poco. Después de aterrizar, y ya cada cual con su equipaje, la vi caminar sola, obsérvese bien esto, *sola*, y no lo que uno hubiera esperado normalmente en estas circunstancias, con algún compañero/a de tripulación. Por unos segundos anduvimos paralelos, a unos metros, pero, estúpido de mí, no me decidí a decirle nada, a decirle que si..., bueno, que a mí me daba igual alojarme en un sitio o en otro, y que si ella me dispensaba compañía... Sí, estúpido de mí. Elegí y elegí mal. ¿Quién sabe lo que pasaría por la cabeza de aquella mujer? ¿Pensaría Rosario en mí? Yo le había caído bien, y nunca se sabe, claro. Pero el problema, el desgarró de la decisión tuvo lugar entonces, en aquellos metros de hall de llegada en que ella iba sola, sola y yo iba solo, solo y no me decidí a abordarla. Y creo que ella, como mujer, no me perdonó nunca esa distorsión de la coherencia. Creo que no me lo perdonó, como espero que pondré de manifiesto en mi siguiente visita a Manila..., todo a su tiempo. Allí en Jakarta y entonces, en el momento de nuestra llegada, elegí mal. Por supuesto que ni yo ni nadie podía saberlo, pero es el caso que a los pocos minutos pude constatar que..., aunque me doliera admitirlo, Purnama no estaba en el aeropuerto. Había pecado yo de optimista. Pero, ¿quién en mi situación no hubiera hecho lo mismo, avisar de mi llegada desde Manila? Pues eso es lo que había hecho yo. Lo demás corresponde al infame de.... Murphy.

En el Hotel Indonesia me tienen reservada una habitación con mucho ruido, y me cambio a otra, más tranquila aunque dando a la calle. Tiene un ventilador permanente, y en general la encuentro peor que la que acabo de dejar. A la mañana siguiente me traslado al Sahid Jaya, a 120.- (CIENTO VEINTE) \$ USA diarios. La habitación me gusta, con la única pega asumible de que las cortinas no producen *black-out* sino que son algo translúcidas. Nada más instalarme, mando un segundo telegrama a Purnama informándole de mi nuevo acomodo; y un primero a Roy Hanun, cuya patrona me había advertido, al llamarla yo desde el Hotel Indonesia la noche anterior, que Roy estaba en Sumatra. Me encuentro con mi paisana Gloria Sanz y la pongo al tanto de todas mis actuaciones, andanzas y planes. Llamo a Eli Fude y dice que irá a mi hotel a eso de las 16:50 pm., pero resulta que no puede, y dejamos el encuentro para desayunar juntos al día siguiente a las 07:30 am. Mi relación con esta familia no podía arrojar nada fuera de los límites de lo urbano y de lo quijotesco. Jack West y yo habíamos saludado en un viaje previo mío al padre y a la hermana pequeña, Anna, que era la que primeramente aparecía en los repertorios de pen-pals de Jack. En una carta de 20 de mayo la hermana mayor, Eli, coge el testigo de la función epistolar de la pequeña Anna. Es un texto amable, un tanto protocolario, en el que se dirige a mí en todo momento como Mr. Orea. Acusa recibo de mi regalo de suscripción a *National Geographic*. En casos así dicho detalle era el mejor embajador de buena voluntad. Yo abría el camino dando algo sin pedir nada, y en el peor de los casos, en los supuestos en que el asunto pen-pal no prosperase siempre se me recordaría como el primero que ejerció la cortesía social del obsequio. Eli me dice: "I would be pleased if you can contact me after you arrive in Jakarta, then we can arrange an appointment"... Unas líneas más abajo insiste: "Well, Mr. Orea, I

think this is the beginning for our relation and please do not hesitate to ring me as soon as you arrive in Jakarta"... dándome toda suerte de particulares sobre sus horas operativas y su número de teléfono. Y eso era justa y precisamente lo que yo había hecho: contactarla; y ahora nos hallábamos tomando el desayuno a una hora bastante temprana en la cafetería del Hotel Sahid Jaya. Eli es majilla, pero no creo que atice yo el fuego del interés. Yo había conocido al padre, de forma que lo que pudiera haber de "cosa" en este asunto quedaba ya de origen intervenido por la institución de la familia. Además, mi valoración de cualquiera de estas chicas se autorregulaba automáticamente por el concierto que cada una de las demás hacía sonar en mi alma. No tengo apunte ninguno sobre si llegué a hablarle a Eli sobre la posibilidad de venir a España, siendo como ello era mi proposición estelar. Nos despedimos con esas fórmulas vagas, convencionales y abiertas..., mejor dicho, cerradas en la práctica a cualquier desarrollo ulterior. Llamo a Jack West y me informan de que su familia, o sea, la de su mujer, los Zacharias ya no viven allí donde antes..., así que adiós teléfono. Pero voy a verle el día 30 por la mañana. Pongo un tercer telegrama a Purnama, pues no quiero arriesgarme a plantarme en su casa sin saber si está. Pongo un primer telegrama a Ariyani... Pero, ¿quién es Ariyani?, se preguntará el lector. Pues esta chica era una espontánea que había visto mi nombre en los directorios de Jack, y de los que había pedido yo a Jack reiterada y encarecidamente que me retirase. La parte más natural y primera era contestar: menos de eso tenía que entenderse como carencia de urbanidad y falta de estética. Pero en mi caso todas y cada una de mis corresponsales, por el original de serlo, ya eran acreedoras de una instancia volitiva mía de conocernos en persona. Y a estas alturas de la película cualquier amistad de fuera de Jakarta representaba una cuota de impotencia por mi parte prácticamente

insuperable. Ariyani me había escrito una primera carta el 23 de diciembre de 1991 que yo contesté el 11 de enero 1992. En ella me decía tener 19 años, medir 1'57 y pesar 50 kilos. En estos momentos vivía en Ujung Pandang, en el extremo más meridional de la isla Célebes. En una segunda carta de 5 de febrero 1992 (contestada por mí el 5 de marzo) me envía una foto, vestida como de colegiala, con falda azulada lisa y camisa blanca. Ariyani era morena de pelo y muy clarita de piel. Me escribe en un papel de tienda con la leyenda: "Do you feel my heart beating?" en letras gordas en el margen. Su inglés es muy justito pero suficiente en lo básico. Eso sí, hay frases que tanto su caligrafía como su sintaxis se encargan de no dejarme entender. Todavía se halla en Célebes y me dice que puedo ir a verla: "You can to pay a visit". Me da el número de teléfono de su tío. Y por fin en su carta postrera de 17 de junio me informa de que se ha mudado a Bandung, relativamente cerca de Jakarta. Me acusa recibo de mi regalo de suscripción a *National Geographic*, y me hace saber las señas de su Residencia junto con un nuevo número de teléfono. Además, me incluye dos fotos en color: una, subida en una moto estacionada, graciosa y juvenil; otra, con una falda negra y una blusa de rayas blancas, verdes y rojas, probablemente de batik. Esta chica me cayó bien desde un principio. Nunca me pidió nada ni hubo un solo punto en sus cartas por el que pudiera escaparse una insinuación de que yo la ayudase con dinero alguno. Me hacía vibrar y encendía naturalmente en mi conciencia un hogar que se resistía a apagarse. Por supuesto que yo estaba a tope. Por supuesto que yo no podía abarcar más, mucho menos apretar. Pero la realidad estaba ahí. Yo me hallaba en Jakarta y ella se hallaba en Bandung, a una media hora de avión. Los poderes sobrenaturales que nos gobiernen bien saben que lo intenté. En el telegrama que le envió me permito encarecerle una serie de detalles

conducentes a que tanto ella como yo contemplásemos la posibilidad de encontrarnos, bien mediante mi traslado a Bandung, bien mediante su venida a Jakarta. Ya digo que lo intenté. Precisamente en el reverso del papel de su última carta, que yo me había llevado como referencia irrefragable, había anotado los particulares de los vuelos. Se salía del aeropuerto doméstico Halim Perdana Kusumah, en el sector suroriental de Jakarta, al final de la autovía Raya Halim. Algo tuvo que ocurrir, de eso no me cabe duda, por el lado de las incompatibilidades horarias. Yo sólo podía emprender una visita a Bandung teniendo asegurado el regreso a Jakarta en el día. Y eso, por las razones que doy como sobreentendidas, no parece que fuera posible. Ariyani había sido mi última amistad, por libre, un poco fuera de sazón, como excrecencia de la voracidad conectiva implementada por Jack West. Y sin embargo, sentía que me había encariñado con ella; mejor, con la idea de aventura espiritual que ella encarnaba; había llegado con el control cerrado, fuera de operatividad, pero aun así percibía yo que se había acomodado en los universos de mi afectividad, como una criatura que, venida a destiempo, recogía liberalidades inéditas.

Pongo un telegrama a Chypriana el día 30. La informo de que he llamado a su hermana Theresia al Banco, y que allí a su vez me han dicho que la han trasladado a Yogyakarta: "I'd love to meet you again, Chypriana, and invite you to dinner, for instance", sigo diciéndole, al tiempo que le pido el teléfono de su trabajo y otra serie de instrucciones. Me estoy aficionando a lo de los telegramas, pero también me doy cuenta de que en Indonesia es una de las pocas maneras fiables, por no decir la única, de hacerle llegar a alguien una noticia, un recado, ya que la gente normal no suele tener teléfono privado. El servicio del telégrafo tiene aquí un precio razonable y la ventaja psicológica de comportar cierta dimensión de urgencia y de interés por parte

de la persona que los pone, conciliando y predisponiendo así a la otra parte a sentirse en la tesitura de dar señales de vida. A las 20:30 pm. del jueves 30 de julio me llama por fin Purnama para decirme que recibió mi segundo telegrama — en realidad le he enviado tres —, y como no nos podemos entender del todo bien por teléfono, aunque su inglés ha mejorado algo, quedamos en que vendrá al día siguiente a mi hotel, me parece captar que acompañada de una vecina, a eso del mediodía. Veremos lo que resulta.

31 de julio. Hoy a las 10:00 am. creo que tengo desplegada toda la red de incumbencias y notificaciones en Indonesia. Purnama debería venir. Ariyani está informada. Roy también. Chypriana recibirá en cualquier momento el telegrama. "La cachonda de Merci Luciana sigue en la reserva de todas las coyunturas. La recogida de fruto no puede hacerse esperar y en eso estoy". He trasladado la textualidad literal de las notas de viaje a estas páginas con el fin de confesarle al lector que, raras veces, cuando se trata de desarrollar tales apuntes para la redacción de la viñeta o capítulo que fuere, me encuentro con algún nombre o detalle que se resiste a su identificación articulada. La tal Merci Luciana ilustra uno de estos supuestos. Quiero creer que trabajaba de camarera en el Hotel Indonesia, y que en mi desayuno del segundo día, antes de trasladarme al Sahid Jaya, charlamos y tuvimos el típico cambio de impresiones. La recuerdo algo desdibujadamente como una chavala maciza, guapa. No sé si en aquella primera ocasión ya, y al hablar sucintamente de los temas inevitables (país de origen, nuestros respectivos nombres, dirección y teléfono donde poderse encontrar y comunicar, et.)... no sé, digo, si entonces, y a la pregunta convencional mía, me dijo que era "muslim". En su momento se desvelará la relevancia general de esta particularidad. El caso es que dicha Merci Luciana se incorpora a

mi gineceo virtual y así queda recogido. Ya apunté anteriormente que los hoteles Indonesia y Sahid Jaya distaban no mucho el uno del otro, pues la Avenida Thamrin del primero era la continuación inmediata de la Avenida Sudirman del segundo.

Entretanto me vienen reflexiones que acaso haya ya anotado en anteriores viajes: Indonesia despliega en todas sus prestaciones turísticas de alto nivel un recargamiento y una suntuosidad palmarios y al mismo tiempo carentes de la precisión y acabado que otorgan la veteranía y el rodaje exigentes. Ejemplos: el papel de cumplimentación del Hotel como establecimiento turístico, es de primera calidad; en él estoy escribiendo, haciendo caso omiso de los membretes. Pero la tipografía de los folletos y revistas de promoción publicitaria del mismo hotel tienen la característica presuntuosa, chillona y pesada del cuché reluciente y satinado, al tiempo que los detalles de la encuadernación son chapuceros, de principiante. Los gorros, los arcos, los uniformes de los empleados son exuberantes, conspicuos, llamativos. La decoración, en cuanto a figuras, tiende a lo distorsionadamente gesticulante, y muchos elementos ornamentales revisten las formas desmesuradas de plantas o especies vegetales. En Indonesia se conduce por la izquierda. El principal problema con los taxis es que casi todos tienen los asientos recubiertos de plástico (por eso yo llevo conmigo una toalla del hotel). Aunque son relativamente baratos, pues la bajada de bandera o tarifa inicial es el equivalente a unas 45 pesetas, resulta que la circulación en Jakarta adolece de gigantismo mal organizado: casi todo el tráfico se desarrolla por unas cuantas avenidas, y ocurre que para trasladarte tan sólo ochocientos o mil metros en una dada dirección, a veces hay que recorrer varios kilómetros para encontrar los giros en U correspondientes. La mejor compañía de taxis es la "Blue Bird" ("Pájaro azul"). Volviendo a la exuberancia ornamental de estas

gentes, ésta se deja notar en los cartapacios con la especificación de los servicios del hotel que te dejan en las habitaciones: color verde reluciente con estampados y láminas de temática fabulosa: monstruos, dragones, árboles, escenografías profusas y fantásticas, todo en flagrante hipérbole. Indonesia viene a ser Thailandia a lo basto, a lo sin pulir. La gente, eso sí, son acogedores y simpáticos. Las chicas, las mujeres a veces son las que primero interpelan a algún turista y le preguntan esto o lo otro, y si viene al caso le piden abiertamente que les escriba: así fue con el tipo anglo-parlante que coincidió conmigo en la ventanilla de cambio de moneda del aeropuerto: oí claramente cómo la funcionaria — más bien feuchilla, la verdad — le preguntaba si estaba o no casado, y de ser esto último, que le escribiera y que se comunicara con ella. El hombre, contemporizando, le dijo que... sí, que bien, que bueno... que le mandaría una postal. Parecía australiano, neozelandés o algo así.

Efectivamente, las hermanas Purnama y Elbi vienen a verme... y a comer opíparamente. Están las dos esplendorosas, pero la realidad de poder tener acceso íntimo con una cualquiera de ellas está cada vez más nebuloso. Este es un país enormemente difícil — y en esto sí que es comparable con Thailandia — para el tema del abordaje en regla a una mujer... que no sea mercenaria, y aun este aspecto hasta el momento en que esto escribo me es desconocido por completo en Jakarta. Mi comunicación con Purnama había sido frondosa desde nuestro último encuentro siete meses atrás, como tal vez recuerde el lector. Por supuesto que yo me estaba comportando con la niña Purnama de manera regia y munificente. En su carta de 14 de febrero me hace saber, sobre todo, que se han mudado a una vivienda más grande, pero en Tangerang, una población pedánea de Jakarta a unos 15 kilómetros. En la de 28 de marzo me sigue diciendo... que la ayude en todo y para todo; que le hace falta

dinero para enfrentarse a sus gastos de estudio, libros, etc. Ya digo que en casos así, cuanto más inexistentes sean las posibilidades de engaño en que yo pudiera incurrir, con mayor delectación me hacía el crédulo y el complaciente respecto de las peticiones de Purnama. Recordaba la prístina epifanía que habían supuesto las dos o tres veces que nos habíamos besado en plena calle durante mi visita anterior. Aquella niña, igual de femenina y naturalmente perversa que cientos y cientos de millones de otras criaturas en cualquier cala sincrónica de la historia del mundo, sin embargo me embargaba; me había alcanzado su simplonería, el bienestar que yo gratuitamente suponía que causaría en su alma hacerle suponer que sus razones me movían a mí a hacer... lo que hacía con ella, obsequiarla con envíos de dinero, etc. Sí, me encantaba propiciarle pensar que yo me creía sus argumentos que por supuesto, sin dejar acaso de ser la pura verdad, tampoco dejaban de formar parte de su problemática intransferible. El caso es que con fecha 15 de abril le hago una transferencia de 300.-(TRESCIENTOS) \$ USA al número de cuenta que me había hecho saber, todo lo cual se lo comunico y anuncio en carta simultánea. En la suya de 10 de mayo me dice no haber recibido el dinero, y yo me enfado un poco. A vuelta de correo le envío una fotocopia del resguardo con todos los particulares de la cuenta corriente a la que, según sus instrucciones, efectué la transferencia. Hay cosas que son posibles pero altamente improbables. Y una de ellas es que una gestión rutinaria y boba entre bancos no funcione. Por fin, y en carta de 17 de junio la mujer me aclara todo. Me dice que de no haber sido por mi envío del resguardo certificado de mi Banco..., que tal vez se hubiera evaporado el dinero!! Prefiero transcribir sus propias palabras: "If you didn't send the receipt may be the money is gone". !Me cago en la puta que parió a los indonesios que pudieran haber tenido parte en semejante cabronada; Pues

menos mal que se me ocurrió enviarle el documento a Purnama. Al final de su carta, y así, como cogiendo toda la confianza que yo le iba dando, me sugiere que a ver si le puedo llevar como regalo un reloj de pulsera [Y bien que lo hice: un Casio de dos mil pesetas, yo diría que idéntico o muy parecido al que yo usaba entonces y sigo usando]. Y en este punto es donde nos quedamos: en que las dos hermanas estaban rutilantes y en que yo no vislumbraba manera racional de abordar íntimamente a ninguna de ellas. Convinimos, en que iría a verlas algún día. Ese día nunca llegó, y ahora, aquí en mi casa de Alcalá de Henares, diez y seis años justos después de aquel último encuentro me dispongo a extender el acta de defunción de aquella mágica amistad, en razón de las comunicaciones que a continuación voy a reseñar. Como el lector constatará dentro de pocas páginas yo salí de Jakarta unos cuantos días más tarde, sin ganas y sin que me asistiera la más mínima dosis de congruencia como para decirle a Purnama que me iba. Indonesia se había terminado como país material, quiero decir, como territorio físico, geográfico que yo volviera nunca más a visitar. Cualquier desarrollo ulterior que tuviera que ver con lo indonesio tendría que venir, si venía, de Indonesia hacia mí, hasta mí en forma de visita de quien fuere. Porque yo nunca volvería a poner pie en dicha parte del planeta.

Con fecha 20 de agosto 1992 me llega una... esperada carta de Purnama, rebosante de acentos de... supuesta perplejidad y de preguntas quejumbrosas: que qué me había sucedido; que si tenía algo contra ella; que me llamó al hotel en tal fecha..., y un largo etcétera de reflexiones fútiles y a destiempo. En el momento en que recibí esta carta de Purnama, ¿qué sentido hubiera tenido haber comunicado con ella por teléfono, por telegrama, etc. y haberle dicho que las cosas tienen un principio y un fin; y que este fin se produce aún más pronto de lo esperado cuando no se

cultiva el principio? Con todo, y para que pueda comprobar el lector el grado de ... (de verdad que no estoy seguro de que ningún término pueda albergarlo con mediana propiedad, con asumible justicia)... encariñamiento; no, de infatuación... tampoco; de ganas de que alguna criatura necesitada fuera la receptora de mis excedentes de ternura, de liberalidad, de altruismo, de filantropía..., todo junto y acaso revuelto, como respuesta a su carta de 16 de octubre en que me pide que siga costeándole el curso de ... no sé qué, yo le envío con todas las bendiciones bancarias y certificaciones protocolarias quinientos dólares, una cantidad creo que bastante airosa y al mismo tiempo sólida. Por supuesto que el *leit-motiv*, manifiesto o tácito, de mi relación con Purnama, sobre todo después de vernos en Jakarta junto con su familia y de hablar del tema, era que contemplase la posibilidad de pasar en España conmigo unos días. Lo de siempre. Yo le había confeccionado una carta de invitación, etc., etc. Pero es que además Purnama me había hablado en más de una ocasión de que un pariente suyo, más bien cercano por la sección del marido de su hermana, trabajaba para las líneas nacionales Garuda. La cosa no podía encajar mejor. Yo recuerdo haberle propuesto en presencia de su familia los detalles simples del viaje, toda vez que tanto ellos como yo conocíamos la red de cobertura de Garuda. No puedo precisar ahora, pero llegué a comprobar que con un solo transbordo podía plantarse en Madrid. Bien. Si el lector me ha seguido siquiera en alguna mínima parte de algún tramo de mi vida de adulto, habrá podido constatar que esto de los billetes prepagados y de las invitaciones a gente del extranjero aparece como una de las asignaturas más repetidas y trilladas de mi *syllabus*. Por razones inteligibles pero carentes de coherencia y de fundamento, la familia de Purnama veían lo de que la niña viajara como una quimera. En carta de 24 de mayo 1993 Purnama me escribe: "Frankly I want to go to

your country but my family don't agree". Por descontado que yo contestaba las cartas de Purnama si no a vuelta de correo sí con una escrupulosa diligencia. En su última de 12 de diciembre 1994 me dice..., bueno, me dice ese tipo inevitable de cosas cuya lectura en cualquier tiempo despliega sobre mi conciencia esos sabanazos de pesadumbre y de hastío, de fe y esperanza en la condición humana junto con la mayor de las desganas y el mayor de los deseos de darme de baja de todos los menesteres. Me dice que me quiere ver. Me pregunta que si la recuerdo. Me informa de que ha empezado a trabajar en la agencia turística Travel Bird; de que su hermana Elbi se ha casado, y de que su otra hermana, Sinurmala, tiene teléfono ya en su casa, al que puedo llamarla. El 28 de enero de 1995 la contesté. No recuerdo lo que le dije.

Después de una trabajosa operación telefónica de búsqueda, Merci Luciana viene a cenar... con un primo suyo (!) a eso de las 19:30 pm. Acordamos que me vaya a visitar ella, sola, al día siguiente 1 de agosto, sábado. Veremos. Recibo una llamada telefónica de Cecilia Christina, hermana de Theresia y de Chypriana y me informa de que Theresia está en Yogyakarta (cosa que ya sabía y que no lamento), y de que Chypriana ya no vive con su madre, porque se ha casado y está no sé dónde, qué más da (cosas que no sabía y que sí que lamento). Hago una última mostración de quijotismo de aventura y le digo a Cecilia que puesto que sabe donde estoy..., que puede venir a verme, prácticamente cuando quiera, previo aviso. Parece no estar por la labor, aunque amablemente a preguntas mías me hace saber que Theresia sí ha recibido y continúa recibiendo los números de mi suscripción de regalo a *National Geographic*. Bueno. Pues otro asunto menos. Theresia me escribiría un par de cartas más aún : en la de 17 de julio 1992 (que por supuesto recogí al regresar de mi viaje) me notifica su traslado a Yogyakarta y la boda de

Chypriana el 17 de junio. Me dice que la encantaría que fuese a visitarla a Yogyakarta. Seguro que sí; tanto como a mí me gustaría tener algo de Superman, de Juan Centella, de El Guerrero del Antifaz, y de Buffalo Bill, por ejemplo y todo junto. Y como final, en su carta postrera, sin fecha, de finales de 1992 [contestada por mí el 21 de enero 1993] me dice que le gustan mucho las revistas *National Geographic*; que Chypriana está esperando un bebé para junio; y que si la visito en Yogyakarta, que la lleve chokolatinas. Theresia — no sé si lo he llegado a decir en algún sitio — me había enviado al principio de nuestra correspondencia dos fotos en color: se trataba de una niña graciosa, no podría decir que de atracción magnética, pero sí guapita, con una expresión como de pajarito, rostro en el que se presentaban rasgos malayos, índicos, en tonos muy claros. Prefiero conservar de ella estos detalles infantiles, y ójala que las salpicaduras de la cruda realidad no hayan llegado a malograrlos nunca.

Jack West me llama y quedamos para después de las 21:00 pm., justo después de marcharse Merci y su primo. Me confirma Jack que su mujer Liza y su cuñada Lenny vendrán al Hotel el domingo 2 de agosto, a las 10:00 am. , a la piscina. Me parece bien. Hablamos de su informe "How & what to write to Asian Women", que encuentro bastante bien en líneas generales. Nos quedamos hablando hasta las 23:00 pm.

1 de agosto, sábado. Me da miedo ponerme a hacer visitas en la calle porque termino deshecho con el calorín metido en todo el alma. He llamado a Roy, y la voz de su patrona, la misma del otro día, me informa de que aún no ha regresado de Palembang, cosa que prefiero, ya que así me deja margen para ejecutar mi, todavía y entonces, previsto viaje a Bandung. Pongo en conocimiento de dicha señora que me hospedo en el Sahid Jaya Hotel, como ya le había notificado a Roy en telegrama. Me

dice la patrona que cree que llega al día siguiente, domingo día 2. Estimo que es aquí y no antes ni después cuando procede reseñar la única carta que había recibido en España de Roy el 26 de marzo, y contestada por mí en esa misma fecha. Me agradece mucho el cassette [así pues, yo le había enviado un cassette, supongo que musical, por el que ella tuvo necesariamente que haber mostrado interés] y lamenta no regalarme nada por desconocer lo que pueda yo desear de Indonesia [Pues nada, corazón; si a mí me sobra todo, y más si estás pensando en cualquier cachivache] "I want to meet you too sometimes, and I want you as a foster father and my friend, if you don't mind" — me dice. He aquí una frase cuajada de significados proyectivos e inquietantes. Lo de "padre adoptivo" encajaba perfectamente en el esquema de amplio espectro que yo me había planteado siempre en mi relación con chicas sensiblemente, abultadamente más jóvenes que yo en edad. La frase compendia lo que cada cual pueda querer y desear que compendie, con arreglo a su cosmovisión y a sus expectativas con los demás. Pero el caso era que en mi supuesto el término "foster father" se acoplaba con especial fortuna. "I'm wait your letter always". Lo justito de su inglés queda compensado por la formidable carga de concernimiento que se encierra en la frase. La carta entera rezuma interés e incumbencia. Nuestro encuentro de hacía siete meses, sustentado por esta única comunicación por parte suya, parecía seguir dispensando la misma frescura emotiva que cuando se produjo. Yo le había caído inmejorablemente a esta chica y ella no me había caído aún de ninguna manera, porque constituía sólo un piñoncito en toda la correa de transmisión de mi aventura espiritual. Me halagaba enormemente que alguien como Roy buscara mi alianza, mi concurso. No había duda de que en el panorama de mis otras amistades Roy se destacaba como algo distinto. Ni en broma me hubiera parecido posible

encontrarme su nombre y su foto en una lista de pen-pals. La familia de esta chica yo creo que se acomodaban en la franja más alta de la sociedad indonesia, económicamente hablando. Con Roy no hubiera tenido que preocuparme de los temas que, prácticamente con la totalidad de mis otras relaciones, estaban a la orden del día, a saber: envío constante de recursos, necesarios o no, pero en todo caso solicitados por mis correspondientes. Roy era un futuro virtual perfectamente realizable, ahora, en razón de la perspectiva que pone a todas las cosas en su sitio. Pero fue cuestión de acertar o de no acertar. Y yo no acerté. Lo vamos a ver inmediatamente.

Me parece que tal y como se va organizando este día 1 de agosto, sábado, voy a irme a la piscina algo más de tiempo que lo planeado, y luego voy a esperar a la imprevisible de Merci, a ver lo que pasa. Estoy echándome una siesta temprana cuando me llama Eli Fude en plan exploratorio, y creo que consigo hacerle ver que me la quiero follar, que decida ella y que me avise cuando le convenga, si es que la conviene. Me voy definitivamente a la piscina: una delicia de agua templada tirando a caliente, casi tanto como la termal de Alhama de Granada. Veo que es costumbre un tanto zarrapastrosa aquí que algunos hombres se bañan con los calzoncillos a guisa de bañador: eso hace un tío que parece japonés, acompañado de una... ¿japonesa? bastante más joven que él y de cuerpo atractivo. Sobre el tema de la falta de rodaje de esta gente en cuestiones de detalle es llamativo la cantidad de erratas de imprenta que tienen las publicaciones publicitarias que en el hotel ponen al alcance del cliente, por ejemplo: muchas palabras en inglés carecen de alguna letra, cuando no es una forma verbal la que aparece totalmente incorrecta. Esa misma tarde, después de la piscina, me ducho y me doy de champú en el pelo. A las 18:35 pm. en punto no puedo aguantar más y en vista de que

Merci no viene pido la cena. Al cuarto de hora o así... me llama para decirme que irá con una amiga a eso de las 19:30. Llega mi cena. Se va el chico con el encargo de traerme otro bollito de pan, y menos de dos o tres minutos después llaman a la puerta. ¡Qué rápido! — pienso; a menos que recogiera el bollito de pan de algún servicio terminado, de algún carrito por el pasillo. Abro... ¡y es Roy Hanun y otra amiga, Hatti! Les digo... ¿para qué?, que otras dos chicas están por venir, así que vamos a ser cinco. Me viene a la conciencia el gran chamán Antonio Enrique y sus enormes lecciones de naturalidad para casos así, y me esfuerzo en ponerlas en práctica. Definitivamente yo le gusto a Roy y la atraigo. Es inconcebible que ninguna joven en este país se presente en la habitación de un hotel sin previo aviso, aun yendo acompañada. Teóricamente según la patrona, Roy no llegaría hasta el día siguiente, lo cual consentía cualquier explicación: que Roy hubiese efectivamente adelantado un día su viaje; o que su patrona hubiese dado por hecho que Roy, aun llegando el sábado, hoy, no estaría en condiciones de visitarme ni a mí ni a nadie hasta el domingo. En cualquiera de estos supuestos lo que quedaba evidenciado es que esta chavala sentía algo hacia mí que la había impulsado a acelerar nuestro encuentro. Roy hace gestos de gata tímida y pudorosa porque su inglés — unido todo a su natural poquedad comunicativa — sigue siendo limitadísimo. Su compañera Hatti, reportera y fotógrafa, está bastante buena. Se le aprecia el volumen de los senos, y es esbelta. No sé a santo de qué se propiciaría el tema, pero el caso es que dejé anotado que tenía 28 años, señal de que lo tuvo que declarar ella misma.

A la hora prevista aparecen Merci y Gina (Regina), colega de trabajo de Merci en el Hotel Indonesia. Gina es una preciosa jovencita, hija de nativa y holandés. Se improvisa una cena para las cuatro, ya que yo había terminado hacía un ratito. Se arreglan

bien y... qué remedio, pronto conectan...o fingen conectar. La maestría de Antonio Enrique en cuanto a espontaneidad, queriendo presidir todo. Estando los cinco en mi habitación me llama Cecilia Christina, la hermana de Theresia y Chypriana, y me da el teléfono, que ya tenía yo, no del domicilio de Theresia en Yogyakarta (porque supongo que no tendría) sino el del trabajo en el Banco. Otra llamada, esta vez por error, incrementa el cupo de atención que tuve que dedicar al teléfono, unido a los pedidos que, según las necesidades de mis comensales, teníamos que ir cursando al Room Service. Roy y Hattit se marchan a eso de las 22:00 pm; las acompaño hasta el Hall y subo a reunirme de nuevo con Merci y con Gina que se habían quedado con toda normalidad en mi habitación. Ahora me cercioro más acuciantemente si cabe, de que Gina es devastadoramente atractiva, femenina, agraciadísima, educada, con un inglés bastante aceptable. No lo puedo remediar: me enamoro perdidamente de ella. Intercambiamos direcciones, y de verdad que desde ese momento no se plantea mi alma otro horizonte que el de quedarme con esa chica. Se van a eso de las 22:45 pm. y después de despedirlas me subo ya decididamente a mi cuarto, paso el recado de que retiren todos los cacharros de las cenas, me quedo solo y abrumado por tanta desgarradora emoción, me doy una ducha y me meto en la cama.

2 de agosto, domingo. Liza y Lenny llegan a las 10:30 am. y nos vamos a la piscina. Allí estamos el resto de la mañana. Al marcharse éstas y mirar yo en Recepción observo que tengo un recado en mi casillero: es de Roy y de su amiga; que no vienen..., bueno, prefiero transcribirlo originalmente: "We cannot come to your hotel, because we have to go to Bandung. Thank you. Wie [bye]". Pocas cosas más secas y más terminantes había leído yo. De momento, según reza el texto de la nota, yo debía haberlas invitado el día anterior, tal vez con el

inútil propósito de enderezar lo irremediablemente torcido. Aquel telegrama era el final de todo. No sabía si lamentarlo o celebrarlo. La irrupción de Gina en el panorama de mis tropías transcendentales, en cierto modo me había dejado sin capacidad ni de alegrarme ni de compungirme por ninguna otra cosa. Por supuesto que apelando a un mínimo irrenunciable de raciocinio, lo de Roy había significado un fracaso de pura y mala suerte. El azar no quiso hacer un pequeño regate con las categorías de espacio y tiempo, y provocó el encontronazo de Roy con todas aquellas otras incumbencias espirituales mías. Y por si fuera poco, cuando estábamos los cinco en la habitación me llama, como recordamos, la hermana de Theresia y Chypriana. Demasiado. El asunto ya no da más de sí. Una mujer despechada en sus expectativas, lo único de lo que es capaz desde ese momento es de arrojar malquerencia, desdén y desapego por todos los bordes de su conciencia. Lo que no pudo ser no pudo ser. ¡Tanto fue el cántaro a la fuente...! Y el caso es que Roy me había gustado..., me gustaba todavía..., había encarnado un paradigma distinto de novia, pudiente e independiente. Roy sí que hubiera podido visitarme en España sirviéndose de las prestaciones directas o delegadas de las líneas Garuda. Hubiera sido el primer caso en la historia de mi corazón en que no hubiese incurrido yo en los trámites, no por consabidos menos penosos, de obtención de billete, gestiones, confirmaciones, reconfirmaciones, etc. Si en una fórmula de simplicidad imposible (imposible por inaplicable en mi caso) se quisiera plasmar la veracidad del argumento, diríamos que Roy era una buena proporción, un buen partido. Su historia ilustra uno más entre los incontables ejemplos de incompatibilidad organizativa; porque a lo largo de un día entero había más que tiempo suficiente para que todas y cada una de las visitas y de las llamadas se hubieran acomodado en el módulo que mi alma

podía controlar sin violencia de principios. Pero no pudo ser... y no fue!

Reparo en que no son aún las 15:00 pm y llamo a Regina Roshita (pues tal era el nombre completo de pila de Gina) al Indonesia Hotel: Se ha ido ya; Supongo que también aquí habría intervenido algún tropiezo del azar perverso, porque si yo la llamé a esa hora al Indonesia, es porque había recibido de ella instrucciones al respecto, y por las cualesquiera razones Gina había salido de trabajar algo antes. ¡Cómo lo sentí! Quería invitarla a cenar, por todo lo alto: dejo un recado de que... por favor me llame cuando pueda y quiera; a ver, la típica patada de impotencia a la luna. Esta tarde del domingo 2 de agosto la estoy pasando solo. He comido a eso de las 16:15 y he enchufado la TV por lo de los Juegos Olímpicos. Los indonesios no dejan de recordarnos que disponen de un buen equipo de *badminton*, la gilipollada esa de la bolita florero pasando por encima de la red. Luego he bajado al *lobby*: había una boda, con todo el enorme ritual de esta gente: procesión de invitados, damas de honor, acompañantes, etc. Los hombres vestidos de zapatillas o babuchas abiertas por detrás, como chancletas, negras, con la falda esa de batik, y ciñéndose a los riñones una especie de daga o alfanje.

3 de agosto, lunes. Vuelvo a reparar en que la gente del Far East, tan acogedores como son, no esperan sin embargo a que los pasajeros del ascensor salgan para meterse ellos, lo cual produce algún amago de colisión. Cuando uno pregunta en Recepción si ha habido, si le han dejado algún recado, la persona empleada de dicho servicio suele decir: "Not yet", infiriendo que se espera algo favorable. En tales casos mi apostilla invariable es: "That's just fine: No news, good news". Por la mañana, y así como para proporcionarme la seguridad metafísica de que estoy disparando el último cartucho, llamo a Ariyani, a Bandung. Me informan de

que está precisamente en Ujung Pandang, por lo que no parece posible que haya visto mi telegrama. Doy el asunto también por zanjado y cierro otra cremallera. A continuación me voy a la dirección de Gina Roshita, en un taxi, claro. El plano de la ciudad de Jakarta que me compré, de aproximadamente un metro cuadrado, resulta que no está provisto de índice de calles; así que la localización de unas señas cualesquiera deviene en la práctica punto menos que imposible. Pues ahí tenemos otra de las mamarrachadas chapuceras y sobre todo absurdas de esta gente. Menos mal que los taxis abundan por doquier y no son caros. Recuerdo que el barrio donde se hospedaba era algo destartado. No conservo más detalles en mis apuntes; ni siquiera si llegué a trasponer el umbral de su vivienda, ya que me esfuerzo por recordar sin conseguirlo, que creo que Gina salía en ese momento. Nos acompañamos brevemente hasta que ella cogió un transporte en dirección y diseño temporal absolutamente incompatibles conmigo, quiero decir que no podíamos aprovechar ni el todo ni la parte de su carrera. Sí nos dio tiempo a quedar para esa misma tarde; me dijo que iría a cenar con una hermana suya a las seis. Aquella parte del día hasta las seis no tuvo más cometido ni más sentido para mi alma que la de anticiparme poderme ver de nuevo con Gina. Las espero en el Hotel, en el Hall, como habíamos convenido, vestido yo de traje, pero no van. Probablemente la mayor decepción, la más mortificante frustración que hasta ese momento me había proporcionado mi viaje entero. Aquella ocasión de por la mañana, del mismo día de la cita tronchada, fue la última vez que vi a Gina. Sin duda que yo tuve que escribirle desde España y arreciar puntualizadamente en mi invitación a que viniera a verme. Seguro que le envié todo el esquema de mi plan, simplísimo por otra parte, como el lector puede conocer ya en razón de otras chicas que habían volado anteriormente a España

bajo mis auspicios. Seguro que le remitiría un modelo de carta de invitación, etc., etc., con todos los puntos pormenorizados. A primeros de marzo de 1993 recibo una carta suya — imagínese el lector — de tantalizante feminidad, de acuciante embrujamiento, un polvorín de carta. Me dice estar sorprendida ante mi invitación y que... no sabe qué responder..., que está sorprendida. Me sigue diciendo que no puede tomar ninguna decisión sobre mi oferta en ese momento, pero promete que lo hará.... Continúa informándome de que su padre está a punto de llegar a Indonesia y de que cree que se la llevará con él a Holanda, en cuyo caso, ya en Europa, nos sería más fácil encontrarnos; que tenga paciencia; que existen un montón de cosas relativas a ella y a mí que le gustaría preguntarme. Me termina diciendo que acaba de salir del hospital donde ha estado ingresada desde noviembre 1992. ¡Menuda caja de sorpresas pueden ser las mujeres! Cualquier frase de su carta contiene una posible trama, un formidable argumento con principio, medio y fin. No era muy violento conjeturar que el padre parecía estar algo desglosado de Gina. Si el uno vivía en Holanda y la otra en Indonesia, no hay duda de que los encuentros estarían destinados a tomar decisiones sobre asuntos de cierta transcendencia. Y lo de tal vez llevarse a su hija con él a Holanda la tenía. Por otra parte, la entrada de un padre en un escenario como lo es éste en que nos encontramos introduce en la historia elementos de signo imprevisible. Inútil echar cuentas, ocioso atar cabos. Sin embargo, los bombeos de linfa del corazón mío se perseguían alocados, frenéticos cuando me dice en su modesto pero suficiente inglés: "There's so many things I would like to ask! Especially about us". Ese *us*, ese *nosotros*, aun admitiendo que estuviera investido de los augurios más negativos..., aun dando por sentado que en la valoración de Gina ocupara los puestos, las instancias de condena, de descarte..., aun así me sonaba a

grandiosidad, porque Gina me uncía a ella para el menester proyectivo que pudiese ser..., y de eso se trataba, del ser. Prefería yo *ser* en la desgracia, en purgatorio vivo, mejor que no haber nunca merecido, desde la nada, desde el no-ser, la atención de Gina, aun como de resultas del más leve roce de un pensamiento mío con su realidad. "Esspecially about *us*" [subrayado mío]: yo no hacía más que seguir... eso, subrayando en el papel y en la mente ese portentoso pronombre combinativo, personalísimamente conjuntado. ¿Qué podría pensar, qué podría haber pensado Gina de mí en razón de esos dos días y de esos dos encuentros fugacísimos? Porque lo mismo que Roy pudo encontrar razón para su desapego respecto de mí en la presencia de Gina, ésta... ¿por qué no? se podría preguntar lo mismo; sí, esa podría ser una de las "many things" que le gustaría preguntarme. ¡Oh, sí, las mujeres son una caja de sorpresas! Y lo de que había estado en el hospital desde noviembre 1992, ¿a qué se podía referir? ¡Cualquiera sabe! Bonitas por fuera y un manual de patologías por dentro. La primera vez que la vi, acompañando a la desenfadada de Merci Luciana, Gina vestía de gris azulado, falda vaquera y camisa blanca. Nunca me llegó a enviar una foto pero recuerdo que llevaba el pelo cortito, formas agraciadas que se compadecían con la orquestación de su gesto, de sus ademanes y de su voz, atemperada por una finísima discreción. Ya dije que me enamoré de ella sólo con verla, con verla mirarme y con oírla hablar lo poco que habló. Mantenía en su clave fisionómica una perfecta proporción de regla de oro entre lo europeo de su padre y lo índico de su madre. Aquélla fue su primera, su última y su única carta. En sus márgenes tengo anotado que le dediqué tres respuestas más: el 12 y el 13 del dicho mes de marzo; y el 29 de julio. Jamás volví a tener noticias de ella.

Esa misma noche me visita Jack West y me doy con él un paseo por un par de establecimientos "Steam Bath". Conviene enmarcar todo este tema del ocio en sus justos parámetros dentro del sistema social general de la vida indonesia. Los diferentes datos de los que me voy a servir a continuación están recogidos del librito *Indonesia. Jakarta Visitor's Guide*, auspiciado por el... digamos patronato oficial "Visit Indonesia Year 1991. Let's go Archipelago" y publicado por la Jakarta City Government Tourism Office. Se nos dice que "el Islam es profesado por la mayoría. Lo cual no significa que Indonesia sea un Estado islamista. Es un Estado Pancasila" (pg. 43) [La filosofía estatal basada en cinco principios, siendo el primero y más importante de ellos la creencia en un Dios supremo; y los cuatro siguientes: Humanitarismo justo y civilizado; unidad de Indonesia; soberanía del pueblo conducido por la sabiduría consultiva; y justicia social para todo el pueblo de Indonesia]. Como se puede ver, una empanada genética en la que cabe todo. "Ocio. Vida de noche en Jakarta. Jakarta cuenta con super clubs, clubs nocturnos, y discotecas. Los clubs nocturnos abren desde las nueve de la noche hasta la madrugada. Los sábados hay programa de espectáculos, magníficos cantantes y viandas variadas, tanto de Oriente como de Occidente. Bellas azafatas se hallan disponibles para bailar o para conversar y se contratan por horas. Los visitantes cansados pueden ir a un salón de masajes y baños de vapor atendido por una gentil señorita. Estas salas generalmente operan desde las diez de la mañana hasta la medianoche y la mayoría de ellas cuentan con habitaciones VIP a precio razonable. También existen salas de masaje tradicional" (pgs. 78-79). Como podrá seguir observando el lector, el tono y las explicaciones son simplemente enternecedoras. Poco le ha faltado al redactor del folleto para especificarnos lo que la ley indonesia entienda por viajero *cansado* (que sí que puede

disfrutar de los servicios al uso) y viajero en plena forma. Respecto de las "beautiful hostesses" que yo he traducido por "bellas azafatas"(que también serviría "bellas maestras de ceremonias") parece que se nos quiere decir que es material reservado tan sólo para eso: para bailar y/o para charlar, guardándose uno mucho de cualquier expectativa de intimidad ulterior, porque para ello están las chicas guapas que trabajan en los salones de masaje y baño, que sí que nos sugieren la posibilidad de *todo* tipo de prestaciones para el cliente VIP, con el fin de distinguirlos de los masajes *tradicionales*, suponemos que para todos aquellos en quienes se encuentre dormido el animalito erótico... Pues bien, con la anticipación esperable que dicha información había despertado en mi conciencia, así es como le permito a Jack que me enseñara dos de los supuestamente *buenos* sitios de Jakarta. Por el registro que estoy poniendo en las explicaciones relativas al "ocio para adultos", tal vez haya adivinado ya el lector que encontré a los establecimientos en cuestión cochambrosos, "shabby", estupendo término inglés que combina los sentidos de "sucio" y de "mezquino" y que según don Julio Casares desemboca en *sórdido*. Acaso esté yo ahora exagerando, porque de lo que se trata es de valorar en términos absolutos la adecuación de tales lugares. Y desde esa perspectiva, para alguien muy, muy necesitado de compañía femenina, acaso alcanzaran la calificación de aprobado ramplón. Hablo de los sitios VIP. Pero para los que como yo teníamos siempre presentes las referencias de Bangkok, estos garitos de Jakarta me parecieron una puta mierda. Recuerdo que en cada uno de los dos que visitamos había tres o cuatro chicas poco atractivas sentadas en un poyato, dentro de un escaparate rústico de cristal, pegado a la pared, mal iluminado, ambiente borroso y como macilento, triste, lúgubre. Repito que mi problema era conocer Bangkok, cosa que a Jack le

faltaba; de ahí su inmensa, su tremenda carencia de perspectiva en este capítulo del gran libro sobre la realidad erótica de Oriente. Jack no conocía Thailandia. Era chocante pero era así. De ahí que el hombre quizá se sintiera desilusionado ante mi rotunda exteriorización de negatividad por semejante panorama. Recuerdo que, por si fuera poco, seguimos escrupulosamente las instrucciones de contactar locales VIP. Si estos son VIP — me dije — ¿cómo serán los otros? Sospecho que con el fin de acercar el Pancasila al desiderátum de englobar la mayor cantidad posible de realidades y de virtualidades sociales, el Estado indonesio no había tenido más remedio que permitir este tipo de servicios de relax. Repito: ¡una puta mierda! ¡Igualito que en Thailandia! Bien. Decido dar por zanjada mi curiosidad sobre este aspecto. Está visto. Este país, con mayoría musulmana aplastante, no podrá progresar nunca ni a la mitad de velocidad que de otra forma progresaría. Del mismo folleto turístico de donde he extraído las anteriores notas, destaco algo gracioso, bobalicón. Hablando de la lengua del país se nos dice que la oficial es Bahasa Indonesia, y que el inglés es el más extendido entre los idiomas extranjeros empleados y entendidos. Luego dice: "En hoteles para convenciones existen traductores de inglés, francés, holandés, alemán, japonés y *hasta* (even) español" (pg. 42). Bueno. Este es el final de cosas chuscas.

Martes 4 de agosto 1992. La noche recién pasada me ha dado espacio para reflexionar y, preso del típico síndrome del sentido de consumación de las cosas, decido salir de Jakarta lo antes posible, con la sospecha de no regresar más [como así sería]. Es colosal el amontonamiento de evidencias, de motivos que a su vez se traducen rigurosamente en sensación de hartazgo, de acabamiento, de arribada al punto final. Fantástico el fermento de razones agolpadas, que actúan demoledoramente, incontestablemente, arrollando cuanto se interpone en su

trayecto. ¡Me voy! — es como si en todo el horizonte activo de la conciencia no hubiera más instancia que esa. Sé bien que cuando eso ocurre es inútil intentar articular secuencias conducentes a la modificación del designio adoptado. Me conozco bien en dicho aspecto, y los casos parecidos de mis distintos viajes avalaban con su imparable ejemplo mi irrevocable estado de ánimo. Recorre mi memoria en un bloque compactado ciertas retiradas decididas, totales, que ha protagonizado mi voluntad en algunas de mis correrías : en Islandia, al conocer la realidad de María; en Suecia, al agotarse la vivencialidad de mi recorrido hasta el Cabo Norte con Berita; en Canadá, cuando la aventura laboral no daba más de sí; en Francia, después de mi excursión por seis países europeos con Cristina; en Bulgaria, al comprobar que las mechas de mi posible ignición espiritual estaban inservibles... Siempre que este fenómeno aparece lo hace con las credenciales de una marejada incontenible, de un huracán que aventa toda duda respecto de las cualesquiera otras opciones. Y cuando se alcanza esa cota de evidencia, no existe ya marcha atrás. El único billete disponible es para el miércoles, con Garuda, a las 21:50 pm., directo a Bangkok, sin escalas. Bueno. Lo confirmo.

Liza, la mujer de Jack, se me presenta para la sesión de piscina nada menos que con tres moritas más, tres hermanas, ! ppschh... agradables, pero moras. Dos de ellas están casadas y tienen algo más de treinta años. La pequeña, soltera, de 19 años, se llama Dina. Ese es otro de los aspectos de Indonesia que se destaca para la impresión de un extranjero: su socialismo medio declarado, medio encubierto, vergonzante. El hecho de que un solo cliente, yo en este caso, se hospedara en un hotel puntero, de cuatro o cinco estrellas como lo era el Sahid Jaya, era suficiente título para legitimar sin ningún otro trámite la asistencia y el disfrute de las instalaciones a... prácticamente

todo el mundo que quisiera. Ahora se trataba de cuatro mujeres pero se podía haber tratado de cuatro gendarmes de la policía. Siempre pensando en el dichoso Pancasila, es como si el Estado indonesio hubiera querido también incorporar estos principios del socialismo típico, a base de permitir el acceso del pueblo a cualquier tipo de bien en existencia dentro del país. ¡Por mí, encantado; A esas alturas de mi situación anímica me daban igual ocho que noventa. Las invité a comer a las cuatro de ellas allí mismo, en la piscina, y me consta que se quedaron impresionadas por la munificencia que desplegué respecto de sus personas. Aquella epifanía de las cuatro moritas acogidas tan plazeramente bajo la égida de mi liberalidad constituyó, desde mi experiencia, unos de los hitos más significativos en mi valoración de las relaciones humanas cuando una de las partes concernidas es islámica. El desarrollo que tomaría mi...¿amistad? en Granada (España) con una familia de cinco hermanas marroquíes, a partir de 2001, a la vez que se ilustraba en razón de sus propios supuestos, asimismo arrojaba luz definitiva sobre todos estos pasajes, por ejemplo, de Indonesia, que en un principio, faltos de apoyatura comparativa, no encajaban en mi esquema de interpretación. Refiriéndome al único tipo de gente aquí aplicable, es decir, las chicas jóvenes, una de las características más palmariamente llamativas de las musulmanas es que encuentran del todo normal que los hombres las festejemos por su cara bonita. No estoy hablando, por supuesto, de situaciones en que una relación estabilizada y compartida diluye armónicamente las fronteras de "lo tuyo" y de "lo mío"; no — lo cual, lejos de considerarlo yo algo baladí, de oportunismo maniobrero, me atrevería hasta a acomodarlo en lo atinente a su sistema religioso. Lo mismo que el buen musulmán espera en la otra vida un concierto de halagos y festines para los sentidos — que tan carentes de todo han estado en ésta — eso

mismo, salvadas las diferencias, deben de pensar las chicas cuando encuentran congruo que uno las colme de gratificaciones y rumbosidades contra únicamente su disposición en el futuro incierto a servir de ayuda y ser amable con el varón que tan egregiamente se está comportando con ellas. Que yo sepa, los hombres no mediatizados fanáticamente por el opio de la religión preferimos encontrar nuestra recompensa aquí, por vía de modestas contraprestaciones de intimidad en las que tanto puede abundar nuestra amiga mora de turno. Pero si resulta que el corsé de las creencias sociales impide a las mujeres musulmanas dejar acceder a los hombres precisamente a donde los hombres queremos acceder, a menos que se salvaguarde el supuesto espíritu del *Corán* mediante la matrimonialización de los así implicados..., pues llegamos a la conclusión de que el noventa y nueve por ciento de las veces en que se da una relación entre musulmana y hombre normal, éste constata su negocio vaciado de sentido. Y no digo yo que estas chavalas no vayan de buena fe, no. Digo que ciertos tipos de buena fe tienen difícil cabida en un mundo globalizado. Probablemente Liza y sus tres amigas encontraban coherente compensar mi pródiga liberalidad hacia con ellas, ayudándome entonces o cuando fuera a llegar a ser un buen creyente de Alá y de su profeta Mahoma. Digo yo, porque de otra manera se me hace muy penosa la explicación. Y la cachonda de la Merci Luciana, igual. Jamás he visto una inconsciencia tan ufana, tan dada por descontado como la de aquella criatura que no sólo ejercía su calidad de invitada sino que la extendía a aquel primo con quien vino acompañada en nuestra... ya no recuerdo, creo que primera cena. Ahora bien, nunca se da en la humana experiencia una realidad por negativa e indeseable que sea, que no contenga o pueda contener un fermento, una inepción, una mínima realidad de signo más. Tal con Gina Roshita, quien de no haber sido por Merci que se la

llevó de compañía, hubiera estado hibernando en esa virtualidad eterna del no-ser. Y lo mismo — sólo que en grado superlativo, por ser cinco y por ser todas preciosas — con las hermanas Chttou, las marroquíes de Granada de mis últimos años. Es una lástima que la hospitalidad de la mujer musulmana hacia el hombre occidental, normal, como yo — y valga el ejemplo por todos — se despliegue respecto de presuntas y futuribles prestaciones que no interesan lo más mínimo. Reveladoras fueron, sí, todas estas muestras de *lo* musulmán en Jakarta cuando cerraron el broche, cuando completaron el círculo, cuando se asumieron junto con las de Granada en las personas de las hermanas Chttou. Y al revés: muchas de las manifestaciones sobre la supuesta amistad y acogida dispensada por las familias musulmanas, que tan a la perfección experimentara yo con mis moritas de España, ya se me empezaron a patentizar inequívocamente por el proceder de estos contactos de Jakarta. Y menos mal que en Bali había echado el par de firmas que eché. Claro que Bali, en puridad rigurosa, más que de Indonesia..., es de Australia, de Japón, o de donde sea, pero no exclusivamente de ningún sitio, tampoco de Indonesia.

En aquel martes cuatro de agosto de 1992, al despedir a mis cuatro comensales percibo, más claramente si cabe, que aquello era el verdadero final, el final de Jakarta y de Indonesia. Me entretenía recordando a la empleada de los servicios turísticos del hotel: la buena mujer se reía — medio porque le hacía gracia y medio por no saber qué hacer ante mis excesos verbales — cuando yo calificaba de "fucking bad" todas las combinaciones aéreas con Bangkok: horas siniestras, escalas en Singapore, etc. Mi vuelo fue lo menos malo que se encontró. Aquella forma mía de hablar no era sino la traslación a la expresividad de mis ganas de salir de Jakarta. Cuanto más se encogía ella de pudor y de reparo por tener delante de sí a un occidental prepotente y

malhablado, más arreciaba yo el calificativo de "fucking" a los vuelos, a los horarios, a los días, a las líneas Garuda, a todo lo que pudiera limitar con la más mínima parcelita de mi voluntad libérrima. Paso el resto del día solo, casi todo el tiempo en mi habitación excepto por un ratito que bajo al Hall principal. Allí me encuentro un conjunto de chicas guapas, unas más que otras, y sólo una o dos realmente extraordinarias, vistiendo *sweaters* azules con la consigna estampada "The Look of the Year". Me aproximé a la más alta y más bonita y le pregunté que... qué era todo aquello. Me dijo que se trataba de la elección de *una* modelo de entre todas ellas, a celebrar al día siguiente, justo a la hora en que yo estaría marchándome del hotel. Me alegré de haberme mentalmente vacunado de intentar cualquier aventura o experiencia en Jakarta, ya que me hice a la idea de que "o con alguna muchacha como las del grupo de concursantes, o con nadie". Así que..., con nadie. Hasta Bangkok. Estuve tentado de ofrecerle a la más guapa 200.-... 300.-... hasta 500.- \$ USA por acostarse conmigo; pero estaban vigiladas y casi secuestradas con motivo del certamen, y se les había prohibido tener comunicación con nadie... con nadie que, como yo en ese momento, no tuviera poder o recomendación de... ¡quién sabe!, algún ministro o pez gordo del gobierno. ¡Una lástima! Me despacho de nuevo la reflexión de alivio de que, al menos, aquella chavala, Trysia, con la que estuve en Bali, justifica mi *conocimiento* de la mujer indonesia. Por lo menos, para algo me sirvió Bali.

5 de agosto, miércoles. Me levanto tarde; leo el periódico; voy a la piscina; miro la TV por eso de los Juegos Olímpicos; preparo el equipaje. Esto se ha terminado. Y en este caso mío, cuando la dimensión geográfica se termina no hay razón para seguir alimentando el menester epistolar con las chicas. Recuerde el lector que la motivación central para mi actividad

viajera radicaba en mi voluntad de verme, física y materialmente, con todas y cada una de las criaturas con quien hubiera intercambiado flujo de expectativas, instancias de ilusión por medio del correo. El sentido último y único de mi carteo era hacer que éste se cohonestase con la virtualidad hacedera de conocer a la hembra. Cuando esto no fue posible, ni tampoco la oferta de que mi corresponsal viniese a España, el asunto dejaba de tener el menor sentido.

Me cumple finiquitar este capítulo de Indonesia dando cuenta, hasta su completa liquidación, del conato..., porque no se le puede llamar más que eso: *conato*, de concierto que quisimos establecer las cuñadas de Jack y yo. Lenny y Hilda me habían escrito su segunda y última carta cada una: Lenny desde Jakarta y Hilda desde Padang (Sumatra) en octubre de 1993. Puesto que yo continuaba escribiéndome regularmente con Jack, era éste el que recibía con todo detalle las pormenorizaciones de mi plan, que era siempre el mismo básicamente para todas mis amigas, y que el lector habrá ido observando ya. Jack era, pues, mi intérprete natural. Pero claro, una cosa es predicar... y toda la profesionalidad imparcial de Jack para con cualquiera de sus otras pen-pals, se tornaba discriminante tratándose de sus cuñadas. Éstas, muy en su papel de *moras*, se habían pensado entusiasmadamente que mi invitación a pasar un par de semanas aquí conmigo en mi casa de Alcalá de Henares (ya sabe el lector: "todo incluido: viaje, cuidados, seguros, más los naturales regalos que yo seguramente les hiciese, etc., etc.") consistía en eso: en venir a que yo las paseara y a que tal vez yo no viera del todo mal que ellas me instruyeran sobre las bondades del Islam... Más aún: la buena de Hilda me sugiere que invite también a su hermana Liza, la mujer de Jack... !Ya puestos! Así las tres formarían una formidable unidad familiar. Con estas simplezas es cierto que yo dejaba bien mermada mi capacidad de asombro.

Pero así era; así está escrito y así lo conservo cuidadosa y celosamente en sus cartas. Como contestación a vuelta de correo de las dos tuyas, en una mecanografiada mía de fecha 15 de octubre 1993, una copia para cada una de las hermanas Lenny y Hilda, y una tercera copia para Jack, les digo lo mejor que puedo las cuatro cosas básicas que antes le decía al lector que estaría harto de haberme leído. De momento, que Liza no encajaba en el proyecto... Para qué seguir. Sería perder el tiempo. Aquel intercambio de correspondencia y de instrucciones terminativas y exhaustivas de octubre 1993 entre Lenny y Hilda de un lado y yo de otro fue lo último que supe de las moritas estas.

Respecto de Jack tengo que decir que nuestra comunicación se prolongó hasta 1998. Jack era un enorme profesional, un ciudadano USA con todo lo que ello implica en cuanto a visión práctica, sentido de la operatividad, etc. En lo que a mí me pudiera concernir, dos únicos pero abultados fallos o, si se quiere, carencias: una, su desconocimiento de Tailandia, que tenía de incompleta y errónea su visión general del tema del folleto y del sexo en Extremo Oriente; dos, su calidad de cuñado de mis novias potenciales Lenny y Hilda. En una carta de 21 de julio de 1993 Jack me especifica que las mozas sólo vendrían a España en una relación conmigo de padre-hijas; que de otra manera tendría que *casarme* necesariamente con una de ellas; pero puesto que para ello tendría también necesariamente que hacerme musulmán... que entonces me podría casar con las dos; De verdad que más de una vez me he puesto a pensar en un pastel de parecida factura. Si la cosa en realidad no resultara, al menos como argumento para un relato o novela sí creo que serviría. Jack continuaba diligente y supongo que honradamente sirviéndome de nexo para con sus cuñadas. En su carta de 12 de noviembre 1993 — recibida por mí el 17 y contestada el 13 de enero de 1994 — Jack con su proverbial prudencia y lucidez en

estos temas me sigue informando sobre Lenny y Hilda. Obsérvese que esta carta suya es contestación a la mía de 15 de octubre, exhaustiva en cuanto a detalles, pormenores y procedimientos sobre el posible viaje de sus cuñadas a España. Según confesión propia y según deducciones de pura evidencia, Jack había encontrado en mí el primer tipo de hombre en toda su vida en quien se conjuntaban una serie de características bastante relevantes : que alguien como yo fuese desde España de vacaciones a Jakarta con semejantes planes de entrevistarse con sus amigas de correspondencia..., que se gastase en diez días el equivalente al salario de dos años de trabajo manual de un obrero no especializado indonesio..., y todo esto con casi 56 años., no dejaba de chocarle y maravillarle. Jack quería conservar mi amistad a toda costa, a ultranza, por todos los medios. Y las moritas eran una posible moneda de cambio. Me dice: "I'm glad to see that you understand contributing to the welfare of the family would be required". Pues claro, hombre. Claro que si me ayunto con tus cuñaditas ganaríais todos; A continuación me dice que no cree que Lenny y Hilda conozcan o entiendan lo que espero de ellas. Y sigo traduciendo literalmente ya las tres últimas líneas de su carta: "Es asombroso la cuantía de beneficios que ellas esperan de una mera amistad. Me he esforzado en explicarles la situación, pero no creo que lo comprendan. Por favor, ten esto en cuenta cuando trates de lo que sea con ellas". Jack acabó mal sus días [como pronto veremos], pero ya he dicho y ahora repito que era un hombre con esa natural y lúcida praxis del ciudadano yanqui. Pocas declaraciones tan informativas como las contenidas en estas frases que he entrecorrido. Certerísima al máximo su observación — bien lo tenía yo observado y lo seguiría observando en su momento con mis amistades moras de Granada en España — de que "how much they expect as benefits from

mere friendship is astounding", punto de vista en el que se acomoda perfectamente y como la cosa mas l3gica del mundo lo de "I don't think Lenny and Hilda (especially Lenny) know or understand what would be expected of them". Ya lo dije: esperarían 3nicamente a que durante nuestros paseos por Espa1a me prestara yo a dejarme adoctrinar sobre el Islam para hacer de m3 un buen creyente de Al3 y de Mahoma! As3 de pintoresco, pero as3 tambi3n de real. Esta carta de Jack marca el punto de inflexi3n para el resto de nuestras siguientes comunicaciones. En su carta de 26 de enero 1994 [contestada por m3 el 3 de febrero] ya empieza el ambiente a enrarecerse un poco. Jack me habla de dificultades econ3micas, de desavenencias con la familia de su mujer, y de problemas pendientes con la justicia en su pa3s, los USA. La inmediata suya de 16 de marzo la recibo, igual que otras, con sorprendente presteza, el 21, y la contesto el 26: tan es as3 que deb3 hab3rselo dicho, y el propio Jack me reconfirma mi apreciaci3n: "You're right. Sometimes the mail service to Europe from here is very good". Bueno — pensaba yo —, pues que no decaiga. Hecha esta observaci3n, el hombre entra directamente en materia. Me dice..., bueno, todo lo que ya me supon3a yo : que sus cu1adas nunca tendr3n nada conmigo sin mediar previamente matrimonio; que al parecer, ahora, y en el transcurso de un par de cartas, ni siquiera, eso; que no ser3a posible casarme con las dos... [pues claro, pedazo de simple, ¿no ves que son moras y que el *Cor3n* lo proh3be? Y adem3s, ¿qu3n demonios, digo yo, ha hablado de *casarse*?]... sino tan s3lo con una; pero que soy demasiado mayor para ellas. Desde luego que para el tema obsesivo del casorio yo lo era todo: demasiado viejo y demasiado joven; mejor dicho, simplemente no era. Al final de su carta Jack me pide que le preste (?) mil quinientos d3lares para hacer frente a sus urgencias m3s inminentes con el pago del alquiler de su vivienda, etc., etc. La siguiente carta de Jack es de

22 de junio, recibida por mí el 29 y contestada el 1 de octubre. Jack se lamenta de que me haya negado rotundamente a perder mi dinero con él, y apela al recurso poco elegante y menos efectivo aún de hacerme sabedor de que a él le consta que yo he financiado ciertos gastos de un par de chicas [!Si tú supieras que en vez de dos han sido veinte!] Me informa de que Hilda acaba de tener su primera hija. Se despide como "todavía mi amigo". Las once restantes comunicaciones escritas que Jack me dirigió hasta su última de 27 de julio 1998 son la historia de una de las más lamentables cadenas de estropicios en todos los órdenes: familiar, legal, económico, social... Yo nunca dejé de contestarle, pero mucho antes de que nuestra correspondencia terminase yo me hacía la cuenta de escribir a... una instancia. No es éste el lugar, ni creo que acaso exista ninguno, donde tengan cabida digna y justificada la serie calamitosa de acontecimientos que acompañaron a este hombre por lo menos hasta las fechas en que me dejó saber de su vida. Algo lamentable. Inútil ni siquiera ensayar un esbozo en esta viñeta mía de ahora. Puedo decir con gusto y responsabilidad que Jack era un tipo curioso y válido en aquellas cosas en que la compaginación de intereses así lo determinara. Pero su desconocimiento de la mujer thailandesa hacía inservible buena parte de su criterio sobre la hembra oriental. Se había casado con una mora y — bien fuera por conveniencia, bien por respeto, bien por simple prudencia temerosa — no podía evitar que la ideología islámica de aquella que dormía con él le salpicara a él y le empujara a ciertos comportamientos impensables de no mediar el factor del Islam. El consuelo sexual que el Islam le deparaba era a costa de traer hijos al mundo, cosa que encantaría a su mujer, que en su vida habría oído hablar de la regulación de la natalidad, ni de hacer uso de matrimonio con preservativo o instrumentando medidas anti-conceptivas. Y de ese modo Jack, fuera del remedio sedador

de su matrimonio, me consta que no se comía una rosca. De ahí que le extrañaran y al mismo tiempo le soliviantaran mis congruas pretensiones — realizadas en un porcentaje razonable de casos — de tener acceso a chicas jóvenes. Solo se necesitaban ganas, capacidad, presencia normalita y dinero generoso. Excepto quizá las ganas, a Jack le faltaba todo lo demás. Y encima, la condición de "mora" de su mujer le llevaría a adoptar frente a los poderes públicos legalmente constituidos de su país los USA actitudes absolutamente reprobables y rayanas en la delincuencia. Cuando Jack comprendió en toda su incontestable crudeza que yo no regresaría más a Jakarta, el hombre ensayó toda suerte de señuelos atractivos y programas imaginarios que me pudieran halagar; más inoperantes aún si cabe como fruto que eran de su desconocimiento de la realidad de otros lugares. Indonesia, Jakarta, sin posibilidades de aventura con nuestro "mejor yo" habían terminado para mí. Definitivamente. Más definitivamente aún, si ello hubiera sido posible, cuando en 1993 mi paisana Gloria Sanz y su marido Johan se trasladaron a España también con carácter permanente.

Bien. Habíamos quedado en que tal como era mi deseo, salgo de Jakarta en el vuelo previsto, a la hora estipulada del día 5 de agosto, miércoles. Me fijo en que el Jumbo 747 de Garuda se está quedando algo viejo: las luces de leer no funcionan y hay algún que otro desperfecto en los "bins" o arcones para el equipaje. Llegamos bien, con un aterrizaje perfecto. El mostrador de servicio de taxis del aeropuerto de Bangkok me pide 350.- bahts, y en vista de lo cual me voy a la "Departure Deck" y por 175.- concierdo el traslado: le doy 190.-B. al taxista por no haberme chalaneado la carrera. En el Hotel Ambassador me asignan una habitación con ruido; me cambio a otra, elegida entre dos nuevas, pero también tiene ruido. A la mañana siguiente, es decir, de ese mismo día 6 de agosto, me traslado de

una vez a la número 3535, que parece hallarse en el corazón del edificio, lo más lejos posible del tráfico de Sukhumvit. Tomaré nota por si hay una próxima vez. Pregunto por Saipin, la camarera del comedor-cafetería y me dicen que se ha ido a... Indago y procuro por todos los medios anotar el nombre del establecimiento. Una compañera suya que dice llamarse Tasseni me invita a apuntar lo que creo que se trata de un hotel o algo así: pongo el máximo de atención en la fonética... y en la fonología y me resulta "Kempaski Mention" que recibe la aprobación de Tasseni, y lo que en realidad resulta ser es *The Mansion. Kempinski*, un suntuoso aparthotel de cinco estrellas de la cadena Lufthansa, en el soi 11 de la misma Sukhumvit Road, justo detrás del Ambassador y hacia donde me dirijo, sólo para enterarme de que Saipin tiene hoy jueves, *precisamente* hoy jueves su día "off", libre. Bueno. Mañana lo volveré a intentar. Voy por la blusa de mi hermana; le compro dos en la duda de que una sola no incorpore el modelo que más le agrada. Son de color rosa. Ya veremos también. Luego me voy a ver a mis amigas de Dit's Travel: las tres están en la hora de la comida y me acerco al comedor. Saowaluk es realmente atractiva. Le vuelvo a hablar de viajar a España, y la dejo cavilando. Parece que sólo cuenta con *diez* días de vacaciones al año tomadas en dos tramos de cinco! De regreso al [Ambassador](#) me encuentro en mi habitación a la camarera, que me está dejando un canastillo de fruta: una preciosidad de obsequio con el que me pienso dar un festín esta misma noche, ya que acabo de comer bien. Me dispongo para ir a la piscina y luego a "Darling". Y en efecto, hago ambas cosas. En la piscina encuentro a una thailandesa que, por lo visto, estaba practicando natación y venía al "Fitness Center" del hotel. Se llama Khanitha (aparentemente igual que la empleada de Dit's) y tiene una expresión interesante. La veo desde mi rincón de la tumbona marcharse escaleras arriba hacia

el pabellón de ejercicio, vestida con pantalones anchos y una blusa tipo batik. Prefiero dejarlo así, sobre todo porque no articulo ningún procedimiento que me acerque a una posibilidad remota de abordaje. Me voy a "Darling" y veo el gineceo a rebosar. Pienso en la abismal diferencia con Jakarta, en calidad y precio. Veo y saludo al mayordomo carita de mono; le pregunto por la número 33, la niña primorosa de la vez pasada, con cuya hermana asimismo me ocupé [luego comprobaría que confundí una con otra, y que poco importaba]... y me dice que ninguna de las dos han venido. Me recomienda la número 98 y..., bueno, a falta de preferencia específica, ¿por qué no cumplimentar su sugerencia? La llama. Mu es una chica de 26 años, con una hija de 10 — me dice — y resulta ser una de mis experiencias más asombrosamente satisfactorias de todas las veces en "Darling", que ya van siendo bastantes. Le gusta besarme, y con ella confirmo y reconfirmo que la dicotomía maximalista y separatista *sexo/amor* es perversamente falsa e interesadamente farisaica. Mu me propicia dos cópulas, aun con preservativo las dos veces: una, al principio, antes del baño; otra, al final. Es una joya de mujer: me da talco, me da crema; me lava el pelo con champú; me invita a enjuagarme con Listerine; me dice que soy un "lovely man" y me lo creo, ¿por qué no? Me aplica un masaje suave, suavísimo, tal como le había pedido, advirtiéndole que había padecido de ciática. Le dejo de sobrepeso 1,500.- B., y creo que se los ha merecido. Cuando la tenía abrazada y me estaba besando, me aseguré fortalecidamente la presunción de que la felicidad global no es que no exista; es que no puede existir: todo lo más, porciúnculas que podemos reunir y procurar ensamblar de la manera más completa posible. Creo que le dejé claro a Mu que en esa ocasión yo la amé, con toda la propiedad que las palabras permiten; con toda la melancolía que la realidad comporta.

Viernes siete de agosto. Hoy es el primer día, mejor dicho, la primera noche que he descansado, si no dormido, en Bangkok, en la habitación 3535. Me he acercado a Dit's y me he alegrado de que las chicas de allí hayan declinado mi invitación a comer, alegando que, o bien que ya lo habían hecho, o que lo iban a hacer algo más tarde, y que en todo caso no parecía justificar mi espera allí. Me dijeron así vagamente que Saowaluk no se hallaba en el trabajo... y tomé nota. Me pareció lo mejor, en evitación de compromisos de difícil lidia. Probablemente las contacte con el propósito de recabar información sobre Laos: Urupong me sugirió dirigirme al Departamento de Turismo propiamente dicho, y quedé enterado de una vez por todas de que Dit's Travel se especializaba en la emisión de billetes aéreos, mientras que la sección Diethelm Travel comercializaba todo tipo de excursiones; así que allí me dieron más información sobre viajes por toda la Indochina. Me fui a ver a Saipin y esta vez sí que estaba en el complejo Kempinski, que es una preciosidad de lujo, de buen gusto y... de carestía. Saipin está en el comedor, vestida con esa suntuosidad regia del protocolo de la hostelería tailandesa, y aparte de los colmillitos que se le han salido de su sitio normal y que no le afean sino que le agracian el semblante, sigue siendo una chica esbelta, más bien altita, espigada y atractiva. Me pareció en un principio que no debía de vivir ya con su marido [luego me diría que sí]: en cualquier caso acordamos encontrarnos a las 15:30 pm. en el Supermercado Robinson, de Sukhumvit. Y nos encontramos puntualmente. Saipin viste pantalones tejanos anchos y azules, zapatos marrones como de ante, y blusa blanca. Ya digo que es esbelta, graciosa y bonita: los dientes, algo desordenados en un juego de dos palitas centrales y los colmillos salientes y montados hacia afuera no la afean sino que le prestan un toque de diferencia. Comemos en un restaurante popular de allí cerca, y vuelvo a

percibir a través de ella la insalvable distancia que hay entre la chica de alquiler y la de familia y de actividad normales. Saipin me dice que vive con su marido y con sus suegros, y que aunque a ella le gustaría tener hijos, sus suegros no lo ven apropiado aún, y que por ello no los tiene. Su madre vive en Phattaya, y me da esa dirección por si la quiero escribir allí. Recuerdo que para llegar a su domicilio usa los servicios de un chico motorista que la provee de casco. El tráfico de Bangkok obliga a aprovecharse de todas las formas posibles de transporte urbano. Vuelvo al hotel y ya no me da tiempo de ir a la piscina; así que me acerco a "Darling". Obsesionado con el número 33, y pensando que se trata de la hermana pequeña, Nang, última chavala con la que estuve en mi viaje de Navidades, ni me fijo en que el número 33 ahora corresponde a Noi, la hermana mayor. Me resigno a mi error, y una vez más mi conformidad se ve recompensada con la recoleta fortuna de comprobar que Noi es una gran conversadora y una fuente de información estupenda. Su fonética del inglés es... de película. La eché un polvazo de entrada. Es una parsimoniosa con el masaje, dando toques y tientos en los brazos, piernas, cabeza, sienes, espalda, etc. Así terminó el día 7 de agosto, viernes, y me sitúo ya en el

sábado 8 de agosto 1992, última jornada absoluta y entera de estancia en Bangkok. Leo el periódico *Bangkok Post* por la mañana. Reparo en que no he ido todavía a ningún *karaoke* y que no sé exactamente en qué consiste: éste del Inn Place se anuncia "More than 7,000.- songs in seven different languages to choose from", lo cual parece diferir de lo que yo entendí en un principio: que eran sitios en los que el parroquiano cliente agarra el micrófono y se pone a cantar lo que quiere, supongo que dentro de un orden... y concierto! Voy a la piscina y la camarera chaparrita y con los dientes ligeramente hacia afuera, y que según me confiesa tiene 31 años, me da la talla de chica

avispada, e intuitiva. Se llama Vilai. Me voy a "Darling". Veo a la número 50, hermana de Noi (con quien estuve el día anterior, viernes) pero prefiero arriesgarme con alguien no conocida y que recibe del mayordomo tan sólo un "so, so" de aprobación a medias. Y así, elijo a la número 40, Daa, siempre en contra de la recomendación del carita de mono. Es, en efecto, una chica retraída y desconfiada que no habla casi nada de inglés, y que al decirle que quiero "to make love" con ella, me dice como puede, a media lengua que "Darling" cobra 1,000.- B. Bueno. De acuerdo. Le aseguro que me parece bien: le entrego cuarenta dólares y cuarenta bahts, con los que la suma de mil bahts queda redondeada al alza y de sobra. Logro con maniobras persuasivas y conciliadoras que me dé los labios, y después de felacionarme un poquito la hago ponerse en posición y la echo un magnífico polvo que ella acompaña, creo que naturalmente, de resoplidos suaves y de sonidos gemidores, anhelantes. Y si se trató de fingir, mejor todavía: estaba en su pleno derecho. El masaje es, en efecto, flojo y me alegro, porque no tengo ganas de grandes cosas. Pero ante una chavala ciertamente hermética y desentendida necesariamente de cualquier referencia a cuestiones mentales con un extranjero "farang" como yo, vuelvo a esforzarme en levantar accesos de comunicación que a la fuerza le tienen que parecer desasistidos de toda congruencia. Pero me doy maña en acertar. A mis requerimientos de que me permita besarla, tomándole las manos y restregándolas por arriba y por las palmas con los labios míos, reacciona con estupor. Pronuncio la palabra "friend" en diversidad de mímica y de tonalidades y consigo, por fin, hacerla reír. Lo entiendo como un perfecto logro, y cuando me dice que me tienda yo en la cama boca arriba, se acerca a mí y comienza a felacionarme. Me mira furtivamente, y cada vez que consigo hacerla sonreír, mi alma siente apuntarse la victoria de la amistad y de la concordia sobre

la zafiedad y la rudeza. El polvo es bello y profundo: me asume a fondo, tentando el hondón de las sensaciones colmadas, rebosantes de intención transcendente. Creo que se corre casi al mismo tiempo que yo. Y si lo finge, mejor todavía. Me doy por satisfecho. Se lleva repetidas veces mis manos a sus senos que son ejemplares, y le encanta que la bese los pezones y el vientre. Al final del masaje no me dice nada : empieza a vestirse y a darse talco y perfume por el pecho, brazos y piernas. Una locura de higiene y primor. Una locura de mujeres. Una verdadera locura.

**Yéssica; María Magdalena; Polonia; Carmen; Vilma;
Cordelia; Griselda: Santo Domingo (República Dominicana)
25 agosto - 7 septiembre 1992**

Definitivamente el ritmo bifocal de Extremo Oriente y República dominicana se había asentado con toda naturalidad en mi diseño viajero. Era una pendulación que buscaba claves compensatorias evidentes, tanto en razón de las particularidades geográficas de cada destino como de los elementos personales intrínsecos que concurrían en las criaturas objeto de mis desvelos y atenciones. Extremo Oriente sin duda implicaba un mayor consumo de energías por la entidad crecida de los desplazamientos. Nunca podía dejar de reflexionar sobre el lugar común tan palmario y al mismo tiempo tan pasado por alto, de que los aviones comerciales — con la sola excepción del supersónico "Concorde" — llevaban cuarenta años desplazándose a idéntica velocidad, lo cual arrojaba un factor de penosidad tediosa para los vuelos de diez, quince, veinte horas, si no absolutamente seguidas, es decir, materialmente en el aire, sí conectivamente continuadas, con las obligadas escalas que, en razón de los correspondientes despegues y aterrizajes, constituyen el verdadero riesgo de la aviación. Extremo Oriente implicaba la terrible servidumbre de la duración del traslado en virtud de la velocidad convencional de las aeronaves existentes. Una vez en el punto de destino hay que hacer frente al reto de lo más acuciantemente vivencial: la lengua, las costumbres, la religión, etc., en la medida y con la operatividad con que en cada supuesto, en cada país, se produzcan. Cito con toda intención estos elementos precisamente porque en mi caso eran de nula significación, por mi probada capacidad de acople en ambientes foráneos. La República Dominicana, por si fuera, poco, era como una barriada... algo distante, sí... pero de España: el espíritu no

experimentaba ninguna necesidad de ajuste; era como continuar con el mismo esquema de casa, con unos cuantos añadidos; mejor, una leve modificación en el aderezo, la lengua, la sangre del espíritu se enseñoreaba de su propio ámbito. Así pues, la oscilación pendular que marcaba sus dos cotas máximas en Extremo Oriente y en el Caribe se había constituido para mi horizonte proyectivo y vivencial como el más ajustado curso de acción. Se compensaban entre sí, se equilibraban. El Oriente y el Occidente: la lengua... postiza inglesa y la española; las tonalidades cromáticas del aceitunado, ocre suave, conato de índigo por la piel, de una parte, y el recorrido entre el blanco europeo y lo prieto antillano, de otra, conjuntaban la plataforma donde mi alma tenía su centro de operaciones. Concertar un billete, trasladarme al aeropuerto, embarcar en el avión, negociar de la mejor forma posible las siete horas de travesía aérea, llegar a Santo Domingo y hospedarme..., eran los pasos rutinarios para encontrarme plenamente "where the action is", donde se cocía la cosa. Por si el lector no lo supiera, tengo que decir que éste era mi noveno viaje a Santo Domingo, capital de la República Dominicana, y que mi estancia allí tuvo lugar esta vez desde el 25 de agosto hasta el 7 de septiembre de 1992.

Yéssica — !hay que ver, tan pronto¡ — ha perdido buena parte de la prestancia de su pecho : lo tiene bastante más flojo y más vencido. Conseguí que me hiciera una felación suavísima y breve porque se me dispararon los bichos: hizo como si no supiera lo que ocurre cuando se produce el orgasmo estando el miembro viril dentro de una boca.

María Magdalena Morell me había escrito una amable carta, bien redactada además, con fecha 26 de julio, y que yo puntualmente había contestado el 12 de agosto, menos de dos semanas antes de ponerme en marcha. María Magdalena me gustaba: en un anterior viaje había ido yo a su casa y conocido a

sus padres. Buena gente. La madre me había obsequiado con un exquisito refresco artesano de limón, bien lo recuerdo; y yo, a tenor de lo que me dice María Magdalena... "Aún guardo las flores que me trajiste la vez de la visita, son muy bonitas todavía, se conservan mucho y mamá las cuida mucho"... parece que les llevé flores; bueno, con toda seguridad. Como digo, me gustaba esta chica, aunque la aparición espontánea e inevitable de los padres en escena le daban al asunto un marchamo de protocolo y de oficialidad para el que muy probablemente yo no estuviera preparado. Efectivamente, otro párrafo de la carta reza: "Mi madre y mi padre te mandan muchos saludos y también disfrutaron tu visita a mi casa, que fue de mucho agrado para mí". La chica me gustaba; me encantaría rescatar y salvaguardar esta declaración de entre cualesquiera otras incontables valoraciones. Termina así: "Se despide de un gran amigo con mucho amor María Magdalena, *nota* (si tú quieres me puedes llamar)". Claro que me gustaba. La recuerdo con un correctísimo chasis, altura media, pecho egregio y pelo largo, tez clara, el típico color que adquiere una taza de leche cuando le vierten un chorreo breve de café. Nadie es de piedra y yo, a punto de cumplir los 56 años, menos. Su carta entera rebosaba feminidad tipificada en las expresiones de rigor, pero con la indiscutible distinción de no incluir faltas de ortografía, si acaso carencia de algún que otro signo de puntuación para la separación de ciertas frases dentro del párrafo. Solo eso. No guardo copia de mi carta de 12 de agosto, cosa que tanto en esta instancia como en muchas otras he deplorado cuando los sucesos se ponen bajo la iluminación de la perspectiva. No guardo copia, no. Me imagino que mi tono sería intencionalmente informador y preparatorio de mi inminente llegada a Santo Domingo, descontados los registros líricos y veraces, como correspondían a las anticipaciones que la persona de María Magdalena había

despertado en mi conciencia. ¡Ah, sí!, también recuerdo, y no considero el detalle como baladí, que cuando estuve de visita en su casa, y conocí a sus padres, etc. estos me informaron de que su hija pertenecía a... algo así como una organización eclesial a la que dedicaba parte de su tiempo. Nunca tuve la impresión de que se tratara de una adicción fanática a cualquiera de las numerosas sectas que campan por sus respetos, y con envidiable poderío, por todo el territorio de la RD. No. Pero la atención que prestaba a dichos menesteres religiosos tampoco podían confundirse con la imparcialidad y mucho menos con la independencia. Desde todos los puntos de observación María Magdalena vivía instalada en un modelo de instituciones tradicionales, entre las cuales el matrimonio parecía ocupar un lugar sin duda preferente. Para el presente capítulo me atengo a la literalidad de mis notas: "María Magdalena me informa de 'que tiene novio'. Casi me alegro: así no hay lugar a malentendidos". Cuando escribí esto es porque lo sentía, cosa muy distinta de ahora, diez y seis años más tarde, en que al redactar esta sección del volumen IX de *Mujeres, lugares, fechas...* y releer su carta no he podido contener una marejada de reflexiones embadurnadas con melancolía.

Jeanette Yocasta se ha confirmado como una potencial y buena "prick-teaser" (calientapollas). Le hice ver que si quería mi generosa subvención, tendría que ir a visitarme sin limitaciones. Veremos. También parece que las primas Elizabeth Cepeda y Ely Espinal no estaban a mi altura de circunstancias, que es tanto como decir que yo no estaba a *la suya* : las llamé a sus respectivas casas y me dijeron su madre y su hermano, respectivamente, "que no se hallaban en Santo Domingo y que estaban en el campo o por ahí". Bueno. Descartadas de momento por mi parte. Hablé con Judith, la menor de las Mercado, 17 años. Me dijo que Jackie, Olga y ella — las tres hermanas, por lo

tanto — tenían novio. En fin, ellas se lo pierden. Me dijo que pertenecían a la Iglesia de Pentecostés. De todas formas apostarí a que Judith va a contestar a la carta que le escribo, foto incluida [Me equivoqué. No me hizo ni caso]. Tengo esperanzas y expectativas razonables puestas en Paula Mateo. Con mucho es la más formada y la de mejor discurso de todas mis amigas. Veremos también. Presiento que éste va a ser, de verdad, mi último viaje a la RD, al menos por una temporada larga [Asimismo me equivoqué en este punto].

29 de agosto. La loca de Facelis Domínguez me está dando el coñazo. El simplicio de Alfonso, el vigilante de noche del Hotel Continental, se confundió con mi petición de que pusiera en contacto conmigo, en cuanto la viera, a Polonia Castellano, una exquisita dama rubia de unos cuarenta años, que si mal no recuerdo era amiga de los dueños del Continental, y con la que yo había coincidido uno o dos años atrás en el hall principal y con la que puse la primera piedra de una catedral de intenciones : Alfonso dio por sentado — ¡pobre hombre! , entendió por la bragueta — que se trataba de la loca de Facelis; así que ésta se me presentó en mi habitación a las 03:00 am., empezó a chupármela sin más trámite, y me indujo a follarla. Es peligrosa cual voracísima piraña, cual diligente sanguijuela que succiona y trasiega el dinero a lo loco. Un desastre de tía que me va a ser difícil quitarme de encima.

La gente, sobre todo las mujeres, dicen "Ta bien" por "Está bien"; y todo el mundo "reporta" [<to report], en el sentido de "informar", "dar el parte". También se emplea mucho "salud" como saludo de entrada y despedida, junto con "Que pase un feliz día". Más que darse uno la mano, lo que se estila es pegarse un manotazo y cogerse por el antebrazo. Descubro un estupendo artículo "Cavilaciones de la literatura" de León David en *El Siglo* del sábado 29 de agosto, pg. 6 continuado por una posterior

entrega de igual título (y hasta donde yo pude constatar durante mi estancia en Santo Domingo) en el mismo diario de 5 de septiembre, pg. 6, en la sección "Palabras". Desde mi habitación 704 del Hotel Continental veo algunos barcos, pequeños y grandes, en el trozo de mar que se divisa. Las veces anteriores casi nunca vi ninguno. Parece que hay más actividad comercial, marinera y pescadora.

Conocí espontáneamente a una esbelta y agradable joven de 17 años, muy cerca ya de los 18, aunque representaba más, de nombre Carmen Díaz, a la salida de la discoteca del hotel, y al telefonarla al día siguiente me dijo que yo era "una persona honorable", supongo que por el hecho de haberles hablado a ella y a su hermana de manera natural y cortés y haberles dado, a petición suya, una tarjeta de visita mía con la inscripción "Doctor en Derecho".

El lunes 31 de agosto se me presenta en el hotel Vilma Cabrera de improviso, sin avisar, a las 20:00 pm., justo en el momento en que salía yo para encontrarme con Linabel Rodríguez, hermana de Evelyn. Creo que Vilma se frustró porque yo no accedí a darle plantón a Linabel ("ni a nadie", le recalqué a Vilma). Allá ella. Si quiere mi ayuda y mi respaldo tendrá que quedarse conmigo el tiempo reglamentario, cuando nos venga bien a los dos y no solamente a ella. Un caso de mala suerte y nada más. En circunstancias habituales yo me hubiera puesto contentísimo de recibir su visita por sorpresa, pero lamentablemente tenía que salir y cumplir con el compromiso de otra cita.

Esa misma mañana, y como yo preveía, me había llamado Jeanette Yocasta desde su trabajo; pero le di a entender que no estaba para bobadas ni camelitos y que si quería verme tendría que ser en disposición de compartir intimidad. Se quedó algo frenada y dubitativa, pero así es mejor. Como siempre, en los

últimos cuatro días se me están acumulando las escaramuzas y las probabilidades de encuentro con mis "novias" amigas. Aun sin haber ido a Santiago ni haber visitado, al menos todavía, a los Bencosme de Santo Domingo, me queda una velada con Manuel Pareja Flamán, a quien hice entrega de mi escrito "Granadinismo en el Caribe", que le emocionó, sobre todo al comprobar que yo lo había escrito "ex abundantia cordis". Se van produciendo los típicos "deslizamientos" dentro de esta multiplicidad de posibilidades: el del otro día en que Vilma llegó sin avisar y se tuvo que ir, hoy día 3 de septiembre lo hemos arreglado. Ha venido y como me figuraba no ha opuesto resistencia, ni siquiera melindres, a mi acceso a ella: está ya suficientemente follada y me alegra haber encontrado el camino expedito y conforme. Como usé plásticos, no pude con la segunda cópula. Le regalé mil trescientos pesos, más otros cien para sus transportes.

En esto de los errores, por ejemplo, que alguien te llame y tú no reconozcas la voz y contestes nombrando a otra persona, esta gente dispone de menos cantidad de suspicacia y reticencia que, digamos, el español de turno; uno puede recoger la onda rápidamente sin que la otra parte advierta el patinazo.

Las tormentas aquí suelen ser horrisonas. Los truenos tienen una naturaleza más resquebrajante y retumbadora. Hoy, tres de septiembre, se está produciendo una, acompañada de fortísimo aguacero que no permite ver la línea de la costa desde mi habitación. Una culebrina o rayo, cual metro ígneo de carpintero, ha caído en medio de la extensión de mar que desde aquí se divisa, como si quisiera hacer un hoyo en el líquido. El viernes, cuatro de septiembre, el mar ofrece una primera franja o extensión de matiz terroso, seguida de una raya verdeazulada, estrecha; y ya hasta el horizonte el color se hace gris ceniza. Este día me volví a follar a Yéssica: le molestaba "la goma", como a ella, repetidas veces, le gustaba identificar el condón: deduje que

habría follado bastante con su novio y "a pelo", por su supuesto desconocimiento del uso del preservativo. Me dijo que sufría un desajuste hormonal, y que como resultado del mismo tenía la regla "dos veces al mes"; que le parecía que le habían dicho que era cuestión del tiroides. Ella no se corrió, pero yo sí, y pronto, sólo por la comprobación de que por primera vez la había penetrado a fondo, por completo. Se me evidencia lo comprometido de su relación conmigo, y durante la velada intenté por medios más o menos eficaces disuadirla de acometer el pretendido viaje a España con la inmediatez a la que ella no dejaba de referirse. Pero el caso es que esa misma tarde, antes de ver a Yéssica, había estado Cordelia conmigo, así que el de Yéssica fue un segundo polvo.

A la mañana siguiente, sábado cinco de septiembre, me llama Griselda a las 06:40 am. anunciándome su venida a Santo Domingo, que se produjo a las 10: 30 am. Celebré con ella un coito sostenido, intenso y meritorio. Es una chica de casi 24 años, agradable, con una cara afable y bonita, busto generoso, aunque ablandado. Tiene un chaval de dos años; vive en Santiago, y como aquí en Santo Domingo tiene a una tía — ¡bendita institución la de la tía! — ha venido a verme y me ha regalado la delicada urbanidad de no ser estorbo, de no quedarse conmigo más tiempo de lo razonable, ya que le di a entender que a partir de cierta hora preferiría estar solo, y fue ella la que sugirió marcharse. Una gran chica; una gran mujer. En las últimas diez y seis horas he tocado tres pares de tetas blanditas pero abundosas, y sobre todo auténticas: las de Cordelia, las de Yéssica, y las de Griselda. Las más enteras, acaso las de Cordelia; el aparato más cerrado, tal vez el de Yéssica.

Los locutores de radio terminan cada noticia con un tono mitad cantable en tipo de soniquete, mitad retruécano sostenido y dilatado: "¿Qué tú crees que es?", acabo de oír. "A ver, ¿qué tú

prefieres?", sigue diciendo la emisora, como para que no me olvide del giro. Hoy — seguimos en el sábado, cinco de septiembre — he visto en el Hotel Continental, donde me hospedo, a dos jovencitos, chico y chica, que resultaron ser hermanos y haitianos, subiendo en el ascensor, y he vuelto a constatar la finura y la distinción que entre la masa del estamento normal de dominicanos implica el hecho de que dos personajes hablen una mezcla de francés y *patois*. Certísimo que la lengua es la sangre del espíritu, y que el elemento haitiano culto es... Francia pura; es una joya en comparación con el colectivo circundante de toda la República Dominicana. Y lo chusco y chocante es que nunca una realidad como la de Haití en el tercio occidental de La Española ha propiciado mayores y más radicales muestras de racismo y xenofobia como las ejercidas por los dominicanos pobladores de la parte oriental y más próspera del territorio insular completo. Me he referido a ello en anteriores capítulos, pero no está de más insistir por la formidable y al tiempo impía verdad que encierra sobre la condición humana. Para un dominicano, el escalón último en la medición social lo constituyen los haitianos, sus vecinos : "Cuentan de un sabio, que un día"..., "le dijo la sartén al cazo".. Sí, todos estos pensamientos, encapsulados bien sea en el primer verso de una décima inolvidable del Calderón de *La vida es sueño*, bien sea en un aforismo de saber popular, ilustran a la perfección la crueldad carente de perspectiva que puede alojarse en los protagonistas de la Humanidad. Para alguien que, como yo, no sea ni haitiano ni dominicano, el desafuero valorativo alcanza proporciones ejemplares. "No hay peor amo/tirano, que el que ha sido esclavo", reza otro adagio. Por supuesto que yo he dejado discurrir siempre estas realidades por el cauce de lo lúdico, ya que, aun queriendo, no me afectan; no pueden afectarme, repito, aunque así quisiera, en mi esencialidad.

Simplemente aireo, comento el dato. Volviendo a la parejita, la niña, de unos 14-15 años, era de color café clarito, esbelta, graciosa, bonita y proporcionada; y el chico, en su sexo, igual. Les invité a cenar en el "Asadero Los Argentinos", de la Avenida Independencia, justo doblando la esquina de Máximo Gómez, según se baja, a la derecha. Tal vez por la afluencia de contactos en los que yo me hallaba envuelto..., en todo caso por mi fallo de perspectiva, es el caso que cometí la torpeza de no pedirles la dirección, el teléfono, algo con lo que proyectar coonestadamente mi interés y mi curiosidad por sus personas. Me dijeron que estaban con sus padres y que se dirigían de viaje a Francia. Sin duda que pertenecían a esa... estrechísima franja de potentados haitianos cultos, agraciados dentro del muestrario de miseria y depauperación de su país. Una lástima.

El domingo día 6 nos invita Manuel Pareja Flamán, principal Gerente de la Editorial Corripio, a un amigo joven suyo, Héctor, y a mí a un viaje de ida y vuelta en su coche hasta Jimaní, pegado ya a la frontera haitiana. Manolo disponía de un magnífico "carro" americano, y la excursión no pudo ser más satisfactoria. Una pena que, aunque bordeándolo, no nos diera tiempo a detenernos en el lago Enriquillo y contemplar los caimanes que por allí se han habituado.

Hoy, siete de septiembre, lunes, día de mi partida, me llama Carmen Díaz para despedirme y decirme que el próximo 16 cumpliría 18 años. El vendedor de periódicos que me lleva a diario a mi habitación los tres o cuatro en existencia de la capital, me encarga que le traiga (gratis, por supuesto) en mi próxima visita a Santo Domingo, y dando por descontado que me hospede en el Continental..., que le traiga, digo, unas zapatillas deportivas, número 8, para su hija [cosa que hice, indudablemente]. A lo mejor pensaba el hombre que en España regalaban las cosas.

**Jampá; Saipin; Inn; Chompú; Nong; Pong; Tiap (Bangkok, Thailandia). Janice (Cebú, Filipinas). Sonemaly; Phathana; Tuy; buscadoras de oro, anónimas; Nang Sounthone; Nang Sensouphone; Bou-Achine (Luang Prabang; Vientiane, Laos)
25 diciembre 1992 - 13 enero 1993**

El 25 de diciembre de 1992 arranco desde el aeropuerto de Barajas para el que sería mi décimo viaje a Thailandia (Bangkok); mi sexto a Filipinas (Manila; Cebú); y mi primero y único hasta la fecha a Laos (Vientiane; Luang Prabang). En el avión me encuentro con Paco Santisteban Salinas, un almeriense, chaval cuando cursaba una de las materias de Filología inglesa conmigo en la Universidad de Granada, y ahora convertido en un hombre, catedrático de Instituto, igual que su esforzado y pundonoroso padre, Francisco Santisteban Olmedo, que simultaneando trabajo como empleado bancario y estudio, dio buen ejemplo y consiguió asimismo auparse al funcionariado docente como catedrático de Instituto también en la especialidad de Filología inglesa. Caen como vecinos de asiento míos dos jóvenes hermanos gemelos: el uno, médico oculista; el otro, agregado de Física en un Instituto de Segunda Enseñanza de San Fernando de Henares. Se me pasó pedirles sus señas y demás. Pero el caso es que el tedioso vuelo hasta Bangkok se nos hizo más llevadero. Ya en el aeropuerto de Don Muang no me pude despedir de ninguno de ellos, ya que yo normalmente me retraso en los toilettes del pasillo de llegada con el fin de darme un buen lavado, organizar la colocación del dinero *cash* en los bolsillos correspondientes, etc., y ya no nos vimos en el *lobby* de intervención de pasaportes. Me voy derecho al Hotel Ambassador y me agrada comprobar que el espacio del "check in form" o impreso de inscripción y formalización de alojamiento, reservado a "Agency/Group name — Agencia/Compañía", la

repcionista lo rellena con mi filiación de IAPA, y el precio de la habitación sólo me sale por diez bahts (cincuenta pesetas) más que en verano. Me tumbo hasta las 18:00 pm. y dejando para fecha posterior la visita a Diethelm, me voy a "Darling". El "cara de monito" del mayordomo me recomienda a la número 92, que resulta ser Jampá o algo así que ya había escrito yo antes y a quien conocía. Follo con ella *antes* y después del baño y masaje: muy agradable. Es ella la que me pide intentar el segundo polvo..., y aun con goma me sale. Increíble. Lleva un "walky talky" en el bolso y recibe una llamada del exterior mientras está conmigo. Pero me da su teléfono de Bangkok y yo le dejo una tarjeta mía. Además me dice que una hermana suya, Inn.(?) también trabaja en "Darling", número 73 y me hago la idea de cumplimentarla al día siguiente.

Ese 25 por la noche asisto al espectáculo "Calypso". Nada en mi conciencia me había hecho sospechar que se trataba de algo distinto de lo que yo hubiera visto, o hubiera creído ver — que en este caso da igual — en el programa: una exhibición de bailes a cargo de artistas jóvenes y de reputada competencia. He rebuscado entre mis papeles y lamentablemente no conservo el medio publicitario (hojilla, programa de mano, circular, etc.) por el que yo entrara en conocimiento del "show". Sí recuerdo que tenía lugar en una sala o teatrillo contiguo a las dependencias principales del hotel. Adentrado ya en el espectáculo, percibo algo raro en las fisonomías de los/las artistas, y es que resulta que se trata exclusivamente de hombres travestidos, transexuados. Desde donde yo estaba divisando todo, alguna de las figuras me trasladaron una pinta super atractiva, hasta el punto de agujionarme el deseo de haberme acercado y abordado a alguna de ellos al final de la representación. Pero cuando conozco que he asistido a una exhibición de travestís, de hombres pasados a mujeres, me alegro infinito de no haberme

decidido a saludar a ninguno de ellas. Pasé melancólico el resto de la jornada, ya a punto de acabar, y aun en la cama continué comiéndome el coco. Conjeturaba sobre la fragilidad tan quebradiza de la condición humana, que puede sufrir los mayores engaños, perpetrados a expensas de uno mismo. Nada más penitencial que contemplarse en la auto-decepción; que sorprenderse en descubierto; que encontrarse las propias defensas en números rojos. En tales ocasiones la unidad psicósomática, materia y alma, el terrón supra-telúrico del que todos estamos hechos, nuestro yo en una palabra, ensaya una mueca cósmica de asco, un respingo de repugnancia, una inhibición paralizante. ¡Pero si se trata de hombres!, fue lo que más o menos, y como resumen de todo el pasaje, me oía retumbar en los cuévanos de mi conciencia. Estos fraudes siempre vienen acompañados de una mortificante tristeza; de una desconfianza de nuestra condición de racionales. Cuántas veces no habremos saboreado tal o cual alimento para inventarnos posteriormente una náusea emética al enterarnos de que se trata de algo distinto. Aquí lo de dar gato por liebre adquiere proporciones de paradigma. ¿Quién no cuenta con algún que otro caso en su anecdotario? [Hace](#) bastantes años regresaba yo en coche a casa desde Madrid, y en el cruce del Paseo de la Castellana con la calle María de Molina, al detenerme obligatoriamente ante el color rojo del semáforo, se me acercaron dos..., tal vez sólo una figura de lo que yo tomé por mujeres, ofreciéndome los típicos y proverbiales servicios de distracción erótica. Lo de menos entonces hubiera sido mi estado de ánimo, que no recuerdo en absoluto, porque la luz se puso verde y proseguí mi camino sin atenerme a ninguna otra circunstancia. Al coincidir en Alcalá de Henares con mis amigos en una cafetería, punto de reunión habitual, y comentarles el incidente, estos se rieron de mi desconocimiento de que aquella

intersección de calles fuese notoria por la abundancia de travestis... ¿Entonces? ¡Claro, hombre! : a ti se te acercaron dos, uno, o todos los travestis que hubieras querido. El choteo aumentó en intensidad cuando mi gesto, mi semblante, mi persona a un tiempo reflejó una disfunción desazonada, un repeluzno de asco por mi patinazo al no reconocer la naturaleza de aquellas tíos. Más o menos, sólo que en plan finamente estético, lo que me ocurrió en Bangkok. La mohína me pareció doble, de ida y vuelta, porque una vez otorgado un alto grado de aquiescencia a las tales figuras, tuve a continuación que desautorizarme y restituirme de nuevo la valoración que tan erradamente había concedido.

Hoy, ya día 26, veo a Saipin y comemos juntos, al lado de los almacenes Robinson, en el mismo sitio de la vez pasada. Me cuenta que su matrimonio se ha venido abajo, y que vive en otro lugar. Sigue siendo muy hermética para mis standards. Le dejo mi dirección en el Ambassador y por lo menos yo he dado mi primer paso. Esa tarde me acerco a "Darling" y, en efecto, me ocupo con Inn, la hermana de Jampa. Inn tiene 20 años, me dice, y aunque algo más menudita que Jampa, está bien formada y se esmera por agradar. Tanto ella como su hermana practican un buen masaje, con formas muy concienzudas que parecen sacadas de la mejor cepa tradicional thai. Le propongo una felación en el baño, a lo que se presta gustosa; pero al ver yo que dicha modalidad no me supone los grados de complicidad íntima y de incursión iniciática en la persona de Inn, le digo que hagamos el coito como ella quiera. Me siento en el borde de la bañera y ella se coloca a horcajadas. Muy bien. Sin problemas. Al final del masaje parece como insinuarme que me anime a hacer algo más. Imposible de todo punto. Le regalo 1,000.- (MIL) bahts [a su hermana fueron 1,400.- por los dos polvos] y me lo agradece de veras con varios ademanes que creo sinceros. Por la noche, antes

de acostarme, llamo a Nang Lerskornburi, al Hotel Meridien President, y me informan de que trabaja el turno diario normal hasta las 17:30 pm., librando el domingo. Así que, sin perjuicio de llamarla el lunes por la mañana, le dejo con la telefonista el recado de mi saludo y de que estoy en el Ambassador.

27 de diciembre. Sigo sorteando y combinando posibilidades de viajes : a Cebú; a Burma; a Laos... Todo me hace pensar que no voy a salir esta vez de la península de Indochina, ya que el trayecto Manila-Cebú parece de antemano copado en estas fechas navideñas críticas, aunque ya se sabe que una vez allí en el aeropuerto las cosas suelen arreglarse. Pero basta que se tenga especial cuidado respecto de algo para que la excepcionalidad negativa se produzca. Más o menos eso es lo que se entiende por "Ley de Murphy". De momento, hoy domingo 27 he concertado la excursión bucólica "Rice Barge Cruise", algo así como "Crucero en gabarra por los arrozales", y me propongo seguir reflexionando todo el resto del día sobre opciones de viaje. Nada reseñable en especial sobre la gira, salvo que se anunciaba en el programa una visita a una granja Thai y ésta no se celebró. Se lo comenté a la empleada de la agencia Asian Tours organizadora de la excursión, en la Sukhumvit Wing: que no era correcto sino desleal y fraudulento anunciar un servicio del tipo que fuere y luego no prestarlo. Me prometió comentárselo a sus superiores. Hago hincapié en este punto porque lo considero como excepcional dentro del sistema bastante honesto de actividades turísticas por parte de los thailandeses. No conservo la descripción que apareciera en este apartado del programa, pero quiero recordar que se trataba de detenernos un ratito en una casa rural y enseñarnos el esquema de vivienda y vida que podían llevar aquella gente, un tema sobremanera interesante para mí y que sin embargo frustró mis expectativas al no realizarse. Me pareció excesivo presentar una

queja por escrito, pero sí tengo registrada mi otra forma oral y personal de reclamación; y me consta que para cuestiones de esta índole este pueblo se lo toma en serio.

Esa misma noche voy a "Darling", pero por un ligerísimo atisbo de dolor — o tal vez aprehensión mía — en la zona de la ciática antigua, quiero prescindir del masaje. Me ocupo con Chompu, igual que *champú* creí entender, pero con *o* y sin acento. Poseía dos senos en cono abundantísimos, y era una delicia verla. Me aplicó el "body massage"; bien. Y si al principio la encontré algo distante y difidente, al final recuperó mi estima y se comportó de manera simpática. Copulé una vez, ella encima de mí, y muy activa, muy deseosa de agrandar, haciendo preceder todas sus maniobras de los típicos besitos ensalivados en las tetillas y mas abajo. Le di 1,100. - (MIL CIEN) bahts y 20.- \$ USA extra. Su número era el 224, de las que se sentaban a la izquierda.

El lunes 28 me decido y contacto personalmente con la agencia Thavee Travel Service, en el 65-67 de la misma Sukhumvit Road, soi 3 (Soi Nana Nua). Me atiende una competente y solícita empleada, Karnjuree, y como resulta que disponen de un esquema de viaje a Laos que me interesa, concierto también con ellos mi vuelo a Manila que tengo que dejar irremisiblemente abierto para los tramos Manila-Cebú-Manila-Bangkok. Por la noche conozco a Nong en "Darling", número 139, que dice tener una hermana, número 101. Nong es una preciosidad, aunque de pecho más bien breve; pero se comporta amabilísimamente. Además del "body massage" se entretiene con el convencional; tanto, que se oye el timbre que indica que hay que empezar a terminar.

29 de diciembre. Me arriesgo a ir a Manila y a esperar "stand by" para volar a Cebú, otro latazo de maniobra, excepto que ahora me coge más descansado y mejor mentalizado. Acierto

de pleno en el sentido de que puedo acomodarme en el avión de las 19:30 pm. Durante las tres horas y media de espera me tomo una sopa de arroz con trozos de pescado "lapu-lapu", muy sabrosa y nutritiva, en un restaurante chino de enfrente del terminal 2 del aeropuerto, y desde allí llamo a Mary Rose Pecson (Rosario) quien, según su hermana que se pone al teléfono, no está porque se halla de viaje hasta el 3 de enero. Muy bien. En Cebú me hospedo en el Midtown Hotel, nuevecito, en la confluencia del Boulevard Osmeña y la Maxilom Avenue, sitio conocido como Puente Osmeña, en pleno centro de la ciudad y a un paso de todo. Éste sí tiene centralizados los servicios de refrigeración para todas las dependencias y habitaciones, además de las comodidades rutinarias y propias de un establecimiento de cuatro estrellas, como digo, nuevecito. La afiliación a IAPA me supone un 25% de descuento de la tarifa base, o por lo menos eso es lo que me dicen. Algo es algo. La habitación individual "de luxe" es un tanto pequeña, en el piso undécimo, pero bien orientada, con poco ruido y con buenas vistas del lado de la piscina. Me pego un disgusto al comprobar que las cortinas son de color claro y de textura ligerísima, por lo que de madrugada de ese primer día ya estoy despierto, si bien al acostarme tuve la precaución de ponerme el antifaz que me resulta cada vez menos molesto.

30 diciembre 1992. Obvio el problema de la transparencia de las leves cortinas, pidiendo que me coloquen otras de refuerzo, cosa que hacen gustosos, y así conjuro en un 75%, digamos, el problema de la luz, ya que pretender conseguir una oscuridad absoluta en estos países es prácticamente imposible. Desayuno y me lanzo a la calle a gestionar mi cierre de billete el día 6 de enero a Bangkok vía Manila de nuevo. Cambio dinero a 24,40.- pesos por dólar; o sea, noventa céntimos más que en el aeropuerto, a 23,50. ₱. Luego me voy a expedir una tira de

telegramas: a Divina Maraveles; a Mary Rose Pecson; a Joy Dacullo; a Janice; a Myra..., a la que he ido a ver, bueno, con intención de ver, a la pensión donde se hospedaba en el mes de julio, por si estaba aún, y me informan de que creen que está en su casa de Consolación. Pero, un momento. Acabo de mencionar el nombre de una chica desconocida hasta ahora: Janice. ¿Quién es esta polizón? Se trataba de una pen-pal rezagada, probablemente fruto... o al menos resultado de la alegre política de Jack West de poner en el mercado de la amistad por correspondencia a todo bicho viviente. En uno de mis anteriores capítulos creo haber indicado al lector mi ruego a Jack para que me sacara de las listas de todas las publicaciones en las que él se anunciaba. A las alturas de mediados de 1992, Janice era indudablemente una rezagada y, en efecto, en su primera carta (no fechada por ella, pero en la que parece señalar el matasellos día 24, en todo caso de julio, y contestada por mí el 11 de agosto) Janice se explaya en explicaciones. Me informa de que se encontró con mi nombre en la revista *Pacific Century Club*. Me dice que tiene 22 años; que son nueve hermanos, y que vive en Alcoy, una ciudad de unos seis mil habitantes en la costa sur-oriental de la isla de Cebú. Janice desplegó una diligentísima actividad con su correspondencia. Con decir que hasta el momento de encontrarme yo ahora en Cebú, me había escrito cuatro cartas, acompañadas de fotografías de sí misma y de gente de su familia..., pues está dicho todo. Según el tenor de sus palabras, en un inglés razonablemente inteligible, yo le había dejado caer el tema de que pensara en la posibilidad, más o menos cercana, de viajar a España. Ahora que releo sus cartas, tengo la impresión de que no lo entendió; de que era demasiado para su cabecita. A todo esto, ¿qué aspecto permitían inferir sus fotos? Pues la de una chica monilla, más bien menuda, típicamente filipina, es decir, aceitunadita, pelo largo y atractivo,

dientes delanteros superiores ligeramente avanzados. Janice Benolirao — pues tal era su nombre completo — parecía en total una chavala suficientemente atractiva. Pues bien, más o menos y aproximadamente ya ha quedado presentada mi última, verdaderamente última corresponsal filipina. Claro que la diligencia en escribir que concurría en Janice venía primordial, si ni absolutamente, propiciada por la puntualidad que yo imprimí desde el primer momento a mis respuestas.

Los filipinos han heredado, supongo que de España, la abordabilidad espontánea de unos y otros en la calle, sin mediar más trámite ni más protocolo que el de la mera coincidencia en un lugar y en un momento concretos. Nada más fácil que para alguien como yo, que se hallaba flotando un poco a la deriva en busca de información con la que hacer posible la instrumentalidad de mis gestiones. Así me dejo abordar por Tony, en realidad Antonio Y Tan, Real Estate Broker y un montón de cosas más según la tarjeta que inmediatamente se apresta a ofrecerme, porque esto de las tarjetas de visita es algo corrientísimo aquí: aun el ciudadano de clase media dispone corrientemente de dicho medio protocolario. El hombre con toda la buena fe del mundo me orienta hacia las oficinas de Correos, tan sólo para poder comprobar yo que desde hoy día 30 de diciembre de 1992 hasta el cuatro de enero de 1993 dichas dependencias no funcionan. A mi regreso del Correo, cerrado, me vuelvo a encontrar con Tony, el cual ahora me sugiere dirigirme a un Thriftmart de por allí, una especie de agencia tipo SEUR en España, sólo que a lo pobre según las apariencias. Pero antes de esto, alguien de la oficina de Telégrafos de Plaza Osmeña me apunta la original y luminosa idea, de enviar un mensaje por radio. ¡Ah, pues claro! Lo mejor con mucho para intentar el contacto con Divina Maraveles. Me voy a donde me indican y efectivamente me encuentro en un habitáculo modesto,

como de radio-aficionados, donde les explico mi caso a dos señoras jóvenes que allí se encontraban en ese momento. Les escribo el texto del mensaje que quiero que vaya al aire, y una de ellas lo repite varias veces, estando yo allí mismo. El recado presumiblemente era una llamada a Divina, informándola de mi llegada a Cebú, de mi alojamiento y de los días de mi proyectada estancia. No quisieron cobrarme nada, y me despedí de ellas con el ruego de que de vez en cuando y durante sus programas de la mañana intercalaran el mensaje. Bueno, me dije, a ver si hay suerte y esta chica coge onda y se da por enterada de que me encuentro aquí, bastante cerca de donde ella está, bien fuera ello su residencia universitaria de Dumaguete o el domicilio familiar de Zamboanga. Unos minutos antes, otra señora espontánea que me había visto merodear por delante del Thriftimart me aborda y se ofrece a gestionarme el envío de la carta que ya llevaba yo preparada para Divina a su mencionada dirección de Zamboanga. La señora tiene una tiendecita, una expendeduría como de boletos de lotería, eso me pareció, y sin podérmelo yo mismo explicar, es el caso que me trasladó una dosis de credibilidad como para que le confiara el encargo. Le di 50 pesos por los servicios futuribles y... a esperar. En caso de fiasco, no se trataba de ningún estropicio irreparable. Y en caso de que el asunto llegara a buen fin, Divina tendría necesariamente que ser alcanzada o bien por la andanada del recado por radio; o bien por la carta urgente.

Desde mi capítulo previo hasta el momento que ahora estoy relatando, Divina me había escrito cuatro cartas: en la tercera de ellas, fechada el 25 de septiembre, me acusa recibo de un envío previo mío de doscientos dólares. Esto es lo fundamental. Su literatura epistolar continúa tan apremiantemente, tan anhelantemente, tan intoxicantemente... suplicante... no; persuasiva..., tampoco; engatusadora, más bien, para hacerme

ver su necesidad de dinero y de contar con un apoyo eficaz que le permita continuar sus estudios, etc. etc. Nada que no me hubiese dicho... por declaración directa o por alusión muchas veces ya antes. Las razones de esta chica me fascinaban. Daba yo por bien empleados los cientos de dólares que mi goteo incesante le habían hecho llegar, con el fin de releer sus cartas plagadas de excusas, de contra-excusas... Si me pregunta el lector por qué en ciertos momentos de la vida a uno le encanta que le tomen por cándido, no sabría dar una respuesta decente. El caso con esta chavala operaba de paradigma en dichas cuestiones. Cuanto más endebles eran sus argumentos, mayor — pensaba yo — tenía que ser su reacción interna de inexplicable y gratisísimo estupor ante lo que sin lugar a dudas consideraría como conducta beatífica y providencial por mi parte. Acaso yo sin saberlo estaba practicando un tipo de crueldad, de cuasi-sadismo mental. Era como si le pagara para que ella a doce mil kilómetros de distancia me contara frivolidades: a tantos dólares la página de cada una de sus cartas repletas de las mismas historias. Me encantaba poderme costear semejante menester. El dinero era mío; estaba ayudando decisivamente a alguien que se hallaba muy lejos de mí. Nada más platónico, más incontaminado, más espiritualmente puro. Cualquier otra valoración habría que dejársela a psicólogos, teósofos, gurús...

En cuanto a Joy Dacullo, había recibido una carta suya el 23 de noviembre, en la que sólo me hablaba de penalidades: problemas con el trabajo, problemas con su madre, dificultades con el cuidado de su hijita, etc. Joy me seguía pareciendo entrañable, una chavala a la que nunca podría echar de mi incumbencia, mucho menos olvidar. Al día siguiente de recibir su misiva, o sea, el 24 de noviembre, le envió cien dólares para que fuera tirando con lo más inmediato hasta volver a tener noticias suyas.

Con todo este ajetreo de recados y de envíos de telegramas y de mensajes radiofónicos me doy una verdadera paliza en la calle, protegido de gafas y sombrero de tela, pero con un calor intenso. Ya en el hotel, en la cinta de música de fondo del lobby de Recepción, escucho creo que en tagalo o cebuano una versión nativa de la canción... "necesito ser amada, necesito ser feliz" de la mejicana Ana Gabriel, a quien en la República Dominicana oí referírmela como "la ronquilla". Por la tarde noche pongo un telegrama a Rowena Dacuyan, a su dirección de Cebú. Y probablemente, si no contesta, pienso, me decida a enviarle otro telegrama a Mindanao. Ya veremos. Porque el caso de Rowena, también merece que nos detengamos. Su última comunicación a mí estaba fechada el 5 de octubre. Por todos los puntos de esta última carta suya se evidencia que ésta era una chica mucho más granada que el resto de mis otras amistades. Nada de lo que me dice tiene desperdicio. Espera que todavía esta carta suya — me señala — sea bien recibida por mí. Lamenta que no nos hubiéramos podido ver en las pasadas recientes ocasiones en las que yo estuve en Filipinas, bien fuera Manila, bien Cebú. Me cuenta que todos los negocios que emprendiera le han ido mal, y que ahora, se va a trabajar con una tía suya que vive en Mindanao; que está recibiendo mi subscripción de regalo a *National Geographic* y que le encanta; que no querría perder por nada del mundo mi amistad porque "as you [es decir, yo] know, I'm a very understanding girl". Y es verdad que lo era; nada de estrecheces mentales tipo Jasmine, por ejemplo. Rowena sabía que yo había venido y seguía viniendo a Filipinas a encontrarme con mis amigas variadas, y jamás se le ocurrió plantearme una situación de celos o bobadas por el estilo. Me continúa diciendo que cuandoquiera vaya a Filipinas, que la llame y haga por contactarla. Se despide haciendo votos porque la vuelva a contestar, y deseándome "good health and the best of

everything". Lo que digo : un amor de chica; un pedazo de mujer. Le respondí a esta carta con otra mía de 29 de octubre, y ahora aquí en Cebú a finales de 1992 estoy tratando de hacerle saber que me encuentro en su tierra. Y sin escatimar medios.

Nos hemos plantado ya en el 31 de diciembre, último día del año. Voy a dejar pasar una o dos fechas más, resuelto a no forzar ningún curso de acción; decidido a tomármelo con toda la calma del mundo, esperando simplemente a que cualquiera de las amistades advertidas de que estoy aquí conteste, y se den todas por enteradas. Esta va a ser la segunda Noche Vieja que celebro en Filipinas. Decididamente a partir de ahora no parecen existir más que dos programas claros: o no venir más; o venir a llevarme a alguien a España; y ese alguien tanto podría ser Janice... como Gloria, como Divina, etc. Las puertas se van cerrando a su tiempo : Indonesia; Filipinas probablemente ahora. Thailandia, Bangkok más específicamente, siempre quedaría de par en par, como módulo de llegada y de distribución, tanto dentro de la misma Thailandia como hacia cualquier punto de la entera Indochina.

Como había anticipado, a eso de las 20:00 pm. del 31 de diciembre envió nuevos telegramas: a Rowena, esta vez a South Cotabato, en Mindanao; y a Divina, ahora a Ethel Chapman Dormitory, su residencia universitaria. Así me doy el gusto de asegurarme de que no he dejado un solo palillo por tocar. ¡Por mí, que no quede! También telefono a los Cabato: Vangie está en Malasya. En realidad, Vangie es quien a estas alturas se me aparece como más lejana y más inalcanzable: hablo primero con su madre Guillermina, y a continuación con su tía Angie: treinta años y soltera, según se dio prisa en matizarme. Esa misma noche — no lo olvidemos, la última del año — percibo los primeros síntomas de como si hubiera pescado un gripazo. Me acuesto; oigo algo así como las doce desde la cama y amanezco

fatal, con un monumental malestar: ¿Qué hostias puede haberme ocurrido? Si yo, hasta ayer, he funcionado como un reloj... que funcionara a la perfección: liviano, ágil, con el vigor natural que me acompañaba y que me permitía incurrir en toda suerte de actividades. Hago memoria... ¡qué va!, ni eso, traigo más bien a mi conciencia la jornada del día 30... Claro. Tuvo que tratarse de entonces. Todos los indicios me conducen a que se debía a una bestial descompensación térmica que se asentó en mi sistema y me aniquiló. Lo típico: el calor de la calle era horroroso, y el aire acondicionado del hotel, aun no rigiendo al máximo de las frigorías, representaba veinte grados de diferencia de golpe, abrupto; y el organismo más templado no podía dejar de sufrir ese batacazo. A la convocatoria de esta circunstancia venían otras enlazadas : aquella vez, y aquella otra en que el funcionamiento de la refrigeración del coche en pleno verano me había provocado, había provocado también a otros el mismo efecto devastador, de mazazo. Difícil, por inexacto, describir sus consecuencias: dolores de articulaciones, pesantez de cabeza, desmadejamiento general, un poco de fiebre acaso, desgana para ponerse uno en pie, etc. Me paso todo el día uno de enero de 1993 en la cama, sin ganas de comer y con dolores hasta en el alma, oyendo el lanzamiento y explosión de cohetes y petardos. Una gloria de estreno de año. Pero con todo, lo más penitencial siempre se abría paso y penetraba y se asentaba en los canales y en los campos de la mente. Enfermo a más de diez mil kilómetros de mi casa. ¿Qué iba a ser de mí; qué iba a ser del resto de mi vacación? Como suele ser característico en estas situaciones, los mecanismos del intelecto se encargan a la perfección de apelotonar en un golpe de fijación el conjunto de calamidades que va a significar el hecho de encontrarse uno enfermo, para un momento después echar abajo dicho bloque de estropicios y sustituirlo por otro de contenido semejante sólo que

con los factores de penalidad enumerados revueltos en otro orden... Era como si en un instante taladrante, sincrónico, la mente me regalara una serie de preguntas más o menos de este tenor: ¿Y mis amigas? ¿Y mis billetes? ¿Y mi viaje a Laos? ¿Y mis fechas de vuelo?, etc., etc., para otro instante más tarde comenzar la serie de preguntas por el final y llegar a idéntica conclusión de desesperanza e impotencia. Sí, la tortura mental multiplica los efectos de la corporal.

El día dos doy el recado en Recepción de que llamen a un médico, no especialista sino generalista, lo que entenderíamos aquí en España como "de familia", más que nada por la experiencia que puedan tener en casos así. Tampoco quiero dar palos de ciego automedicándome, si bien, de manera bastante aséptica me prescribo aspirinas, que siempre llevo conmigo, y sudadas sostenidas. Por suerte para mí, ninguna de mis "novias" ha dado aún señales de vida. Me da grima imaginarme encontrándome con ellas en este estado lamentable. Prefiero salir de incógnito de Cebú, mejor que malograr la aventura virtualmente emocionante de una cita. Yo así no puedo ni quiero ver a nadie con quien intercambiar asuntos tan delicados. Empero, esa noche se me presentan nada menos que cuatro Cabato, aunque me habían anunciado que dos: además de Guillermina — ya sabemos, mamá de Vangie — vinieron con ella una hermana pequeña suya, Angie, y dos más, no llegué a registrar el parentesco en mis notas (una, con toda probabilidad, Wheng, hermana de Vangie). Estaba yo acostumbrado a este tipo de mostraciones y ya nada me asustaba. Pensé en la representación familiar que acompañó a Yolie Fuentes, justamente dos años atrás en el Hotel Montebello, cuando les invité a cenar; en la de Joy Dacullo, también por las mismas fechas y hotel. Una chica o mujer joven nunca iba a ver a un hombre sin la compañía de una "chaperon" o carabina. En el

caso que nos ocupa, la causante original y única de todo aquello era Vangie, que se encontraba en Malasya con su grupo musical, y a la que definitivamente no vería jamás. Pero ya dije que ahora la amistad se había desplazado a su familia, y en tal caso debieron pensar que lo mismo daban dos que cuatro. Todas comieron allí en mi habitación, y lo que no se comieron hicieron muy bien en llevárselo. Estaba pagado y denotaba el marchamo de producto de hostelería de cuatro estrellas. Hablamos de todo, y con esta audiencia mi estado corporal no importaba tanto. Nos contaba Angie, sobre todo a mí, claro, que era matrona, enfermera comadrona, pero que tenía su carrera detenida por no poder hacer frente al desembolso requerido para costearse su año de prácticas. Le dejé que hablara, que me explicara sus planes, sus logros, sus expectativas. Al final, indagué más concretamente sobre la cantidad que necesitaría para cubrir todos sus gastos para ese año tan vital para ella. Angie, sin sospechar mis intenciones, sin sospechar nada en realidad, pensó en voz alta, sumó, restó, añadió, multiplicó...y por último pronunció la cifra global de 6,000.- (SEIS MIL) pesos filipinos, cerca de treinta mil pesetas. Me levanté, metí mano en el bolsillo interior secreto del pantalón y retiré en dólares el equivalente, con rebaba, de dicha cantidad. "Cógelos — le dije — es un regalo mío". Aquella mujer no sabía qué hacerse, qué decir; no daba crédito a lo que veía, ni a lo que oía, ni a aquello a lo que materialmente asistía. Yo, la verdad, me di maña en reconducirlo todo a través y en razón de la persona de Vangie; les hice ver que puesto que Vangie no podía estar con nosotros..., que yo sentía hartazgo en festejar a su familia como lo más cercano a Vangie. Además de ser cierto y de constituir algo perfectamente acomodado en el sentido común de alguien quijotesco como yo, había otro fondo de intencionalidad no menos acuciante, y ello era que yo busqué por todos los medios que la familia de Vangie

tuviera siempre bien presente la clase de individuo que había jugueteado con Vangie a la correspondencia, y quién sabe a qué otros menesteres en caso de haberse materializado nuestro encuentro. Ante aquella gente, yo estaba legitimando mi interés por Vangie. Seguro que cuando hablasen con ella mencionarían mi regalo, y así mi imposible novia cantante no habría dudado ni un momento de la entidad de mi persona. Por lo pronto, la allí y entonces presente Angie quería besarme las manos; me prometió rezar por mí todos los días de su vida, y a mi requerimiento de que me prometiera solemnemente que iba a destinar los seis mil pesos a la consecución de su sueño laboral que tan bien me había expuesto, me dijo sofocada y llorosa de emoción que preferiría que le acontecieran los más horribles percances antes de no dar a ese dinero el destino fijado. Tuve la sospecha, mejor, la convicción de que aquella criatura me instalaría en efigie en algún nicho u hornacina de su casa para rendirme culto. ¿Una quijotería más de mi parte? Pues bueno, sí. ¿Y qué? A todo esto, déjese me decir, a guisa de semblanza, que Angie tiene cara de ratoncito, de 44 kilos, con dientes de pala algo salidos, encias un poquito descarnadas, esmirriadilla aunque... monilla. En la foto que probablemente nos sacara Wheng a nosotros restantes cuatro, yo estoy entre Angie a mi derecha y su hermana Guillermina a mi izquierda; y la prima (?) de Angie a la derecha de ésta, en el extremo del sofá. Es una foto rudimentaria pero muy completa. Angie luce melenita larga, hasta los hombros; vestido rosado claro, y se la ve graciosamente sonriendo. Yo presento un color paliducho, de enfermo convaleciente y en fase de recuperación, vistiendo la camisa indonesia de batik que me obsequiaron las hermanas Gunadi. La mesa aparece repleta de viandas, vasos de refrescos, tazas de infusiones; es lo que mejor pinta tiene de todo el panorama. La foto me fue remitida por Angie a España, en una carta posterior.

El día 3 de enero comienza tranquilísimo y tiene todos los visos de seguir así. Me encuentro algo menos mal, pero para mis aspiraciones la cosa va lenta. Excreto un par de chorretones violentos y decididos de líquido y creo que me limpian el interior. Disfruto de un rato de un par de horas en que percibo o me autosugestiono con que la mejoría es real, imparable; que la gripe, telele, jamacuco o mazazo ha hecho crisis y que a partir de ahora mis defensas se van a hacer cargo de todo.

El día cuatro por la mañana llega el médico, un tal Edwin Cuenco, acompañado de su mujer, otra médico, y no hacen sino confirmar mis síntomas de mejoría. Me pone ya de paso la inyección de mi vacuna contra la faringitis. Esa misma mañana la enfermera del hotel, Miss. Brenda, había consultado sobre la compatibilidad de la vacuna con lo que el señor Cuenco pudiera recetarme. No había problema. El matrimonio de galenos me prescriben cápsulas de Ceporex-Cephalexin 500 mg., a tomar una cada seis horas durante una semana, y una suspensión de Carbocisteine/Solmux Forte, una especie de mucolítico para las vías respiratorias, fármacos que los servicios del hotel me proporcionan inmediatamente. Ahora es Janice, la niña de Alcoy, la que me llama, y queda en venir por la tarde a verme "con su hermana" (ya dijimos que tenía donde elegir). Y efectivamente viene, pero no con una hermana de entre las varias que tiene [yo creo que recapacitó después de su primer recado y no quiso dar lugar ni a competidoras ni a comparaciones] sino con una tía y la hija de ésta, por nombre Hazel [Avellana]. Janice es de una timidez para hablar rayana en lo cómico-cinematográfico. Pero ha tenido el coraje de venir a verme y ha venido, cosa muy de agradecer. Pidieron tres ensaladas de ingredientes apetitosos, pero Janice no come casi nada; tan sólo pellizca tres o cuatro pedacitos de huevo, escabeche, tomate, etc. y emplea en ello más de media hora. A su prima Hazel, que se ayudaba de la cuchara

con la mano izquierda para cortar la carne, le dije que por qué no probaba con el tenedor para controlar, a lo que se sonrió y accedió a usarlo: eso da idea de la rusticidad de maneras de esta gente. Me enteré de que la carretera a Alcoy se había arreglado y de que un autobús "air-con" tarda dos horas, y de que un coche particular lo puede hacer en una hora y media. Asimismo me informaron de que el billete — infiero que para ambos sentidos — cuesta 52. ₧ y de que la población más inmediata por el norte, desde donde le llegan a Alcoy los servicios de Correos y otros, es Argao, con cierta entidad turística. Alcoy tiene unos nueve mil habitantes, tres mil más de los que yo había sugerido unas páginas atrás, lo cual da una idea de la progresión automultiplicadora de estos prójimos, ya que mi primera cifra la extraje de un mapa oficial, según parece publicado en 1984. Me siguen informando mis comensales de que Alcoy carece de recursos turísticos propiamente dichos, pero que disfruta de una buena riqueza pesquera. Janice, que por carta daba la impresión de ser una chica decidida, impaciente y hasta exigente, en persona es un animalito temeroso de hablar inglés, que sólo cuchichea en tagalo y en voz baja con su tía y con su prima, como si estuviera en el colegio. Pues bueno, pensé: ahora espero que Janice, en vista del poco protagonismo que está teniendo en esta reunión, sea menos premiosa en su correspondencia y se conforme con que no le conteste sus cartas inmediatamente, como siempre y rutinariamente me pedía. Un simple pintoresquismo del carácter de una niña mayor como era Janice.

Hoy, cinco de enero de 1993 será noche de Reyes. He amanecido regularmente bien, dentro de lo que cabe. Los síntomas van decreciendo, aunque sufro la pesantez de la fiebre de los días pasados y el apaleamiento general. Desde mi habitación 1103 hay una buena vista. Enfrente se levanta una grúa por encima de un mazacote de cemento armado en

construcción que le llega hasta bastante arriba de su articulado metálico. Se trata del futuro Hotel EMSU. Pero lo curioso es que al extremo del sector más largo del brazo horizontal hay instalada una garita; y otra más, justo enfrente, como contrapeso sobre la parte más corta del mismo brazo, en la base del ángulo formado con el árbol vertical de la pluma. Como he visto gente salir del habitáculo sito sobre la parte corta del brazo horizontal, he pensado si viviría alguien allí durante todo el tiempo que durase la construcción. No, claro. Un camarero despejado me aclara que el operario que sea, sólo está arriba a lo largo de la jornada laboral, encargado de manejar el funcionamiento de todo el tinglado con más operatividad. Luego, bajan a dormir a sus casas. Así pues, no parece que la técnica empleada permita gobernar desde abajo todas las prestaciones posibles de la grúa.

6 de enero 1993. Día de mi partida. Sin complicaciones. La cuenta del médico, 500.- ₪, unas dos mil quinientas pesetas, muy razonable si consideramos que, de paso, me puso la inyección de vacuna. En total, cerca de 18,000 (DIEZ Y OCHO MIL) pesos, unas noventa mil pesetas los ocho días de Cebú, seis de ellos enfermo; una de las vacaciones más originales de mi vida. Pero contento de poder viajar, con el ochenta por ciento de mi habitual vigor, y subiendo. Llego a Bangkok a la hora prevista y me hospedo en la misma habitación del Ambassador. Pregunto y me dicen que sí, que puedo dejar la parte que desee de mi equipaje para cuando venga de Laos. Bangkok se ha convertido así como en "mi casa" del Extremo Oriente; la misma realidad que experimenté con relación a Rumania y Turquía, a favor de Bulgaria en mi experiencia de 1972; la misma proporción entre Santo Domingo y el resto del Caribe. Me metí en la cama a eso de las 20:30 pm. del día seis de enero y me apresto el siete de enero de 1993 para todo lo referente a mi excursión a Laos. Voy a la agencia Thavee y dejo el pasaporte para recogerlo esa misma

tarde a las 17:00 pm. Mando a la mierda mentalmente tanto a Nang como a Bencha como a Saipin, si piensan que las voy a llamar o a buscar otra vez. Me encuentro algo cansado, y los temores de caer enfermo son cada vez más mediatizadores, más acuciantes. Redescubro invariablemente que el "Continental Breakfast" : zumo, trozos o piezas de fruta, café y/o té, cestillo de pan y/o bollería es, con mucho, el más simple y el más apetitoso, además de económico. A las 17:00 pm., como estaba acordado, recojo el pasaporte y el visado para Laos [aquí dicen Lao] . El visado llena toda una página con una tirita de tres líneas de papel grapado que reza: "If you desire to visit provinces, please contact Lao authorities concerned". Parece que esta gente quiere atraer turismo, y que una vez en el país, se correee y se haga el mayor gasto posible. El visado es bueno para quince días y debe usarse antes del 6 de febrero. Viene en su lengua y en francés.

Recogidos los documentos de la agencia, me cruzo a "Darling" y llamamos a Tiap, número 23, una chavala de predicción inexacta, ya que al faltar otras con las que había hecho idea de entrar, me tuve que decidir por lo que había en el escaparate. El mayordomo carita de mono no parecía muy convencido de mi elección. Me dijo que la chica en cuestión "no gustaba de extranjeros", cosa bastante intrigante y crítica como para que probara. Y ocurrió todo lo contrario. Extremé mi ternura desde el mismísimo comienzo, como si se tratara de merecerme su intimidad y de ello despendiera mi paz de espíritu; y el método me dio estupendos resultados. Después de preguntarle si le gustaría hacerlo conmigo, copulé con ella exquisitamente, ganando tramo a tramo su penetración y besándonos con una mayor intriga cada vez, con una más cómplice aquiescencia. Luego me dio un masaje discreto, de extremidades tan sólo, a base de pellizquitos y toques repetidos,

repetidos. La gané besándola suavísimamente !qué bien lo recuerdo; ; besándola las comisuras y las hondonadas de los ojillos. Me lavó la cabeza con champú. Era estrechita y la penetración la sintió en todo el juego imperativo entre *linga* y *yoni*.

8 de enero 1993. Los de Laos han comprado un Boeing 737-200, que parece que es todo lo que tienen para su comunicación aérea entre Vientiane y Bangkok, y les sobra. Pero el capitán piloto, europeo, podía ser francés, acaso inglés o de cualquier otra nacionalidad. Y lo mismo su mujer, una tía madura, rubia, que trabajaba de azafata junto con algunas nativas más, algo achatungaditas, luciendo una falda larga con una sola línea de cierre a modo de doblez, parecido al estilo indonesio, de color marrón granate; blusa blanca transparentando la parte superior de una combinación de "frills" o filigranas de encaje, muy voluntariosamente femenina. El moño recogido dentro de una gasa en forma de lazo. La presencia del matrimonio europeo a mí me trasladó la justa dosis de confianza, como si entre los dos prestasen garantía. La duración del vuelo era de alrededor de una hora y ello me permitió entretener mi conciencia con un pequeño enjambre de reflexiones. ¿Por qué ahora Laos? Por todo y por nada. Simplemente porque estaba ahí al lado, y tal vez porque comportaba una buena dosis de exotismo y misterio alimentados a través de películas y de literatura periodística sobre la guerra entre los USA y Vietnam que el propio país de Laos compartió y sufrió, con la particularidad de aparecer siempre en escena representando el papel del todavía "más malo". Si a Vietnam, con sus luces y sus sombras, le dio notoriedad universal su enzarzamiento bélico con los yanquis, Laos permaneció en un segundo plano, casi desconocido para el gran público, y en todo caso como lugar en que — ya lo dije, por efecto del cine, por ejemplo — tenían lugar algunos de los

episodios más cruentos del curso de la contienda. Dentro de la península de Indochina, Laos se halla rodeado y cerrado completamente, en todas sus fronteras, por Vietnam y Cambodia al norte, este, y sur; por China y Birmania al norte y noroeste, respectivamente; y por Thailandia al oeste, siendo esta última nación, junto con Vietnam, la más significativa y con la que Laos mantiene y preserva el mayor volumen de interacción en todos los órdenes. Bangkok se constituía, sin duda y con mucho, en el punto mejor preparado logísticamente para agenciarse cualquier tipo de excursión a Laos. Y tal había sido mi caso. Consciente e intencionadamente paso por alto toda la información objeto de guías turísticas comerciales y cualquier detalle que no se adhiera de manera insustituible al propósito de mi relato. Yo pretendo trasladarle al lector — con la fortuna que en cada caso concurra en mí — el latido vivencial de mis andanzas, recordándole que todas y cada una de las peripecias que configuran mis memorias se acomodan bajo un título cuyo primer y más señalado concepto es el de *Mujeres...* Aparte de la información más o menos rutinaria tipo enciclopedia, desde 1991 existía en el mercado el libro de Daniel Robinson y Joe Cummings, *Vietnam, Laos and Cambodia : A Travel Survival Kit*. Lonely Planet 1991, bueno, detallado y concienzudo donde los haya, y que adquirí después de haber realizado mi visita. Porque la actitud del viajero suele adoptar, entre otros muchos, uno de estos dos patrones mayoritariamente: empaparse en literatura futurible sobre el país o lugar que sea, previo al viaje..., o viajar a él y comprobar *a posteriori*, y si es que uno tiene tiempo y curiosidad, la adecuación entre lo experimentado y lo que uno pueda tener ganas de leer *después* de hacer la excursión. Yo preferí que mi caso se acomodara en la segunda de las opciones diseñadas.

Lo que primero hay que reseñar es la calidad de cercanía y accesibilidad que la situación vecinal de Thailandia prestaba a cualquier incumbencia relativa a Laos. El formidable protagonismo de Bangkok como centro geográfico indiscutible de toda la península de Indochina, desde donde acceder a cualesquiera otros destinos del sudeste asiático, incrementaba su operatividad al tratarse de Laos; transformaba su "extranjería" en algo más asequible. Con estas y otras consideraciones llegamos al aeropuerto de Vientiane, capital del así llamado "país de la sonrisa y de la hospitalidad: The land of smiling and hospitality". Ya me había informado de que la moneda nacional era el *kip*; que un baht thailandés correspondía a unos 28 kips; un dólar USA a 710.-; o sea, que cada kip salía a unos 16 céntimos de peseta, cuadrando todas las anteriores equivalencias. Según las instrucciones detalladas de mi protocolo turístico, por viajar solo, a mí me correspondía un servicio personalizado, con guía y transporte; como digo, únicamente para mí. Yo había estado varias veces en la antigua Unión Soviética, y dos de ellas viajé solo; así que estaba acostumbrado a todos estos usos. Laos comenzaba a abrirse resuelta aunque lentamente al turismo, y para todas estas "repúblicas democráticas populares" (pues tal era el inevitable, repetidísimo y cargante nombre que adoptaban las naciones nacidas a la independencia desde la lucha contra las potencias capitalistas otrora colonizadoras), claro que el ejemplo general lo habría constituido la URSS, ahora, a estas alturas de principios de 1993 en proceso de remodelación. El turismo, como mal necesario, lo tenían controlado a estilo soviético. Repito: si se viajaba en grupo se arbitraba la atención que fuere para el grupo. Y si se viajaba solo, cual era mi caso, la organización socialista ponía a mi disposición un transporte y un guía, a todas luces un lujo... que previamente había yo pagado en el paquete turístico.

Pues bien, después de este minúsculo exordio, permítame el lector que exprese mi convencimiento de que el demonio existe, pues a no otra intervención sino a la del maligno pude yo atribuir el hecho de que a mi llegada al aeropuerto de Vientiane no encontrara a nadie que se hiciera cargo de mí para, de momento y previo a todo, trasladarme al hotel. Lo de siempre: preguntas, indagaciones, insistencias, búsquedas, y vuelta a lo mismo. Nada: allí no sabía nadie nada de mi caso. A mí me constaba que la agencia de Bangkok había hecho su trabajo concienzudamente: que habían enviado el fax delante de mí y que el fax lo habían recibido normalmente en Vientiane, cosa, por otra parte, ociosa de reseñar, porque los thailandeses hacían eso constantemente, y no había lugar para la equivocación, sobre todo si mediaba la comprobación O.K. llevada a efecto. Según parece, la comunicación se establecía entre la agencia de Bangkok y la de Vientiane que actuaba de corresponsalía; algo, como digo, rutinario y trillado. No recuerdo bien con detalle, lo que se dice con detalle desmenuzado al milímetro, los pasos o tramos de mi cabreo. Recuerdo haber esperado en el aeropuerto hasta comprobar que allí nadie iría a recogerme. Luego, creo que me informé de cuál era la agencia que según mis credenciales se tenía que ocupar de mí; y que cogí un taxi de los que había en el aeropuerto, y que me personé en la dicha agencia. Allí, una vez mostrado mi billete, mi bono y todo lo que formaba el pequeño dossier de evidencia de que yo era quien era, y de que no había sido atendido, sin tener idea de por qué..., el verdadero y más directo motivo de mi indignación fue el constatar, siempre conforme a mis standards, que aquella gente... parecía no hacer nada. Yo empecé..., empecé y no lo dejé durante un buen rato, a barbotar improperios. Mi francés era limitado, y las peores palabras, los más feroces insultos en gabacho, bien por desconocimiento mío, o por la propia entidad de los mismos, no

me parecían aplicables. Recurrí al inglés, que seguía siendo allí y en todas partes el vehículo comunicativo más universal; y sobre todo porque — y de esto entiendo algo —, el inglés tan sólo se sirve de unos pocos vocablos, poquísimos, apenas media docena, para exteriorizar la ira, la frustración y la indignación. Más aún, de todos esos términos existe uno, terso, certero, agresivo... y al mismo tiempo, inocente y pueril para las entendederas literales de un español: *fucking*, adjetivo participio del verbo *to fuck*: follar, joder. Nada más cándido ni más manido para un hablante carpetovetónico. Se estima que en España y en el transcurso de un segundo la palabra "joder" se pronuncia miles de veces, de tan popular como ha llegado a ser este ex-abrupto. Pues bien, aunque *fucking* es literalmente equiparable a *joder*, *jodido*, *jodiente*, la diferencia de carga malsonante y lesiva para los buenos modales no admite comparación. Así pues, elegí *fucking* prácticamente a la fuerza como expletivo con el que estuve bombardeando todos los conceptos relativos a servicios, a gentes, a instituciones, a usos, a costumbres, a pasado, a presente, etc... de Laos durante la aproximadamente hora y media que transcurrió desde el momento en que tuve la evidencia incontestable de que algo fallaba hasta que tuve la evidencia de signo contrario: de que todo empezaba a arreglarse. Algo sí recuerdo como si lo estuviera oficiando en estos momentos: Yo veía a los dos o tres empleados/as de la agencia ir de un sitio para otro calmosamente, teniéndome a mí allí, que les había informado de algo específico y que no dejaba de decirles: "Do something, do something" seguido de la letanía de *fucking* implicando a todo bicho viviente. Aquello era otra dimensión. Y el caso es que uno lo sabe; sabe que Laos, aquella gente no concede el mismo valor a las categorías de "espacio", "tiempo", etc. que alguien como yo venido de Europa. Porque, a todo esto, ¿qué había ocurrido? Pues había ocurrido que a estos buenos

prójimos de la agencia de Vientiane, con quien yo me encontraba, "se les pasó" dar curso a mi telex (o fax) de llegada. Así de estúpidamente sencillo. Pero mi enojo y mi traca de *fuckings* crecía exponencialmente al comprobar yo que después de decirme cuál era la causa de todo el desaguisado, según lo que yo constataba allí mismo, *in situ*, como evidente..., allí nadie hacía nada. Los dioses, las personas de la agencia, el pueblo entero de Laos... todos quedaron cubiertos por el palio envolvente y ubicuo de *fuckings* que emanaban estallantemente de mi boca. Pero estos ciudadanos seguían tan tranquilos, como si la cosa no fuese con ellos. Sin embargo no hay mal que cien años dure, y una vez que encuentran el fax y comprueban que yo soy el que debo ser, y que mis papeles están en regla, la cosa empieza a arreglarse. Llega el guía con un vehículo y su conductor. El hombre se lleva los últimos flecos de mis descargas de *fuckings* por aquí y *fuckings* por allá, y por dignidad me hace ver que me estoy extralimitando. La verdad es que me cree norteamericano USA, mas cuando se entera de que soy español su actitud se atempera y queda entre nosotros pactado el armisticio. Mi guía se llama algo así como Boajong; es físico-químico, estudió en la URSS y me entiendo con él en su inglés y en mi francés. La cosa se va enderezando poco a poco. Creo que se han asustado un tanto al verme tan irritado. Les he querido dejar claro que lo peor que se puede hacer ante alguien que busca arreglo de lo defectuoso y soluciones para lo inmediato es decirle "que se tranquilice" en vez de ponerse a encontrar remedio, de ponerse a hacer algo, actuar al momento. Parece que han captado el mensaje; que mi queja ha ido a las altas instancias, bueno, a todo lo alto a que esta pobre gente puedan llegar. Veremos. Ya en plan más distendido le pongo a prueba a Boajong instándole a que reconozca el concepto matemático de *derivada* por la definición en inglés que le largo. Medio lo entiende. El servicio

individual comprende una vuelta por Vientiane de noventa minutos con guía y con chófer. El vehículo es un ARO, un todoterreno manejero construido en Rumania. A petición mía me llevaron hasta el punto del río Mekong donde se está construyendo el gran puente internacional que conectará con Nong Khai, localidad thailandesa de la otra orilla. Este es el proyecto estrella, la obra de mayor envergadura en el campo de la ingeniería civil acometida por Laos, según entiendo, juntamente con Tailandia y Australia. El dichoso puente, claro que supondrá un impulso definitivo entre los dos países vecinos, comunicados ahora en ese punto concreto por ferry convencional. La significación de esta empresa transcendía de lo puramente geográfico y encontraba su verdadera entidad en aspectos de gran calado social y geopolítico. El día de mi regreso a España me encuentro en Bangkok con esta graciosa gacetilla del *Bangkok Post* que prefiero trasladar íntegramente a mi texto, pero de la que en todo caso, a modo de resumen, destaco el problema fundamental que las autoridades thailandesas prevén para el funcionamiento de la aduana internacional entre las dos orillas del puente, y que no es otro sino que los laosianos han heredado de su antigua potencia colonizadora Francia la costumbre de la siesta, lo cual acarrearía interrupción de tres horas diarias en toda la logística operativa, y por ende dinamitaría el sentido de dicha empresa :

Afternoon nap habit hampers checkpoint plan

Nong Khai Laos' co-ordinator of the French side — or afternoon nap — has emerged as the main obstruction to Thai-Lao plans to open the first border checkpoint that would operate around the clock, officials said yesterday.

Provincial Governor Anant Jangkleb said the Thai-Southeast Asian crossing could only be opened under a burst of Laotian officials abandoned the afternoon habit inherited from the French.

France, which colonised the country from the late 19th century until independence in 1953, has left Laotians the habit of taking a three-hour break between 1.00 a.m. and 2.00 p.m., officials noted.

The Lao immigration office at The Houa is closed during these hours, a Thai immigration officer at The Sadao affirmed.

Passengers travelling from Thailand close to midnight therefore could find themselves faced with a long wait on the Laotian side of the Mekong River, he added.

The idea of opening a permanent checkpoint that would function around the clock is on the agenda for discussion

by Soridel Marukattai

when Foreign Minister Prasong Soonthri begins his official visit to Laos today.

At present, the Thai-Southeast Asian crossing is open Monday-Saturday from 7.00 a.m. to 4.30 p.m. In practice, if travellers cannot catch a boat before 11 a.m., they have to wait until the sunset or over three hours later.

The president of the Nong Khai Chamber of Commerce Pichai Kotchara noted those expressing doubt about the success of the new initiative, saying he himself had had difficulties trying to persuade Laotians to reduce the afternoon nap to one hour.

The "closed society" that is remarkable about Laos was seen by the immigration officer as another obstruction.

Foreign Minister Prasong got dinner here yesterday evening met all provincial governors seated along the border.

This morning, he is to meet representatives of provincial chambers of commerce in the Northeast, before crossing the Mekong River to landlocked Laos.

Bangkok Post
p. 10

Jan 13, 1993

En idéntico tenor se pronuncia el mismo *Bangkok Post* de jueves 15 de julio de 1993 [también me hallaba yo en Thailandia por entonces, como en su momento veremos]: en el artículo "Laos welcome tourism to help develop country", su autor, al referirse a la proyectada apertura del puente para abril de 1994, vuelve a señalar la costumbre de la siesta entre los laosianos como el obstáculo de mayor fuste para que la realidad de tan magna obra rinda los frutos esperados. Pues bien, hasta el pie de la construcción ya razonablemente avanzada de aquel puente internacional tan significativo, y en la parte que le correspondía a Laos, es hasta donde me llevaron mis buenos amigos de la agencia, el físico-químico Boajong y el chófer del todoterreno ARO. Es una lástima que, como hemos visto por las fechas de los periódicos de Bangkok reseñados, yo no tuviera conocimiento de que *la siesta* podría dar al traste con algo de tanta entidad como aquel puente que con tanta visión de futuro acarrea la implicación nada menos que de dos países vecinos y soberanos. Hubiese sido un magnífico tema de conversación.

Me trasladan a mi hotel, el Lane-Xang que, según me informan, significa "un millón de elefantes". Me asignan una habitación grande, estilo colonial, como si todo se colocara y se organizara por libre, con arreglo al gusto del usuario: creo que tenía un biombo de bambú y banquetas por aquí y por allá; quiere mi memoria taladrar el tapiz de lo genérico y posarse en detalles concretos, pero no acierto; sólo que me causó una impresión expectante, llena de aventura, parecida a alguno de los interiores de la película *Indochina*, con Catherine Deneuve... Lo único malo es que parecía hallarse en medio de la calle, por el terrible ruido que entraba por todos los ámbitos: más que nada, el paso de las motocicletas era una incesante estela de estruendo con el que yo no me podía avenir. Estas gentes — y vuelvo otra vez a las imágenes que el cine nos ha preservado — pueden

dormir, pueden conciliar el sueño en cualquier sitio, a plena luz, en medio de un torbellino de estrépito, de un griterío. Así que me cambio de cuarto ante el gesto de incompreensión de las recepcionistas, que no entienden cómo puede ser uno vulnerable a la barahúnda. Tengo que decir que el traslado de habitación sólo me supone algo de alivio. Antes de retirarme a acostar salgo a dar una vuelta por ahí. Vientiane me gusta, o al menos lo que he visto de ella. Es una capitalita de unos 150,000.- habitantes, de corte colonial, absolutamente segura y amistosa. Me dirijo hacia el centro, desde la Fangum Road, donde se halla el hotel, hasta un poco más allá de la calle Setthathirat, en que se encuentra una placita con un surtidor redondo en el centro y unos veladores. Me parece un sitio ideal de reunión. No sé si llegué a pedir algo o simplemente me senté un rato. A unos pasos de donde yo estaba, en una de las mesitas había un par de europeos. Hay cosas cuya expresión les ayuda a ser más ellas mismas, les confiere una dosis más definitiva de autenticidad. Y hay cosas que parecen existir para ser aprehendidas corporalmente, a través de la masa de los sentidos, de golpe, de manera intuidamente indiscriminada. La visión de aquella placita de Vientiane, ya de noche, con los veladores pertenecientes a alguna cafetería, me trasladó con persistencia viva una nostalgia de Francia, de lo francés, de un toque indefinido de una de las culturas más acrisoladas de la historia del mundo en aquel espacio concreto de Indochina. Los contornos naturales de los edificios se volvían exóticos. La cara de la camarera que atendía me pareció que atesoraba secretos cuya confesión tenía uno que ganarse en estado de gracia. La iluminación tenue, acaso con alguna bombilla arrojada en pantalla de color azul morado, plasmaba en mi alma emociones inventadas, rememoraciones desconocidas. Durante la excursión en coche por la mañana yo había observado que la fisonomía de las mujeres era muy parecida a la de las

thailandesas; si acaso, un punto menos esmerada, menos de cromo satinado. Pero lo que perdían en esa filigrana de refinamiento, lo ganaban en voluntad de expresión, en aquiescencia de rasgos. Y el hecho de pertenecer a un país infinitamente menos frecuentado que Tailandia hacía el resto.

El vuelo a Luang-Prabang del día 9 de enero se hace en un avión tipo Antonov soviético, de dos motores de hélice, para alrededor de cincuenta pasajeros. El panorama desde arriba es bonito, sobre todo cuando se divisa el enorme embalse de Nam Ngum estrangulado hacia lo que parece ser uno de los numerosos bucles del Mekong, o de su afluente el río Lik. Del trayecto completo de unos 250.- kilómetros y cuarenta minutos de duración, más de la mitad se desarrolla sobre terreno escarpado, de montañas cortantes, inhabitado, de color marrón oscuro y festoneado con alguna vegetación.

El hotel Phou Vao, también conocido con los nombres de Mittaphab y de Luang Prabang, tiene prosapia colonial: líneas clásicas, en ángulo recto y limpio. Se ve el toque francés, como no podía ser de otra manera. A mí me asignan un coche Lada y un guía, Khamtan Somphanvilay, que esta vez hace asimismo de chófer: muchacho de unos 35 años que rápidamente se hace cargo con perspicacia de su cometido para conmigo: desde el primer momento se hace destacable su voluntad de servicio y de su cumplimiento escrupuloso en el menester de guía y consejero. Se da cuenta de que viajo solo y de forma muy desenvuelta..., muy de no querer dar a nadie problemas. Lo capta perfectamente y no le engaña su percepción. Me lleva a dar una vuelta por el mercado. La verdad es que, sin ponerse a mirar cosa por cosa, a uno le parece que en cualquier parte del mundo, sea España, sean los EE.UU de América, sea la República Democrática de Laos... se vende de todo y de suficiente e inmediata calidad. Hasta un cassette de Julio Iglesias vi allí. Para muchos productos la

globalización ha venido existiendo mucho antes de que formase parte de la jerga machacona y rutinaria de los medios de comunicación.

El tema de traerme una chica a España me vuelve a tentar, provocado por la contemplación del tipo de mujer con el que me voy encontrando: joven, bonita, curiosa por todo lo que le viene del exterior. Encajaba a la perfección. Laos había comenzado hacía unos pocos años su apertura tímida al turismo, y el elemento extranjero, sobre todo de ciertos lugares como España, era inusual aún. El ejemplo de la camarera Sonemaly valía por todas: me había servido la cena y habíamos tenido una buena ocasión de intercambiar las cuatro frases de saludo y de urbanidad de rigor. Le dije que yo era español, y al preguntarle si sabía donde estaba España y decirme ella que sí, en la misma hoja de papel en la que yo estaba escribiendo mis notas le dibujé un mapa aproximado de la Península Ibérica, marcando los puntos más relevantes: Madrid, Barcelona, Sevilla, etc., o que tuvieran que ver con mi vida y mi trabajo, como Alcalá de Henares, Granada, etc. Sonemaly Vannalith me escribió ella misma su nombre en dicho papel, que conservo con especial cuidado, y yo le entregué mi tarjeta de visita con la dirección completa, tanto de Alcalá como de Granada, junto con los respectivos teléfonos. No conocía ni llegué nunca a conocer otra forma de poner la primera piedra de una catedral futurible en la arquitectura infinita y problemática de la intimidad. Sonemaly, seguro que había visto en mí una posibilidad de comunicarse con el mundo exterior; de que alguien le trajera, le significara algo de lo desconocido.

Hay un árbol de vivísimas hojas bermellón que lo llaman "de las flores de papel" por el tacto que tienen, parecido a la textura del de cebolla. Hay otro, soberano, rebosante, cuajado de color, enfrente de la ventana de mi dormitorio; y otro ejemplar

más, precioso, a la entrada del hotel. Sin embargo, un cuarto, que estaba junto a la piscina, y asimismo de hojas rojas, me dijeron ser una bougainvillea. En algo tendría que diferenciarse de los dos anteriores, supongo.

Para el día 10 tenemos programada una excursión en barca, río Mekong arriba hasta las grutas de Pak Ou, con una bolsa de comida *ad hoc* preparada por la organización. Pero antes de salir del hotel hacia el embarcadero, doy el recado de que se pasen por mi habitación a recoger *dos* camisas que quiero tener lavadas y planchadas para esa misma tarde. La verdad es que no gana uno para sustos, porque la camarera que cumplimentó mi pedido era atractiva en extremo, no muy alta, proporcionada de volúmenes según quise apreciar por el bulto de su falda y de su blusa. Pero nada de esto hubiera arrojado el menor sentido si no hubiera sido porque ella también se me quedó mirando, como esperando algo, lo que fuera, que le significara una instancia novedosa. Me dijo llamarse Nang Somphone Phathana, pero me pareció entenderle que con la tercera parte, Phathana, era suficiente para su identificación. Puedo decir que recibí un impacto vivencial de vastas proporciones. Encontré a esta criatura redentora, líricamente acuciante: suave y opulenta en sus andares, siempre teniendo como último paradigma el de la mujer tailandesa. Pero Phathana, por lo poco que la vi moverse, participaba del mismo señorío oriental, aunque con menos protocolo, con menos sofisticación. La opulencia del atavío de una tailandesa desempeñando funciones equiparables aquí se traducía por una vestimenta escueta y básicamente consistente de las tres piezas clásicas visibles: la falda de tela doblada que se ajusta mediante un solo montado ligeramente hacia el lado derecho; la blusa; y el calzado, normalmente tipo chancletas. Aquella chica, Phathana, me dejó el corazón en vilo. Me quedaba una parte de ese día 10 y la mitad de la jornada

siguiente antes de volar de nuevo a Bangkok. Seguramente no estuve a la altura del contexto vital, ¡quién sabe! Hay tantas cosas cuya clave parece radicar en haber sucedido y ofrecérsenos después de todo, siempre después, para que las contemplemos como objeto de dolorosa frustración. Me pasó igual que con aquella chica de Bifröst, en el centro de Islandia, en 1964. Lo sublime y lo lacerantemente ridículo distan un soplo de micra entre sí, y la condición humana está abocada a lo imperfecto, a no acertar. ¿Qué le hubiera podido yo decir a Phathana; con qué gesto o ademán hubiera yo podido festejar su entendimiento, sus sentidos para trasladarle mi única idea de que habría yo instrumentado cualquier forma de mérito, cualquier aspecto de contraprestación, real o quimérica, con tal de que nos hubiéramos unimismado? Lo sé, lo sé: todo esto suena a disparate supurante, pero no por ello menos pensable, menos deseable. ¡Oh, sí, Phathana; allí, en ese momento te deseé y te quise y te inmortalicé mediante la emanación de aquel anhelo mío que, por incorrupto y dedicado a tí, a tí te pertenece y a nadie más; y mientras tú no lo retires, el crédito de mi alma seguirá abierto para tí por los siglos de los siglos! Me prometí no perder el contacto con aquella preciosidad, que tan sorpresiva y discretamente se me había aparecido para recoger las dos camisas...

Pero Khamtan está esperándome para llevarme al embarcadero. Como turista individual que era, me correspondía una lancha de esas largas, con motor fueraborda, gobernada por el conductor especialista, además, eso siempre, de los servicios de mi amigo Khamtan para mí solo. Adelantándome a la valoración final, puedo decir que toda la excursión resultó estupenda. Pero vayamos por partes. Cogemos la Thanon Phu Wao, llegamos al río y tiramos hacia la derecha, hasta el muellecito. Hace fresco y me doy cuenta de que he hecho mal en

no traerme el ligero impermeable, más contra el viento que contra la lluvia. La lancha va deprisa y la impresión de independencia libre de ataduras de cualquier tipo parece real, navegando al impulso del potente motor en el extremo de la embarcación, a nuestras espaldas. Aunque no creo que se nos diera ninguna clase de información detallada sobre nuestro itinerario, excepto que alcanzaríamos las grutas de Pak Ou, y desde allí regresaríamos a Luang Prabang, completando así un total de unos cincuenta kilómetros entre ida y vuelta, tuvo que ser necesariamente junto al pobladito de Ban Sang Hai (si bien el mapa lo llama Ban Siëou), en la margen izquierda del río Mekong, donde nos hemos detenido. Allí pudimos ver una destilería rústica de alcohol, donde una bella nativa, por nombre Tuy, manejaba los cangilones de arroz fermentado con donosura y feminidad. Nos bajamos, por supuesto, y yo me quedé observando detenidamente. Tuy tenía los dientes de arriba ligerísimamente echados hacia delante, pero en bloque, observada de conjunto, disponía de una buena planta y de unos graciosos ademanes. Hemos visitado el pueblito, de unos 300 habitantes. Parece que el único problema serio que podría aquí encontrar un europeo sería la malaria, más o menos endémica, por lo visto. Por lo demás, no sería ninguna tontería un retiro de estas características. Continuamos nuestro camino río arriba, pero la persona, imagen, bulto de Tuy ya no se me desglosa de mi cabeza. Llegamos a la altura del río, margen derecha, donde unas mujeres y chicas están "panning out for gold", buscando oro, haciendo de "garimpeiras". La escala no estaba programada, pero como tengo plena disposición sobre los servicios, Khamtan accede de buen grado a bajarnos y acercarnos a las buscadoras de oro. Portaban todas sombreros, y además se protegían las manos como con trapos o vendas enrolladas. Celebran mi presencia allí. Khamtan les explica quien soy. No creo que hayan

visto en su vida a un español interesarse así, tan directamente por sus labores. Pero lo bueno de todas estas gentes es que adoptan, en general, una actitud confiada y abierta ante el extranjero, siempre con la posibilidad de que les enseñe algo, les traiga algo. Aquellas mujeres eran encantadoras, se reían, hablaban entre ellas y con Khamtan sobre el sentido de que yo estuviera allí; pero sin dejar de trabajar, sin dejar de escarbar la arena y las piedras en la forma en que su pericia laboral se lo indicara. Había dos chavalillas jóvenes, una de ellas sobre todo, agraciada de rasgos, yo diría que hasta bonita. Pero claro, cubiertas completamente, excepto la franja de la cara y de los ojos. ¡Qué pena no poder entenderme con ellas! Nunca el don de lenguas, ese mágico Pentecostés, se ansía tanto como en estas ocasiones, en que por medio del *logos* le gustaría a uno horadar, adentrarse en la linfa espiritual de la otra persona, siquiera por un momento, y dejar una marca de perdurabilidad en su memoria. Aquellas criaturas tan incomparablemente rústicas, tan espontáneamente modestas, tan sobrada..., tan opulentamente humildes, sentí que recogían y que portaban en sus personas altísimas cuotas de persuasión, iniciáticos resortes de concernimiento. Intento hacerles ver que no he ido allí para mirar tan sólo y para que mi figura, pasados estos minutos de distensión, se volatilice en el cangilón informe del éter. Quiero jugar un poco, participar de su menester, incorporarme en la proporción que sea a su trabajo, y así les hago adivinar que me llenen dos cestos de tierra y que me dejen transportarlos con el palo ese de ballesta que usan, cosa que, después de un par de vacilaciones y conatos de tropiezo antes de encontrar el equilibrio justo y compensado, llego a controlar para sorpresa admirativa de mis amigas que me dedican expresiones de aprobación. La cantera está allí, cerca de la orilla, y es una mezcla de piedras, arena terrosa y grava. Al marcharnos, me dice Khamtan que suelen obtener el equivalente

a cinco dólares por día; y a mí me enseñaron las diminutas porciúnculas relucientes al final de los sucesivos aclarados y enjuagues. Una gente sonriente y encantadora. Luego, al llegar a nuestro punto final de ida, hemos comido de picnic en la cueva o gruta dedicada al culto de Buddha, y llena de estatuas y estatuillas de las continuadas remesas de creyentes y/o visitantes que hasta allí se han acercado. Hay que subir unos cien metros de escalones altos, cosa que hice con presteza y vigor para que Khamtan viera que yo estaba operativo cien por cien. Desde arriba se divisa un amplio panorama fluvial de jungla y ámbito. Khamtan y yo, mano a mano, (él, ayudándose directamente con los dedos, como es la costumbre) dimos cuenta de nuestra comida, a base de arroz, muy sabrosa, y que nos la habían puesto en un cuenco o cubeta grande, de plástico, de esos que se emplean para las dosis familiares de helados, por ejemplo. Yo no perdono el protocolo de mi lavado de dientes, cosa de la que, como dato positivo, mi guía también toma nota.

A la vuelta nos detenemos de nuevo con las "garimpeiras", que se hallaban descansando. Me pidieron que les dejara un recuerdo mío, una señal, un mínimo icono, algo con lo que pudieran ponerse mentalmente en contacto conmigo... Lo conferencié brevemente con Khamtan, con mis más rotundas sospechas por anticipado de que aquello no encajaría de ninguna manera en dicho contexto, pero para probarme y probar al mundo que por mí no quedaría..., le dije que yo portaba una cantidad importante de dinero..., que podría comprar la vacación de una semana laboral de aquellas cuatro o cinco mujeres. Pero como me figuraba... !no! ; ni pensarlo, ni mucho menos... Ellas no hubieran aceptado dinero, que tampoco se lo hubiera regalado y *o como* tal dinero, sino como equivalente ya mentalmente transformado en eso..., en una semana de vacación para todas ellas. Pero ni aun así... Bueno, bien; de acuerdo; ya lo había

previsto, lo cual nos honra a todos definitivamente: a ellas por su entereza y dignidad; y a mí por mi disponibilidad a fondo perdido. ¿Entonces? Entre las credenciales de inmediatez identificativa que llevaba yo en mi carterilla también había unas cuantas fotos de carnet — ya sabemos, para en caso de un visado intempestivo o así. ¡Ah!, una foto. Sí, sí, observé que dijeron; que les parecía, muy bien la idea. Así que les dejé la fotillo con mi nombre escrito en su reverso. Pocas veces mi alma se ha sentido tan encharcada en melancolía como entonces; me hubiera quedado con ellas, a compartir sus jornadas de aventura, la limpidez de sus horizontes vitales, la frescura coherente de sus sinos. No pedí a ninguna de ellas que me dejaran sus nombres. Ello hubiera enconado mi cargazón de nostalgia; me hubiera supuesto una exacerbación impía y desnaturalizada.

Ya en Luang Prabang, y antes de dar por terminada la excursión, se nos lleva al poblado de las mujeres artesanas, y allí, entre tanta manualidad, tanta artesanía entrañable no me decido a comprar nada y les digo que me trasladen al hotel. Pero a la media hora de estar allí reconsidero mi estado de ánimo anterior, telefono a Khamtan y le pregunto si me puede llevar otra vez al mercadillo de las mujeres artesanas. Me dice que sí, y a los pocos minutos aparece en el flamante "Lada". Vuelvo a mirar y remirar los artículos y me decido por una bufanda de lino, levísima, color hueso; y por tres cuadernos como de hojas vegetales, cosidos a mano y sujetos por dos palitos: algo sencillo y conmovedoramente original [Andando el tiempo regalaría uno al gran poeta Luis de Blas; otro al no menos inspirado dibujante Juan José Decastro; y el tercero lo conservo y seguiré conservando yo]. Sus páginas merecerían ser vulneradas con algún poema iniciático, recatada y planetariamente sentido. Ahora estoy en la terraza de la piscina y veo otro de los frondosos árboles-papel, cuajado de oscurísimo granate,

precioso. Me he fijado en que el corpiño de las mujeres se sujeta con dos tirantas u hombreras anchas, como recordando su mero propósito funcional y desdeñando cualquier otro supuesto de valor de ornamento. La falda, ahora que me detengo en su particularidad, es como ya he dicho un mantelón doblado que se enrolla a la cintura; de cualquier color pero sobre todo negro, marrón oscuro, y cuyo borde inferior de unos veinte centímetros de ancho, es de otra tonalidad combinativa, formando así conjuntos de: negro/granate; marrón/negro; negro/dos tiras de blanco repujado cubriendo la franja de los veinte centímetros. Me he dado cuenta de que cuando se sientan o acucillan, lo hagan como lo hagan, no permiten desplegar la más mínima concesión visual hacia los espacios de las *pudenda*, ni aun a favor del escrutador más perspicaz o más contumazmente voluntarioso. En mi habitación, en vista de que no he hecho los honores de un racimo de platanitos que me habían dejado, me han puesto ahora en el mismo plato un conjunto "como de patatas", con un cuchillo; lo que quiere decir que es comestible. El servicio al turista es personalizado al extremo, confeccionado a la medida: cada cual recibe por lo que ha pagado : yo he satisfecho una excursión individual, indivisible y como tal tengo un coche para mí solo, con chófer que en este caso hace también de guía. Hoy, día 10 de enero aún, acabo de sugerir en el comedor que para la cena que están empezando a servir me preparen pescado en vez de lo que tuvieren en serie. Y me lo traen, en efecto: tiene la forma de una chuleta de cerdo, y no sabe mal; presenta por lo menos dos grandes raspas, como los colmillos de una morsa, y otras accesorias. Como no se sabe nunca lo que le van a poner a uno, me espero sin rechistar. De postre, inevitablemente los *dos* platanitos que en esta ocasión sí que me los como. Como gasto extra me facturan una "Pepsi" por 700.- kips, un dólar. Antes de la cena había recogido las dos

camisas de la lavandería: 1,400.- kips, otro dólar cada una. Esos fueron, que yo conserve en recibo, los dos únicos gastos extra en los que incurrí durante mi estancia en Luang Prabang.

A las 16:00 pm. del día 11 tenemos previsto el despegue para Vientiane, en el mismo avión "Antonov" con el que volamos a Luang Prabang. Esa dicha tarde me despido de Phathana. Me escribe su nombre completo y yo le dejo una tarjeta mía, un poco a hurtadillas, temeroso de que Sonemaly Vannelith coja celos. A mi llegada a Vientiane me compro un librito *Basic Spoken Lao : In Sixteen Lessons*, sin autor ni fecha que yo pueda reconocer, excepto por lo que quieran significar las palabras en laosiano en la parte inferior izquierda de la portada posterior. También adquiero un mapa de Vientiane, en laosiano y en francés, editado en 1989 por el Service Geographique d'Etat; y, en posterior ocasión, creo que al mismo tiempo de hacerme con el libro ya mencionado de Lonely Planet, me merco una buena carta geográfica de Vietnam, Laos y Cambodia, sin fecha visible pero moderna, editada en la República Federal de Alemania para la serie Nelles Maps. Así que ya estaba bien servido de fuentes secundarias sobre la antigua Indochina francesa.

Me voy a que me pongan la inyección vacuna de mi faringitis a la International Clinic del Mahasot Hospital, que se halla a la derecha del Lane-Xang Hotel, si nos ponemos de espaldas al Mekong. Allí un cromó de enfermera, Nang Sounthone, supervisada por una médico, no menos atractiva, Nang Keoungmany Sen Souphone — ambas jovencísimas — me resuelve el trámite, sin admitir ninguna de ellas recibir estipendio alguno a cambio. Una pasada de criaturas, y otro golpazo de anhelante agonía para el corazón mío.

12 de enero 1993. Antes de olvidarlo debo reseñar que el pan aquí es riquísimo, herencia directa francesa. Lo sirven en

barritas calientes, crujientes y tiernas, partido en rodajas o rebanaditas. Lo primero que se escucha por las mañanas desde el hotel son las labores de barrido: de espacios, escaleras, patios, pasillos, etc. Los árboles de flores rojas, o bougainvilleas según me aseguraron, por lo menos para los más de ellos, son como mazas de "moco de pavo", la flor que tanta gracia nos hacía de pequeños; como cepillos densos de colorido. El vehículo todoterreno que me viene a buscar para el recorrido turístico esta última mañana en Vientiane es un ARO, acaso el mismo del primer día. Esta vez el guía se llama Metsang, y me asegura que es una marca rumana [En España comprobaría que era cierto]. Por fin logro que a la recepcionista principal del Lane-Xang — no se olvide, el hotel del "millón de elefantes" — le suene una canción hispánica, conozca su melodía. Hice un *show* particular allí, junto al mostrador, sabedor de que la música abre puertas, elimina ciertas fronteras, facilita la curiosidad a través de la cual uno empieza a deslizarse por los aledaños de la intimidad del otro. Lo tomé como reto, casi, casi como provocación el hecho de que un rosario de melodías tradicionales y universalmente conocidas del tenor de "Bésame mucho", "Perfidia", etc. parecieran impotentes en perforar el campo de competencia musical de Bou-Achine (que así se llamaba la chica). Me explico brevemente. Después de constatar que por allí no habían pasado muchos españoles, volví a dibujar para aquellos empleados el mapa de España, y luego parte de la Europa del Mediterráneo, con el fin de que se hicieran una idea. Les dije que España estaba junto a Francia, cosa que para bueno o para menos bueno tenía que resultarles familiar. Con dichas premisas no quería yo que mi persona no quedara ligada a una canción, si no española peninsular, por lo menos *hispánica*. Y de ahí mi puja y mi empeño. No me di ni mucho menos por vencido, después del poco éxito que tuve con "Bésame mucho" y "Perfidia". Les

tararé "Valencia"...chunta, chunta, chanta, chunta, chunta, chunta, chunta cha..., pero tampoco. No les sonaba. No podía olvidar que cuando la orquestina de un restaurante, al que me había llevado Thorir Olafsson en Reykjavik en 1964, quiso honrarme al enterarse de que era español..., interpretó "Valencia". Seguí con el "Porrompompero" y... nada. Claro, pensaba yo, esto, aunque popular, es demasiado pachanguero. Ensayé el universal "Cielito lindo"..., a ver si al entrar con el "ay, ay, ay, ay / canta y no llores / porque cantando se alegran, / cielito lindo, los corazones". Ni por esas. Probé con "Ya no estás más a mi lado, corazón" !Qué va; Ni a tiros. La empecé con cosas de Raphael, como "El tamborilero", aunque ya había pasado la Navidad... Hicieron un gesto como de..., a ver, a ver, caliente, caliente, y como que parecía querer sonarles un poco... Les sintonicé, así, con voz entonada y en plan tenor, con "Granada", para arrepentirme un segundo después, ya que su gesto me trasladó... eso, que no : aunque la canción de Agustín Lara esté inspirada, no me encaja que la tierra de la "malafollá" haya proyectado su nombre hasta Laos. Bueno, para qué importunar al lector. Yo soy una potencia mundial en el conocimiento de melodías, diríamos ligeramente clásicas, y allí les canturreé no menos de veinte. Y como suele ocurrir con estas cosas, surge la sorpresa agradecida cuando menos se lo espera uno. Debí de ser por un chispazo de maridaje que se produjo en mi mente con los modelos de vida que rigen en ciertos países... Es el caso que pensé en Cuba, y nada más ponerme a cantar "Guantanamera" aquella gente me acompañó, felicitándose y felicitándome por haber encontrado una melodía común a todos nosotros. !Por fin; La recepcionista Bou-Achine no tiene pecho apenas, pero es graciosa, receptiva, hasta bonita. Se reconcilia conmigo, supongo que hasta el final de los tiempos.

El vuelo a Bangkok, bien. Nada más llegar me voy a "Darling". Una también Nong, número 80 resulta agradable y atractiva. Después de cinco días de abstinencia, la cópula que celebramos de entrada... imparable, vista y no vista. Me pide una segunda fiesta que no puedo cumplimentar.

13 de enero 1993. Fecha de la partida a España. Le he comprado el vídeo *The Last of the Mohicans* a mi sobrino Nené, y un reloj, de no recuerdo qué características, a mi otro sobrino Alberto, encargos que ambos me habían hecho previamente. Me he dado un buen baño en la piscina del hotel y he disfrutado de una forma física completa, acompasada, rítmica y suelta. En recuento de conjunto percibo que en Laos he tenido "acceso" motivacional a todas estas mujeres: Sonemaly y Nang Phathana, ambas del hotel Luang Prabang (Phou Vao); Tuy, la zagala rústica que manipulaba los medios de producción de alcohol en el pobladito Ban Sang Hai; las dos sanitarias de la International Clinic del Hospital Mahasot, y la ya reseñada recepcionista del Lane-Xang Hotel, Bou-Achine (la que conocía la canción "Guantanamo"), las tres de Vientiane. A todas ellas, junto con mi guía y amigo Khamtan Somphanvilay, hago idea de regalarles una suscripción anual a *National Geographic* en cuanto llegue a casa. Hago la última visita a "Darling": tampoco está Nang, número 50, aunque sí su hermana Noi, número 33, pero acabo pasando con Pong, número 8, que resulta un poco sosaina, si bien procede a la felación previa a la cópula, y parece disfrutar con la penetración.

Una vez en España, sin forcejeo de principios y tal y como había augurado, mi concernimiento con el asunto de Laos siguió empapando mi conciencia con decidida terquedad. Lo achacaba yo a que este país y las "mujeres" con quienes me había encontrado equidistaban tanto del socialismo vietnamita, de un lado, como del monarquismo, republicanismo y presidencialismo

de Tailandia, Filipinas e Indonesia respectivamente. A Cambodia la dejaba aparte, sin clasificar, a la espera de que sus gentes se recuperasen en la medida de lo posible del cataclismo reciente pasado. El socialismo que yo había visto en el Vietnam del sur se sustentaba ampliamente en el modelo organizativo USA para mucho de lo referente a servicios y prestaciones públicas, mientras que el toque de "lo francés" todavía permanecía patente en Laos, no sólo en la lengua, sino en una variedad de usos y costumbres. La mujer de Laos me parecía a mí que estaba menos mediatizada por el sistema socio-estatal del país, que la de su vecino Vietnam, por ejemplo. Laos era un país relativamente pequeño, mucho menos poblado, y sin salida al mar. Sus mujeres parecían guardar en la reserva de sus personalidades como un remanente de crédito hacia lo foráneo, hacia todo aquello que llegado de fuera les pudiera significar novedad, noticias del exterior, posibilidad de interés. En mi caso, y según mi mejor percepción de cada momento, esto se había cumplido al pie de la predicción.

Una vez incorporado a mi rutina laboral en España lo primero que hice fue encargar siete suscripciones a un año de *National Geographic*, como regalo a mis incumbencias femeninas de Laos: Sonemaly, Phathana, y Tuy, en Luang Prabang y aldea de Ban Sang Hai, como vimos; y Nang Sounthone, Nang Sensouphone y Bou-Achine, en Vientiane; y por supuesto, a mi guía y amigo Khamtan Shomphanvilay. Aun deseándolo vivamente, no me fue posible cumplimentar con el mismo o parecido obsequio a las "garimpeiras" del río Mekong, por desconocer sus nombres y sus señas. Pero ya digo que la memoria de aquellas chicas laosianas no dejaba tranquila mi conciencia. Claro que a efectos de poner en marcha un esquema de abordaje pacífico sólo tenía entrada en mis cálculos la niña Tuy, para todo lo cual yo contaba con la ayuda inestimable y

valiosísima de Khamtan. Este hombre me serviría de intermediario, colaborador, cómplice. Es muy posible que durante mi estancia en Luang Prabang, después de nuestro encuentro con Tuy, yo le comentase a Khamtan mi deseo de agenciarme una compañera para traer a España. Sobre el papel y en ese contexto abstracto (y por lo mismo, incontaminado) del mundo del turista y de la nativa carente de sofisticaciones, Tuy parecía encarnar a la perfección el supuesto. Con toda seguridad yo contacté a Khamtan desde España. En primer lugar, él me escribió una linda postal acusándome recibo del primer número de *National Geographic* y agradeciéndome mi suscripción. En una carta posterior, fechada por él como 25 de febrero 1993, sellada por la oficina de Correos de Luang Prabang el cuatro de marzo y llegada a mis manos el 18, Khamtan hace gala de un tacto primoroso y de una envidiable precisión expresiva. Me dice que recibió mi carta hacía dos semanas. Así pues, yo tuve que escribirle sobre el 10 de febrero — aunque no guardo copia de esta misiva. Me sigue diciendo que cuando le llegaron mi carta y mi foto se acercó inmediatamente a Ban Xang Hai con el fin de recabar la información que yo le había pedido; que los padres de Tuy no tienen objeción alguna en entregarme a su hija, y que todos ellos están de acuerdo en esperarme; pero que a ellos les gustaría asegurarse de si yo realmente la quiero o no; en caso de que sí, que se lo vuelva a confirmar para decírselo él a Tuy; que la foto que ella me envía dice en su reverso "From Tuy. B. Xang Hai"; que, por favor, que sea yo honesto con ella para no tenerla esperando ... Estoy haciendo un parafraseo lo más literal posible de la carta de Khamtan, que tengo aquí delante, mientras trazo con más o menos voluntad y tino el presente relato, y no puedo por menos, ahora, casi diez y seis años más tarde, al contacto espiritual con tales realidades..., no puedo por menos, digo, de estremecerme, de sorprenderme azorado, puesto

angustiadamente en evidencia. Porque no se olvide que estamos tratando de personas, de mundos de ideas, de construcciones imaginativas; de ilusiones, de proyectos, de conjeturas. Khamtan me estaba diciendo en suma — ya veríamos lo que supondrían los detalles — que había una chica joven, Tuy, en un lugar de Laos.... remoto si mirado desde España, que había hecho un hueco en la arquitectura de su alma para que yo me acomodase en una de sus estancias; alguien de carne y hueso, de facciones bonitas, jóvenes, sanas y vigorosas — según la foto de Tuy daba a entender, y sobre todo la maña y el vigor que le habíamos visto desempeñar en su trabajo. Aquello era acuciante, nada que se pudiera aplazar; era como tener el tema allí mismo, encima, contiguo, echándole a uno el aliento, comportando, exigiendo decisiones. Una familia laosiana estaba esperando a ver qué curso de acción tomaba mi proyecto vital. Yo miraba la foto de Tuy y me veía incapaz de que mi estado de ánimo echara el ancla en un fondo ni siquiera de mediana estabilidad: lucía peinado con flequillo, penacho recogido a guisa de moño poco ostensible, y el resto de pelo que se escapaba sin llegar a constituir melenita. Llevaba blusa azul cerrada hasta el cuello y hasta medio brazo por lo que respecta a las mangas; un faldellín negro de unos cuarenta centímetros sobre la falda propiamente dicha hasta las espinillas, con dibujos de líneas oscuras en forma de rombos, todo en color granate con puntos blancos. Un cinturón claro, estrecho parecía sujetar este conjunto entero de las tres piezas de vestimenta. Como calzado, unas simples playeras ligeramente azuladas. Tuy aparece graciosamente seria, erguida, plantada mirando hacia la cámara levemente del lado derecho, con el río y lo que parece ser un pequeño embarcadero a sus espaldas. ¿Se haría la foto para tal ocasión? El hecho es que esta mujer se había fijado en mí cuando nos vimos fugazmente en su pueblito; que ahora estaba pensando en mí, y que ni ella ni

sus padres se oponían, en principio, a que alguien como yo, europeo, español, la sacase de su país y la transformara en compañera en una tierra a diez mil kilómetros de la suya propia.

Pero una vez que he comentado, siquiera volanderamente, los puntos que ocupan los dos primeros tercios de la carta de Khamtan, me enfrento al resto. Y el resto no puede ser ni más elocuente ni más demoledor. Me dice: "Creo que se metería Vd. en problemas si se llevara a esta chica. Razón: ¿Cómo van a comunicarse el uno con el otro? Tui no habla más que laosiano"... En todo caso termina encareciéndome que sea cual sea mi decisión se la haga saber para comunicársela él a Tui y a sus padres. Desde luego, este Khamtan se había ganado en el negociado interno de mis valoraciones la calificación de sobresaliente. Demostraba ser un hombre honrado y realista que lejos de alentar un asunto por el que alguien oportunista e interesado especularía con sacar provecho, me advertía de posibles complicaciones. Un gran tipo este Khamtan que se interponía generosa y protectoramente entre Tui y la portentosa capacidad de la mente humana para forjarse quimeras. Porque estoy seguro de que haberme traído a Tui a España caía plenamente en la categoría de fabulación quimérica, sin dejar por ello de constituir algo hacedero, realmente posible. Lo de menos ahora, aun siendo mucho, es que — como unos meses más tarde corroboraría yo en la Embajada española de Bangkok — la única forma de que Tui hubiera podido entrar en España habría sido la de mujer matrimoniada, *empapelada* conmigo, argumento que con tan sólo hacer sonar su soporte expresivo en mis orejas ya me producía una marejada de desazón cercana a la náusea. ¡O sea, salir de Málaga y entrar en Malagón; Todo el latazo en Filipinas con Gloria y ahora embarcarme en una edición corregida y aumentada. No tenía sentido. Pero menos sentido hubiera tenido ignorar que la condición humana se caracteriza

por eso: por hacer lo blanco, negro; y al contrario; por forjarse una compactadura de proyecto en un instante de "wishful thinking", de instancia desiderativa, para consumir el resto de la vida desenredando la cadena interminable de desventuras generadas por ese instante de total ofuscación.

Sí, en la duración de un chispazo nuestro corazón diminuto se hace la ilusión de compendiar un emporio sincrónico de realizaciones, cuyo desarrollo ulterior la realidad de la vida se encarga de estirar, prolongar cruentamente a lo largo de incontables e impensadas penalidades. Sí, tal es el corazón del hombre, promotor de miríficas construcciones, que en lo tocante a garantías y salvaguardas suele contar con un cuasi infinito de probabilidades a su favor, menos una; y es precisamente *esa* probabilidad, esa única y sola instancia la que le dirige el rostro hasta el mismo borde de la contemplación del abismo, y le tienta, y le engatusa, y a veces hasta le arrastra irremisiblemente. Porque una de las particularidades del pensamiento humano es su incapacidad de presentarse ante su escrutinio la realidad troceada, congruamente repartida. La realidad se comporta como los granos de trigo en la parábola de las casillas de ajedrez cuando actúan en calidad de progresión geométrica. Somos capaces de percibir lo imposible como posible. Compactamos de golpe, mediante ese cálculo inicial voluntariosamente intenso lo que diez o doce pasos más adelante se nos deviene inviable: Probad: uno, dos, cuatro, ocho, diez y seis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho, doscientos cincuenta y seis..., y cuando hubiéramos alcanzado el escalón número 64 la cifra se habría aupado a entidad inmanejable. Así con el entendimiento; así con la voluntad. Así conmigo y con Tuy, y con tantos y tantos otros en semejante tesitura.

Contesté la carta de Khamtan a los cinco días de recibirla, más o menos los mismos cinco días en que estuve dando vueltas

a mi respuesta y a su formulación por escrito. En definitiva pretendía ganar tiempo, ya que — como así ocurriría — yo planeaba hacer por lo menos un... posiblemente postrer viaje más a Extremo Oriente en el verano de 1993, es decir, unos cuatro meses después de la fecha 23 de marzo en que le cursé mi carta a Khamtan. Entonces, desde Bangkok..., precisamente desde Bangkok, ya que todos los asuntos diplomáticos para los países de la antigua Indochina se gestionaban desde la Embajada española en Bangkok, entonces, digo, resolvería, total y definitivamente el tema. Solo pedía cuatro meses más. Además de este contenido central de mi escrito, que condiciona expresa o tácitamente todo el conjunto, me extendo en otras y muy diversas consideraciones. Le digo que lo primero que tendría que hacer sería visitar Laos de nuevo, cosa perfectamente posible, tomando siempre a Bangkok como puerta de entrada y salida a y de Extremo Oriente. Para mi intención de ganar tiempo — sincera y razonable, por otro lado — le preguntaba yo a Tuy en la persona de Khamtan que si yo le gustaba; que si había considerado valorativamente lo que llevaba consigo vivir fuera de Laos, entre gente extraña, experimentar nuevas realidades, adaptarse a un conjunto de circunstancias desconocidas, etc. Luego ya, y por último, seguía preguntándole a Tuy a través de Khamtan "si había conocido varón previamente", y si en sus planes de futuro entraba, lo de procrear hijos; y si padecía de alguna enfermedad endémica, como la malaria, etc. Mi carta entera, de la que por supuesto guardo copia, mecanografiada, me hubiera complacido que se hubiera incorporado escaneada a estas páginas, pero dado su formato amplio aquí tendría que haber aparecido en caracteres microscópicos de letra, y de ahí mi desistimiento.

Efectivamente, ese mismo verano de 1993 efectuaría el que sería mi cerradamente último viaje a Extremo Oriente, y en su

momento se verá si desde Bangkok instrumenté alguna actuación conducente a propulsar el tema de Tuy a cotas ulteriores. Parece que no. Tuy, mejor dicho, Laos, también se lo tragó todo "como la lejanía". La que sí que me escribió, a mediados de junio de 1993, supongo que para acusarme recibo de mi regalo de *National Geographic*, fue Phathana; y digo *supongo* porque en la preciosa postal de que se sirve para su comunicación tan sólo me pone su nombre, su opulento y sonoro nombre Nang Somphone Phathana, y su dirección completa en el espacio de cartulina reservado al texto. Primoroso documento, elocuentísimo testimonio el de esta mujer que con su solo nombre convoca en mi conciencia todos los mundos que pudieron ser y que nunca dejarán de poder seguir siendo.

**Elena Clara; Vilma; Cordelia; Damaris; Aida; Olga; Vivien :
Santo Domingo (República Dominicana) 11-20 febrero 1993**

Viajo por décima vez a Santo Domingo, capital de la República Dominicana. Y lo hago ahora en buena parte para compensar el mazazo lírico de Laos, y para que la ley del péndulo deje sentir sus efectos reparadores en mi saturado espíritu. Mi corazón encontraba, o creía encontrar, el fiel de su balanza entre estas dos cotas de Oriente y Occidente, con mayúscula. Esta visita a la Isla Española se ha caracterizado por la concentración y simplificación de afanes. He hecho mi guerra exclusivamente desde el hotel Continental. Ni he buscado a los Bencosme ni tampoco a Manolo Pareja, por el lado de los "mayores". Tampoco he buscado a Yéssica, y creo — tal es mi valoración del momento; luego ya se vería — que he liquidado con todas las demás "novias" antiguas, a saber: Jeanette Yocasta; Evelyn Rodríguez [su hermana Linabel, con la que me había engolosinado mentalmente, me informan de que se ha casado y de que se ha ido a vivir con su marido, o lo que sea, a otra localidad]. Paula Mateo merece una glosa algo pormenorizada. Yo la había conocido en casa de una vecina del Hotel Continental, que sub-arrendaba habitaciones a chicas estudiantes. Paula, que era licenciada en Derecho, desde el primer momento se destacó como mujer preparada, en posesión de suficientes recursos expresivos como para prestar veracidad teórica y fundamentos de persuasión a cualquiera que fuese el tema sobre el que la conversación discurriera. La invité a una cena en la churrasquería argentina de la Avenida Independencia, y la chica, volví a concienciarme, efectivamente me gustaba. Disponía de un chasis atractivo y, ya digo, su cultura aderezaba con una buena dosis de morbo añadido la propensión que mi estado de ánimo hubiere desplegado hacia ella. Supongo, bueno, en aras de

la coherencia tengo que dar por sentado que yo le lanzaría las insinuaciones de rigor, absolutamente convencionales y protocolarias; ajustadas, eso sí, a lo específico de su personalidad. Es el caso que Paula, sintiéndose halagada por mis atenciones, y en posesión privativa de sus razones y de sus sentires, actuó tocada de una cierta dosis — al menos en cantidad perceptible para mí — de calentapollismo. Y también fue el caso que yo, entretenido con mi red de amistades antiguas y contemporáneas diversas y variadas no le presté más anuencia que, ya digo, la obligada por mi trato en clave de urbanidad desprendida. Fuere cual hubiere sido la dinámica emocional que se estableciera entre nosotros dos, lo único cierto es que Paula montó una formidable batería de realidades más o menos ficticias, más o menos tremebundas — que su madre estaba enferma en Azua, y que a ella le correspondía cuidarla; que esa había sido la causa por la que no nos habíamos podido encontrar en Santo Domingo; que un envío de dinero de una hermana suya desde Italia se había extraviado, etc., etc. — sin la altura de miras de comprobar que yo no necesitaba tanta aparatosidad de inventadas justificaciones para ejercer mi holgada liberalidad. ¿Pues qué? ¿No lo había hecho con otras chicas en situaciones equiparables? ¿No era yo acérrimo partidario, por principio, de ser el primero en romper el hielo? ¿No era cierto, certísimo que es preferible equivocarse una vez, en el peor de los casos, que vivir con la duda de si por una cicatería, de entrada, se haya podido malograr una deseable aventura? Pues claro. Y lo más significativo de todo es que quería y podía hacerlo. Y lo hice. Y así le envié de regalo 650.- (SEISCIENTOS CINCUENTA) \$ USA, en la creencia — aunque a mí me daba exactamente igual — de que iban destinados a sufragar servicios y gastos generales por la situación valetudinaria de su madre. Durante el mes de noviembre de 1992 y hallándome yo normalmente en el Hotel

Casablanca de Granada, en pleno curso académico, Paula desencadenó una andanada comunicativa en forma de faxes informándome de su *supuesta* verdadera situación: estaba embarazada, tenía deudas..., por mencionar los dos problemas centrales respecto de los cuales todo lo demás eran variaciones de menor cuantía. ¿Y? Pues que esperaba que yo, *urgentemente*, sin perder un momento, en razón de quién sabe qué, por su cara bonita, le enviase mil dólares más, supongo que para empezar. Bien. El tema ha quedado enunciado, y el lector, por remiso que se encuentre a especulaciones, puede asumir sin violencia alguna de su imaginación el tenor del asunto. Guardo todo: los faxes, por supuesto; y si no en papel, sí en la memoria, el coste de las llamadas telefónicas *a mi cargo* que Paula me hiciera desde Santo Domingo. Naturalmente que yo contesté todas y cada una de sus comunicaciones, significándole en resumen... muy, muy resumido y muy en síntesis la verdad simplona: que yo pensaba seguir visitando la RD, y que entonces hablaríamos. Y este *entonces* al que me estoy refiriendo está teniendo lugar ahora, en este febrero de 1993. Le dejé en el teléfono de su madre en Azua el recado de que yo había llegado y de que me encontraba en el lugar habitual. Y después de que llegó a llamarme un par de veces al Hotel Continental para anunciarme su intención inminente de pasarse a verme, la grandísima calientapollas no volvió a dar señales de vida. Ella se lo perdió.

A Carmen Díaz la había conocido en mi viaje inmediatamente anterior, en agosto-septiembre 1992. Me había causado una inmejorable impresión, que se vio apuntalada y refrendada por una — la única — preciosa carta que me escribió en enero de 1993, y que, por tanto, yo recibiría aproximadamente un mes antes del presente desplazamiento vacacional que estoy relatando. Por supuesto, después de nuestro primer encuentro fortuito en el Hotel Continental — ella salía de una convención

de trabajo con unas amigas — yo la había visitado en su propia casa y le había llevado flores. En fin, en su carta me dedica un muestrario de elogios, muy en clave femeninamente edulcorada y persuasivamente cándida: "Recibe besos y abrazos en este momento... Siempre he estado pensando en tí" y la típica retahíla de expresiones que parecen estar inventando el lenguaje de la afectividad. Pues bien, en nuestra segunda coincidencia, también en el Hotel Continental y en parecidas circunstancias, ya no me pareció bonita: le descubrí mayor imperfección en las piernas de lo que antes había reparado; me pareció que le olía el aliento; me pareció que tenía menos pecho del advertido la primera ocasión; le observé una pequeña mancha, como verruguita, en la frente.

Llamé a Elizabeth Cepeda y le dejé recado con su hermano de que me encontraba en Santo Domingo: no se puso en contacto conmigo. También llamé a María Isabel Espinal, prima de Elizabeth, según me habían dicho: me contestó ella misma y me informó de que se había casado (?), y aunque me aseguró que pasaría a saludarme al Continental cuando saliera de la Universidad, concretamente el lunes 15 de febrero, nunca lo hizo. Tampoco volví a intentar contactar por telegrama, como la última vez, a Marisa Aquino. Al regresar a España me encuentro una carta suya fechada el 13 de febrero [así pues, llevaba yo dos días ya en Santo Domingo] : en ella me dice que sigue recibiendo *National Geographic*, al tiempo que me facilita una nueva dirección: el típico baile de señas precarias e inoperativas. Me hace saber que todavía no se ha casado porque quiere "primero terminar la Universidad". Sus finales son prodigiosos: "AMOR, que san Balentin te dé los mejor de los bienes deseados.... Que Dios te bendiga" (sic). Marisina era entrañable pero capaz de volver loco al más pintado. Lo inestable de la localización de sus domicilios hacía de la correspondencia una instancia aleatoria, improbableísima. Fuere por lo que fuere, el

caso es que no la contacté en este viaje mío de febrero 1993. Eso sí, nada más llegar a casa y recoger la carta que acabo de reseñar, la escribí a la nueva dirección que me había indicado, pormenorizándole los particulares de que en mi visita a Santo Domingo de agosto -septiembre 1992 la había telegrafiado convenientemente, y que al no tener respuesta asumí que se había ido a Colombia, según sus planes; que yo guardaba el resguardo del telegrama, y que se lo enseñaría la próxima vez que nos encontráramos, etc., etc. Pues adivine el lector: ¡carta devuelta a mí, supuestamente por destinataria desconocida! ¡Señas inexistentes! A Marisa también se la tragó la lejanía. Nunca volví a saber más de ella.

Echaba de menos a las hermanas Mercado, de Puerto Plata, pero no las llamé. ¿Para qué? No se habían dignado contactarme; y su temperamento fuertemente tocado de religiosidad las hacían inabordables para mí.

Pues tal era el panorama de buena parte de mis amistades antiguas. Así que había que echar mano de la parte restante que continuara en buena disposición, además de las adquisiciones nuevas que siempre estaban en el apartado de lo posible. De mi amiga clásica Cordelia guardaba tres cartas anteriores: en la de 26 de marzo 1992 me cuenta que se compró la nevera que tanto necesitaba, y se disculpa de haberme pedido llevar un regalo para mi familia, que de ninguna manera me fue posible dada la reducida dimensión del bolso en el que acomodaba la totalidad de mi equipaje. En su siguiente de 25 de noviembre 1992 me da la buena noticia de que ya tiene teléfono en su casa, y de que sus trámites para venirse a España van por buen camino. Y en su tercera, de 16 de diciembre 1992, se limita a felicitarme las Navidades y el Año Nuevo. Huelga decir que yo contestaba puntualmente todas y cada una de las comunicaciones que recibiera de cualquiera de mis amistades. Ahora, en el momento

que nos ocupa, Cordelia, ya digo, la amiga clásica, sin altibajos, se hallaba pendiente de los trámites últimos para viajar a España y ponerse a trabajar en casa de unos amigos míos. Por eso de no perder el hábito, celebramos un encuentro íntimo.

A Elena Clara Guridis la había conocido en mi viaje de junio 1992, si mal no recuerdo de paso frente a la fachada principal del hotel, como ya era costumbre. Después de una jornada en que yo hubiese atendido a cualquier tipo concreto de asunto, bien fueran amistades, bien fuera búsqueda de libros, etc., solía yo salir un rato, en plan distendido, a la Avenida Máximo Gómez, a charlar con el botones del Continental o con alguno de los taxistas que tenían allí su base de operaciones. Mas de una..., bueno, y más de varias de mis amistades las hice así, en plan espontáneo y limpiamente improvisado. Y Clara no había sido excepción. Como en su momento seguramente haya dejado dicho, Elena Clara era una chica alta, no excesivamente guapa, pero con un buen tipo. Su principal falla estribaba en la dentadura, que la tenía estropeadilla. Con ese motivo, y por eso de la solidaridad filantrópica, en nuestro primer encuentro yo la había animado a cometer por todos los medios y sin lugar a excusas el arreglo de su boca. En casos así poco esfuerzo de imaginación y de elocuencia hay que hacer para dar a dicha propuesta un aire indiscutible de propiedad y de buen juicio. Le dije la verdad: que era atractiva, y que el arreglo de sus dientes le supondría una mejora muy, muy grande en su apariencia. Como el lector tal vez sepa, y, si no, se lo apunto yo ahora, la República Dominicana es uno de los países más avanzados del mundo en cuestiones estomatológicas. Los que a dicha profesión se dedican cuentan con uno de los mejores campos de práctica, ya que el Gobierno tiene programado desde siempre la prestación de servicios de odontología a todo ciudadano que se preste al rodaje de los futuros especialistas. Y además gratis o poco menos. Un

detalle: España y la RD han tenido desde antiguo — ignoro si sigue siendo así — un convenio de equiparación absoluta de los títulos de odontología emitidos por uno y otro país. Recuerdo que le hice a Elena Clara un regalo en metálico suficiente para que resolviera el problema, mediando su solemne promesa, su encendido juramento, etc., etc., de que así lo haría y de que no desviaría un chele del dinero que yo le había dado para nada que no fuese la reparación de su dentadura. En su carta de 30 de octubre de 1992 me especifica que "ya tengo una respuesta exacta, ya me dijeron que en enero me terminan de hacer el trabajo completo", además de informarme sobre los distintos precios de las piezas dentales, etc., cosa de interés muy accesorio para mí, puesto que la entidad de mi regalo cubría con creces los costes de la modalidad más cara. Me dice asimismo que han inaugurado el Faro a Colón en Santo Domingo. Pues bien: Elena Clara *no* se había arreglado aún la boca. Debilidad de la condición humana. Supongo que se habría gastado buena parte de mi donación en cosas..., cosas..., vaya Vd. a saber de qué sentido o interés, y que todavía esperaría cubrir las necesidades odontológicas aplicando el resto de mi dinero a la modalidad de intervención más económica. La eché un polvo y una regañina, y le dije que no volviera ni siquiera a pensar más en mí antes de cumplir su promesa.

Con Vilma Cabrera seguía carteándome. En un fax extenso que le puse el 4 de diciembre 1992, le explico el procedimiento que tendría que seguir para volar a España y hacer uso de mi invitación, cuestiones todas de rutina para mí por las ya varias chicas dominicanas (Cecilia, Virginia, Cordelia, Yéssica) que se habían aprovechado de mi ofrecimiento. Vilma me contesta el 10 de diciembre, me acusa recibo del fax, y me hace saber la necesidad que tiene de disponer de cinco mil pesos para..., bueno ¿qué más da? Nada más regresado de mi excursión por Extremo

Oriente, recogida su carta, trasladado a Granada para reanudar mi curso académico, con fecha 15 de enero 1993 le envió 500.- (QUINIENTOS) dólares USA. En una cartita sobre papel recortado en forma de corazón, y con fecha 13 de febrero 1993 — se cruzó por tanto con mi estancia en Santo Domingo — Vilma me dedica una serie de agradecimientos y ternezas que me ponen al borde del sonrojo. Así que Vilma se encontraba ahora la mar de receptiva. En un primer encuentro me estuvo felacionando varios ratitos para consumir más tarde una cópula cumplida. Los quinientos dólares de regalo...., qué duda cabe que la habían predispuerto de manera inmejorable. El viernes 19 de febrero nos encontramos de nuevo y — luego lo veremos — tengo registrado en mis notas otro polvo.

Con Griselda Espinal, la chica de Santiago, no pude comunicarme: no había nadie en su casa las cuatro o cinco veces que la llamé. Con Nancy Elena, la prima de la mujer de "El Chino", hablé por teléfono, pero quedó la cosa pendiente y tampoco llegamos a vernos. La que más me tira ahora es Divina Iris Robles, la amiga de Yéssica. Conservo de ella tan sólo una única carta de seis de mayo 1992, en la que me da las gracias por mis llamadas y por los recados que he dejado para ella en las distintas ocasiones en que la he intentado conectar. Tiene novio, al parecer con pretensiones, y la chica está bastante agarrada a él, pero no lo suficiente para dejar pasar un posible viaje a España, por ejemplo. Seguiré con ella en contacto y acaso le mande desde España, y si doy con ellos, unos libros de técnica de la pintura de la editorial Parramón, que me ha pedido.

Entre las nuevas chavalas a las que me follé había de todo: Damaris, de una buena alzada, pero algo ordinaria y estropeadilla. La vi en el hall del hotel y no logro rescatar ningún detalle más excepto por la consignación de mis notas. Un polvo. Aida, peruana, simpática y dulce: no se corrió al mismo tiempo

que yo, pero me dijo que la chupara los pezones mientras que ella se masturbaba, y así lo consiguió. Ausencia asimismo de detalles, salvo un detenimiento algo especial. Se trató de un cruce telefónico absolutamente fortuito. Creo que llamaba yo a la empresa donde Yocasta Jeanette trabajaba, una empresa de productos cosméticos y farmacéuticos, en la que Olga prestaba sus servicios como telefonista. En el momento de mi llamada Olga pretendía comunicarse con mi habitación del hotel en la creencia de que la ocupaba otra persona, un supuesto empresario de "shows" y pases de modelos. Bien fuera porque no se trataba del departamento exacto, bien por lo inadecuado de la hora, bien por lo que fuere, el caso es que Yocasta Jeanette dejó de servirme de referencia de mi llamada y me engolfé en conversación con Olga. !Oh, sí!, el nombre de Olga se adhiere con persuasiva insistencia a una voz de mujer que apareció en el teléfono por casualidad; una perfecta cita ciega. De tal manera nos festejamos en aquel contacto, de tal forma nos interesamos por medio de aquella charla, que con mucha más complicidad emocional de la que hubiera mediado en una de esas líneas así llamadas "calientes" o "eróticas", Olga y yo quedamos tan persuadidos de que "aquello" nuestro no podía ni debía terminar así sin más, que la invité a que se dejara caer por mi hotel a la salida de su trabajo, que debía producirse no mucho después de una hora desde el final de nuestra conferencia. La recuerdo vestida de azul, con un uniforme de empleada, mejor, de azafata, alta, algo achinada, con tacones, con la cara un tanto erosionada por el acné o maltratada tal vez por un foco antiguo de viruela; los dientes no tan bonitos como podría esperarse de alguien que, como ella, había "modelado". Con todo, su aspecto general era atractivo sin lugar a dudas. La puse de espaldas a mí, sujetándose con las manos en la mesilla-escritorio, y así celebramos con garbo y con furia, como para que el coincidir de nuestras pieles

no desmereciera del enardecimiento picado de entusiasmo de que nuestros espíritus habían hecho gala durante la conversación telefónica. Otro pequeño y último defecto que le advertí fue la existencia de pelos alrededor de los pezones. En un arranque rumboso, como haciéndola receptora de todas las generosidades mías que no hubiera ejercido durante la jornada, le di mil pesos dominicanos que propiciaron que Olga, en un impulso irrestañable de sorpresa, gratitud e incredulidad, todo junto, me preguntase que... si en tanto había valorado yo su compañía y la cuota de intimidad que me había dedicado. Mil pesos era bastante más del doble de lo que ella hubiera anticipado como compensación a su amabilidad. Junto con algunos productos farmacéuticos de su firma, ella me regaló, bien lo recuerdo, una muestra gratuita de pomada anti-inflamatoria Voltarén que asimismo portaba en el bolso. Tal es, más o menos, la realidad de persona que recubre de bulto y carne animados el nombre de Olga. A ella llegué por medio de su voz persuasiva, profesional y conciliadora por teléfono.

El jueves 18 Yolanda, la rubia poderosa, con botas y melena, tipo "cow girl", y que solía rondar siempre por el bar del Continental, me presenta a Vivien, pues una de las funciones de la tal Yolanda, si no la exclusiva, era la de alcahueta. Vivien, finita y ojerosa, no me permitió que me trasluciera nada en absoluto de sus formas, hasta que al entablar nuestro cuerpo a cuerpo afectivo resultó poseer uno de los físicos más atractivos del panorama femenino: ancas delgaditas y preciosamente proporcionadas; senos tiernecitos y abundosos que al yacer su dueña se agolpaban semi-derramados, ceñidos a la tabla, del pecho. Tuve dificultad en penetrarla al principio porque el arco pubiano se cruzaba como una barra. Cuando quedó plenamente taladrada la envolvió como un espasmo inundante de dejación y de deseo de éxtasis, con gemiditos y suspiros. Y si fue

fingimiento, mejor aún. La disfruté cumplida y cariñosamente. He saludado a la Sta. Yvette, arquitecta que trabaja en el estudio del también arquitecto y dueño del Hotel Continental, Freddie Goico. Yvette es clarita de tez y equilibrada de armonía, y tiene cierto parecido físico con doña Elva Cunillero, que oficia de secretaria ejecutiva de la Dirección del hotel, o sea, empleada administrativa del máximo rango. Yvette es el tipo de hembra atractiva y exportable; guapita y culta. Me dijo que estaba inmersa en el estudio de la ampliación del aeropuerto "La Unión" de Puerto Plata.

La niña Brunilda Martínez, de 14 años, sentada en el lobby del Continental mientras esperaba a su hermana, tenía unos senos ya considerables y me dijo que "como cariñoso" la llamaban "Chiqui". Entre los nuevos encuentros espontáneos cabe aquí el de Carlos Mier y su mamá, Rosa, cubanos-americanos ambos y representantes de ese vector animoso, activo, operante y capaz del elemento hispánico que ha prosperado en la sociedad yanqui, tan llena de oportunidades. Salieron de Cuba cuando entró Fidel y viven, ¡cómo no! en Miami. Carlos tiene 38 años y ha venido a la RD con el propósito de estudiar cuatro años de Medicina en la Universidad de San Pedro de Macorís, reconocida — según dice él — en los USA, o por lo menos en el estado de Florida. Hoy día 19 de febrero, viernes, he invitado a comer en el "Asadero los Argentinos" a Cordelia, Carlos y Rosa, su mamá: un éxito de oportunidad y de cordialidad. Antes de eso, al mediodía, en la piscina del hotel he conocido a una preciosidad de puertorriqueña, de no más de 16 años, Marysol, que venía con su abuelita [!ojo a dicha providencial institución!] : imposible fijar una cabeza de playa para futuras escaramuzas. Con todo, le he dejado una tarjeta mía: One never knows ¡ Esa misma noche — ya lo dejé anunciado unas páginas atrás — se me presentó Vilma de improviso, y en el mismo momento en que entraba en la

habitación, me telefoneó Olga Pérez. Sin grandes explicitaciones pero también sin tapujos dije lo que era pertinente, una mezcla de expresiones de halago por su llamada junto con otros códigos limitativos de la expansión afectiva debido a la presencia de Vilma allí en la habitación. ¡Y Vilma va y me hace..., bueno, me comienza una escenita de celos! Se la corté de raíz, recordándole que a mí me hubiera gustado ser el primero en taladrarla. Luego estuvo enormemente cooperante y receptiva en el polvo que celebramos. Sin embargo es curioso que en este momento sea Divina Iris Robles la portadora de mis futurizaciones proyectivas. Y por otra parte, las criaturas que he conocido de Puerto Rico, Marysol y Mili Dávila, me han puesto a cavilar sobre la virtualidad no descartable de dedicar una visita a la isla Borinquen.

Tuddá; Bi; Nong; Nang; Prao; Neng; Am; Daa (Bangkok, Thailandia). Divina; Joy (Cebú, Filipinas). Maridel (Manila, Filipinas). Yun Suk (Seoul, Korea del Sur), junio-julio 1993

Éste sería mi undécimo viaje a Bangkok, entiéndase, con voluntad de permanecer unos cuantos días allí antes de saltar a los cualesquiera otros destinos programados del todavía más lejano Oriente. Estaba cerca ya de mis cincuenta y siete años, y la sospecha, acaso el temor, de que cada una de estas aventuras — la presente y las más inmediatamente pasadas — fuese la última espoleaba y amargaba al mismo tiempo mi ánimo. El Jumbo de la Thai no se llenó en Roma y pude disfrutar de tres asientos para tumbarme. Hay cinco horas de diferencia con España. He salido de Madrid el sábado 26 de junio de 1993 y he llegado a Bangkok el domingo 27. Descubro para sorpresa grata mía que un "Taximeter" que me coge en el aeropuerto sólo me cobra 135.- bahts. El chófer no hablaba más que thai, así que no pude enterarme del canon aplicado, ya que el contador marcaba en dos franjas paralelas. Parece que las carreras de regreso del aeropuerto al "down-town" están sujetas a reducción de tarifa — un detalle de ética profesional que ya me gustaría ver en España — y que el taxista me cobró como sobrepeso tan sólo los 15 bahts del peaje. Además, al ser domingo y temprano, el recorrido hasta el Hotel Ambassador fue expedito y rápido. Las oficinas de cambio de dinero en Sukhumvit están abiertas todos los días. Me sale la habitación a 1,100.-bahts, unas cinco mil quinientas pesetas. La tarjeta IAPA me consigue tarifas arregladas, aunque ya sabemos que los descuentos se aplican únicamente al precio base sin tocar el veintitantos por ciento de los impuestos.

A las 13:00 pm. me voy a "Darling". Entiendo que ahora hayan implantado la modalidad de sugerir que el cliente satisfaga en el mostrador los 600.- B. (u 800.- en caso de "Body

massage"), como servicio básico de baño y masaje, más otros mil que cubrirían el resto de prestaciones expansivamente extraordinarias. Claro que uno puede atenerse al precio base, como hice yo por principio, y dar por sobreentendido que lo demás es cosa de concertar con la chica. Me atendió Tuddá, número 40, y me sacó un polvo al comenzar y otro al terminar. Estas criaturas siguen teniendo un depurado estilo, ya que fue tan sólo antes de irse, y a mi indicación expresa, cuando Tuddá recogió los mil bahts que muy desde el principio había dejado yo sobre uno de los poyatos.

Al día siguiente, 28 de junio, me acerco a Dit's Travel a comprarle el billete Bangkok-Manila-Cebú a mi amiga Saowaluk, que se mantiene bonita aunque... un pelín ajada. Me dice que ha recibido una postal mía: tiene que ser la del año pasado, porque no recuerdo haberle enviado nada en los últimos tiempos. Sin embargo parece que todavía no le ha llegado la *National Geographic*, y esa sí que tiene garantía. Telefono a Nang Lerskonbury, y sigue tan difidente y tan a la defensiva como siempre. Me dice que ahora no puede verme y quedamos en comunicarnos a mi regreso de Filipinas. Le pongo un telegrama a Divina Maraveles, advirtiéndole de mi llegada. Cruzo a "Darling" a eso de las 18:00 pm. Por el camino me voy acordando de que el día anterior, ayer, Tuddá se había mostrado en un principio remisa a besarme, pero cuando alcanzó el orgasmo en nuestro segundo coito me buscó y me conectó violenta, como desesperadamente la boca en un beso abrasivo que más bien parecía una desbocada succión. Esta vez me ocupo con Bi, número 93, somera de pecho pero bonita de figura. Tampoco quiere besar y sólo me felaciona con la goma puesta. Está bien que se tengan tantos miramientos higiénicos, pero me da grima que *también* los tengan conmigo. Me la pongo encima

por comodidad y nada más percibirla penetrada y sentiente los bichos se me escapan por su pie.

Martes 29. Todo funciona con arreglo a programa. Parece que la autopista elevada al aeropuerto de Bangkok quieren que esté terminada el año próximo, aunque sea el 31 de diciembre. No he tenido nunca queja sobre sus instalaciones aeroportuarias. Desde mi primera experiencia, en 1983, siempre se ha accedido a bordo a través de los pasillos aéreos desde la misma puerta de embarque. El vuelo a Manila de este mi séptimo viaje a Filipinas son casi tres horas, y lo hacemos en un Airbus - 300, que a mí particularmente no me gusta, ya que todos los lavabos de clase turista están instalados en la parte trasera, y se arman tapones inevitables cuando coinciden los usuarios y los típicos y cargantes carritos de *catering*, venta de artículos, bebidas, etc. por parte de la tripulación. El avión, con destino final en Osaka (Japón), va a media capacidad y yo dispongo de los cuatro asientos de mi fila del bloque central [Por hablar, acaba de llegar uno con pinta de filipino feo que muy reverenciosamente, muy medrosamente me ha dicho que si se puede sentar en la esquina, junto al otro pasillo. ¡Como si el avión fuese mío! Se jodió el invento. ¡Qué le vamos a hacer!] Paso de comida, pero sí me apunto a un vaso de leche. Después de que las azafatas hayan concluido con la distribución de bandejas, y antes de su retirada, me levanto y me aproximo al closet de popa, con la excusa solvente de recoger mi vaso de leche que se les había olvidado. Allí en aquel habitáculo estaba reunida parte de la tripulación, dando cuenta de forma amigable y sin protocolo de unos exquisitos cuencos de arroz con pollo. De lo cual deduje que no les agradaba mucho el "menú" internacional de a bordo y preferían saborear una comida más suya y menos standard. Por cierto que el avión va lleno de filipinos. Los vuelos para Cebú no sólo despegan puntuales, sino que se adelantan algún minuto

sobre su horario como el mío de hoy, 29 de junio a las 17:00 pm. Una delicia, porque desde el momento en que se dirige uno a Cebú todo transpira domesticidad, manejo por control cercano y cómodo. Hemos dejado ya Manila y nos encaminamos resueltamente a las Visayas. Este es el principio del principio.

Ya estoy registrado en el Cebú Midtown Hotel. Me sigue pareciendo un buen sitio, caro. Desde diciembre pasado han subido un diez por ciento neto las tarifas. Me dicen que me dan una habitación *de luxe* individual al precio de una *superior* (que antes llamaban *standard*) porque no tienen libre ninguna más en este momento. Da igualmente a la piscina y el ruido es mínimo; en realidad está dos números a la izquierda de la que ocupé en diciembre, encima de la piscina, como digo. Me sorprende agradablemente al comprobar que han instalado una cortina casi opaca que permite conseguir una razonable oscuridad en la estancia. La vista es amplia desde el piso 12. Los ascensores son céleres, ya que uno baja o sube a los pisos desde la planta 4, donde se encuentra la Recepción y el Hall principal, al que también se accede en ascensor desde la calle...

Digo que después de registrarme y de dejar ordenado el equipaje, me di una vuelta por el hall de la entrada de la calle y fue a partir de ese momento cuando comenzaron las cosas a mostrar unos centímetros de su perfil hosco. Nada de importancia, vaya por adelantado. Tan sólo fue como un aviso, un relámpago de advertencia, una pasada fugaz de la anticipación admonitoria. El caso es que veo a dos chavalas, no muy guapas pero atractivas; llegan al cuarto piso y penetran al Orchid Bar. Entonces un tipo mal encarado que ha subido con nosotros en el camarín, llevándose a la boca de vez en cuando como una patata envuelta, que resulta ser un teléfono portátil — y no un "walky-talky" como yo, por decir algo y aligerar la tensión, inferí — me mira de frente como... como

preguntándome que... qué quería... respecto de las jóvenes que, por otra parte, no se definían sobre por quién dejarse cumplimentar aparentemente. Sospecho que el tío las ha invitado o algo así... y procedo a escaquearme con la evasiva cutre de inquirir de él si trabaja en los menesteres de seguridad del Hotel..., por el "walky-talky" que enarbola a cada momento: "It's a cellular phone" — me dice. Yo me hago el tonto, miro como buscando a alguien, sigo mirando mientras hago mutis despacito. A propósito, esto del teléfono celular o portátil, mal denominado "móvil", parece que hace furor entre los imbéciles y/o nuevos pudientes.

Hoy, día 30 de junio, me llama el taxista que dice vivir también en Consolación, y que ayer en el rato de charla, desde el aeropuerto hasta el hotel se comprometió a averiguarme el estado de ánimo de Myra Ornuipia. Me avisa desde el hall; bajo, y me dice con cierta sorna aprehensiva que ha comprobado que el marido japonés de Myra está aquí, y que vive con ella en Consolación, en una casa de mejor lustre que la vivienda típicamente modesta de los filipinos nativos. ¡Ahí va! Presiento que el patinazo va a generar efectos inmediatos ... porque acabo de ponerle un telegrama a Myra, escueto : "I want to meet you", así, como si se tratara de una orden de gran jefe ejecutivo a la secretaria follable o algo parecido. Ya no sé ni lo que me temo. Lo peor. Y no me equivoco. Poco después de llegar a la habitación me llama el marido con el deseo, según él, de *straighten out* el asunto. Yo... — dejémonos de tonterías y de baladronadas — me llevé un susto, independientemente de que el tema revistiera más, menos, o ninguna entidad. Ahora, pasados más de quince años, en el momento en que estoy redactando, desarrolladas, las presentes notas, aquí, en mi casa, dueño y señor de todos los recursos y blindado por toda la protección humanamente imaginable ... resulta hasta divertido hacer

literatura de aquello. Pero allí en Cebú, ante un consorte japonés celoso, suponiendo que se tratara de eso... de un celoso japonés consorte, yo no era sino un trocito, una piltrafilla de carne de *catana*. Al recibir el telegrama, el tío sabía todo: mi nombre, mi dirección..., y buena prueba de ello era que me había telefoneado a mi habitación del hotel. Bueno. Yo creo que la generosa fortuna nos asistió a todos por igual. Sospecho que el japonés debió pensar que él tampoco se encontraba en su casa, sino más bien todo lo contrario, porque puestos a llevar las cosas a extremosidades maximalistas, él, japonés, pertenecía al colectivo o país que había cometido montones de atrocidades en Filipinas durante la segunda guerra mundial, y no era cuestión de que ahora le pasaran la factura por ello. Yo, como español, tampoco podría contar con mucha simpatía por parte del personal en caso de contencioso. El único detalle es que mis posibles culpas databan de época anterior a la de los japoneses..., y bueno, por ahí se andaría la cosa. La imaginación se entretenía en calibrar una teórica disputa entre un nipón y un castellano, cada uno perteneciente a un país de conquistadores y de "wrong doers", *malhechores*, con respecto a Filipinas, el lugar donde ahora, cada uno por sus razones tan personales y tan distintas, nos encontrábamos, más o menos de prestado. Pero ya digo que la fortuna fue benévola con nosotros: Conmigo, por decirle lo..., bueno, a fin de cuentas, más parecido a la verdad al japonés. Me disculpo como puedo, y el hombre parece comprender, asintiendo y propiciando él mismo mis excusas de que por haber sido unos encuentros típicos de urbana curiosidad de turista con nativa, sin más transcendencia, no hubo lugar para que Myra me trasladase ninguna información sobre su estado de... casada. Bueno. El japonés asume y colabora con mis justificaciones. Todo aclarado y arreglado entre caballeros. !Pppuuuhhh¡ ¿Qué podía haber hecho yo? ¿Protagonizar una quijotada fuera de

tiempo y de lugar? En el caso hipotético de que Myra no hubiera actuado como una consumada calientapollas conmigo, tal vez hubiera encontrado acomodo, aun metida con calzador, mi postura de príncipe rescatador de doncellas en apuros. Pero dicha situación aquí no era aplicable. Yo ya no estoy para estos trotes. Y lo siento de verdad, porque Myra constituía todo un pedazo de mujer excepcionalmente deseable. Para remate, su hermana Itel, la del coño estrecho de mi reportaje correspondiente, ha tenido un niño y no parece estar para nadie, según también me informa el cachondo de Boy, el taxista, el cual dividía a las mujeres en, básicamente, dos porciones: las buenas, como la suya; y las que ejercían o propiciaban "monkey business". No puedo estar más de acuerdo. Capítulo cerrado. Lo prefiero así. "Transaction finished", como muy bien apostilló Boy.

Logro conectar, a eso de las 20:30 pm. con el teléfono de Divina, en Dumaguete, pero no está en ese momento. Le dejo recado de que me llame ella a mí, ya que al menos aquí en el hotel no hay topes de hora para recibir conferencias! Intuyo con clarividencia dolorosa que, de todas formas, éste va a ser, está siendo mi último viaje a Filipinas [y a todo el Extremo Oriente, como veríamos]. Todo tiene un término y es bueno que así sea. Ahora sí que me apetece pasar unos días en Manila, con Gloria, y enterarme de la suerte definitiva de Marilou; y de Mary Rose Pecson; y de Marydel Cruz; y de las tres niñas cachondas, de las que me follé a dos de ellas, pero me quedé con ganas de empitonar a Jill, la más maciza; y hasta de Angie Enjambre, la canijilla, la prima de las Cabato a la que yo había regalado seis mil pesos para sus estudios (cuando me visitaron en el Midtown Hotel durante mi enfermedad de diciembre 1992-enero 1993) y con la que me había intercambiado tres o cuatro cartas, etc., etc. A las 21:45 pm. de hoy, miércoles, por fin — y supongo que apercibida por los términos en que le transmití el comunicado a

la patrona de la Residencia donde se hospeda — Divina me contacta, eso sí, sin dejar de afectar su falta de dinero hasta para hacer una llamada telefónica decente. Me puntualiza que *acaso* al día siguiente, jueves uno de julio por la noche, o todo lo más por la mañana temprano del viernes dos, llegará a Cebú ciudad "para estar conmigo". Sin apenas haberlo notado llevo algunos minutos enardecido e inconsolablemente erecto.

1 de julio 1993. Hoy puede ser mi día grande o el de mi despeñamiento. Por la mañana el taxista Boyd — o Boy, como en un principio entendí — que dice conocer a Myra, me llama el hombre un poco así como para remover — o para dejar apagado aún más del todo — el rescoldo de mi concernimiento hacia ella. Me dice que la vio ayer por la noche en no sé qué supermercado y que ella le dijo que "she was ashamed". Creo que sin lugar a dudas Myra está sufriendo por esta situación de superabundancia en su vida: un marido y un pretendiente, cuando la mayoría de las mujeres no cuentan ni con el uno ni con el otro. Sí, incontestablemente creo que Myra dice la verdad en lo de "estar avergonzada". Pero después de la conversación que tuve con el japonés di el asunto por liquidado, y así se lo dije a Boyd. Otra cosa es que Myra se escapara, se me viniera a la habitación y comenzara a desabrocharse la blusa. Así que lamentablemente "transaction finished".

A las 11:30 am. recibo un telegrama de Divina: más *suspense* y más enrabetamiento mío. Reza así: "No collect call money left for fare coming Friday. Divina". Claro que no presté mucha atención a la sintaxis, porque me hubiera llevado unos minutos desenredarla, por trabucada. No se entiende quién es quién, quién es sujeto; y qué es qué, qué se predica del presunto sujeto. ¡Que Divina resolviera el acertijo que ella misma había ideado!, porque el sentido no podía estar más transparente: que no me había podido telefonar a cobro revertido, y que no le

quedaba dinero para el pasaje en barco. Yo le había significado expresa y enérgicamente que reservara lo suficiente para cuando tuviera que desplazarse a verme, sobreentendiendo que una vez conmigo se encontraría en la gloria. Y la cantidad suficiente para este menester no llega en ningún caso a 25.- \$ USA. Así que le he puesto otro telegrama — ventajas de tener un despachito PTT aquí cerca — en tono más acuciante, haciéndole saber que de no aclararse definitiva y prontamente sobre sus planes, me voy a Manila de inmediato. Debió de ver las orejas al lobo, porque las cosas acabaron por vencerse del lado de la incontestable racionalidad. Nada más recibir mi telegrama, Divina me telefona — esta vez no pareció haber problemas — para asegurarme que viene, sí, que viene..., pero no la noche del jueves sino la madrugada, del viernes a eso de... entre las 06:00 y las 07:00 am. ¡Joder con la moza de los cojones! ¡Échale complicaciones sin cuento! Así que la parte de nochecita que me pasé ... medio en vela, en vela enteramente... Pero en efecto, me llama a las 06:55 para hacerme saber que se halla en casa de unas parientas [aquí la gente, como se multiplica por doquier, pues también por doquier tiene familia]; que ha llegado en el barco de Dumaguete [luego me enteraría de que el tal barco zarpa, a las 23:00 pm. y tarda cinco horas en hacer la travesía; así que ha debido de llegar a las 04:00 am. al puerto, y desde allí se ha dirigido a casa de sus primas] , y que vendrá al hotel sobre las 08:00. Son ahora, las 07:00 am, y lo prefiero; porque encontrarme en la cama, legañoso, con el aliento sin controlar, y... aunque de un día, barba pendiente de afeitado, no me hubiera hecho ninguna gracia. Me hubiera hecho ilusión la sorpresa... pero ¡qué va!, bien mirado, Divina ha huido de modernismos dudosos y de novedades inciertas y ha optado por venir previo recado y posta en casa de sus parientes.

Y por fin..., difícil de asumir, pero por fin se presenta a las 08:20 am. en el lobby del Hotel. Yo la esperaba, y por natural exclusión puedo reconocerla, distinguirla, mejor dicho, al instante. Es una mezcla de las dos fotos compañeras que me envió una vez, y del componente más rescatable de la tomada en el patio de su amiga Dayreen. Tiene... un par de quiebras pequeñas en la boca. Las chicas filipinas todas quieren quitarse de en medio de los lugares abiertos al público y transitados por la gente, como puede entenderse en este caso el gran vestíbulo del Hotel Midtown. Y así con Divina: me sugirió rápidamente subir a la habitación. Comenzaron unos no muy convencidos tanteos de dialéctica en razón de algunas de las cartas que Divina me había escrito, y que yo portaba al efecto. Pero era tanta la evidencia y la tensión acumulada en más de dos años ya, que urgí a Divina a definirse en aquel preciso instante y sin más preámbulos. Se avino a que la desnudara toda y a que me corriera encima de ella antes de desayunar. Aquello se hacía cargo de momento, tan sólo de momento, del arsenal de alma que amenazaba con chorrear me explosivamente por la piel, por todos los boquetes y respiraderos. Después del desayuno, la dejé en la habitación y salí a cambiar 700.- (SETECIENTOS) \$ USA, a 27,1.- pesos, que se los regalé íntegros. Jamás había visto tanto dinero junto en su poder de un golpe; suyo, para ella. Tras algunos tanteos sobre cómo guardarse los billetes en su atuendo más bien ligero, y a indicación suya, le proporcioné un imperdible de los que suelo llevar en mi cajita nécessaire, con el fin de que se clausurara convenientemente el bolsillo lateral del pantalón. Hicimos toda clase de prospecciones y de pesquisas en el devenir de nuestros futuros estados de ánimo. Volví a desnudarla y de nuevo me corrí colocándosela entre los muslos. Tiene un cuerpo bonito, piel bonita, pecho poco prominente aunque bien formado. Me dijo que debía salir del hotel a las

16:00 pm. para ir a ver a sus primas, y a continuación tomar el barco de las 18:00 pm. de vuelta a Dumaguete. Perfecto. Quedamos en que éramos "novios prometidos" y que su gran responsabilidad era acabar los estudios. Descubrí que había besado poco pero que la encantaba que yo la besara. Y si lo fingía, mejor para los dos. Después del mediodía nos echamos la siesta, y sin condón la penetré, digamos, un tercio del recorrido. No me permitió más; no quería: el tabú fetichista de estas criaturas es portentoso. De todas formas me corrí, si no dentro, por lo menos encima de ella.

Por la noche me pongo a buscar a Joy Dacullo. En el lugar adonde he dirigido el telegrama — dirección que, por lo que fuere, consideraba y tenía yo por buena —, no saben nada de nada; así que opto por intentarlo en la de Saint Jude, Mabolo. Otro taxi que está descargando viajeros en el hotel me fijo en que lleva los asientos recubiertos de tela, y me lo apropio para la carrera, con la mala suerte de que el filipino que lo conduce es bastante cerril e impenetrable, típico de esos que dicen *sí* a todo pero que no entienden una palabra. Damos vueltas a placer hasta encontrar la callejuela. Joy parece que vive en una transversal lúgubre y sinuosa, y como acabamos de ver una rata tremenda, negra, como un conejillo de grande, con un rabo de esos larguísimos que se van subiendo como a pulso, sin terminar nunca de pasar, una vez que el cuerpo desaparece..., y otra más, o tal vez la misma, atravesar todo el ancho de la vía..., les pido a unos chavales que me vayan a buscar a quien sea de los Dacullo. Llega Joy precisamente, y una prima... Joy, como siempre, entrañable, con cara más de niña que nunca, como si no hubiera roto un plato en su vida. Me da la impresión de que pretende excusarse por el sitio tan poco recomendable al que yo he tenido que trasladarme con el fin de verla, a esas horas ya de la noche. Es ella misma la que me sugiere quedarme donde estoy, junto al

taxi, para evitar encontrarme con más bichos asquerosos; porque yo, de buena gana, y de no mediar semejantes detalles disuasorios, hubiera ido a saludar a su familia. No en vano hacía ahora dos años y medio justos que había conocido a su madre y a uno de sus hermanos, en el Hotel Montebello, mi primer alojamiento en Cebú. Quedamos en que al día siguiente, a eso de las 09:00 am. se pasará por el hotel a verme. Me parece bien, porque hasta las 11:30 am. aproximadamente en que saldré para tomar el vuelo de Manila, no tengo necesidad de moverme. Desde nuestro último encuentro, justo un año antes, Joy y yo habíamos seguido correspondiéndonos como de costumbre. Ya digo que esta niña atesoraba en su personalidad una carga entrañable de... blindaje contra cualquier reproche que uno quisiera hacerle. Yo mismo me auscultaba incapaz de regañarla, por abultados que pudieren ser los estropicios que cometiera, entre ellos, sin ir más lejos, el de haber tenido un hijo de padre ocasional y, por supuesto, inexistente a efectos de responsabilidad práctica. En su carta de 14 de enero 1993 me pregunta en tono como de suave reprensión que por qué no la había avisado con anticipación de mi último viaje a Cebú en diciembre 1992-enero 1993; que se había trasladado con sus padres y su niño a otra localidad para pasar las fiestas navideñas, y que cuando regresó a Cebú City y recogió mi telegrama, llamó inmediatamente al hotel, pero ya me había ido. Menos mal que no se perdió mucho, porque se trata de la vacación que me pasé en la cama con aquel trancazo de gripe. Bueno, Joy invariablemente adereza sus cartas más o menos con la misma munición: que no tiene dinero; que quiere seguir estudiando; y que la conteste inmediatamente. Y eso es precisamente lo que hice: a vuelta de correo, o sea, con fecha 22 de enero le envié cien dólares. Por si fuera poco, Joy parecía convocar en su ejecutoria todo tipo de problemas y de irregularidades que, en

igualdad de circunstancias, no ocurriéndoles a nadie, le ocurrían a ella. Y a mí me sacaba de quicio y continuamente me desalentaba de seguir ayudándola, pero un minuto después, por eso de su entrañabilidad blindada, volvía a prestarle todo mi apoyo. En otra carta suya, de 25 de marzo 1993, me repite, frase arriba o abajo, lo de su anterior de 22 de enero, y que yo inmediatamente contesté, incluyendo el billete de cien dólares H 16453419A. Pues bien: si en todos mis innumerables envíos pudiésemos hablar de algún fallo acaecido, ése sería el destinado a la buena de Joy. Me vuelve a repetir las mismas razones, digo, dándome a entender que *no* ha recibido los dichos cien dólares junto con mi carta. De nuevo, y a vuelta de correo, la contesto a esta carta suya de finales de marzo y le envío otros cien dólares en el billete garboso B 20393558 A. Por fin, en su carta de 3 de mayo no puedo entender si me acusa recibo de uno solo de mis envíos, o de los dos. Hasta para eso la incalculable Joy era problemática. Me dice que le haga saber mi teléfono para poder comunicarse conmigo, y no hay una sola carta en que, como rutina, no se lo escriba, junto con el fax del Hotel Casablanca en Granada. Ésta, muy resumidamente era Joy: un fabuloso "melting pot", una empanada de toda suerte de tribulaciones, desgracias, carencias, etc. Y sin embargo no dejaba de ser entrañable, no encuentro término que mejor se ajuste a su persona. Y además, si nada se torcía, me iba a encontrar con ella al día siguiente, temprano...

Luego pienso en Beth, y al mencionarle al tonticute del taxista el nombre del Hotel Magellan, me dice, para estupor mío, que se ha quemado (?) ¿Cómo que se ha quemado?, insisto bobaliconamente yo... Pues sí, que se ha quemado, que ha sido pasto de las llamas. Le ordeno llevarme hasta allí y es, en verdad, una vista, un espectáculo lamentable. Todas las fachadas del bloque del edificio están llenas de mugre, como si por las

ventanas desde dentro hubieran arrojado agua negra. Hablo con unos guardas, unos "security guards" y un paisano, allí delante, y resulta que uno conoce a Beth, la chica de Relaciones Públicas de Recepción. Le dejo una tarjeta de visita mía para ella (j) Me dice que ahora trabaja en el Montebello . Pero ya es muy tarde para dar la murga. Tal vez mañana, camino del aeropuerto, desviándome ligeramente, me pase a saludarla. Resultaría un golpe de efecto de mucho cuidado. Ya veremos. En el taxi ahora, y ya de recogida para el hotel, se dedica mi pensamiento, así, como jugando, a compactar y trocear ocurrencias pasadas, más o menos conexas. Después de irse Divina me recreé en la piscinita durante media hora, un tanto como placebo natural para purificarme la mente y distender los músculos. A eso de las seis cené una deliciosa porción de "marlin". Recuerdo que las bragas de Divina eran tradicionales pero de buen gusto: de tejido de toalla fina, anchitas, altitas, muy apropiadas y muy dignas; y sobre todo, nada de tangas ni de frivolidades innecesarias. Me voy acordando de más cosas : Divina hacía un parpadeo bastante frecuente, acompañado, sobre todo al principio de empezar a hablarnos, de una ligerísima y graciosa — hasta estilística, podría decir — vacilación en el discurso, como si alguna palabra se hiciese la remolona en algún tramo de su elocución y tuviese que tirar de ella. Además Divina desplegaba en su comisura derecha como un levísimo efecto de ventosa que, cada vez que cerraba la boca al concluir de decir algo, le significaba una tracción de repliegue de las dos láminas de los labios en dicho rincón derecho. Tenía razón al decirme que por escrito ella se expresa con mucho más vuelo, con mucha menos contención que oralmente. Divina olía como a mango. Tuve oportunidad repetida de olerla cuando estaba acostada al lado mío, con la cabeza medio empozada entre la almohada y su abundante y largo pelo negro. Por cierto, que le presté un peine convencional,

pequeño, de los que llevaba yo para mi uso, y me desgajó una púa: poco peine para tanto pelo. La única descompensación de su cuerpo — que ya me pareció observar en su foto de la catarata — es que las piernas comienzan a juntarse un poco a partir de las rodillas, como si no hubieran tenido tiempo de tornearse. Pero en bloque, y considerando que no tiene cicatrices visibles — sólo marcas de las vacunas —, y que su piel es resueltamente suave, homogénea y expedita, puedo decir que es una criatura bella.

3 de julio, sábado. A las 09:45 am. llega Joy y la echo un buen polvo. Está algo desmejoradilla de cuerpo, pero... demasiado!; simplemente con *estar* sobra. Por lo menos en cada uno de estos últimos encuentros nuestros tengo oportunidad de constatarle con los recibos y los datos en la mano los envíos exactos que le he efectuado y las fechas correspondientes. Me proporciono a mí mismo un singular descanso desmenuzándole a Joy las cosas que he hecho en beneficio suyo. No es que con las demás amigas no valorase yo su asunción de mi conducta hacia ellas. Pero Joy era especial. No quería yo que le quedase la menor reserva de juicio respecto de la adecuación entre lo que yo le anunciaba en mis cartas y la verdad de su ejecución. Si, como al parecer (¿!) Joy no había recibido una de mis cartas... con cien dólares dentro...! pues que éste era el justificante del certificado, el sello, la fecha y hasta el número de serie del billete de banco en dólares USA incluido, dentro de lo que cabe y por lo que a mí, a mí proceder se refería. A mí me encantaba verla satisfecha. Entre nosotros dos el único engaño posible sería el que ella se infligiera a sí misma. La pobrecita tiene algo de pararrayos de penalidades reales o ficticias; de dolencias que sufre o que finge sufrir. Ahora es una muela la que parece estar dándole guerra. Me dice que fue una lástima que yo no supiera... o recordara que la calle donde vive, la Saint Jude, está enfrente de la fábrica de Pepsi-Cola. Con ese detalle nos habríamos ahorrado mucho

indagar y mucho dar vueltas. Bueno. Pues ya lo sé..., para nunca. Yo le doy mil quinientos pesos en un fajito separado (unas siete mil quinientas pesetas) y otros veinte sueltos para sus gastos de transporte de jeepney, como ella mejor tenga a bien. Ella me regala, de parte de su madre, un precioso adorno, unos colgantes para lámpara a modo de farolillo o pequeños dijes anillados. ¡Inconmensurable la candorosidad de esta gente! ¿Lo ve el lector? ¿Hubiera sido posible que Joy no se granjease mi adhesión?

Reparo una vez más en que los taxistas instrumentan una floritura de dejadez concesiva, un desgaire de desgana de inercia, un surplus de elegante motricidad cuando cambian las marchas del coche, como una propina de movimiento manual al aire. Me fijo también en que los vuelos domésticos son un primor de puntualidad, por lo menos entre Manila y Cebú. Este mío de hoy tres de julio, PR 852 de las 13:00 pm. acaba de iniciar el embarque a las 12:30 pm. Se trata de un Airbus-300. Con toda seguridad que salimos a tiempo. Los aviones se ven baqueteados por un público rústico, que no mete las gallinas, la cabra y el cerdo dentro porque no se lo permiten, pero no por falta de ganas. Pero funciona todo bastante mejor de lo que pudiera dar a entender un país superpoblado en el que no más de un dos por ciento forma su clase privilegiada dirigente. Uno de los puntos menos positivos de los filipinos en cuanto a comportamiento hacia los demás es que no dejan que salgan los que tienen que salir de, digamos, los ascensores, las habitaciones, etc. El principio "Antes de entrar dejen salir" no parece rezar para esta gente. Parece que en cada uno de esos lances se apresuran a coger un tren que se les escapa; a comprar la última papeleta con derecho a premio; si bien, su impetuosidad resulta ingenua y pueril.

Éste es mi séptimo viaje a Manila, entiéndase, con voluntad de estancia durante unas cuantas jornadas. Esa tarde del mismo día 3 de julio, sábado, contacto con Guillermo Gómez Rivera, hispanista de pro, y con doña Eve Gaerland, de los servicios cinematográficos Majesty. Queda trazado un plan que comenzaremos el lunes con una visita al ensayo de ballet o compañía de baile de la Comunidad Hispano Filipina de Manila. Esta gente está enfervorizada con el baile español, y el propio Gómez Rivera, consumado maestro, es el director de los grupos. La trama cordial que vengo desarrollando intensamente en estos dos años y medio últimos de visitar Filipinas ha adquirido unas dimensiones de complicidad vivencial ciertamente importantes. Esa misma noche del sábado tres de julio mando desde el Hotel Silahis un telegrama a Gloria; intento conectar, sin éxito, con Mary Rose Pecson [hablo con, acaso su padre; luego con su hermano] ; me comunico con Jill, una de las tres niñas cachondas de la calle Benítez, y la única que me dejé sin follar., pero no quiere quedar en nada; le digo donde estoy, y la muy golfa no vuelve a dar señales de vida en todo el resto de la jornada. Menos mal que tengo su teléfono, que sigue siendo correcto.

Domingo cuatro de julio. Pongo un telegrama a la familia Suan, escueto, haciéndoles saber que estoy en Manila; que su teléfono no funcionaba; y que tengo curiosidad ...¿dije interés?., por saber qué ha sido de Marilou. Otro cometido resuelto. Vuelvo a telefonar a Miss. Pecson. Ahora es una hermana suya la que se pone al teléfono y me dice que puedo llamarla a las 13:00 pm., porque ha salido a misa. !Qué aromáticamente bradominesco eso de pensar en la mujer concernida, en la mujer que en un momento dado forja la incumbencia de nuestros sueños..., pensar en ella, digo, venida de misa a engolfarse en la artesanía de nuestra dialéctica mundana y con olor a carne transcendida de alma; Bien. Esperemos y veamos. Ayer, sábado,

me decía Guillermo que Cory Aquino había sido la responsable primera y directa de que el español dejara de ser asignatura obligatoria en el Bachillerato. En criterio de Guillermo, Cory era una "traidora" consumada. Por cierto que el "esperemos y veamos" de unas líneas arriba se ha convalidado por el crédito potencial realizado de llamar a Rosario Pecson a las 13:00 pm. Parece que después de la misa se ha quedado haciendo la compra. A las 14:00pm. la vuelvo a llamar, y esta vez es la voz de un señor — su padre, según todos los indicios — la que me dice que no está, sin más. De acuerdo. Mensaje recibido. Asunto acabado. Confirmación fehaciente de mi fallo de irresolución en Jakarta.

Un rato más tarde me voy a la piscina y conozco a dos primas, Karen y Gail, a las que invito a cenar y que, aun aceptando complacidas en principio, me informan a continuación que no pueden, por incompatibilidades de horarios y ocupaciones de su familia, al parecer de paso en Manila y hospedados en el mismo Hotel Silahis. Me hubiera encantado abordar a estas dos chicas. Tenían una pinta inmejorable. El taxista que me trajo desde el aeropuerto al hotel me dijo que todas las tardes llovía en Manila : matemático : ha llovido las dos que llevo aquí. A las 20:00 pm. del todavía domingo cuatro de julio recibo una llamada telefónica de Teresita Suan : que acababa de recibir mi telegrama, y que me hace saber que Marilou se había casado en abril con un arquitecto alemán ante la urgencia de tener que documentar irremplazablemente su permanencia en Alemania. Parece — y ya me lo figuraba yo — que me recriminaron, bueno..., tal vez... que les sorprendió que no hubiera ido a Alemania a verla (¿!). Bien. El tema requiere una glosa de todo punto imprescindible para que el lector, y hasta yo mismo, no nos perdamos en la pequeña complejidad del caso. Recordaremos en un volumen anterior de *Mujeres, lugares,*

fechas... que yo había conocido a los Suan en mi viaje a Filipinas de finales de 1990 y comienzos del 91. Yo iba buscando a Cora, la hermana de Marilou que Jack West había publicado en sus listas de pen-pals. Pero Cora ya se había emparejado con un norteamericano que trabajaba en Alemania; y en su lugar encontré, como animalito casadero, a su otra hermana más pequeña, Marilou, a la que invité y festejé, bien en compañía de esta su hermana mayor, Teresita, o de una primita, en el citado viaje y en el que realicé seis meses más tarde a mediados de 1991. En los capítulos correspondientes a estas fechas se dan los detalles pertinentes que encajen en la dinámica de mis excursiones. Por supuesto, yo había seguido correspondiéndome con Marilou, amén de regalarle la consabida subscripción a *National Geographic*, y de enviarle ocasionalmente dinero en mis cartas. La única baza que podía distinguir a Marilou de mis otras amistades era su posibilidad de venir a Europa, alegando, en principio y decisivamente, su condición de hermana de Cora bajo ese concepto más o menos vago, más o menos aplicable de la "reunificación familiar" en el grado y con las limitaciones que fueren. A mí Marilou... me gustaba por sus 23 años y porque era una chica filipina típica: virtuosa, tradicional, virgen (según su hermana Teresita !)... y bien parecida, sí, monilla, porque es más difícil que otra cosa encontrarse con una chavala de 23 años que no sea atractiva. Ya digo que a Marilou la conocí en mi viaje de 1990-1991, primero de una serie ambiciosa y continuada, como habrá podido ver el lector que me haya seguido siquiera de lejos; y por lo tanto mi entrada en conocimiento de otras posibles "novias" había rebajado irremediamente mi interés por Marilou, que me gustaba, sí, pero que no me trasladaba la cantidad de morbo supongo que irrenunciable para que mis actuaciones se sintieran acompañadas e impulsadas por una especial exacerbación. Pero insisto: nos seguíamos escribiendo y

yo continuaba haciéndole llegar regalos en forma de billetes de dólares USA. Marilou se [hace](#) eco de lo que tuvo que ser por parte mía un tema recurrente: el de vernos aquí en Europa. En su carta de 1 de julio 1991 me dice que le han rechazado una primera petición de visado para Alemania. En otras sucesivas — pues Marilou era la mar de diligente y puntual en su correspondencia — me informa de que su hermana Cora y su marido y el hijo de ambos planean pasar la Navidad de 1991 en Manila. Me dice asimismo que Cora está contenta de saber que "alguien [yo] la está ayudando [a Marilou] con sus estudios". No hay duda de que en dicha visita de Cora a Manila se fraguó todo el siguiente devenir relativo al futuro de Marilou, pues ésta ya me escribe su carta de 6 de febrero 1992 desde Alemania, en una pequeña ciudad un poquito al sur de Frankfurt y cerca de Darmstadt. Me hace saber que debido a las gestiones burocráticas de todo tipo que lleva a cabo su cuñado, le han concedido un visado para una estancia máxima de tres meses. El final de su carta es sencillamente conmovedor y definitivo: traduzco literalmente: "¿Vas a continuar con tus planes de viajar a Filipinas ahora que ya no estoy yo allí?" Las salidas se estaban ya cortando. La imaginación es libre, y nadie podía impedirme pensar que una vez en Alemania toda la cosmovisión de esta chica le daría vueltas hasta quedarse colocada de cualquier postura excepto la impuesta hasta su partida de Filipinas. Muy probablemente su hermana Cora la estaría urgiendo a que me urgiera a mí... a definirme, como si una mente en sus cabales entendiera de definiciones, de opciones entre alternativas todas insuficientes. En su carta de 22 de junio me informa de que le han concedido una prórroga de estancia hasta el 28 de junio [así que cuando esta carta llegase a mis manos tal vez se encontrase fuera de fecha; o sea, teóricamente ilegal en Alemania]; que su hermana y cuñado se van de vacaciones hasta últimos de julio;

que no tiene idea de lo que puede pasar después de dicha fecha de 28 de junio; y que la llame yo...

Y yo..., yo le di muchas vueltas al asunto. Estaba siendo un año durísimo para mí, bueno, igual de duro o todavía menos duro que el de 1991 en lo tocante a viajes. Por estas fechas de las que estamos hablando, yo tenía planeada mi ambiciosa excursión a Bangkok, Manila, Cebú e Indonesia (Jakarta), que me ocuparía desde el nueve de julio hasta primeros de agosto, y el asunto de Marilou... Digo *asunto*, a falta de mejor término, porque aquí se implicaban varios factores, si bien uno de ellos definitivo y definitorio. Yo pensé suprimir mi viaje a Extremo Oriente; coger un coche; presentarme en Alemania y traerme a Marilou a España. Era el año de la Expo. Los controles de frontera entre Alemania/Francia/España entendía yo que eran poco menos que inexistentes. La hermana de Marilou, Cora, y su marido el norteamericano estaban ausentes, realidad que no podía yo valorar ni como buena ni como mala..., pero que parecía propicia, por eso de no tener que dar explicaciones. Yo estaba cerca de los 55 años, y Alemania no era Filipinas. El Occidente tiene sus normas, sus costumbres, y más de treinta años de diferencia de edad podrían pesar en el ánimo... ¿de quién?, ¿de Marilou? Porque eso era otra cuestión. ¿Podía Marilou venirse conmigo? ¿Se lo consentirían la familia de una prima casada con alemán y con quienes más tarde me dijo que se había quedado después de que se marchara Cora de vacación? Todo constituía un interrogante monstruoso. Marilou era una chica de casorio, puro y duro, y yo tampoco pertenezco al tipo de sujeto que quiere forzar las cosas a hurtadillas. Yo quería ganar tiempo a toda costa. Así que dos días antes de emprender mi viaje al Lejano Oriente, con fecha seis de julio 1992 le escribí a Marilou. No guardo copia de esta carta, y bien que lo siento, porque lo que dijera tuvo que ser necesariamente delicado y cuidadoso; y

sobre todo, aséptico, en el sentido de no faltar a *mi* verdad, procurando al mismo tiempo salvaguardar la armonía de todas las partes.

Como digo, yo me marché de viaje sin haberme decidido a cancelarle y, en sustitución, haberme ido en coche a ver a Marilou y a ver qué pasaba... A mi regreso me encuentro una carta-fax de Marilou de 13 de julio, que contesto por teléfono el nueve de agosto. En dicha carta-fax me dice que ahora se halla en Heidelberg con la familia de su prima; que su hermana y cuñado se encuentran, como sabíamos, de vacaciones en los USA. Me insta a que la llame; a que hable con ella cuanto antes, urgentemente; que me ha estado telefoneando, según parece, a mi dirección del Hotel Casablanca en Granada, y que no ha podido entenderse con nadie. ¡Lo que faltaba! ¡Que intentaran comunicarse conmigo durante el verano en el sitio donde no estoy ni puedo estar! El fax va dirigido al número del Hotel Casablanca. Todo esto el 13 de julio; y a mí me faltaban casi cuatro semanas para regresar de Extremo Oriente.

¡Qué le diría yo en esta comunicación telefónica! Todavía estaba a tiempo de la maniobra de ir a Alemania; esta vez acaso me encontrara con estos nuevos parientes de Marilou, y no con Cora y marido. Pero quiero recordar que algo tuvo que decirme Marilou para que se me enfriara el último rescoldo de decisión, si es que existiera en algún momento. Algo sobre que en el viaje a España, o en nuestro encuentro en el punto que fuere y cuando fuere..., iría acompañada de la hija de esta prima suya, ya sabemos: una chica tradicional filipina, antes de casarse no está bien mirado, vaya, se desaconseja frontal y terminantemente que se vea a solas con un hombre. Yo estaba reventado de mi inmediatamente anterior viaje, y preparaba otro [que realicé, en efecto, entre el 25 de agosto y el 7 de septiembre] a la República Dominicana. No podía más. Hacerme el héroe lo encontré fuera

de quicio. ¿Quién sabe qué? Las cosas nunca se saben hasta que ocurren, y cuando ocurren sin haberlas sospechado nosotros, es como si no sirvieran para nada; dejan de interesarnos. Sólo en la limitación puede alcanzarse el acople adecuado para el posible éxito. ¿Me gustaba lo bastante Marilou? No lo sé. Lo que sí que sé es que, aquí como en el caso de Gloria, esta gente no colaboró en la proporción que mi alma entendía como congrua para la naturaleza del tema que nos traíamos entre manos. Por supuesto que aquel fax-carta que Marilou me cursó el 13 de julio de 1992 al número del Hotel Casablanca de Granada fue la última comunicación que de ella tuve. Yo no me encontraba en forma espiritual para decirle a Marilou: coge un tren y vente hasta Madrid; y además, eso tendría que haber salido de ella. Repito: yo estaba devastado por mi excursión anterior, y planeando otra inmediata...

Y aquí vuelvo a retomar la conversación telefónica con Teresita aquel domingo cuatro de julio de 1993 ¡Cuán lejos estaba esta gente de interpretar mis capacidades, mis propensiones, mis limitaciones! Teresita se refirió a las obligaciones que habían contraído los Suan conmigo al haber aceptado todos los regalos en dinero que estuve haciendo a Marilou [no una grande pero sí respetable cantidad : alrededor de 750.- (SETECIENTOS CINCUENTA) dólares USA]. Le dije la verdad: que lo único que yo perseguí fue la felicidad y la comodidad de Marilou, bien a través de mi modesta instrumentación, o bien por la propiciación de quien fuere. Y ese "quien fuere" concreto parecía haber sido el referido arquitecto alemán. Todos contentos. Ya he casado a otra : !Qué maravilla! Y esto que digo, independientemente de la carga cínica que pueda llevar consigo, no deja en ningún caso de dimensionar las proporciones de una perspectiva válida del amor. No puedo dejar de saborear una bienaventurada revancha

que, puesto que me la imponen, puesto que me la conminan a la fuerza, la tengo que edulcorar para mi propio consumo. Y dicha revancha es que Marilou (y otras muchas más) no dejarán nunca de pensar en *mí*, en mi tema, sin tampoco llegar nunca a agotarlo; en tanto que el *casorio*, tal y como ella y tantas otras más lo acometen, deja de ser *tema* desde el momento en que se lleva a efecto, desde el instante en que se perpetra. Me recordarían siempre como una virtualidad inmarcesible, con esa gloriosa y legítima pureza del no-acto, de la instancia potencial pura de la que hablaba Ciorán. Marilou se preguntará siempre por los entresijos de las motivaciones mías, de mis viajes; de mi generosidad "for free" hacia ella. Imposible conseguir un triunfo más colmado de la categoría.

Lunes cinco de julio. Hoy voy a ver a los de Executive Resources demasiado temprano y resulta que Letty y/o Annabelle no llegan hasta cerca de las 10:00 am. "No por mucho madrugar"... De Gloria, ni rastro. Tal vez sea lo mejor así. Si no aparece ni da señales de vida, así sea.

Martes seis de julio. Sigo intentando articular mi visita a Korea. La conexión del regreso de Seoul a Manila y el vuelo a continuación a Bangkok son los factores a armonizar. En el Casino Español como junto con Guillermo Gómez-Rivera, Rom Christoff [pseudónimo de Francisco Javier Peralta, natural de Segovia, España] y Maridel Cruz que, además de insistir en invitarnos nos confirma la finiquitación de su matrimonio. Nos enteramos por ella misma de que tiene 39 años. Sigue estando muy buena, pero lo de ser mamá de tres criaturas — ocho, seis y tres añitos respectivamente — me traslada un encogimiento de mis otrora enardecidos designios. Rom, abreviatura de Romano, como "film-maker" que es, es decir, reportero gráfico, ha estado en Korea del Norte, y lo que nos cuenta se aviene en la más pura

ortodoxia con lo disparatado y anacrónico del socialismo más concentrado y más de línea dura en todo el planeta.

Miércoles siete de julio . Parece que mi viaje a Korea se ha enderezado y hemos vuelto a retomar el primer esquema de las tres noches y los dos días. Así, debo estar en Bangkok el lunes doce de julio y desde allí tener tiempo para una posible incursión en Laos a buscar a mi "novia" Tuy; o simplemente quedarme en Thailandia e ir de excursión a alguna de sus regiones. De cualquier forma, el programa lo voy cumpliendo a pulso, empujón a empujón. La niña cachonda Jill no quiere verme. Es como si un cortocircuito definitivo se le hubiera instalado en la mente. Oí que su madre la requería para contestar a mi llamada..., para decirme a continuación, muy cortésmente, que no estaba su hija. Le agradecí su deferencia y di asimismo por liquidado ese capítulo. Hablé con Gail Ganzón, la "ground stewardess" o azafata de tierra, y las invité a ella y a su prima al "get-together dinner" que no pudimos celebrar el domingo pasado. Ahora, a intermitencias espaciadas pero continuas, percibo los sazonados asaltos que Divina dirige a la memoria mía: son los mejores mensajes de aquiescencia. A veces me da por pensar que después de haber recibido mi subvención "to see her through till the end of her career" acaso se le quiten las ganas de escribirme. No me importaría lo más mínimo. Cuanto más lo pienso más semejanza veo entre el ajedrez, en lo que a mantener la tensión se refiere, y este tipo de relaciones en las que yo me veo acomodado. Porque, ¿no es comparativamente asunto de mucha menor cuantía los cuatro o cinco millones de pesetas que yo haya podido invertir en estos tres años últimos, contabilizando desde mis primeros envíos de agosto 1990, con el tremendo concernimiento, con la sostenida y tensada zona espiritual de influencia que yo, mi persona, mi alma hemos generado y seguimos generando?

Quedó evidenciado que aun suponiendo la mejor fe por parte de todos los servicios implicados, las agencias de viaje — en este caso Executive Resources del Hotel Silahis de Manila — tienden a venderte algo que, en principio, puede ir en contra de tus elecciones y de tus prioridades. Así ocurrió con mi excursión a Korea. Sólo cuando se renuncia a todo el plan en vista de las imperfecciones contenidas en él — en mi caso la *supuesta* necesidad de tener que hacer noche en Manila a mi regreso de Seoul, y tan sólo para poder conectar al día siguiente con mi vuelo a Bangkok, etc. —, únicamente así es cuando parece que las cosas se arreglan. El lunes día 5, al decirme que *no* había plazas en el vuelo Seoul-Manila que me interesaba, abandono el proyecto y les digo que se olviden de mi viaje a Korea; que ya lo gestionaré desde Bangkok. Pues bien, este miércoles siete de julio no sólo se me endereza el esquema sino que aparecen plazas para dicho vuelo de regreso a Manila el 12 de julio que era lo que yo pretendía.

Jueves ocho de julio. A partir de las 13:00 pm. ha empezado a llover, y durante 15-20 minutos el cielo, el ámbito se ha llenado como de ceniza espesísima, opaca. Me pregunto qué puede estar siendo de los aviones: no me los imagino aterrizando dentro de ese cortinón de niebla. Guillermo me indicó que "Silahis" se relaciona con "celaje", lo que encaja a la perfección. Por cierto que ayer, al ir a satisfacer el viaje a Korea con la Visa BBV el control de aprobación rechaza la solicitud, y tuve que usar la del Central Hispano. Los muy mariconazos. Es la segunda vez que me ocurre. Lo único que he cargado hasta ahora es: billete Madrid-Bangkok-Madrid: 105,000.- pts. Bangkok-Manila-Cebú-Manila-Bangkok: 60,000.- pts. Cebú Midtown Hotel: 45,000.- pts., y tengo crédito instantáneo hasta cuatrocientas mil. Los muy cabrones. Está visto que habrá que sacar la Visa Oro, o aumentar a seiscientas mil pesetas la

disponibilidad. Enfrente de mí, en la bahía, está ese barco blancuzco, de aspecto deslustrado que da un giro completo sobre sí mismo, sobre su centro de flotación... cada hora o así. Me parece que es el de otras veces, el de siempre. ¿Podría ser vivienda estable de alguien? No creo. Ahora lo tengo con la proa apuntando derecho a la ventana de mi habitación ≠ 818. Y unos minutos más tarde, que he dejado transcurrir entre musitaciones semi exhaladas, ya está de costado, con su proa a la derecha, girando como está girando en sentido contrario a las agujas del reloj.

Viernes nueve de julio. Día de mi partida a Korea. Me paso por las dependencias de MIASCO, uno de los innumerables acrónimos: Manila Integration..., en el Hall de salidas del aeropuerto, pero Gail Ganzón tampoco se halla trabajando entonces; me informan de que quizás a partir de la hora de comer, después, a eso de las 14:00 pm. Constató que esta gente tampoco son la mar de estrictos en sus menesteres laborales, con independencia de lo mucho o poco que ganen. A pesar de los términos reivindicativos y acusatorios con que Gloria siempre me pintaba la situación de los empleados en Araneta — exigencias en aumento por parte de la patronal; severidad en el cumplimiento del trabajo, etc. — la verdad es que Gloria gozaba de cierta flexibilidad en cuanto a faltar a sus obligaciones. Según entiendo, cuando a la empresa — chinos — le vinieron los trabajadores y empleados con amagos de huelga, chantajes, y medidas de presión por el estilo, o cosas así, se lo pensaron bien y cortaron por lo sano : reordenación total, reajuste de plantilla, todo el mundo a la puta calle y a comenzar desde el principio. Es sintomático que todas las personas a quienes quise contactar en Manila estuvieran "tocadas" del mismo mal del absentismo de su trabajo: la señora Bocanegra, del Silahis : permiso por maternidad. Gail Ganzón: que no trabajaba hasta por la tarde,

aunque de momento no había ido a trabajar por la mañana, que era su turno normal. Thelma Pineda: estaba "on leave". Gloria Pineda: debía estar estudiando lo que fuera, a menos que lo sepa todo ya; pero no estaba en casa. La otra hermana Pineda tampoco estaba en casa, pues de otra forma hubiera abierto mi telegrama, supongo yo. El marido de Thelma: desaparecido en combate. Como digo, un pintoresco panorama y el mejor momento para marcharse uno.

Ya en el avión rumbo a Seoul, por pequeños detalles puedo comprobar la voluntad de diferenciada idiosincrasia de estos koreanos, y su casi militarizada disciplina corporativa en el vídeo de a bordo al hacer destacadas referencias gráficas a una serie de logros en lo técnico, en lo infraestructural y en lo diplomático. La leyenda de una de las imágenes reza: "No progress will be made until solution on N[uclear] problem", en alusión a Korea del Norte, mostrando a todos los delegados muy formalitos. Son unos japonesitos en menor dosis. Si pudieran, llevarían la voz cantante en Asia. Ahora son sólo los segundos. Me vino a la memoria la ocurrencia de unos días antes en el Hall del Hotel Silahis. Había dos hombres jóvenes, con el pelo igual que un cepillo lustroso de cerdas negras y tiesas. No recuerdo el detalle del *por qué*, pero el caso es que intercambiamos alguna palabra, algún saludo de circunstancias, hasta el punto de que por eso de la inercia gratuita le pregunté a uno de ellos, fortachón él, más bien achaparradito... que si era filipino. No puede imaginarse el lector el... ¡hhhhnnnooo! que me espetó, su gesto de amargo desconsuelo ante mi torpeza de no distinguirlo de... los piojosos depauperados de los filipinos. Su amigo, el que estaba con él, me informó de que mi interpelado era jugador internacional de golf. De ahí, tal vez, su buena pinta. La verdad es que fue una pregunta estúpida por parte mía, porque fijándose uno un poquito cuidadosamente se percibía la diferencia. A lo que todavía no he

llegado es a distinguir con rapidez a un coreano de un nipón. De entre las azafatas del avión, algunas tienen esa ligera curvatura de piernas típica de las espadonas japonesas o "catanas", que les otorga una preciosa prestancia. Desde luego, nada parecido a la espectacular y transgénica belleza de aquella azafata de la Cathai Pacific.

El avión llega a su hora a Seoul. Las medidas de seguridad son algo mayores que las normales. Tiene su gracia que en las filas de "Nothing to declare" — y sin poner por un instante en tela de juicio su veracidad — se acumulan los viajeros, yo uno de ellos, mientras que en las de "Goods to declare" hay muy pocos parroquianos. Nada más acceder a cualquier dependencia, se ve que esta gente está desarrollando bastante potencial. Veo mi nombre "paged" por una joven, bajo cuya égida me pongo. Entramos en el taxi y nos presentamos. Se llama Sharon Park y es típica coreana, con un leve arqueado de las piernas, cara redondita sin llegar al diseño lunar antonomástico; y en general bonita, tal vez más que bonita..., atractiva, y sobre todo, dulce, educada. Llegamos al Hotel President, el indicado en el "voucher", pero nos mandan a otro, un poco más alejado del centro, e igualmente de primera clase. Se trata de que la visita de Clinton y su séquito ha absorbido buena parte del alojamiento de ciertos hoteles del "down town". Me llevan al Seoul Garden (en cuyo papel timbrado estoy escribiendo estas notas), en la Avenida Dowha-Dong, distrito de Mapo-Ku, ya cerca del río Han-Gang. La habitación es primorosamente operativa a los más altos niveles: albornoces (batines) de estar, colgados en el closet de la ropa; secador de pelo; cuchilla de afeitar, cepillo y tubito de pasta dentífrica; calzador como el que por primera vez vi en Tokyo: largo para no tener que doblar el espinazo el que no quiera; loción "after shave", etc. Según me dice mi guía Sharon Park, Seoul cuenta con doce millones de habitantes, un cuarto de

la población total de Korea del Sur. Tal vez porque estos orientales no presten atención a nada a la primera, tal vez por no haberme entendido, el caso es que la ventana de mi habitación, y en contra de mis indicaciones, da a la calle principal. Ahora ya casi no me importa porque durante la noche del viernes que acabo de pasar, a partir de cierta hora no muy tardía, el ruido era mínimo, casi nulo; y las dos próximas jornadas que me quedan, sábado y domingo, no deben de arrojar mucho tráfico. La citada ventana tiene una versión interior de cuadradito de madera y cristal cuyo panel exterior propiamente dicho, a modo de duplicado, amortigua la acústica en gran proporción aunque sin llegar a sofocarla del todo. No cabe duda: Korea del Sur es uno de los dragones (¿o tigres?) del sudeste asiático, junto con Singapore, Hong-Kong, Taiwan, Thailandia...

El sábado diez de julio voy a la excursión de Korean Folk Village, como su nombre indica, una muestra de la vida tradicional de este país en el campo. Las mujeres preciosas son de una preciosidad descomunal; sobre todo, de una pulcritud exacerbada. Antes de reunirme con Sharon y con los otros cuatro turistas — dos matrimonios norteamericanos USA —, me vinieron a recoger al hotel otras dos guías, nada menos que dos, de la empresa turística. Ambas eran atractivas a su manera: la una, muy delgadita, con la cara llena como de un sarpullido profuso y uniforme que, aun así, no la afeaba desfiguradamente; era delgadísima, ya digo, pero armónica. La otra, más blanquita, era un cromo de esmerilado primor: con muy poquito pecho, casi lisa, dejaba traslucir una especie de encaje floral de la parte superior de su enagua o combinación; y aun debajo de ello se configuraba, el trazado de un sujetador, supongo que por puro trámite de feminidad consuetudinaria. Lo mismo he percibido con las empleadas de la Recepción de este hotel, o de los servicios de cafetería y demás dependencias: unos cutis como

transplantados del cuché de una revista de lujo; unas manos atildadísimas y gracilísimas.

La excursión resultó muy sosegada e interesante. Al regreso cantamos todos un poquito dentro del minibús. Mi repertorio en español y en inglés acaparó la atención de los demás. Nuestro conductor, un tío majete y maniobrero, quedó fascinado por el "Porrompompero", que tuve que entonar varias veces en su tramo de estribillo, con el fin de que se le pegara un poco. Yo arrancándome por "andalucías" en España soy lo más parecido a lo que me imagino que sería un nazareno con cananas; pero en el extranjero, y sobre todo en un tipo de "extranjero" como Korea, podía pasar por una autoridad incontestable; y así, nuestro chófer, en raptos de entusiasmo, se ponía a mirarme dando yo palmas cortitas, con las manos atravesadas, y por querer imitarme soltaba el volante los segundos suficientes como para alarmarnos. Por cierto que los conductores de vehículos públicos, al menos todos en los que me he fijado, llevan guantes blancos de algodón; de tela, quizás; o de lanilla-punto. Ya sabíamos que Korea estaba produciendo cantidad de coches, pero nunca pensé que fueran tantos. En alguna de las pequeñas pero frecuentes retenciones que experimentamos, surtos entre un mar de vehículos, tuve la infausta ocurrencia de preguntar a mi amigo si entre los automóviles que nos rodeaban había más marcas japonesas que coreanas. El hombre se me desgañitó afirmando que ninguno de aquellos coches eran japoneses; que todos eran coreanos, la mayoría Hyundai, que ya para entonces era una empresa gigantesca; pero que en cualquier caso los coreanos no querían autos japoneses. Era evidente que las perrerías que el Imperio del Sol Naciente perpetrara a expensas de Korea durante la Segunda Gran Guerra seguían presentes en la conciencia de nuestro divertido chófer. Al final de la gira fue tal el grado de

cordialidad compartida que desplegamos todos a través del cante, que las dos señoras norteamericanas se despidieron de mí estampándome un besito en la mejilla. Sharon parecía algo reticente a acompañarme de nuevo a cenar como mi invitada. Al dejarme el minibús en el hotel, puesto que yo era el último pasajero a descargar, me dijo, como haciéndome ese típico favor femenino "que se quedaba a tomar sólo un café". Lo cierto es que estuvimos cenando normal y naturalmente, prolongando nuestra conversación durante más de tres horas. Decididamente, está muy a favor del "casorio", o mejor dicho, del "status" social.

Domingo 11 de julio. Desde el décimo piso de mi hotel se ve el río Han: mi habitación da a una especie de enorme espacio abierto que sirve de estacionamiento a más de veinte autobuses. En Korea prima el confucianismo más que el buddhismo, y, por supuesto, más que el sintoísmo. Tendré que mirar algo sobre la figura del propio Confucio y de su discípulo Laot-Zé, autor de *Tao-te King (El libro del camino recto)* y fundador del taoísmo. Los precios, por lo menos en equivalencias comparativas entre, digamos, el hotel Silahis, cuatro estrellas de Manila, y este Seoul Garden, de otras cuatro estrellas, son señaladamente más caros en Korea. Por si fuera poco, se le añade un 10% al precio base; y sobre ese resultado se añade otro 10%, totalizando así un 21% sobre un precio original bastante alto. Considerando que cada dólar USA correspondía a unos 800.- won, tomar café, por ejemplo, sale a 3.- \$ USA, o sea, 2,000.- won, más el mencionado 21 % de recargo o IVA. Guardo las facturas de las dos cenas con Sharon, una la del viernes; y otra la de ayer sábado. En la primera, una botella de espumoso portugués Mateus costó 18,000.- won, mas el 21 % de IVA : total, unas 3,000.- pesetas. La cuenta de 34,000.- won se convirtió en 41,140.- won después del IVA. La factura de la cena de ayer sábado — en la que, como digo, un café y un vaso de leche

estaban cada uno a 2,000.- won más IVA — por importe de 28,500.-won, se convirtió en 34,485.- won por obra y arte del impuesto sobre el valor añadido. Al final del ticket la máquina declara el nombre de la encargada de la caja. Hasta ahora sólo he visto chicas: "Your cashier is Miss Lee Lu Mi; your cashier is Miss Park Hea Kyung"... Aquí se pone primero el apellido seguido del nombre de pila sin coma ni nada entre medias de las dos cosas.

Siguiendo la recomendación de Guillermo Gomez-Rivera y de Rosario Lamug contacto telefónicamente con el doctor Kim Ibae, de la Hankuk University of Foreign Studies en Seoul, probablemente el primer hispanista de todo Korea del Sur; y éste a su vez me encomienda comunicarme en Bangkok con la doctora Pornsom Sirisambandh, directora de la Sección de Español de la Universidad de Chulalongkorn. Perfecto. La jugada se va abrochando con precisión. Hago una comida-merienda-casi cena a las cuatro y media de la tarde y esta vez mi cashier es Miss Roh Joung Sook. Estoy viendo llover. Los "metros de carpintero" de los rayos terminan rematados por unos truenos quebrados, silbantes y estentóreos. Me alegro ahora de ocupar la habitación que ocupo: con vistas al ámbito urbanizado; al río; y a unos cerros verdeados y edificados en lo que desde aquí diviso de sus faldas. No ha dejarlo de llover. En cierta forma lo celebro porque los menesteres a los que me estoy aplicando — hojear los folletos sobre Korea; leer algo de prensa en inglés, y escribir estas notas — encajan a la perfección con el panorama de la lluvia por detrás de los cristales de una buena habitación de hotel. Alguien podría decir que no es una forma muy galana de pasar parte de un domingo, hallándose uno de vacaciones en Seoul. Pero la realidad es que no es menos cierto que lo que cada cual pueda captar de una comunidad, de un país, etc., lo puede hacer de muchas y muy diversas maneras. Y una de ellas es la de

dejarse impregnar por las cosas a las que uno ha abordado en anteriores sesiones: y yo he abordado a todo el conjunto de impresiones que forman el entramado de estas notas; las lecturas que estoy en proceso de asimilar; los precios que no acabo de asumir de buen grado. La depreciación de la peseta respecto del \$ USA ha acarreado que me parezca sobremanera caro lo que cuesta casi todo lo relativo a consumo *no* necesario del hotel, por ejemplo: un botellín de whisky en la habitación, 2,000.- pesetas; una cerveza, 650.- pesetas, y así sucesivamente. Normal. Ya digo que, por suerte para mí, son servicios de los que no me aprovecho. Esta gente parece haber alcanzado una PCI (per cápita income) de 11,000.- \$ USA al año, y los precios tienen que reflejar tal nivel de bienestar económico.

Sin llegar a la exageración de los kimonos japoneses que hacen aparecer a las mujeres que en ellos se acomodan como entablilladas dentro de una caja de cartón piedra, los vestidos de etiqueta de las damas aquí son también del tipo campana, estrechos normalmente por arriba, por el cuello, y acampanados según van alcanzando el suelo. Casi todos los que he observado son de un color rosáceo, anaranjado tirando a violeta, y parecen como de seda; debajo deben de llevar algo de "underwear", pues he visto asomar sendos ribetes de puntillas, "frills", "lace" en otras tantas damas que debían de asistir a una celebración en este hotel. A las chicas jóvenes les gusta vestir zapatos de tacón alto, bien del tipo puntera rombo o cuadrado grueso, de la misma medida del pantalón. Su herencia tártara les presta esa peculiaridad diferencial que tan graciosamente les luce cuando son bonitas. Los koreanos consideran a Mongolia como su hontanar étnico, y se percibe la simpatía y el respeto que se profesan. En los dos días que llevo en Seoul ya he leído más de un reportaje sobre Mongolia en la prensa diaria. Hoy mismo, sin ir más lejos, domingo 11 de julio de 1993, *The Korean Herald*,

en su página cuatro de lo que parece ser un suplemento, incluye un artículo panorámico de la historia y de las características de dicho país, "Mongolia forms independent republic in 1924", resaltando el hecho de que los "Descendants of Genghis Khan love horseracing". El tono general del escrito es de plausibilidad y de reconocimiento. Una posibilidad de venir a Korea parece ser desde Moscú, y lo mismo podría decirse para Vientiane. Habrá que comprobar precios y duración de los vuelos.

Durante un receso sostenido de la lluvia me he dado una vuelta por detrás del hotel y me he metido por unas calles y callejuelas accesorias, y así he podido comprobar el pulso más habitual de la vida. Salvadas las diferencias privativas, Seoul es... un Bangkok algo o mucho más moderno e industrializado. Existen los consabidos tenderetes de comida; existen las tiendas ambulantes; existen, sobre todo, camionetillas pequeñas que hacen de frutería y verdulería con la mercancía encima; existen los restaurantes rústicos, etc., etc., sólo que con un poquito más de prestancia, con más modernidad, más revisados y puestos al día que los de Bangkok. Los precios siguen siendo altos en una especie de mercadillo de revoltijo: los "slips" de hombre o calzoncillos, a unas 600.- pesetas; una sandía de 4-5 kilos, 800.- pesetas; una pieza o unidad de melocotón, hermoso, sí, pero nada más que un melocotón, 150.- pesetas. Bangkok es, con mucho, más apañado. Supongo que el "mercado de la carne" reflejará las mismas diferencias. Korea es un país caro para un español de vacaciones, y las supuestas gangas del barrio It'aewon, del que tanto hablan, tienen que ser super-gangas en Bangkok. Y recordemos siempre que donde más se nota la carestía es en los países y en los productos cuya valoración se ajusta a la suerte del dólar USA. España se ha empobrecido más de un 40 % debido a las sucesivas devaluaciones de la peseta en los últimos diez

meses. No se olvide. En resumen, mi corta estancia en Seoul me está permitiendo captar cosas de gran interés.

Como no hay felicidad completa, mi única decepción, grande y significativa, ha sido la de no poder visitar la zona desmilitarizada de Panmunjon. La excursión programada oficialmente, diaria, de nueve a doce de la mañana, y al precio razonable de 18,000.- won [unos 23.- dólares] se hallaba suspendida temporalmente en razón... de cualquier cosa que es mejor no saber para no enfadarse: La visita de Clinton; cualquier causa de Estado o de Gobierno, etc. Había contado yo con ella para cumplimentar a la perfección la mañana de hoy, domingo. Una frustración más. Y la lástima es que para este tipo de experiencias casi nunca existe una segunda vez.

Lunes 12 de julio 1993. A las 05:30 am. me levanto como había planeado, y ni siquiera intento tomar el desayuno: ni son horas, ni me da tiempo de ninguna manera; así que me guardo el bono, que aún conservo, y bajo a eso de las 06:10 am. al lobby. Allí estaba Sharon, sentadita como un animalejo dócil. Ella debe de sospechar que mi sacrificio del desayuno lo he hecho por ella, ya que con salir a las siete menos cuarto del hotel hay tiempo de sobra. Pero Sharon quiere madrugar lo más posible, trasladarme al aeropuerto lo antes posible y — siempre dentro de la más legítima profesionalidad — volverse a recoger, supongo, a otra tanda de turistas. Le digo que puede acompañarme sólo hasta el edificio del aeropuerto Kimpo, hasta el exterior únicamente; pero ella, pundonorosa y sobre todo en atención personal a mí, me dice que me deja después del "check-in", inmediatamente antes de acceder a la sala internacional de salidas. Bueno. La mañana está algo lluviosa. Tardamos justamente 25 minutos en llegar. Los empleados de la Korean Air Lines no son todo lo expeditos que uno desearía: el impuesto de salida, "departure tax", o mejor, las tasas de egreso del país hay que abonarlas en la oficina de

cambio de dinero, y entregar el recibo al proceder al espacio reservado para los viajeros que salen; espacio que, por cierto, no abren hasta las 07:30 am. en punto. Aquí sí que vuelve a cobrar oportunidad lo de "No por mucho madrugar amanece más temprano". Parece, así, que mi vuelo de las 08:30 am. es el primero porque el servicio de control de pasaportes de salida, de comprobación de equipajes, y de identificación de pasajeros no se pone en marcha hasta las citadas 07:30 am. Y se pone en marcha mediante la apertura de un pasillo con el típico acordonamiento sostenido por los pedestales a modo de palmatorias gigantes. ¡A ver si no me hubiera dado tiempo a desayunar, abriendo como creo que abren la cafetería del Seoul Garden a las 06:00 am ¡ De sobra! Pero lo hecho, hecho estaba. Sharon, que llevaba el mismo traje, idéntico atavío que el primero y que el segundo día que nos vimos y que cenamos juntos, estaba bonita y se había dejado coger las manos en el taxi. La noche anterior — y como mi alma había anticipado — me había telefonado a eso de las 21:30 pm. Yo estaba en la cama sin dormir, y charlamos un rato largo. Al despedirnos en el aeropuerto, inmediatamente antes de adentrarme en el espacio reservado a viajeros, dejé en el suelo mi equipaje y la di un beso, primero en su mejilla derecha; y como me aprestaba a cumplimentar la otra fachada de su rostro — y al parecer no debe ser costumbre; si acaso, sólo intercambiar la demostración de afecto en una sola, mejilla — Sharon hizo ademán de retirarla, al tiempo que debió suponer que si yo estaba haciendo lo que hacía, mis razones tendría de caballero; de forma que no había terminado de esquivar su lado izquierdo de la cara cuando me lo volvió a ofrecer rendidamente a cualquiera que fuese mi versión del protocolo, y tan sólo pude besarle la oreja. La vi bonita, ya digo, vestida idénticamente a los días pasados: zapatos planos con puntera levemente cónica, negros y con cordón en el centro;

una falda azul marino que acompañaba bien y enaltecía la comba atemperada de sus piernas; y una chaqueta ajustada, de cuadritos negros y claros que resguardaba a una camisa cuyo cuello blanco y de borde ancho era lo único que se veía. Ya en la zona internacional de salida la sola cosa que hice fue comprarle a mi amigo Martín Hermoso Gómez, letrado jiennense en Granada, unos envases o cajas de gin-seng puro, original, lo mejor en calidad de todo el mercado del mundo.

El vuelo a Manila, aunque atravesando turbulencias de más de una hora de duración, llegó diez minutos antes de lo previsto; y así pude empalmar con el de las 12:30 pm. a Bangkok en un golpe limpio de suerte. El caso es que yo tenía reserva para dos horas y media más tarde, pero dada la puntualidad de nuestra llegada de Seoul y el hecho de que este otro vuelo procedente de Guam, con despegue para Bangkok a las referidas 12:30 pm., hubiera descargado buena parte del pasaje en Manila, propiciaba la mejor disposición para poder cambiar — en el sentido de *adelantar* — mi subsiguiente y programado vuelo a Bangkok. Efectivamente, allí mismo, en la zona de las puertas de embarque, y en uno de los mostradores de información y gestión de billetes, modificaron el horario del mío y de esa manera, me ahorré más de dos horas de espera allí en el aeropuerto de Manila.

Ésta sería mi duodécima visita a Bangkok, con intención de permanecer unos días, y más allá de la mera conexión de transporte. Otra vez me subo en un Taxi-Meter, y sea cual sea el sistema de tarifación que instrumenten estos vehículos que llegan al "down-town" desde el aeropuerto, lo que cuenta es que el precio no rebasa los 150.- bahts. En el Hotel Ambassador, la misma habitación del sector Sukhumvit, con la agradable sorpresa de que el así llamado Special Corporate Plus Package Program (al que me acogen por ser de la IAPA) incluye el

desayuno diario, el canastillo de frutas y otras golosinas más, todo por el mismo precio de 1,100.-(MIL CIEN) bahts. Ha sido llegar con buen pie a Bangkok. Me voy derecho a "Darling" y me ocupo con Nong, número 58, una joya de criatura que antes del baño, tras un encandilamiento por felación directa, sin goma puesta, me arranca un coito. Después del masaje se acurruca junto a mí, y puesto que le gusta que la bese, la erogénesis se propicia, se propaga... y consigo el segundo coito.

Martes 13 de julio 1993. Voy a la Embajada de España como paso previo para cumplimentar el encargo del Prof. Kim Ibae. En efecto, la tal Pornsom Sirisanbandh es bastante conocida. El empleado thai, un chico que está en el mostrador de entrada, de parada de golpes y de discernimiento de las visitas y de los asuntos, resulta que ha sido alumno... no sé si suyo, pero sí al menos de sus clases, y por eso habla español : me da la dirección de la Universidad Chulalongkorn y un teléfono. A continuación me pasan a hablar con doña María Ángeles de la Fuente, Agregado de la Embajada. Le explico por encima mis encuentros con los hispanistas de Manila y mi conversación en Seoul con Kim Ibae, y el encargo de éste de que yo saludara en su nombre y en el del hispanismo coreano a la profesora Sirisanbandh. Pasados los inevitables tanteos del protocolo, le comento a doña María Ángeles mis incursiones vivenciales con el elemento femenino de Laos, y las posibilidades de que una chica como Tuy pudiera entrar en España... legalmente. Lo primero a tener en cuenta era que todos los asuntos relativos a los países de la antigua Indochina, y con los que España tuviera trato, canalizaban los cualesquiera procedimientos a través siempre de Bangkok; y que en el caso de una chica de Laos la forma más segura — ya no recuerdo si me dijo la "única" — de poderla sacar de su tierra para llevarla a España era instrumentando el negocio jurídico del matrimonio. Ya, bueno.

Lo de siempre. Pues enterado. Empiezo a descartar lo de..., ni siquiera ponerme a pensar en ir a Laos esta vez, si bien, a mi regreso al Ambassador me paso a saludar a mi amiga Karnjuree, de Thavee Travel, que me reconoce muy complacida y me asegura que ahora se puede ir a Vientiane sin problemas por Nong Khai; que el tráfico terrestre entre los dos países se ha expeditado grandemente; lo cual me alegra porque amplía sobremanera las variantes de llegar a, y de quedarse en, Laos. Lo que sí creo que voy a hacer es enviar un telegrama a Khamtan, a modo de eslabón recordativo y de conexión dinámica. Y lo que también creo es que el tema de llevarme a Tui a España, por ejemplo, ha adquirido naturaleza de literatura, y sólo de literatura. Lo malo del casorio es que cuando uno se pone a jugar con una solamente, es como si las demás se quedasen eternamente condenadas a estar sin baraja.

Por la tarde "Darling". Entro con Nang, número 77, y este caso me sirve para apuntalar el principio de que aun en lo excelso puede darse la excepción de lo fallido. Nang me hace algún que otro gesto, tal vez además expresivo, que yo interpreto como de dejarme saber que ella conoce bien lo que los hombres en general, y ahora yo en particular, deseamos o pensamos. Repito que quizá se tratara de una interpretación infundada mía. Probablemente no me hallara yo en mi mejor estado de ánimo, pero lo cierto es que esa delgada película que separa el gusto del disgusto se me quebró y me dejó frente al panorama del disgusto. No me feliciona en el momento exacto en que lo requiero, sino que lo hace con retraso dentro del baño cuando se está escapando el agua y me estoy quedando frío por toda la parte de arriba del cuerpo, por efecto, además, de la refrigeración. Le digo que voy a apagar el aire acondicionado y... de nuevo me hace un gesto que interpreto como negativo o poco conciliador, y es ella la que se levanta y lo apaga. A todo esto, la felición que ha empezado a

hacerme, con goma puesta, me contraría, o bien por efecto del frío, o porque no logro ningún grado de enardecimiento. Así que cuando acaba el baño y me dice que me tienda en la cama para empezar el masaje, lo pienso y le digo que me voy. Me ocupo a continuación con una esmirriadilla, finita, de nombre Prao, número 22, algo rara en sus ademanes y en sus gestos. Le digo que perdono el baño porque estoy bañado de la otra, y le echo un polvo de entrada muy valioso, muy elaborado, muy de niña enjutita a quien le entra a tope y parece que va a desmontarse y a desmoronarse. Le gusta que la acaricie con la yema de los dedos y a ras de piel y que la merodee con el cono de la lengua los hoyitos de los oídos: da respingos y me abraza. Probamos el segundo polvo pero no puedo; con goma, decididamente que no puedo. A pesar de todo he salvado la tarde: me ha costado 2,200.- bahts, menos que un polvo a una creída sin estilo con la que a veces, y muy a pesar nuestro, nos encontramos en España.

Miércoles 14 de julio 1993. Pongo un telegrama de 63 palabras, por importe de 38 bahts a Khamtan Somphanvilay, de Luang Prabang (Laos), desde la administración tele-postal de Nana, al comienzo de Sukhumvit, cerca del hotel Ambassador. Tuve que matizarle bien con suficiente amplitud mi estado de ánimo y mis disponibilidades proyectivas. Por desgracia — y me resulta difícil conjeturar por qué — tampoco conservo copia del texto, pero en cualquier caso sospecho que le trasladé la más palmaria evidencia de que no estaba en condiciones de ir a Laos en las presentes circunstancias. Si la virtualidad del empapelamiento tuviera el más mínimo asomo de actualizarse, lo haría sobre la marcha en un próximo viaje.

En esta oficina postal desde donde estoy cursando el telegrama a Khamtan conozco al teniente del ejército colombiano Fernando Buitrago. Él estaba en la cola y yo también, y accedimos casi simultáneamente cada uno a una parte

de mostrador para ser atendidos. Se notaba a todas luces su origen hispánico, y él, según me dijo luego, asimismo percibió que yo era europeo. La cosa fue que le vi vacilar con el relleno del impreso de certificado que estaba cumplimentando, y en razón de mirarnos un segundo y de preguntarle yo en inglés si quería..., fue ya cuestión de que él articulara un par de palabras para colegir yo que era hispanohablante. Lo demás fue ya sobre ruedas. Trabajaba en la Fuerza de Paz que Naciones Unidas tenía destacada en Kampuchea (Cambodia). Había venido con unos días de permiso, según me pareció entender, y se hospedaba en un hotel barato de por allí cerca o en la misma arteria de Sukhumvit. Me pareció un tipo sólido, bien parecido, de aspecto noble y honesto, 31 años, mezcla de hermético y vertido. Le invito a cenar en mi hotel y acepta complacido. Charlamos largamente de todo lo que asomara en el horizonte de la oportunidad. Fernando me enseñó una estupenda foto grande de la unidad militar de Fuerza de Paz en la que él se hallaba asignado. Y lo hacía con indisimulado aunque contenido orgullo. Por mi parte yo supongo que le hablaría de mi relación con Colombia, tanto por el hecho de haber estado allí siquiera fugazmente, como por lo mucho más significativa instancia de conocer algo de su historia, de su literatura, etc. Sin duda alguna que este chico me vio como alguien "mayor" en edad y en saber, ya que acaso no en gobierno; y sin duda también que él mismo me atribuyó una buena partida de ascendiente sobre su propia persona en cuestiones tan vagas como la cultura, la experiencia, etc. Nos intercambiamos las direcciones de nuestros respectivos países.

En ese clima real o supuesto de entendimiento le hablé de "Darling" y de mi costumbre de acercarme diariamente a saludar a las chicas. No lo conocía, bueno, quiero decir que no parecía conocer la institución del sexo intimista en Thailandia con el

rango y las características que "Darling" compendiaba. ¿Que me estaba engañando? Probablemente. Siempre que se entienda que en estos casos el mayor engañado es el presunto engañador. No, no parecía tener idea de que hubiera sitios así. En contra de lo que pueda ser — y de hecho la mayoría de las veces es — opinión generalizada, la gente no suele estar apercebida personalmente, directamente, de los temas, las cosas, las realidades sobre las que todo el mundo habla. Se produce la curiosa proporción al revés : a mayor desenfado y amplitud en la mención de tal o cual asunto, menor conocimiento facticio del mismo. El caso de Bangkok es paradigmático. Son muchos miles de españoles los que han estado en esta ciudad representativa del sudeste asiático. De todos los que yo tengo noticia, con un par de solas y fortalecedoras excepciones, nadie ha visitado estos sitios. Y si se me aduce que no los han visitado porque el casi cien por cien de los casos lo constituyen varones matrimoniados, acompañados por sus respectivos cancerberos, más aún a favor de mi punto de vista, que no es otro sino el de deplorar toda la charlatanería gratuita del españolito frustrado.

Sin que nuestro apuesto e íntegro teniente colombiano tuviera que caer en ninguno de estos apartados caracterológicos, el caso es que me dijo no saber nada de esta clase de locales en cuestión. A mi pregunta de si le gustaría verlo, dado que yo pensaba ir de todas maneras antes de dar por terminado el día, me dijo que sí; que ¿por qué no? Es más, percibí que asomaba en su respuesta un atisbo de leve reconvención, como si me expresara: ¿Cómo voy a desconfiar de la urbanidad, de la naturalidad de una propuesta tuya, después de lo que yo he podido captar de tu personalidad durante nuestra larga conversación?

No fui capaz de interpretar verazmente el estado de ánimo de mi amigo cuando llegamos a la estancia donde se acoplaba la

jaula de cristal del gineceo. Yo eché una ojeada a las chicas, más que nada para invitarle a que hiciera lo mismo. Y a continuación le digo que si le gusta alguna; y que podemos ocuparnos y esperarnos a la salida. En ese momento me advierte que no lleva bastante dinero encima y que necesita acercarse a su hospedaje, a tan sólo unos minutos de allí; que regresa enseguida. Por mi parte, le aseguro que yo voy a continuar en "Darling" y que allí nos veremos, bien antes de entrar con quien sea, o al final de la función. No en vano el establecimiento dispone, por si fuera poco, de una magnífica cafetería. Nos decimos "hasta ahora". El teniente Buitrago se va y yo me quedo. Como no había premuras excesivas de tiempo, pues faltarían unas dos horas y media para cerrar, decido esperarle un máximo de hasta treinta minutos, más que suficiente para que hubiese regresado. En vista de que no, y de que yo no uso teléfono portátil, y él creo que tampoco..., y no sé dónde se aloja, sé que muy cerquita, allí en Sukhumvit, pero no lo sé, y tal vez hubiera sido oportuno que me lo hubiera dejado escrito para en caso de una imparable emergencia... ¡yo qué sé!, este tipo de reflexiones que le asaltan a uno con toda lindeza cuando no ha habido razón para preverlas en su momento..., en vista de todo, decido continuar con mi esquema. Me ocupo con Neng, número 70, de 28 años según me confesó, algo extraña pero buena profesional. Pasé de baño. La eché un polvo muy elaborado desde debajo, desde encima, y finalmente desde detrás. Tengo curiosidad por descubrir la maniobra que hacen para, teniéndolo en la boca, poner el preservativo inmediatamente antes de la felación. Recuerdo que a Neng le gustaba que le cantase, pero me recriminaba cuando al no saber yo el texto, las palabras, las sustituía con las secuencias de "ta, ta, ta" y "la, la, la".

Al regresar, ya de recogida, al Ambassador me encuentro en mi casillero con el siguiente mensaje: "Dr. Tomás Ramos ≠

3535, 14 julio 93 21:00. Teniente Buitrago. Lamento no poder acompañarle pero le ofrezco mil disculpas. Espero de verdad, verle muy pronto y escribirle. Gracias por sus consejos y su tertulia. Tan pronto regrese a mi país le informaré debidamente. Sinceramente Joaquín Fernando". Sin más explicaciones; sin dirección en Bangkok, ni teléfono, ni nada. Salió de "Darling", se fue al Ambassador, recogió el sobre de fotos que había dejado allí, me escribió la nota y desapareció para siempre metido en su vida. ¡Quien te entienda! Pero no, yo creo que sí que le entendí. Yo creo que el teniente Buitrago ilustra un caso tipificado de antropología sociológica. Yo creo que le advino un acceso de ascetismo castrense; que se acordó de su novia colombiana; que consideró a "Darling" como un centro innecesario de perversión en el fondo; que sintió vergüenza de poderse recriminar en el futuro por algo así. Y no fue. ¿Debí yo forzar, mejor, más propiamente dicho, propiciar su actuación invitándole a aceptar mi... invitación a quedarse en "Darling"? ¿Debí yo subsanar *in situ* su alegada carencia de dinero en aquel momento? Basta que se produzcan estas cosas para que un enjambre de dudas le asalten a uno en el sentido de sospechar, de tener por bueno lo que no se hizo. Claro que yo llevaba encima más que suficiente *cash* como para haberle dicho al bueno del teniente Buitrago: "Aquí tienes: no te preocupes; devuélvemelo cuando quieras y puedas". Pero el caso es que no lo hice; y el caso es que Joaquín Fernando actuó como actuó. Me hace sonreír pensar que yo pudiera desempeñar el cometido del espíritu del mal, del pecado. Él era cándido y puro y tal vez llegara a la conclusión de que yo personificaba la tentación del "Maligno". Él se lo diría todo. Él lo hizo todo. En esta tesitura lo mejor que pudo ocurrir fue lo que efectivamente ocurrió: que no nos contactásemos más, con el detalle de que fue él y sólo él en su escrito el que hizo todos los planes.

Descubro por fin que la Indoswiss Travel Agency, especializada en viajes a Laos, ha cambiado su nombre comercial a Transindo Ltd. Disponían de una oficina en el Dusit Thani hotel y estos son quienes me facilitan un teléfono. Después de las consiguientes averiguaciones y tanteos los contacto y tienen la amabilidad de enviarme por fax a mi habitación del Hotel Ambassador cinco páginas de información. Otra cosa más hecha, aunque no creo que vaya a aprovecharme de los servicios que ofrecen.

Jueves 15 de julio 1993. Me he enrolado en la excursión de un solo día al río Kwai. Este tipo de realidades históricas de señalada emocionalidad me ha interesado percibir las, verlas en directo, de primera mano, sobre todo cuando la literatura y/o la cinematografía han entrado a saco en sus componentes geopolíticos. El Estado thailandés con muy buen criterio ha conservado dicho lugar como un complejo turístico en el que destaca el así llamado "Museo JEATH de la guerra". Lo de JEATH es la sigla de las seis nacionalidades — Japan; England; America/Australia; Thailandia; y Holanda — implicadas en el asunto. Lo relativo a cuestiones técnicas se puede ver en cualquier enciclopedia vulgarizadora. Sin embargo, no me parece desproporcionado señalar aquí unos cuantos detalles, los mínimos. El dichoso ferrocarril se programó para conectar Rangoon, capital de Birmania, y Bangkok, capital de Thailandia, a través del paso llamado "de las tres pagodas", uno de los numerosos enlaces fronterizos entre los dos países. La línea férrea discurre 263 kms. en Thailandia y 152 en Birmania. Se dice que el primer cálculo ponderativo que hicieron los ingenieros japoneses en lo tocante a la duración del proyecto fue de cinco años como mínimo, a partir de la fecha de comienzo el 16 de septiembre de 1942; cosa que los aproximadamente 150,000 trabajadores, en régimen cercano a la esclavitud, se

esforzaron en desmentir, al completar toda la obra en poco más de quince meses. Se da la fecha de 25 de diciembre de 1943 como la de coronación oficial, y también se estima que alrededor de cien mil obreros (prisioneros de guerra y nativos de India, China, Indonesia, Malasia, Singapore, Birmania y Thailandia, a los que no se preguntó si querían trabajar) sucumbieron a causa de la malnutrición y penosidad de las labores. A eso llevó precisamente la caída de Singapore: a que los japoneses, dueños y señores del istmo de Malaca, reclutaran sin cortapisa alguna mano de obra abundante para la construcción del ferrocarril. El museo JEATH es sobremanera ilustrativo de aquel tinglado: hay cantidad de fotografías sobre todo lo relativo a la vida de los prisioneros; los castigos que recibían por intentar sabotear cualquier detalle laboral o escaquearse de sus cometidos. Una señora australiana, miembro de nuestro grupo, decía conocer a un paisano suyo superviviente de semejante ordalía, que —única anécdota entre tanto horror que nos hizo medio sonreír a quienes estábamos escuchándola— no había vuelto a probar un grano de arroz como pretendida compensación por todo lo que comió, como único alimento, durante sus años de cautividad. [Y a propósito, entre las prisas por terminar un ferrocarril de 415 kms. en menos de año y medio y los treinta y cinco años que llevan los "granaínos" de España construyendo los 150. kms. de autovía que les corresponden dentro de su provincia, más los muchos más que les quedan para rematar los últimos sesenta — escribo esto un día de octubre de 2008 — digo yo que puede haber un término medio]

La excursión en general, muy interesante. El regreso, debido al tráfico, se hace algo pesado. Me he levantado a las 05:30 am. y he llegado al hotel a las 19:30 pm., o sea, catorce horas de no haber parado. Dejo las cosas que no necesito en la habitación, voy a cambiar dinero [un dólar USA = 25.1. bahts; ha

bajado un poco en estos tres últimos días desde los 25.87], y voy a "Darling". Veo a Nang, número 50 (la hermana, de Noi ≠ 33, y de Ning ≠ 69) a la que estoy deseando conocer, y me adentro con ella por las semi-penumbbras glaucas de lo iniciático. Preciosa. Está preciosa. La follo de entrada, sin reparos por su parte. Me hace un masaje perfecto, pero no puedo con goma con la segunda vez. Seguro que sin la barrera del látex habría podido, pero no me atrevo. También, a mis preguntas, me dice que está controlada con análisis periódicos, y que se encuentra sanísima. Yo me lo creo. Como digo, está espléndida. Y yo estoy rendido.

Viernes 16 de julio 1993. Llamo a las líneas Thai y les ruego que me adelanten el billete para el día siguiente, sábado 17 de julio, para llegar el 18 a Madrid. Pongo un telegrama a Saipin y la informo de que puede encontrarme en mi hotel después de que ella salga de su trabajo. De momento, sin noticias. Estoy contento de haber anticipado cuatro días mi regreso a casa. A ver si el mismo domingo me animo y pinto el techo de la habitación de la gotera. Esta vez ni me he molestado en llamar a Bencha. Ahora mis referencias fijas son: Divina en Cebú; Gloria en Manila; y Sharon Park en Seoul. Acabo de retornar de "Darling": he estado con Am, número 28, de Chiang Mai; la niña que según el mayordomo carita de mono no gustaba de extranjeros. La he follado de entrada y la verdad es que me ha aplicado un masaje ameno y riguroso. No es para repetir, pero tampoco es para descartarla. A la salida de la sesión me he encontrado con Nang, número 50, que parece estar a punto de ocuparse con un cliente, y he cometido la consabida y automática ingenuidad de hacerle un saludo : bien por no haberme visto o por lo que sea, me he quedado con las ganas de ser yo saludado.

Sábado 17 de julio. Día de la partida. He sentido un dolor en el muslo derecho, que mi elucubración personal ha interpretado como posible preámbulo de *ciática* (?), y me he

tomado un Airtal, tumbándome un rato. Excepto la visita a "Darling" que programo para más tarde, mi plan es no moverme ya del hotel. Recuerdo que en comentarios necesariamente eutrapélicos, más de una de estas chicas orientales, al referirse a mi propensión a encontrarme con una diversidad de ellas en los cualesquiera variados paisajes, me dedicaba el término "butterfly", mariposa. No dejaba de hacerme cavilar este hecho de que una chavala de compañía alquilada, en ilógico contraste con su menester, se percibiera como destinataria única de los posibles contenidos afectivos de alguien como yo. Hubiera sido demasiado tortuoso hacerle ver que para que un hombre deje de "mariposear" se supone que, de momento, ha de encontrar la corola especial de donde libar *únicamente*, con exclusividad. Y eso es lo difícil.

Voy a "Darling" a las 13:15 pm. e invito a Daa, número 40, a entrar conmigo. La recuerdo del verano 1992 y ella me recuerda a mí. Me gratifica enormemente que me recuerden, y Daa, chica de 24 años, tiene un rostro modélico, madurado. No deja de ser profesional, pero de vez en cuando me regala un mohín cómplice, un ademán de aquiescencia, compartida: cuando salimos del cuarto me coge las manos y me rodea la cintura mientras se restriega contra mí. ¡La más tonta, de verdad que hace relojes; Tiene su sexo expedito, y cuando me encontraba dentro de ella le encantaba que empujase hasta que nuestras ingles se embistieran a tope. Dice que me ha visto en "Darling" y parece saber que voy todos los días. Tanto ella como Am llevaban un juego primoroso de braguitas y sujetador negros. Luego, al volver al hotel me he encontrado con Wolfgang, el alemán que coincidió con nosotros en el tren hacia el río Kwai: iba con su bonita mujer thai, viuda de un primer matrimonio, con ese típico sonreír que deja al descubierto unos dientes sobrecrecidos hermosamente de la encía. Me estuvo hablando

sobre un sitio en Dinamarca que él conocía y en donde — siempre según el pintoresco de Wolfgang — se formalizan rápidamente los matrimonios: tan sólo con presentar un pasaporte y un certificado de nacimiento traducidos..., no recuerdo, no tengo consignado a qué idioma. Espero no tener que servirme de tales "facilities"; pero en todo caso, bueno es saberlo.

Domingo 18 de julio. La noche en el avión ha sido pasable. El aterrizaje en Roma, suave. Estoy deseando llegar a casa y ver qué tengo de correspondencia; telefonar al hotel Casablanca de Granada, y pedirle a Antonio el correo. Acaso, en términos optimistas, tenga ya noticias de Divina Maraveles; y... ¡quién sabe! si no, también de Gloria Pineda. Me he quedado con ganas de follarme en Bangkok a la número 77, la poco simpática de Nung; y a Ning, número 69, la tercera de las hermanas [Noi y Nang]. No me extraña que con las ganancias se hayan comprado un piso. Suponiendo día con día, y en conjunto, unos ingresos de tres mil bahts entre las tres, ello hace unas 450,000.- pesetas al mes, lo cual permite ahorrar, digamos, tres millones limpios al año: en un bienio la suma de un millón de bahts debe dar para la adquisición de un pisito; y a partir de ahí, lo que sea. Me acuerdo de los besos inexpertos de Divina y del rodaje que iba adquiriendo conforme yo me esmeraba. Tampoco descarto que alguna vez tenga noticias de Myra Ornupe; o hasta acaso de Beth, la que trabajaba en el Magellan Hotel, pasto de las llamas. ¿Qué habrá sido de aquel magnífico tigre, cuya imponente planta, aun dentro de la jaula, colmaba de concernimiento el ámbito de junto a la piscina? Definitivamente el Midtown Hotel de Cebú es el más conveniente para cualquier tipo de escaramuza; y el Silahis, en Manila, también el mejor. Me pregunto si seguiría existiendo el Hotel Midland Plaza, el de la calle Mabini de 1983, con todo el impresionante hetairismo de

los alrededores; me pregunto qué habrá sido de aquella casa de niñas en la que encontrara yo a Lolita diez años antes, vestida de encarnado. ¡Me pregunto tantas cosas;

Yo conjeturaba, entreveía — y no me equivoqué — que éste iba a ser mi último viaje absoluto a Extremo Oriente. Había sentado un precedente y ahí quedaba el campo: abierto para que quien pudiera y quisiera lo mejorase. A mí me tocaba recoger velas, y sobre todo darle a lo vivido y peregrinado sentido por medio de la literatura, de la palabra. Llegado que hube a mi casa de Alcalá de Henares, tomado contacto con las realidades más acuciantes, ordenado y cumplimentado el correo de inminencia cercana, me decidí a recoger por escrito las vivencias hispanistas que arrancan desde el mismo momento de mi encuentro con Guillermo Gómez-Rivera en Manila, y se completan con los contactos con el profesor Kim Ibae y la profesora Pornsom Sirisanbandh en Seoul y Bangkok respectivamente. Me puse manos a la obra y en tres semanas de esfuerzo conjuntado y sostenido produje un texto de treinta y dos folios mecanografiados con el título "Filipinas (y Asia) en lo hispánico". Se lo envié a Guillermo y el cual lo incorporó como apéndice de su libro de enseñanza *Español para todo el mundo*. 2. Manila, Filipinas 1996, pgs. 239-281. Asimismo, más tarde este trabajo formaría parte de mis *Prosas cosmopolitas: Apuntes y vivencias en clave hispánica (1962-1993)*, Madrid 2007, pgs. 149-203. Tal fue mi voluntarioso colofón a mi condición de hispanista. Quince años [después](#) de los sucesos y aventuras que justifican este vector de mis *Mujeres, lugares, fechas...*, ahora, en octubre de 2008, constato la tremenda, pero no por ello menos coherente realidad de que, en efecto, no he vuelto a visitar nunca más el Extremo Oriente; de que este viaje mío de junio-julio 1993 está siendo, implacable y definitivamente, el último. Y puesto que mi presencia física, y facticia ya no contaría más en

estos destinos del corazón, me cumple dar noticia., siquiera somera, de lo que se hizo, según mi conocimiento, de las chicas con las que aún sostuviese correspondencia a la altura temporal del verano de 1993; y con Sharon, la recién conocida coreana.

De Mary Ann Detuya recibí diez cartas más desde la última reseñada por mí en el cuerpo de mis crónicas, y una de su mamá Isabel. Mary Ann muy en su línea llenaba su correspondencia de expresiones edulcoradas absolutamente, conmovedoramente estériles. Eso sí, había tomado buena nota de que mi única petición, ruego (que no exigencia condicionante) para seguir ayudándola era que me informase, cuando le pareciera bien, del progreso con sus estudios y del propósito a que destinaba el dinero que yo le enviaba de vez en cuando. Su carta postrera data del 25 de mayo de 1994, y la contesté el 30 de septiembre.

Con Joy Dacullo también continué la correspondencia. Me llegaron de ella cuatro cartas más: el 12 de mayo de 1994 vino a mis manos su cumplidamente última. Después de encontrarnos en Cebú el verano de 1993, como podrá el lector comprobar unas páginas atrás, yo le hice un envío de nueve kilos y medio de ropa en buen estado, facturando el paquete el uno de octubre del mismo año. Según la leyenda del reverso de la cartulina del certificado, Filipinas era uno de los más de cincuenta países que no aceptaban responsabilidad alguna por "la pérdida, avería, o expoliación" de lo enviado. Joy nunca me acusó recibo de dicho paquete. A saber qué criatura de esos mundos se habrá puesto mi traje de verano de alpaca, de Celso García; mis todavía entonces usables y magníficas camisas "Arrow" de USA, mis formidables zapatos mallorquines "Gorila"...

Janice Benolirao se había incorporado a la órbita de mis amistades por correspondencia en fecha tardía, si bien con envidiable diligencia en proporción comparativa, ya que tan sólo transcurrieron poco más de cinco meses entre la primera carta

que me enviara en agosto 1992 y nuestro encuentro en Cebú a finales de ese mismo año cuando mi malhadada vacación valetudinaria en el Midtown Hotel. Desde entonces y hasta finales de 1997..., echemos cuentas fáciles, fueron cinco años completos y once fotografías de toda guisa, factura, y acompañamiento las credenciales que justificaron, al menos por su parte, nuestro prolongado contacto. Janice escribía, escribía, [jamás dejé de contestar ninguna de sus cartas ni de ninguna otra de mis amistades, como el lector debe tener presente]: me contaba las mismas cosas siempre con ligeras variaciones para converger en el punto crítico y común a todas ellas: que no tenía dinero y... Yo le hacía llegar pequeñas cantidades en cada misiva mía, para que de esa manera su disposición a escribir se compaginara mejor con la sorpresa de recibir mi regalo. Fueron unos 1,500.-(MIL QUINIENTOS) \$ USA la cantidad que le envié en total a lo largo de estos cinco años, lo que habría dado una media de alrededor de cincuenta por carta, ya que fueron treinta y tres las que, contestadas por mí, conservo de Janice. Esto sin contar con el regalo que con toda seguridad tuve que hacerle con la ocasión de nuestro encuentro en Cebú. Me cumple reseñar a modo de resumen que le financié a Janice todos los estudios en que ella estuviera incurso durante cinco años completos, y los gastos misceláneos de todo tipo que llevaran consigo. Seguro que le habrá quedado tiempo en su vida para comparar.

El caso de Gloria es de mayor cuantía. Después de nuestro último encuentro en Manila en el verano de 1992, todavía tuvo tiempo y arrestos para escribirme otras diez y ocho cartas más hasta su improrrogablemente última de 3 de noviembre 1994. Gloria constituía una categoría inconfundible; disponía de todas las bazas a su favor: me gustaba; estaba dispuesto yo a considerar mi alianza con ella en todos los frentes de la vida.

Pero a ella le faltaba valor, decisión, imaginación. En el lugar correspondiente quedó expuesto el desarrollo de todo su fracaso. El año de 1992 era el más idóneo para enrolarse en cualquiera de las variadas excursiones que con motivo de la Expo de Sevilla y de los Juegos Olímpicos de Barcelona se organizaban desde Manila a España. Ni siquiera lo intentó. Fracasando esto, claro está que el resto del esquema estaba abocado a su acabamiento, a su marchitación gradual. No nos volvimos a ver nunca más de nuevo después de aquel viaje mío a Manila del verano de 1992. ¿Qué me dijo en estas diez y ocho cartas? De todo y prácticamente nada. Me habló de las vicisitudes que le acaecieron intentando llegar a Méjico a través de California, con el propósito en su momento de regresar desde Méjico a California y quedarse en los USA. En el control "en tránsito" de Los Ángeles la devolvieron a Filipinas. Resulta que mis telegramas y/o llamadas en Manila durante mi visita del verano 1993 cayeron en saco roto porque Gloria se hallaba en el campo, en casa de sus padres. Gloria llegó al convencimiento más incontestable de que ningún hombre había hecho por ella tanto como yo hice; que ningún hombre se había comportado con la imparable y directa coherencia con que yo me comporté con ella en todos los aspectos aplicables dentro de una relación: puntualidad, honestidad, sentido del valor de las cosas..., y cualquiera otra virtud, goce o bien espiritual que pudiera acomodarse bajo el doble principio de saber administrarse y de saber con quién se junta uno, corolarios en los que se subsumen todos los demás, y que muy bien podrían denominarse: *Responsabilidad*. En todas sus cartas me repite que me quiere; que me ama y que desea estar conmigo..., pero, supongo que a mi incesante sugerencia de que hiciera lo que miles y miles de filipinas habían hecho en peores condiciones de todo tipo que ella para venir a España..., Gloria se siente incapaz de articular

una razón medianamente válida. Su última carta termina diciéndome que "está tan segura de amarme como de que el sol sale a diario". Una gran chica. Una gran mujer. Lo malo es que, hablando de tamaños, la vida es mayor que todos nosotros juntos.

El ejemplo de Sharon, o más propiamente Yun Suk, como más adelante nos hiciera saber que nativa y originalmente se llamara, merece una glosa todo lo detallada que resulte del tratamiento de las características que concurrían en su personalidad. De momento, y autoconcediéndome el crédito que fuere para intentar razonarlo a continuación, Yun Suk ha sido probablemente la mujer que más se ha acercado a los condicionamientos que rigen mi individualidad; tanto como para haberme hecho ponderar la conveniencia y la plausibilidad de formar equipo con ella. Con esto creo que digo bastante. Yun Suk incorporaba una distinción palmaria con respecto a las demás amigas mías, y ello era que nos habíamos conocido en persona, sin haber mediado carta alguna previamente. El jugueteo del "pen-pal" o camaradería por correspondencia aquí no había existido; de forma que los estadios relativos a una posible intimación que en otros supuestos normalmente significaban una secuencia de trámites, aquí tuvieron lugar en el decurso temporal de los tres días de mi visita a Seoul. Por supuesto que después de encontrarnos allí por casualidad, por la especificidad de nuestros menesteres — ella, guía; turista, yo — comenzamos a comunicarnos, yo siempre ya desde España. Fueron en total unas veinte las misivas que Yun Suk me envió, bien en forma de carta tradicional, bien de tarjetas postales primorosas, y tanto antes de su viaje a España como después de éste. Yun Suk no ponía fecha en muchas de sus postales, aunque sí las rellenaba de tupido texto. Así, me es imposible calcular

con absoluta precisión el desarrollo secuencial de sus argumentos y de sus temarios.

Después de nuestro encuentro en Seoul creo que su primer contacto conmigo fue su carta de noviembre 1993. Me dice que me echa de menos y que quiere escucharme de nuevo mis canciones. Algo tuve que decirle yo en mi contestación, ya que en su siguiente de 11 de enero 1994 la primera frase con la que se arranca es que "esté realmente feliz de que yo la haya invitado". En otra de 19 de mayo 1994 me informa de que tiene más trabajo del que humanamente puede hacerse cargo y de que su propuesto viaje a Europa tiene que retrasarse hasta 1995. Debo esperar hasta sus próximas postales de junio 1995 para enterarme de que llega a España a mediados de julio. Y efectivamente llegó. Por invitación expresa e irrestricta mía se aposentó perfectamente en la mitad de los 200 metros cuadrados de mi vivienda, y desde allí contempló el mundo como — siempre según ella — no lo había contemplado jamás....

Yo la urgía a que, disponiendo del tren AVE hacia Córdoba y Sevilla, no se privara de visitarlas. Me encantaba poner en sus manos billetes de diez mil pesetas para cubrir sus gastos de viaje durante el tiempo en que no estuviera bajo mi inmediata protección, junto a mí. Yun Suk poseía una rara habilidad intuitiva de entender y manejar el dinero. Téngase en cuenta que todavía no había euro que llevarse al bolsillo, y el mamoneo que se originaba con el baile de cambios y recambios de divisa, en cada uno de los corralitos de Europa era morrocotudo. Yun Suk mantenía una esmerada organización de sus gastos. Mejor que ninguna otra mujer que yo hasta entonces hubiera conocido, distinguía entre lo que una cosa costaba, lo que valía, y aquello para lo que sirviera o fuese útil. Como guía turística que era, me trasladó una evidencia natural e imparable de que estaba familiarizada con todo lo relativo a horarios, medios de

comunicación, comidas, equipajes, etc., etc. Creo que fueron tres las excursiones que hizo sola al sur: una a Sevilla y otra a Córdoba, cada una en un día. La tercera, a Granada. Para las dos primeras se levantaba muy temprano: cogía el tren de cercanías a Madrid y desde la estación de Atocha, se encaramaba al AVE. Pasaba ocho, nueve horas intensas cada jornada, bien en Sevilla, bien en Córdoba, y regresaba a Alcalá, a su base de operaciones maltrecha por el calor y por el palizón en el que había incurrido, pero radiante de haber hecho algo que de cualquier otro modo nunca habría conseguido. En estos viajes largos eran alrededor de quince horas de trajín en las que se implicaba sin parar, en una sola jornada. Pero en mi casa tenía todo el tiempo del mundo para reponerse y volver de nuevo a la ruta. Creo, sí, que los tres únicos destinos del sur que acometió fueron Sevilla, Córdoba, y Granada, valiéndose del AVE para los dos primeros, e indistintamente para todos ellos de los billetes de banco color salmón con que yo la festejaba. En los días que pasaba aquí en mi casa de Alcalá de Henares cogíamos el coche y, acompañados usualmente por mi animosa hermana, la emprendíamos con las excursiones proverbiales al Valle de los Caídos, Segovia, El Escorial, Toledo... acaso también Sigüenza. En cada uno de estos sitios nos solazábamos con la especialidad gastronómica al uso: cochinillo de "Casa Cándido" en Segovia, junto al acueducto, etc., etc.

Probablemente — soy muy consciente de ello — destrocé para mucho tiempo por venir la cosmovisión de Yun Suk. A partir de su salida improrrogable de España, ya recogiendo velas para su regreso a Seoul, Yun Suk se erigió como uno de los problemas más desazonadores que no dejaron de poner sitio a mi conciencia durante bastante más tiempo del que hubiera yo deseado. Aquí comienza mi reseña, no sólo mención — breve, no, mejor..., casi inexpresable, inefable por la altísima carga de

confidencialidad que comporta, — de las cartas y postales que siguió escribiéndome, hasta su última de mediados de septiembre de 1995. Se me desgarran el ser cuando las he releído ahora, por necesidad de saber a lo que me estoy ateniendo al redactar este pasaje del capítulo del presente libro.

Digo que se me desgarran el ser, porque percibo una dimensión de sobrenaturalidad en todo el concierto en que Yun Suk ofició de propiciadora. ¿Qué mayor atisbo divinal puede despacharse una persona que el de poner en tela de juicio toda su proyección ontológica, en razón de otra persona? ¿Dónde puede darse una más acuciante teleología de fe, de esperanza y hasta de caridad que en la intención de abandonarse uno a un abismo incierto si con eso rescatamos a alguien que se halla en parecido trance? Si yo hubiera podido asegurar con fehacencia apodíctica que Yun Suk encontraría su tropía hacia la felicidad por el hecho de quedarse conmigo para el vector del "siempre" que nos es permitido..., entonces, sin dudar, yo me hubiese dejado llevar, oblatamente investido de pulcras eternidades. Sí, sí, el que salva a un alma garantiza la salvación de la suya. Enorme verdad que se patentiza en nuestra dimensión humana, sin más extrapolaciones reveladas ni intrincamiento religioso alguno. Yo hubiera cambiado la incertidumbre perenne de mi destino por la supuesta y subjetiva verdad de Yun Suk, que decía haber encontrado la clave de su beatitud en el hecho de unimismarse conmigo. ¡Oh, sí!, gran tema éste de alta teología: hacer a alguien feliz a costa de la propia... *no* felicidad. Yo habría compensado mi posible falta de amor, habría sacrificado mi imposibilidad de amor total hacia ella a cambio de verla a ella utilizando su amor en... glorificarme a mí, en ensalzar mi ego. Porque Yun Suk pensaba: ¿Cómo es posible que un varón que me regala, me festeja, me encumbra, me hace sentirme reina del ámbito, de los sentidos, de todo aquello con lo que mi alma limita, es decir, el

infinito...cómo es posible que un hombre así, Tomás, no me pida quedarme con él indefinidamente? Lejos de cualquier otra fórmula insuficiente, el amor que esta chica me profesaba acaso me hubiera servido a mí..., acaso nos hubiera servido a los dos de maná: a ella por prodigarlo y a mí por recibirlo. La clave del acierto y su misterio siempre nos hará guiños, señuelos engatusadores desde las cosas que no hicimos, desde las realidades que dejamos pasar.

Con Divina Maraveles la cosa duró mucho; bueno, exactamente toda mi capacidad de hacer que durara, ya que por su parte el único cometido que pareció monopolizar el argumento de su relación conmigo era el de pedirme dinero en todas y cada una de sus cartas. Una vez que llegaba a sus manos me acusaba escuetamente recibo de él, y a inmediata continuación en la frase siguiente me decía que necesitaba más. Pasado nuestro relatado encuentro en Cebú yo comencé a considerar a esta chica como un caso patológico de libro. Espontáneamente yo era su espectador y por esas cosas de la inercia el tiempo transcurría y el esquema continuaba idéntico, como si mi ánimo hubiera quedado hipnotizado, incapaz de cortar por lo sano con aquel disparate de enviarle dinero y recibir como respuesta su necesidad poliédrica de disponer de más y más. Divina no tenía ni idea de cuál era la moneda española; la palabra *peseta* le era desconocida; acaso no sabía ni siquiera la situación geográfica de España. Como yo le enviaba dólares USA llegó a pensar, y así me lo participó, que el dólar americano era asimismo nuestra moneda nacional. Y pensaba, por supuesto, que los USA eran la meca de todo lo que tuviera que ver con el trabajo y con la compensación mirífica por dicho trabajo. Poco a poco, además — y como no podía ser de otra manera — me iba trasladando los problemas (?) de su familia: operaciones de su padre, etc. En su delirio por trabajar y ganar dinero me

preguntaba a mí si podría viajar más fácilmente desde Europa a los USA que desde Filipinas. Repito: me lo preguntaba *a mí*. Cambiaba constantemente sus direcciones postales, y pretendía que las revistas norteamericanas de enfermería a las que yo le había suscrito registraran de inmediato, a efectos operativos, dichos cambios de dirección, ignorando o fingiendo ignorar que este tipo de incidencias tardan una media de ocho semanas en cumplimentarse. Haciendo abstracción de un montón de cosas en estrecho parentesco con el sentido común y el sentido de la realidad, a uno podría haberle halagado el hecho de que lo tomasen como dispensador de gestiones y de actuaciones, cosa que Divina parecía ver en mí : no de otra manera entiendo que machaconamente me pidiera que yo..., ya no sé si..., que le proporcionase un trabajo de enfermera..., o que le ayudase a conseguirlo; que le informase de lo que requería para ir a los USA. Ya digo: como si yo fuese un factótum prepotente. Por otra parte, a cada petición impetrante suya me repetía y me acompañaba dicha petición de las promesas más vehementes de que me devolvería todo; de que me pagaría todo con creces. Creo que la intensidad de sus promesas no solicitadas subía de tono cuanto más absoluta era la no exigencia nunca por mi parte de contrapartida o reciprocidad. La verdad es que en Filipinas una Diplomatura en Enfermería de tres años universitarios era todo un logro. Porque no había (ni hay) que ser un Keynes en economía para hacerse cargo de que en un país de unos 300.000.- kms², con más de noventa millones de habitantes, es difícil que haya trabajo para todos. De ahí las cantidades de filipinos laborando en condiciones de semi-esclavitud en enclaves árabes petroleros; de ahí la cantidad de filipinas trabajando de domésticas en esos mismos sitios y en otros muchos. En España sin ir más lejos hay alrededor de cincuenta mil. Y Divina pensaba que nada más terminar su carrerita le

lloverían ofertas *bien* remuneradas. Tanto era así que — según mis entendederas — se negó..., no sé si en un principio sólo o definitivamente, a hacer seis meses de voluntariado, prácticamente por la subsistencia pero con el específico valor de ser condición indispensable para el siguiente paso. En su carta de 17 de julio 1995 me dice: [En nuestro país] "formar una familia me significaría el suicidio. Sería lo último que yo haría, en caso de quedarme en Filipinas". Por esas mismas fechas ya, y en vista de que ir a los USA (su obsesión) no le resultaba hacedero, empieza a contemplar la posibilidad de venir a España. Pero venir a España, ¿en calidad de qué? Obviamente, lo primero es estar en España, previo a cualquier otra composición de lugar. A finales de 1995 comenzamos a tramitar en serio su venida a España como empleada de hogar mía, bajo la modalidad de cuota laboral de inmigración "Solicitud nominativa" tutelada por nuestro Estado. De nuevo, pensaba que nada más pisar tierra española se iba a poner a trabajar de enfermera y ganar mucho dinero. Y lo grande del tema era que nadie con más efervescente entusiasmo que yo le decía que *eso* precisamente era lo que todos queríamos; aquello por lo que todos nos habíamos desvelado y seguiríamos desvelándonos; sólo que las leyes de los países y de las gentes la mayor parte de las veces no coinciden con nuestros deseos...

Después de todo un año portentoso (el de 1996) de gestiones, de pérdidas de tiempo — los cuantiosos gastos los pongo en último lugar —, etc, Divina llegó a Madrid el 14 de diciembre de 1996, pero sólo estuvo una semana en mi casa, lo suficiente para darme tiempo a comprarle todo lo que se le ocurrió: unas botas; unos pantalones tejanos último grito; el modelo entonces reciente de cámara fotográfica IWA, además de una magnífica gabardina seminueva que le regaló mi cuñado Felipe. Debo reconocer que me acompañó la suerte. Parece que

nada más tener constancia de que Divina había salido de su país, su familia — claro, se entiende, no les costaba, nada — sintió enormes deseos de que regresara inmediatamente. Divina utilizó el servicio telefónico directo para comunicarse desde mi casa con un hermano suyo cuantas veces quiso, que fueron muchas. Yo, en ese estado de cosas, sólo tenía un pensamiento absorbente e imparable — mucho mayor que la obsesión de mi amiga por trabajar en los USA —, y era el de quedarme otra vez solo y liberado de semejante problemón; de tan monumental incordio como me estaba significando la presencia de esta mujer en mi casa. Así que me salió bien la maniobra de salir cada mañana a comprarle los platos de arroz que ella me pedía, mientras que en mi ausencia y sólo en mi ausencia Divina, se comunicaba con su gente [No creo que se permitiera ignorar que la Compañía Telefónica española disponía desde hacía mucho tiempo de tecnología suficiente como para registrar de forma desglosada todas y cada una de las llamadas como muy bien sabemos. Tal vez Divina en su femenina y pueril obcecación pensara que "llamada no vista realizar, igual a llamada inexistente"]. En efecto, al día siguiente de su último telefonazo recibimos un fax de su hermano urgiéndola a regresar a Filipinas... ¡ya mismo; en vista de que presuntamente a su padre le había dado un telele : la típica historia (¿histeria?) en que la gente incurre cuando no le cuestan las cosas.

Pero, repito: los acontecimientos se iban produciendo conforme a mis deseos; más, conforme a mis necesidades. Rápidamente encargué el billete para Manila a mis amigos de Viajes Halcón y en la primera fecha disponible, que fue dos o tres días más tarde. Hasta el último instante de su estancia en España la realidad de esta chica resultó altamente problemática, conflictiva, desquiciante. La noche antes de su salida de Barajas le estuve recordando a Divina los lugares comunes de estas

situaciones: que hay que estar en el aeropuerto con un par de horas de anticipo como medida preventiva, y sobre todo, de sentido común, etc. Por esas cosas que pasan, y porque simplemente el demonio enreda, Divina, que era algo lenta en arrancar, pareció iniciar aquella mañana con una sobrecarga de inconsciencia respecto de la duración del tiempo, de la tardanza, etc., porque aunque sabiéndolo de sobra por mis continuos recordatorios, es el caso que se entretuvo más de la cuenta, y ya pusimos en marcha el coche media hora después de lo originalmente acordado. Era tempranísimo, aún de noche. El camino al aeropuerto por la N-II, la ruta normal, implicaba atascos conocidos que sólo la antelación correspondiente se hubiera encargado de compensar: en nuestro caso la media hora perdida. ¿Qué hacer? Decido tirar por la carretera de Daganzo-Ajalvir-Paracuellos..., y ya desde allí atravesando el pueblo de Barajas plantarnos en el aeropuerto. Las desgracias nunca vienen solas, ¡qué bien lo dijo Shakespeare!

When sorrows come, they come not single spies,
But in battalions

Hamlet, IV, v, 78-79

Todo el trayecto de la salida de Alcalá por el polígono industrial, atascado; el cruce de Daganzo, atascado, y la puntilla vino cuando, pasado Ajalvir, pasado el cruce de Paracuellos... divisó una serpiente de luces inmóvil, porque todavía era de noche, amaneciendo. Dos minutos o así más tarde, lo que tardásemos en recorrer esos dos kilómetros también hay que pararse porque el tráfico está bloqueado..., bloqueado por enfrente, en dirección contraria a nosotros, y bloqueado en nuestra misma dirección. ¿Qué pasa? Un accidente. La carretera de un solo carril en cada sentido estaba cortada, detenida, bloqueada, muerta...

Probablemente me excediera; probablemente aquélla fuese la única ocasión en que con plena intencionalidad deseaba ofender los oídos de Divina. Puesto que ella era una devota católica, siempre mencionando el nombre de Dios, siempre atribuyendo a la Providencia el curso de las cosas..., siempre asignando su valoración del prójimo en función de si era o no persona " God-fearing", temerosa de Dios, y cosas por el estilo..., puesto que desde que nos intercambiamos la primera carta Divina se confesaba creyente y practicante católica con todos los pronunciamientos elevados a la enésima potencia, tal vez por eso, digo, no sé, supongo, imposible estar seguro, tal vez por eso es por lo que con plena conciencia empecé a despotricar cagándome en todo lo divino, con nombres y apellidos, y dirigiendo a tales instancias los más ultrajantes, los más desnaturalizantes y ofensivos insultos que mi conocimiento del inglés podía procurarme; detalle, por otra parte, más bien escueto, porque sabido es que la lengua inglesa dispone de una corta nómina de impropiedades. Cuando un angloparlante dice "fucking" ya ha empleado el noventa por ciento de la carga vejatoria que su lengua consiente. Así que una vez más cargué casi monográficamente con el "fucking" para desacreditar toda noción sobre la tierra; toda instancia de sobrenaturalidad y/o divinidad...., nunca mejor dicho, en el cielo. Yo creo que Divina, muy así como en el limbo, como absorta, en una realidad desconocida, perdió la noción de todo, traspasó con mucho el umbral de su capacidad de entender... que íbamos a perder el avión; de que por su puta tardanza en disponerse a salir de casa a pesar de mis continuos requerimientos, nos encontráramos con que no podíamos llegar a tiempo al aeropuerto, teniéndolo allí mismo. No recuerdo bien lo que pasó porque mi mente, mi entero yo estaba bajo un shock de impotencia, un desarreglo perceptivo, un golpazo cosmobiorrítmico de ansiedad que me

impulsaba a actuar instintivamente. Creo que me bajé del coche, que eché a correr unos doscientos metros hasta donde se encontraban dos miembros..., no sé si de la Guardia Civil o de la Policía..., para el caso es igual, junto a los coches que habían chocado..., que les enseñé el billete..., que les dije que tenía una pasajera para Filipinas y que íbamos a perder el avión..., que íbamos a perder el avión, que íbamos a perder... Me vieron hecho un guiñapo, a merced de los embates estúpidos del azar en este caso cruento e impío. Algo hicieron, me dijeron que me acercara hasta ellos saltándome la cola. Allí mismo, un conductor joven que esperaba en la cabecera de la fila de coches parados se ofreció a guiarme a través del pueblo de Barajas hasta la misma terminal, sin tiempo a acceder al Parking. Y así lo hicimos, yo temiendo que en cualquier momento me fallara el sistema sustentador de mi conciencia del que dependiera mi control..., y nos estrellásemos! El chaval del coche-guía se separó de mí no sin antes especificarme lo que ya no tenía pérdida.. Se lo agradecí de corazón. Llegamos, solté el coche allí en zona prohibida; agarré el maletón de Divina y echamos a correr hasta uno de los mostradores de recepción de equipaje y verificación de billete. Faltaban veinte minutos para el momento técnico y teórico de despegue... Ya habían cerrado la admisión de viajeros, pero en vista de mis atropelladas explicaciones, de que habíamos tenido un accidente en la carretera... fácilmente constatable tan sólo con la asistencia de cualquier miembro de las fuerzas de seguridad del aeropuerto que podría certificarlo en cuestión de segundos; de que no era un vuelo de "ahí al lado" ..., le admitieron el equipaje que comenzó a marchar por la cinta. Le puse un billete de cien \$ USA en la mano y no hicimos nada más como protocolo de despedida, ni siquiera el consabido ósculo en la mejilla, porque física y materialmente la empujé por el pasillito de intervención de pasaportes...

Cuando aquella mujer traspasó la ventanilla de la policía y procedió por el hall de la zona internacional hacia su puerta de embarque hasta perderse de vista, yo tuve que palparme, recapacitar, tentarme todo el cuerpo, apretarme, hacerme daño, allí en el centro del vestíbulo de facturación. Era otro; había nacido; me daba miedo respirar, inhalar un mínimo oreo de ámbito, porque pensaba que cualquier cantidad de lo que fuera, pero que se introdujese en mí, podía hacerme estallar, explosionar..., de tan grávida como sentía mi alma. Permanecí así uno o dos minutos, quieto, hasta serenarme un poco. La única medicina era quedarme solo. Me encaminé luego con presteza hacia mi coche. Por suerte no lo habían molestado. Era una vez más independiente, porque el concepto de "libre" me parecía demasiado acaparador de sentido. Sí, los cinco años y medio transcurridos desde la primera comunicación de Divina a mediados de 1991 hasta este final de 1996..., las más de... infinitas cartas intercambiadas; los más de diez mil dólares USA destinados a su asunto; las incontables gestiones que acarreeó el traerla a España; la tortuosidad dilatadísima también de las actuaciones en que me vi inmerso en Filipinas hasta celebrar nuestro primer y único encuentro, además del de España.... Todo aquello y mucho más, multiplicado exponencialmente, no podía compararse con la beatitud de quedarme solo. Porque yo únicamente quería que aquella mujer, en aquellos *entonces* y *allí* concretos, se desglosara de mí; yo exclusivamente quería quedarme solo. En caso de haber venido a cuento y en caso de haber sido yo capaz, hubiera incurrido de buen grado en mil veces el múltiplo de todo lo que había arrojado por tan problemática criatura, y de buen grado lo habría cambiado asimismo por quedarme solo. Había vuelto a nacer. Comprendí mejor los asesinatos, las tragedias que tienen lugar entre las

parejas cuando una parte no puede liberarse de la otra: tanta y tan angustiada debe de ser la desesperación.

Ya desde Filipinas todo ocurrió como estaba cantado: su padre — si es que alguna vez estuvo enfermo — se recuperó normalmente nada más verla. Y ella se encontró en la misma situación de antes. Me decía que quería venir a España..., y para qué repasar todo lo que dan de sí nueve copiosas cartas que fueron las que me escribió Divina después de su salida de España, después de haber estado aquí una semana justa, algo menos. Que estaba arrepentida de su decisión; que ahora se había dado cuenta realmente [¿Se habría dado cuenta de verdad? Lo dudo] de muchas cosas, etc., etc., es decir, toda la retahíla de lugares comunes y previsibles que amueblan la mente de alguien mimada, mal criada e irresponsable. Claro que, bien mirado, ¿no había tenido yo, a mi manera, arte y parte en todo ello? ¿No había desempeñado yo el cometido de colaborar en tal cadena de mimos, de mala crianza, de irresponsabilidad? ¿Quién se atrevería a tirar la primera piedra?

No es muy difícil conjeturar sobre la reacción espontánea del noventa y nueve por ciento de aquellos que puedan leer este reportaje; hasta me hago idea de la terminología que emplearían aun los más contenidos de verbo, los mejor hablados... ¡De puta parriba! seguro que pondrían a nuestra protagonista. Sin embargo yo creo que una situación así está tipificada como banco de pruebas de la humana condición. Nada más fácil, más automático que llenar de impropiedades — merecidos — a quien tan mal uso hace de la proporción y de la sensatez; a quien tan torpe y sostenidamente ha perpetrado tal formidable cadena de extravíos y desafueros. Pero todos nos equivocamos, y una vez sentado esto, igualmente probado es el principio de que cada uno de nosotros requiere un tiempo más o menos largo, más o menos corto de recapacitación, de reconsideración. Fuera de todo

principio de tipo axiológico penal, yo me recomendé, por pura estética de convencimiento, descartar la venganza; ni siquiera instalar mi conducta en los aledaños de la represalia. Lo primero que me vino al flujo de mi linfa fue algo parecido a: "Pedazo de ingrata..., me has estado puteando durante años..., has incurrido en los estropicios más inconfesables desoyendo las voces del sentido común; has despilfarrado una verdadera fortuna en términos del nivel de vida de tu país., y ahora me dices que te has equivocado y que te gustaría retomar lo que con tanta irresponsabilidad has desechado porque no te costaba un céntimo. Pues ahora"... [aquí seguirían retahílas y retahílas de desquites expiatorios con los que equilibrar las tropelías de Divina] Llegué a enviarle los últimos cien dolares USA y una partida de cápsulas "Lacdermox", para el tratamiento del pelo, sobre todo. En una carta de mediados de junio 1997 me pregunta "que si entraba en mis planes hacerla mi esposa". Mi respuesta hubiera sido eso que se entiende en Derecho como "generales de la ley"; o sea, que *de entrada* no estaba cerrado a ningún desarrollo; lo que al mismo tiempo significaba que *de entrada* tampoco estoy dispuesto a hacer nada que corresponde más bien a la *salida*. Divina, de acuerdo con su fantasmagórico interés pretendía que yo siguiera manteniéndola — ¡y cómo! — a distancia. Su definitivamente última carta fue de seis de febrero 1998. Mi contestación con fecha 2 de marzo parece ser que agotó toda posibilidad de seguir escribiéndonos.

**Vilma; Damira: Santo Domingo (República Dominicana),
agosto – 1993**

El cerrojazo definitivo de mis escapadas al lejano Oriente reservaban el destino occidental de la República Dominicana como única alternativa en vigor para mis aventuras de corte vivencial. La que ahora nos ocupa introduce la novedad, meramente operativa, de que la acometí desde detrás, de espaldas, de regreso de Quito, donde pasé unos cuantos días visitando a una amiga. Como todo lo relativo a este pasaje ecuatoriano queda explicitado en su lugar correspondiente, no es cuestión de insistir aquí. El vuelo Quito-Santo Domingo del día 23 de agosto de 1993 fue bueno: tres horas justas. Ésta sería mi undécima vacación en la Isla Española. A uno le informan en la prensa dominicana de que el sistema de ayuda por radar para el aterrizaje de las aeronaves es muy malo o nulo (?) ¡Pues qué bien! Sólo faltaría que nos dijeran que los aviones van perdiendo poco a poco su capacidad de sostenerse en el aire. Ahora a los españoles — y supongo que a los demás con igual o mayor motivo — se les exige una tarjeta o carta turística en represalia por el visado obligatorio que el gobierno español ha establecido para los nacionales dominicanos. Parece que estos no se atreven a implantar visado preceptivo a los españoles por miedo a que España les corte el grifo de turistas y demás ayudas; y así, todo se ha quedado en el gasto asumible de los quince o veinte \$ USA, no recuerdo bien, que había que soltar en el aeropuerto para las arcas de don Joaquín Balaguer por permitirnos entrar en su corralito de la República Dominicana.

24 de agosto. Primer día oficial de las Ferias de Alcalá de Henares. Este país del merengue sigue destacando en ese orden sórdido del desarraigo: la gente se muda de alojamiento sin dejar rastro; almas en pena que intentan huir de lo malo cayendo acaso

en lo peor. La madre de Paula, Flor María Mateo, ya no vive en Azua; Rhina Solís, la de la supuesta pensión para estudiantes junto al Hotel Continental — donde, una vez más, me estoy alojando —, desaparecida : la verdadera propietaria del inmueble me cuenta que la tal Rhina y su madre sub-arrendaban un par de pisos de los altos, donde se hospedaban Paula y otras chicas; que la casa, el edificio, ha quedado hecho unos zorros, y que Rhina ha dejado enormes trampas de facturas de luz, de agua, etc. sin pagar. ¡Unas prendas! La tal y presunta Elizabeth Pichardo, inexistente: la estupenda criatura con quien me encontré el 20 de febrero pasado, último día de mi estancia en Santo Domingo para aquella vacación, en la esquina de Máximo Gómez con Independencia, al ir yo a comprar periódicos, parece que me dio un nombre y un teléfono falsos: no puede esperar uno que todo salga redondo; El peso de este país se ha puesto casi a doce pesetas, y es cuestión de empezar a mirar con cierto cuidado el dinero. Recuerdo que María Isabel Holguín, la ecuatoriana, me decía no entender la jerga oral infra-alfabetizada de los dominicanos. La diferencia entre los modos y conductas relamidas, refinadas de los ecuatorianos pulcros (como María Isabel y su familia, etc.) y los dominicanos es abismal. El elemento social indio ecuatoriano está relegado a vivir o bien por separado en enclaves naturales que suelen coincidir con las localidades a más altitud, en plenos Andes; o bien como empleados en servicios domésticos en casas de la capital sobre todo. Dicen fuentes oficiales que dicha población indígena llega al 40% del total de unos once millones de ecuatorianos.

Me viene a ver Vilma Cabrera. La echo un polvo nada más entrar en mi habitación y casi sin penetrarla; luego ya no puedo con el segundo, aunque me elabora una estupenda, sostenida y disfrutada felación. Vilma me había escrito dos cartas desde nuestro último encuentro: en la primera, de 10 de mayo, me

cuenta sus penalidades económicas y su necesidad de disponer de 4,500.- (CUATRO MIL QUINIENTOS) pesos para..., bueno, ¿qué más da? Sus textos son verdaderos poemas en bruto, repletos de esas expresiones de edulcorada melosidad que solo la mujer "hispanica" de fuera de España sabe dirigir a un hombre. A vuelta de correo le envió 400.- (CUATROCIENTOS) \$ USA, cuyo acuse de recibo me lo plasma Vilma en su otra carta, de 18 de junio, con los mismos términos enternecidos, y cerrando tanto ésta como casi todas sus demás misivas con la impresión en el papel del pictograma del carmín de sus labios. No es de extrañar, pues, que en la circunstancia presente Vilma tuviese toda su voluntad expedita para agradarme.

25 de agosto. Me acerco al Malecón y me cruzo con una jovencita de cara graciosa que dice llamarse Damira. Me la llevo al hotel, le doy 500.-pesos y me la follo desde detrás. Tiene tripita como de embarazada, que se le notaba muy poco y que ella dice no saber. También me dice que mi regalo lo va a emplear para gastos de Universidad. Parece el cuento general de esta juventud. Me da su teléfono para que me ponga al habla con su hermana que, según ella, es guapa. Veremos. Decido definitivamente no llamar a Yéssica, y de pronto me adviene el síndrome de marcharme a casa. No estoy funcionando con naturalidad. Actúo como de prestado. Qué verdad eso de que el hombre suele comportarse como monógamo sucesivo, y que cuando tiene uno metida a una mujer en la cabeza, sea por un segundo, sea por una eternidad, durante ese tiempo no hay sitio para nadie más. La evanescente de María Isabel Holguín, la ecuatoriana, probablemente producto de una infatuación mía en periodo de defensas bajas..., se hallaba alojada entre la urdimbre de mi corazón y de mi cabeza y me estaba echando a perder todos mis desarrollos. Desde allí mismo, desde Santo Domingo, y con papel timbrado aún del Hotel Chalet Suisse de Quito,

donde permanecí los únicos tres días de estancia en Ecuador, le había escrito yo una carta. Me quería sacar un clavo con la introducción de otro, y no podía. Mis decisiones, mis reacciones estaban alienadas, ajenadas..., parecían pertenecer a otro, a cualquiera menos a mí. Esta escala en Santo Domingo fue un error. Después de mi fracaso en Quito debí dar por terminada mi excursión y no pretender enmendar un fallo con la continuación de otro. Porque esta estancia en Santo Domingo era un apéndice, una excrescencia de algo anterior; era algo atípico. El billete que había comprado en Alcalá de Henares, según me dijeron y/o según yo entendí, tenía las fechas de salida de, y de llegada a, España fijas, admitiendo tan sólo con ciertas condiciones, variantes en lo que respecta a mi escala obligada en Santo Domingo, pero sin modificar — tal seguía yo creyendo — la cantidad de días implicados en el viaje completo. Para sorpresa mía, cuando contacté con Iberia en Quito para que me sacaran de allí cuanto antes, o sea, tres o cuatro días antes de mi proyectada fecha original de salida, me preguntó la empleada si también quería modificar la fecha de salida de Santo Domingo, suponiendo en buena lógica que tal vez prefiriera yo adelantar dicha salida de Santo Domingo en la misma cantidad de días que había hecho con la de Quito. Le dije estúpidamente que no. Quizás en ese momento me las prometía yo muy felices en mi proyectado ambiente dominicano. Calculé mal, torpemente. No reparé en el principio de que los viajes, por supuesto, además de costar el doble de lo previsto suelen durar también la mitad de lo planeado. Lo mejor que hice este 25 de agosto fue comerme un "bife" en casa de Juan Abrales, quiero decir, en su "Asadero Los Argentinos", de por lo menos 200 gramos puesto ya en el plato, y con guarnición de arroz: una delicia; además de postre y una cerveza; trozos de pan caliente y mantequilla, todo por 230 pesos, no llegaba a 2,800.- pesetas.

El caso es que en aquellas circunstancias de desajuste y desapego en Santo Domingo me entraron las prisas, y el 26 de agosto me acerco a las oficinas de Iberia y reservo vuelo a Madrid para el día siguiente, 27, con la penalización inevitable de 13,500.- (TRECE MIL QUINIENTAS) pesetas. Parecer ser — ahora me lo explican con mas rigor — que mi billete consentía un solo cambio; y como ya lo hice, el de Quito a Santo Domingo, el segundo quedaba ya penalizado automáticamente; mientras que si lo hubiera hecho todo de un golpe en Quito no me hubiera costado nada. Ya digo : un tremendo, un garrafal error de perspectiva. En la oficina de Iberia, el empleado que me atendió, Yuri, a quien conocía de otras veces, incurrió en el violentísimo anglicismo de decir a alguien con quien hablaba por teléfono: "Te llamo para atrás", traducción encajada a martillazos de "I'll call you back" = "Te devuelvo la llamada", "Te llamo a continuación".

La variante de la República Dominicana, así y de momento, ha quedado centrada en Vilma..., casi exclusivamente; si acaso, también Jeanette Yocasta, a iniciativa suya, pero nunca más a la mía. Divina Iris Robles, con novio italiano y con ganas terribles de casarse, intratable por ahora. Yéssica, impracticable por su estado anímico y de salud nada fiables. Maritza Aquino, inasequible al no disponer de un teléfono donde, al menos, dejarle un recado. Las demás, nunca conseguidas, ahora ya aparentemente del todo desglosadas : Paula Mateo; Evelyn Rodríguez; María Isabel Espinal (casada con un medico y ya protagonista de un "miscarriage", según me dijo ella); su prima Elizabeth Cepeda, de imposible abordaje en estas circunstancias; la jovencita Brunilda Martínez, con teléfono truncado o erróneo; la real o quimérica Elizabeth Pichardo, desaparecida después de haberme dado un número falso; la negrita Clara Guridis, la del arreglo de dientes : allá ella si con el dinero que le di no se los ha

enmendado; María Magdalena, la "morena", una falsa expectativa, peligrosa por lo que en cuanto a relación y dependencia familiar suponía; Carmen Díaz : de cerca, me disgustó estéticamente por sus piernas más abolladas y contiguas entre sí de lo que en un principio parecía. O sea, que la suscripción a *National Geographic* el próximo ejercicio va a quedar adelgazada sensiblemente. Tendremos que dar entrada a gente nueva, de Filipinas, por ejemplo: Guillermo Gómez Rivera; Rosario Valdés; Maridel Cruz; Karen Hilado..., además del colombiano Fernando Buitrago... Por cierto que el término "poto" en el sentido de lo que en España entenderíamos por *culo*, es común asimismo para Ecuador y Chile.

Todavía dentro de este mismo 26 de agosto, día previo a mi partida, me visita Vilma de nuevo. La echo un polvo sostenido ya que no tenía las urgencias de las fechas pasadas. Me habla de querer tener un hijo, aunque sólo sea uno, uno solo, y se me empieza a entibiar el ánimo. Le hago un regalo de mil quinientos pesos, que junto con los mil anteriores de dos días atrás, alcanzan el equivalente de 200.- \$ USA holgados. Que se arregle y hasta que nos veamos de nuevo! El cuerpo me pide una reestructuración total de las existencias. Por otra parte mi status con el Hotel Continental puede haber comenzado, tal vez demasiado tarde, una fase de normalización positiva. Después de mi reclamación en gerencia respecto de la aplicación correcta de mi tarifa IAPA, acaso la próxima visita (si es que la hay) sea modélica. En todo caso es cuestión de compensar el continuo alza del coste de la vida en la República Dominicana con un mayor cuidado en el uso y consumo de los recursos: nada de gasto indiscriminado de taxis, sino *conchos* de dos pesos para el transporte urbano; nada de regalos de mil pesos a putitas, sino de quinientos y van que chutan.

Ya el día 27, en el aeropuerto, antes de mi embarque pude experimentar la pequeña pero señalada satisfacción de telefonar a Griselda Espinal, de Santiago. Ella no se encontraba en casa pero hablé con su madre, una señora amable y de voz y tono como agradecidos por mi interés hacia su hija: le dije que había marcado el mismo número en mi viaje anterior de febrero, y que no había contestado nadie en ninguna de las diferentes ocasiones. Como digo, una modesta pero clara satisfacción.

Goyita; Magdalena : Santo Domingo (República Dominicana) diciembre 1993-enero 1994

Empujado por quién sabe qué nostalgias y atraído por quién sabe qué señuelos, puse rumbo a Occidente con el fin de cauterizar los desasosiegos míos, o por lo menos intentarlo. El Lejano Oriente había quedado definitivamente clausurado y cada fecha transcurrida desde entonces, desde mi último viaje actuaría de inamovible remache para dicha clausura. La República Dominicana se haría cargo a partir de ahora de todas las salidas de aventura que me quedaran por celebrar y que yo preveía como muy contadas. Me anticipaba con plena serenidad el momento de ponerme a escribir y prestarles realidad verdadera a todas mis excursiones. Pero de momento todavía estaba en la brecha, a mis cincuenta y siete años cumplidos.

Ésta sería mi duodécima visita a la Isla Española. Las ocho horas de vuelo hasta Santo Domingo del 20 de diciembre de 1993 me afectaron más que otras veces, porque tardé casi dos jornadas en recuperarme plenamente. El DC-10 de Iberia había despegado con sesenta minutos de retraso, debido a la niebla en Madrid. El martes 21 contacto a don José Alcides Bencosme y quedamos en que puedo ir a su clínica a ponerme mi vacuna de faringitis cuando y como quiera. Me paso por Corripio y aunque no puedo ver a Manuel Pareja allí, porque se acababa de marchar, hablo con él por teléfono más tarde. Dice que me va a hacer escribir unas palabras de prólogo para no sé qué libro que piensa entregar a don Joaquín Balaguer, con el que le une cierta amistad. ¡Este Pareja es tremendo! Pongo un fax a María Isabel Holguín, a Quito, Ecuador: me cuesta 25 pesos, unas 280 pesetas, bastante menos de lo que me hubiera costado en España: la sugiero venir a verme, ya que el personal de las oficinas de Iberia, de las que ella forma parte, aprovechan constantemente la

escala obligatoria en Santo Domingo para trasladarse gratis — siempre que haya plazas y que las fechas encarten, etc., etc. — entre uno y otro país. ¡Por mí que no quede! Me comunico con Jeanette Yocasta y me invita a la cena de Nochebuena en su casa: me recomienda que llame a su mamá Asunción, para saludarla, y así lo hago. Contacto a Evelyn Rodríguez: me va a ver un momento al Hotel Continental — mi todavía usual alojamiento — para decirme que al día siguiente pasará conmigo la tarde. Evelyn era una chica que no descollaba en nada, por lo menos de forma escandalosa, pero que incorporaba en su persona con calificación de notable alto las características femeninamente tipificadas como para hacer de ella una criatura deseable en extremo. Tan sólo había conseguido en un viaje previo que me masturbara mientras que la acariciaba los senos y la besaba. Había recibido una carta suya de mediados de septiembre; o sea, tres meses antes de este encuentro fugaz de ahora. Su carta, correcta y relativamente bien escrita en proporciones comparativas, me había exacerbado las apetencias de estar con ella... "Sabes tengo muchos deseos de verte..., para poder compartir un momento agradable"... "Thomás tengo muchos deseos de verte pues hace ya mucho tiempo que no te veo, espero que no te hayas olvidado de mí, que cuando vengas no dejes de comunicarte conmigo muchas gracias por las revistas [*National Geographic*] pues ya las he recibido". A pesar de toda la ganga genérica que se contiene en las expresiones de Evelyn, yo no soy de piedra, y esta carta desde Santo Domingo a España, la única que me escribió, no dejaba de encalabrinarme haciéndome forjar razonables y nada fantasmagóricas expectativas de recompensa... Así que, dígaseme qué podía hacer yo ahora: o tomarlo..., tomarlo tal y como me lo dijo, a pesar de todas mis repugnancias y mis aciagos augurios respecto de algo que se tiene en un momento dado, pájaro en mano seguro, y se le

deja escapar con la quimera de que regrese al día siguiente... Y sin poder decir que me dejara engañar como un chino, porque ya hemos visto que la cosa no admitía alternativas, en lo que sí que acerté fue en que mis presagios se cumplieron: Evelyn me cuenta al día siguiente que su hermana Linabel — contando con toda probabilidad con que Evelyn se lo haya comentado cándida y confiadamente —, que con toda seguridad estará celosa de que Evelyn se vea conmigo, le ha pedido acompañarla al médico con su niño. Me promete que vendrá hoy, jueves 23 de diciembre, por la mañana..., y ya son las 11:15 y no ha dado señales de vida. Ésta sería la última vez que Evelyn y yo nos encontraríamos. Dejo un recado telefónico y mando un telegrama a la madre de Paula Mateo. Hablo con Griselda Espinal, ella en Santiago. Encuentro un ejemplar de una *Antología poética total 1936-1980* de José Ángel Buesa, al precio de cien pesos, unas 1,200.- (MIL DOSCIENTAS) pesetas. Doy un telefonazo a Divina Iris Robles: se pone uno de los vecinos, y le hago entender que sólo pretendería conectar con ella si no siguiese comprometida con el que Divina dijo ser un novio italiano. Hasta ahora, silencio.

La noche del día 22 había pasado por delante del Hotel, y proveniente de la Universidad, la que resultó ser Araceli Díaz, una chica de 24 años, rubita, más bien menuda pero bien proporcionada. Parlamentamos y la echo un polvazo en mi habitación. Le hago un regalo de quinientos pesos y la chavala se va encantada, con ganas de repetir. El 23 — ya dije que jueves, difícil de olvidarlo porque fue la última oportunidad, truncada, de verme con Evelyn — por la mañana me llega al hotel un fax de María Isabel Holguín desde Quito: lo de costumbre: que le parece bien mi idea de encontrarnos en Santo Domingo, pero que hasta el 24 no sabe si puede ser; y que en caso de poder ser sería desde el 31 hasta el tres de enero... Bueno, por lo menos algo es algo, me digo. Estaba claro — y así lo percibía todo mi espíritu,

toda mi conciencia — que el posible encuentro de María Isabel y yo en un terreno neutral como lo era la República Dominicana, estaría bendecido por todos los predicamentos de desinhibición y liberalidad. Acabo de llamar a Jeanette y se ha puesto su hermana Kenny — que está como un tren, dicho sea de paso —: las invito a todas las tres hermanas a comer conmigo en el "Asadero los Argentinos". Quedan en llamarme tan pronto como regresen de comprar, dentro del margen de una hora larga que nos concedemos; de otra forma decidiría yo irme solo o bajarme a la piscina. También esta misma mañana del día 23 me he puesto a charlar con una chica, que estaba asomada al balconcillo terminal del pasillo de la quinta planta del hotel. Me dice que es de San Francisco de Macorís; que está pasando un día en Santo Domingo con amigos y amigas, seis todos ellos, tres y tres. Me dice que tiene sólo 15 años y que la mayoría de edad comienza a los 18. Le pregunto si es virgen y me dice que sí, pero reconducida a mi pregunta de si lo ha hecho alguna vez con la boca, se sonríe y me dice que sí. Aquí, al parecer, las chiquillas aprenden a felacionar desde que son unas criaturas. Se llama Mary Reyes y me deja su dirección y teléfono. Tiene una envergadura de chica mayor, llenita, con senos cumplidos, bastante pasable de cara y de tipo. Una lástima que fuera con prisa: creo que faltó poco para que la convenciera a hacerme una felación en regla. Confieso que me enardecí más que de sobra.

Viernes 24 de diciembre 1993. Hoy me he quitado el enorme peso de tener que ir a cenar con la familia de Jeanette. Providencialmente ayer por la noche ésta me dice que su padre está "en el campo" a visitar a su madre — es decir, a la abuela de Jeanette — enferma, y que me instruirá sobre el curso de las cosas durante la mañana de hoy viernes, etc. Me he adelantado: he adquirido un ramo de rosas de cuatrocientos pesos y lo he llevado a casa de Jeanette: allí estaban Asunción, la madre;

Karen, la hermana más joven, 19 años; y Kenny, la mayor, de 24-25. Kenny dejaba temblar debajo de su ropa lo que sin duda eran dos opulentos y abundosos senos. Les dije la verdad: que yo no cenó tarde ni tampoco mucho, etc. Comprendimos todos que la cosa sería un engorro y que era mejor dejarlo como estaba. ! Qué tranquilidad y qué alivio; Por mi parte me comí un buen "bife chorizo" en casa de Juan Abrales, el cual me dijo que también conocía a José Ángel Buesa, de quien estoy leyendo sus formidables *Cantos de Proteo* (1943). Antes de acostarme me animo a hacer un lavado general prácticamente de casi todo lo que traía: calcetines, pañuelo, slip, y tres camisas.

Sábado 25, Navidad. Voy a Santiago, a ver a Sergio Bencosme, casi 74 años y todavía en pleno ejercicio de su actividad investigadora como patólogo en la Universidad Católica Madre y Maestra. Es un viaje de un día entero. Me voy en el autobús Metro, que aquí llaman "El Metro": vehículos Scania para 54 plazas, con toilette, y que tardan dos horas justas de estación a estación. Salí de Santo Domingo a las 13:30 pm. y regresé a las 18:30 pm., llegando al hotel a las 21:00 pm. El billete, o boleto de abordaje como aquí se denomina, cuesta 55 pesos para cada sentido y constituye una de las muchas evidencias con las que podía haber entrado en contacto mucho antes, por su conveniencia y garantía. De cualquier forma no me arrepiento de las dos visitas a Sergio que realicé en taxi en años anteriores. Esta decisión de emplear el autobús se enmarcaba perfectamente en mi diseño general de no andar tan alegre con el dinero, en vista de la muy notable subida de precios que habían experimentado cosas y servicios en los dos últimos años en la RD. Yo imaginaba que aquél iba a ser el último encuentro entre Sergio y yo [como así sería], porque las realidades no pueden — ni deben — durar siempre. Sergio también lo suponía, y por lo tanto en esta ocasión tuvimos ambos voluntad de abordar y de

atar los cabos que considerásemos relevantes, en la casi total seguridad de que ya no habría ninguna oportunidad ulterior de coincidir. En este caso concreto Sergio me encomendó una gestión específica: la de que, una vez de vuelta en la Universidad de Granada, procurase relacionarle con el Departamento encargado de... ¿producir?, ¿dispensar?, ¿administrar?... autovacunas; más que nada al hablarle yo de la que me elaboraban cada año en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina para mi faringitis. Las explicaciones e instrucciones que Sergio me dio procuré plasmarlas y conservarlas por escrito como mi capacidad de lucidez me permitió...

Nada más llegar de nuevo a Santo Domingo llamé a Araceli Díaz (Goyita), la invité a cenar en el "Asadero los Argentinos", y luego estuvimos juntos un rato: un buen polvo, limpio, sosegado.

Hoy día 26, domingo, he desterrado el fantasma del estreñimiento obrando algo al levantarme, si bien notando el dolor reflejo, como transferido al interior de la garganta, por sentir como si allí pivotara la fuerza. Acabo de hablar con Elsa — la hermana de Cordelia — y que según me dijo está "recién paría" (acababa de dar a luz un niño) y que como colofón de [frase](#) me llamaba "mi don", algo así como "señor" o parecido. Cordelia ya estaba en España: así que invito a comer a sus otras cuatro hermanas. Kenia es la más maciza y guapa, buena moza. Elsa se presenta con su niño de dos meses; Milabi, con su niña Nicauri, de un año y algo; Blanca completó el cuadro. Un rato más tarde, no bien me había quedado solo cuando me llama Manuel Pareja y me dice que me quiere llevar a Boca Chica para enseñarme el Hotel Hamaca o Beach Hotel. Acepto encantado. Pasamos un rato muy agradable, sentados en una terraza de madera rodeada de agua, como una estructura flotante en el mar.

No sin razón este hotel es uno de los cinco estrellas punteros de todo el país...

A nuestra vuelta echo en falta mis gafas de leer, y no hay manera de recobrarlas. Miro dentro del coche de Manolo, y nada; miro por la calle donde Manolo me deja, por si al bajar del coche..., pero tampoco. Las típicas maniobras de terapia aproximativa que sólo hacen multiplicar la frustración. Y ahora, a hacer memoria... de dónde pudo ser... de cuándo pudo ser... y de quién pudo ser. Desde la habitación de mi hotel llamo a los del Hamaca, a Recepción, por si han visto, o tienen o... pueden tener idea. Nada de nada. Compruebo para desazón mía que si hay una sola posibilidad de asegurarme fehacientemente de si allí, en el aparcamiento..., o en algún punto del hall o de los pasillos que recorrí con Manolo... se hubieran caído las gafas..., esa posibilidad la tengo que agotar, la tengo que verificar regresando a Boca Chica y echando un vistazo directo, sobre el terreno. Salgo a la Avenida Máximo Gómez y concierdo con un *concho* el viaje al Hotel Hamaca. Tal vez parecería de locos pero mi estado de ánimo no me permitía dejar un solo cabo suelto, por si acaso..., porque la esperanza es una tropía de motricidad irrenunciable y de salvaguarda de cada uno de nosotros. Ni que decir tiene que durante todo el camino, unos 33 kilómetros para cada tramo, me fui atormentando baldíamente, estrujándome la mollera, intentando reconstruir paso a paso, segmento a segmento, vector a vector, lo que hicimos.... Cuando leímos la carta de bebidas de la que yo elegí un zumo San Francisco... ¿me había puesto las gafas? Luego... ¡bah!, para qué mortificarme. Una vez en el Hotel Hamaca, recompuse punto por punto todos y cada uno de los movimientos en que Manolo y yo habíamos incurrido... Por eliminación tuvo necesariamente que ser..., tuvo sin duda alguna que ocurrir cuando nos detuvimos en el mostrador principal para recoger información... Cuando te

ocupas con una cosa tienes que dejar lo que lleves en las manos... Sí, tuvo que ser entonces. Con esa nebulosidad forzada de pretender recordar lo accesorio, lo que sirve meramente de comparsa a todo lo demás..., podía precisar que allí había gente, y también que alguien que pasaba..., se detuvo y siguió pasando, desapareciendo. Tuvo que ser un hijo de la gran puta el que vio sobre el mostrador mis gafas, dentro de su funda, desatendidas acaso por unos pocos segundos, los requeridos por mí para doblar y dejar en su sitio los papales que hubiera terminado de leer. Tuvo que ser un hijo de la gran puta y de un millón de padres el que me las birló en cuestión de un segundo, aprovechando ese pequeñísimo revuelo de las dos o tres personas que se acercaran a la parte del stand contigua a donde Manolo y yo nos encontrábamos. ¡Me cago en sus muertos! De regreso, el taxista me recordaba lo que ya había yo oído en más de una ocasión: que los descuideros de profesión valoran mucho las monturas de las gafas, ya que al ser "medicadas" el resto carece de valor. Y mi montura ya lo creo que era buena y bonita: granate oscura, de carey, sólida. Me la había recomendado Charo Alonso, la óptica amiga de Alcalá. Ya no tengo ninguna duda: fue al dejarlas un momento descontroladas sobre la consola de la Recepción del Beach Hotel cuando me volaron las gafas.

Nada más levantarme hoy, lunes día 27, me he acercado a una clínica vecina, cerca del Hotel Continental, donde por 30 pesos me han puesto la inyección de mi vacuna de la faringitis. A continuación constato lastimosamente, como si no lo supiera, que sin gafas, sin poder leer la letra menuda, la mayoría de las cosas que se leen..., anuncios, cartas de comida y bebida, periódicos, recibos, facturas, hasta nombres propios que nos puedan escribir..., sin gafas, digo, es uno un pelele desprotegido. Así que me apresuro y me voy a una óptica que me recomiendan. Y dentro de lo que cabe tuve suerte porque fui a dar con la

Clínica Abreu, 161 Avenida Independencia, donde la oftalmóloga doña Ana María Martínez Lizardo, española para más señas, se hizo cargo de mí con amabilidad competente y diligencia. Por la consulta, reconocimiento y diagnóstico me cobró doscientos pesos — no llega a dos mil quinientas pesetas — que lo encuentro muy considerado. Compro otra *Antología poética total* de Buesa, edición América, distinta de la de Corripio 1989 que ahora parece estar en todas partes. Echo una postal a Alberto Álvarez-Ruz, y pongo el segundo fax a María Isabel Holguín sin que hasta este instante haya vuelto a saber más de ella. Espero lo más templadamente que puedo. He llamado a los señores de Vargas, padres de Elfride, y cuya niña se llama Ozama, como el río de Santo Domingo. También llamé a la niña Mary Reyes, de San Francisco de Macorís, para saludarla. A las 18:00 pm. tengo en mi poder las gafas nuevas: monas, ligeras, con montura negra, lentes de plástico. Entre toda la fiesta del viaje a Boca Chica, consulta de la oftalmóloga y gafas propiamente dichas: 1,350.- pesos, unas diez y siete mil pesetas. ¿Será por dinero? Más cara es la mortaja. Araceli Díaz (Goyita), que venía de matricularse en la Universidad, pasa a verme a las siete. Estando en la habitación me llama... Paula!, la grandísima calientapollas. Dice que viene a verme mañana, martes 28 de diciembre, día de los Inocentes. !A ver en qué queda todo;

Al dinero suelto para cambios pequeños aquí lo llaman "menudo". Un conchero o conductor de *concho* que me dejó en el hotel al regresar de Santiago se refirió con el nombre de "grillito" a una chavala que quería aparentar como que trabajaba en el hotel Jaragua, ya que según él, y con todo el conocimiento razonado que le acompañaba, las chicas del Jaragua tienen otro porte más distinguido : le dedicó una serie de "piropos" negativos pero graciosos, en la línea del "quiero y no puedo",

"aparento algo pero no doy la talla". Uno de los empleados del hotel Continental empleó la expresión "se le veía la conciencia" por una chica que dejaba ver probablemente las bragas.

Hoy día 28 de diciembre, de los Inocentes, Paula, por fin, *no* viene a verme. Por la tarde la que sí que viene es Araceli Díaz. Su nombre verdadero es Gregoria, pero ni siquiera le gusta que la llame Goyita. La echo un buen polvo. Me dice que, referido a una chica, "grillito" significa color negro, oscuro. También emplea el término "representada" por "bien vestida". Vamos a cenar al "Asadero Los Argentinos" y nos encontramos con Yéssica. La escenita me pareció que en un momento se me iba fuera de control, pero por fortuna no fue así. Goyita se comportó bien, con naturalidad, y todo quedó en que como Yéssica no me había escrito, yo carecía de fundamento lógico para insistir unilateralmente en mi comunicación. Aquí, y con el fin de no perdernos, considero preceptivo introducir una cuña informativa para que tanto el lector, en su papel receptivo, como yo en el mío, más del lado de la iniciativa, sepamos a qué atenernos. Yéssica y yo nos habíamos conocido en Santo Domingo casualmente, como tal vez recuerde el lector, en febrero de 1992 y más tarde ese mismo año ella había estado en España, conmigo, invitada por mí. No es que guarde un recuerdo ingrato de su estancia, pero tampoco puedo decir que su vacación estuviera exenta de los típicos desarreglos, más que nada debidos a mi actitud paternalista. En otro de mis anteriores viajes a la RD había conocido yo también a su madre, Lourdes, médico geriatra, que había intentado emigrar a España un poco así como "por libre" — seguramente se aburría cuidando viejos taínos por cuatro perras en su país —, y la habían devuelto directamente desde el mismo aeropuerto de Barajas. Es decir, Yéssica había venido a España con pleno conocimiento y aprobación de su madre; es más, ésta pretendía que su hija

permaneciera aquí una larga temporada, de por lo menos seis meses, conmigo. Mientras en España, Yéssica siguió el baile de alojamientos que me imponía mi ritmo laboral. Como llegó a últimos de verano 1992, yo todavía estaba en Alcalá de Henares, y en mi casa no tuvo problemas de espacio. Allí protagonizó algunos incidentes típicos de niña consentida, a saber: un día se fue a Madrid con mi sobrina y su entonces pareja a una fiesta; como se había puesto fresco el ambiente, le dejé llevarse mi gabardina Burberry. Pues bien, qué harían y dónde se meterían que me trajo la preciosa prenda con unos manchones enormes de grasa por varios sitios que me la desgraciaron para siempre. Lo que no había hecho yo en un montón de años lo hizo la muy gansa en una sola velada. Otra vez se encaprichó con unas lentillas color verde, producto caro de óptica, y sobre todo delicado de usar y de mantener: fue otro dineral que malgasté, porque al comprobar que eso requería cuidados de limpieza y conservación no sé si se las llegó a poner un par de veces. La justificación que se atrevió a darme la muy pava es que pensaba que así me gustaría más... Y ahora que me acuerdo, y muy al principio de todo, su llegada al aeropuerto de Barajas ya revistió una señalada cuota de concernimiento y de sobresalto por mi parte: Resulta que había aceptado dos mil pesetas... de buena fe, porque Yéssica tenía buenos sentimientos y el criterio que concurre en alguien que posee toda la Segunda Enseñanza..., que había aceptado dos mil pesetas de un vecino de asiento en el avión, sin conocerle, por supuesto, pretextando el listillo de turno que tal vez le preguntaran a ella en la aduana si contaba con algún medio para subsistir y murgas típicas de ligón de vía estrecha... Algo me olería yo de extrañeza, como para pedir permiso a los guardias civiles para acceder a la zona de recogida de equipajes. Allí estaba la payasa parlamentando con el tipo aprovechado — normal, claro, en un caso así. Nada más verme

llegar y la cara que puse, el tío la reclamó las dos mil pesetas que Yéssica le devolvió inmediatamente. Y prometo por la salvación de mi alma que al contar esto, más que poner en tela de juicio la probable intención proba del... individuo este, o de quien pudiere haber sido, lo que estoy significando es el grado de inestabilidad y de zozobra que esta criatura trasladaba a quien, como yo en este cuento, me había responsabilizado de ella. Nada más llegar a Granada para empezar yo el curso académico en la Universidad, lo primero que descubre al registrarse en el Hotel Casablanca, mi alojamiento estable, es que no tiene ningún documento, tarjeta, ficha, carnet, pasaporte... que la identifique: se lo había dejado todo en Alcalá, en mi casa. Menos mal que los del Hotel Casablanca, en atención a mí, obviaron dicha irregularidad, y además la dejaron ocupar una de las mejores habitaciones para ella sola. Yéssica lo pasó bien en Granada. Además de todo lo que quiso ver en la ciudad por su cuenta — eso sí, no se olvide, siempre con mi dinero — yo la llevé a Sierra Nevada, donde por primera vez en su vida se encontró y jugó con la nieve haciendo bolas. En Granada le compré un montón de cosas: pantalones vaqueros; un traje de chaqueta de mucho vestir — el que precisamente llevaba puesto cuando nos encontró a Goyita y a mí en el "Asadero los Argentinos" —, una peluca último grito, etc., etc. Solíamos comer donde a ella mejor le parecía, más que nada donde sirvieran sopas sabrosas de las que decía gustar sobremanera. A mediados de octubre 1992 me tocó ir a Barcelona para formar parte de una Comisión para una plaza de Profesor Titular de la Universidad Pompeu Fabra. Yéssica, por supuesto, se vino conmigo, y ya de paso visitamos a una tía suya que estaba trabajando de gobernanta en casa de unos señores acaudalados de una localidad de la provincia de Gerona, cerca de La Bisbal. En Barcelona nos hospedamos en el Hotel Royal, en plenas Ramblas; y los ratos que yo estaba ocupado, ella se

paseaba y veía cosas que nunca había visto. Yéssica, sin pretenderlo, sí fue certero instrumento para que percibiera yo los indisimulados rejos de celos de emulación que me arrojaron algunos colegas de la Pompeu Fabra cuando en un momento en que formábamos corrillo en el Royal Hotel bajó inopinadamente Yéssica y se acogajó, así como indolentemente, de mi brazo, recostando por si fuera poco su cabeza sobre mi hombro. Bueno, esto así muy en resumen, muy en síntesis. Yéssica estaría conmigo en España alrededor de mes y medio, acarreándome los gastos consiguientes a tenor de lo que el lector haya podido libremente asumir.

Pues bien, ésta era la Yéssica — todavía muy bonita, preciosa de pecho y de hechuras, poco más de veinte años — a quien nos encontramos el 28 de diciembre de 1993 en el restaurante/churrasquería tantas veces citado. Yo me preguntaba cómo acabaría todo! Goyita me recuerda algunos términos ya aprendidos por mí, como "avión" o chica, que se busca la vida en la calle.

Hoy ya es día 29. Como de costumbre, todo parece ir quedándose concentrado para el final. Goyita tiene todos los visos de quererme acompañar, en plan de pareja estable, el resto de mi estancia. Yéssica, ahora que sabe que estoy en Santo Domingo, amenaza con interferir de alguna manera, o tal me figuro yo. Jeanette es improbable que dé señales de vida; y a propósito, todo lo relativo a la operación de su aparato reproductor o lo que fuere, ha quedado en suspenso. Jeanette..., me parece que sufre una incipiente histeria. Su versión descansa en una disyuntiva muy simple: 1. Someterse a la remoción de la excrescencia que sea en el recinto uterino; y 2. Quedarse embarazada y parir! María Isabel Holguín puede comunicarse conmigo en cualquier momento; la loca de Paula... ni se sabe; las hermanas Mercado de Puerto Plata, improbabilísimamente, pero

ahí están; Griselda, la santiaguina, puede venir perfectamente a verme y a pasar parte de la mañana, como ha solido hacer. A Divina Robles la dejé un recado, y ahora a raíz de encontrarme con Yéssica, y decirle que me gusta Divina, es muy probable que se lo comunique. Y eso sin contar las visitas anunciadas de las hermanas Hiciano Cordero, y tal vez las mías a los señores de Vargas, Bencosme, Pareja, etc. Hoy a las 10:30 am. me ha telefonado Araceli, es decir, Gregoria, y definitivamente a partir de este momento ya siempre Goyita, sin variación, para decirme que me va a llamar de nuevo entre las 18:00 y las 18:30 pm. Lo más seguro es que pasemos juntos lo que queda de día. Hoy por fin me he enterado de que la señora ama de llaves del Hotel Continental se llama Orfelina del Monte: improvisamos una espontánea disertación sobre el matrimonio y ella me dijo que se había divorciado en 1976 porque su marido iba a casa "tragaeao". En mi anterior relación de gente contactada y/o de gente que podría contactarme a mí, no he mencionado la gestión de búsqueda de Maritza Aquino (baldía). Por fin a las 17:00 pm. de hoy miércoles 29 llega el fax de María Isabel Holguín: que no puede venir porque el trabajo precisa de su colaboración en fechas tan claves... Honradamente me alegré porque aquí su presencia habría originado un sin fin de encontronazos. Se despide en el fax diciéndome "te quiere". Reconozco que me emocionó algo, por muy acostumbrado que se esté a la magia dinámica de las palabras. Además, ello me ayudó a representarme el considerable impacto emocional que puede propiciar mi talante epistolar expresivo, no sólo en María Isabel Holguín, sino en otras mujeres asimismo.

Hoy día 30 de diciembre, penúltimo del año, me entero por la prensa del presunto batacazo del Banesto, y hago memoria de si tengo o no acciones o interés ahí: creo que no. Pero no hay que descartar el dicho de estos prójimos: "Cuando uno está en malas,

hasta la propia mujer se le niega". Por la noche, mientras charlaba con los taxistas en la puerta del hotel vi pasar a tres chicas preciosas, con un toque como oriental, que se pararon un momento: se trataba de tres hermanas dominicano-chinas, periodistas o por lo menos la mayor y más bonita de todas, María. Las otras dos se llamaban Joanna y Ada respectivamente. Tenían prisa y les dejé una tarjeta mía. Un poquito más tarde llega al hotel una "avioncito" reclamada por quien resultó ser un nativo de las Antillas francesas: moreno cetrino, a medio camino entre lo negro y lo blanco. La chica en cuestión se llama Josefina, trabaja en el *night club* "Le Petit Chateau" de la Avenida o "autopista" 30 de mayo, la del Malecón "going west out of the city" como reza el periódico para turistas *Touring*. De no haber estado contratada ya — y tuvo que serlo "a la ciega", "blind date" — se hubiera quedado conmigo [A la mañana siguiente la vería en el hotel con el tío de marras y vestida más de paisano. Sin duda pasaron juntos la noche, y el antillano francés debió de encontrarla atractiva como para contratar sus servicios durante tanto tiempo. El caso de Josefina ilustró ese aspecto de la condición humana, aparentemente contradictorio, por el que los hombres nos enardecemos más cualificadamente si cabe, ante la presencia de una mujer que se halla en la órbita de posesión directa e inmediata de otro hombre]. Todavía el mismo día 30 recuerdo a una parejita de chicas, blanquita la una, indiecita tostada clara la otra, que entraron en la discoteca del Continental a engrosar la celebración del cumpleaños de alguien. Creo que le dejé una tarjeta mía a la indiecita llamada Altigracia. La otra... me parece que se llamaba Carla.

31 de diciembre de 1993 . He ido al centro: he puesto el fax a María Isabel Holguín; he comprado "El poder del jefe", vídeo sobre Trujillo, y la cinta con los poemas de Buesa. Voy preparando mentalmente unos apuntes conversacionales para la

cita que pedí por teléfono a la viuda e hijo de José Ángel Buesa, y que amablemente me anuncian que me conceden para el domingo 2 de enero 1994. Me había facilitado la dirección y el teléfono don Pedro Bisonó, administrador de la Librería América, en la calle Arzobispo Nouel esquina Sánchez. A las 18:30 pm. viene Goyita a verme. La doy quinientos pesos y la echo un buen polvo, conjuntado y elaborado. Luego, después de irse, me doy un paseo por el Malecón con un par de adolescentes, Carla y Lilian, que dicen ser primas, de 16 y 17 años respectivamente. Me dicen que al día siguiente a lo mejor se animan a subir conmigo a mi habitación del hotel. Un poco más tarde, también saliendo del hall del Continental a la Avenida Máximo Gómez conozco a Magdalena que iba buscando a no sé quién que no estaba: le doy mi tarjeta a toda prisa y ella me da su teléfono que igualmente apunto apresuradamente antes de subirse a un taxi. Lo de siempre, un caos de gente acumulada en los últimos días de mi estancia. Me acuesto y espero el Año Nuevo en la cama. El Año Nuevo español, considerando la diferencia de cinco horas, resulta que lo había pasado tomando una *pizza* con Carla y Lilian a eso de las 19:00 pm., o mejor dicho, mientras estaba rematando mi velada con Goyita.

Hoy, día uno de enero de 1994 he comprado la prensa de la mañana en la calle porque el hombrecillo que regularmente me la lleva a mi habitación no ha venido: está de fiesta. Aquí a las gafas las llaman *espejuelos*, y si son graduadas, es decir, para leer, por ejemplo, de uso individual, *recetadas*. Así que bien puedo decir que a mí me hurtaron mis *espejuelos recetados* y que me tuve que encargar otros, como quedó anotado. Recibo la inesperada y gratísima llamada de Magdalena Solano, la indiecita oscurita que entró en el hotel con un vestido estampado, y que me diera su teléfono ya en el taxi. La eché un buen primer polvo, y a punto estuve de un segundo que no llegué a

materializarse, si bien me felacionó cumplidamente como antesala del intento. La llevé a cenar al "Asadero Los Argentinos" y pidió un estupendo cordero asado que tenía muy buena pinta y que me prometí alguna vez probarlo yo.

2 de enero 1994. Llamo de nuevo a los Buesa, y el hijo me dice que a lo largo del día concertaremos el encuentro. Me telefonea Elsa Hiciano para decirme que vendrá esta tarde a traerme la encomienda para Cordelia (que, como sabemos, ya está en España), un sobre con una carta y fotos. Con este motivo me viene a la cabeza — por el día en que invité a comer a las cuatro hermanas — la vestimenta de la niña de Milabi, el ornato característico caribeño: calcetines como de sombrilla; braguitas en capas como de piña, o como los cortezones del tronco de una palmera: un verdadero cromo en un vestidito blanco como de... tul o gasa, repleto de volantitos, lacitos. A las 15:00 pm. recibo la llamada de Buesa (Jr.) y me dice que viene él a verme al hotel. Tengo el corazón en vilo, porque no puede ser para menos; pero al mismo tiempo me satisface el curso que está tomando mi gestión. Y efectivamente, José Ángel Buesa, Jr., se presenta a las 17:40 pm. y charlamos durante dos horas y veinte minutos ininterrumpidamente. Es un gran chico de 23 años, fuerte y de cordial, justa y hasta ennoblecida dicción. Por supuesto que a poco que me lo propusiera me salió el entusiasmo que yo profesara a su padre desde que cayeron en mis manos sus míticos *Oasis* y *Nuevo Oasis*. No había duda de que Buesa había sido un inmenso poeta, versátil y acaparador de registros a la vez. El hijo me dedicó afectuosamente una separata de "Canto a Duarte": "Para mi amigo Tomás Ramos Orea con mucho afecto de José Ángel Buesa jr. 2/1/94". Dicho poema fue una de las últimas creaciones del vate, y según me contó el hijo su composición se debió a la necesidad que tenía la familia de ganar el concurso convocado en 1976 para honrar la memoria del gran patriota

dominicano. El premio estaba dotado con el equivalente a unas cien mil pesetas, cantidad respetable aunque en modo alguna indicativa de la intensa calidad y encendido estro del poema épico-histórico. A las 18:00 pm. me llama Goyita, que llega a las 20:00 pm. La echo un buen polvo, cenamos y se va a las 22:00 pm.

3 de enero 1994. Me pongo la vacuna y la guardo. Llamo a los del Departamento de Relaciones Exteriores del Gobierno y no está el que debe estar : que llame media hora más tarde. Lo de siempre. Bien. Tengo la prensa para leer. Pasa el tiempo y como nadie me llama, tampoco llamo yo a nadie, excepto al "Petit Chateau" para despedirme de Josefina: dejo un recado a alguien que coge el teléfono. Ahora mismo, a las 13:00 pm. don Leandro Ferreras, del Gabinete de Prensa del Departamento de Relaciones Exteriores — uno de los dos a quienes contacté el día 31 de diciembre pasado, por la mañana, en relación al discurso que don Joaquín Balaguer pronunció en el encuentro de la Segunda Cumbre de Presidentes Iberoamericanos celebrada en Madrid con motivo del Cuarto Centenario — me llama para decirme que todavía no ha conseguido el dichoso discursito; y yo le ruego que si lo consigue, que me lo remita a España.

Nada más llegar a Granada, me pongo a cumplimentar el encargo de Sergio Bencosme, y con fecha 11 de enero de 1994 curso la carta que incorporo en estas páginas a quien ahí aparece, además de ponerlo en conocimiento en la Escuela Andaluza de Salud Pública, cuya sede radicaba en el Campus de Cartuja de la Universidad:

Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Cartuja
Universidad de Granada
Departamento de Filología inglesa

11 de enero, 1994

Prof. Gonzalo Piédrola Angulo
Departamento de Microbiología, Facultad de Medicina
Universidad de Granada
Avenida de Madrid, s/n
Granada

Distinguido profesor:

En una reciente visita a República Dominicana he vuelto a saludar al Prof. Sergio Bencosme. Nuestra amistad data de hace casi treinta años, cuando yo comencé a profesar — en mi campo de Filología/ Literatura — en Queen's University, Kingston, Ontario, Canadá; Universidad en la que él llevaba bastante tiempo establecido, y continuaría. Por mi parte, pertenezco a este Dpto. de Filología inglesa desde 1972.

El caso es que, al referirle yo al Prof. Bencosme mi afección permanente/crónica de faringitis, y la autovacuna que (por consejo del Dr. Vázquez Suárez, Jefe de Sección, Dpto. de Rehabilitación de la Ciudad Sanitaria Virgen de las Nieves, y del Dr. José Salinero Hernández, Jefe de Sección, Servicio de O.R.L. del Hospital General de Especialidades Virgen de las Nieves) su Dpto. de Microbiología me prepara cada año — éste es el séptimo —, y los buenos resultados que me está dando en el sentido de mantener mis defensas, etc., etc., el Dr. Bencosme me encareció que transmitiera a Vds. su enorme interés por estas cuestiones, i.e., el posible desarrollo rutinario de autovacunas en República Dominicana, si es que en España se hace así. Seguramente el Prof. Bencosme se calló otros detalles que, dada

mi condición de absoluto lego en la materia, no hubieran hecho más que confundirme. Creo que el motivo más evidente que le ha movido al Prof. Bencosme a pedirme mis oficios es el de ignorar a qué instancia, Dpto., o persona concreta contactar.

Pidiendo de antemano disculpas por la tosquedad, acaso, en mi transmisión del mensaje del Prof. Bencosme, y dejando patente que lo único que me mueve es hacer posible la comunicación entre Vds., dentro del modesto cometido de introductor que me he ofrecido a desempeñar, les quedo muy agradecido por su consideración.

Cordialmente

Tomás Ramos

Se adjuntan : 1. Curriculum del Prof. Bencosme

2. Dirección Universidad y particular



UNIVERSIDAD CATOLICA MADRE Y MAESTRA
 - Santiago, República Dominicana

Dr. Sergio A. Bencosme
 Director del Centro de Biología Humana y Experimental
 Centro de Investigaciones

TELEF. 5461023
 Teléfono 582-5105
 EXT. 210
 281

Dr. Sergio A. Bencosme, MD PhD

ASESOR DECANO FACULTAD CIENCIAS DE LA SALUD U.C.M.M.
 DIRECTOR DE INVESTIGACIONES CLINICAS
 HOSPITAL REGIONAL UNIVERSITARIO "JOSE MARIA CABRAL Y BIEZ"
 ASESOR DEPARTAMENTO DE CIENCIAS Y TECNOLOGIA
 SECRETARIADO TECNICO DE LA PRESIDENCIA

Teléfono Res. 582-1338
 UCMM 582-5105
 Hospital 583-4311
1383-7314
580 1962
La Persepolis
 Res. ~~don Juan Pablo Duarte No. 24~~
 - Santiago, Rep. Dom.

Precisamente mientras desempeñaba el cargo de vicerrectora de Relaciones Internacionales mi querida colega de Filología Inglesa, Adelina Sánchez Espinosa, me consta que la Universidad de Granada instrumentó una serie de contactos con la República Dominicana, materializados, por lo menos y que yo sepa, en un viaje de los representantes granadinos a la Isla

Española. Adelina fue una de las que viajó. De Sergio no he vuelto a tener más noticias coincidiendo con toda mi ausencia también desde nuestro pasado encuentro. En el momento en que esto escribo, noviembre 2008, Sergio se encontraría en sus ochenta y ocho años, edad perfectamente compatible con un estado de lucidez y de remansada sabiduría. Ojalá sea así.

En lo tocante a mi interés por el discurso de don Joaquín Balaguer, para sorpresa mía — la verdad, no del todo justificada — recibo en el mes de marzo 1994 una carta certificada, sin fecha visible, con la firma de don Leandro Ferreras, Encargado de la Unidad de Archivo del Departamento de Prensa, y de don Andrés Castillo, Auxiliar del Departamento de Prensa, adjuntándome fotocopias del *Listín Diario* de viernes 24 de julio 1992, en que se contienen "el texto no oficial del discurso del Presidente Balaguer, versión tomada de una grabación televisiva", junto con otro suelto del mismo periódico dominicano sobre aspectos y detalles de la celebración de dicha II Cumbre Iberoamericana. Con fecha 26 de marzo me cumple acusar recibo del mencionado envío.

Goyita; Magdalena; Vilma; Divina; Yéssica; Lodys: Santo Domingo (República Dominicana) agosto 1994

Me atrevo con mi viaje número 13 a la República Dominicana, siempre ya con un creciente palio de duda gravitando sobre mi conciencia respecto de si éste..., o tal vez el próximo, será el último, acaso el penúltimo. Muy cerca ya de los 58 años me constituía yo en el primer espectador de mi representación; del "show" del curso de acción de mis apetencias y capacidades. Me constaba que tendría que averiguarlo sobre la marcha, ni antes ni después, sino en el mismo instante de producirse la pequeña o gran epifanía de la realidad. Así que no había más remedio que seguir. El día 13 de agosto de 1994, en el mostrador correspondiente de facturación del aeropuerto de Barajas me encuentro en una cola paralela a la mía a Ángel Sáenz Badillos, arabista y hebraísta de la Universidad de Granada, que se iba de congreso a Copenhague : "Cada cual hace — pensé — aquello que su no tener otra cosa que hacer le permite". Y era cierto que a mí, ahora, venirme a follar, o por lo menos intentarlo, a un ramillete de amigas dominicanas no me permite ir de congreso ni de zarandajas de tenor parecido.

En el presente entregan los impresos de estancia y tasa turística de 10.- \$ USA en el momento de su adquisición y de hacer efectivo el dinero. Antes recogía cada cual el suyo, lo rellenaba y se lo cobraban al inspeccionarle el pasaporte. Desde el Aeropuerto Internacional las Américas (AILA) se puede definitivamente llegar al centro de Santo Domingo por cien pesos, siempre que se comparta transporte. El chófer de la furgoneta me conocía de otras veces. Se detuvo a comprar *dos* naranjas partidas, es decir, preparadas ya para comer, en un puesto junto a la carretera, y que le costaron cinco pesos. "Bastante caro", dije yo. "Más que en New York", dijo él. Los

del Hotel Continental se ponen bordes. Parece que han tenido clientes quinquis que se les han escapado sin pagar. A mí, ¡allá ellos; que hubieran tenido ojo clínico para detectar anomalías! Desisto, en principio, de pagar con tarjeta de crédito, ya que han empezado a imponer, en vista de lo que acabo de decir, que el viajero firme en blanco el estadillo de la tarjeta de crédito. Pero después del cargo equivocado de las 199,000.- pesetas de Bangkok un par de años antes, no está la cosa como para firmar nada en blanco. Opto por pagar "cash", sobre todo las consumiciones de restaurante. El dólar se cotiza a 12,60 oficialmente, y a 13,00 en el mercado libre. Así que es recomendable aguantar los dólares e ir tirando de ellos conforme evolucionen las cosas. Al mismo tiempo desestimo lo que el Departamento de reservas del hotel me recomendaba, a saber: que pagara *por adelantado* los catorce días previstos de estancia con tarjeta de crédito.

Desde nuestros estrenados encuentros durante el pasado enero, y a lo largo de estos más de siete meses, mi gran corresponsal había sido Goyita. Cuatro cartas nada menos había recibido de ella. En todas me pide dinero, pero dentro de un contexto lleno de coherencia, respecto de datos y de extremos que me eran bien conocidos, como sus cursos en la Universidad y las fechas de sus matrículas y sus pagos. Se despedía de mí como "tu Ratita", señal de que yo le tuve que poner el cariñoso apodo en algún momento de nuestras intimidades. Sabedora muy probablemente de que yo planeaba colocar mi viaje a la RD en época nunca más tardía que agosto, en cada una de las misivas me recordaba que la fecha tope para la satisfacción de sus tasas y desembolsos era el 30 de dicho mes. La verdad es que en este caso todo coincidía: Goyita, sin llegar a entusiasarme, me gustaba; su comportamiento había sido ejemplar; yo había decidido hacer la que en un momento entreví como última

excursión a Santo Domingo. Y además de todo eso, y como muy bien me recalca Goyita, en vez de enviarle el dinero por el siempre engorroso, caro y no del todo seguro método de una agencia o del banco, mejor llevárselo en mano y hacer que todo encajase. Y encajó. Perfectamente. El mismo día 13, de mi llegada., y los dos siguientes, catorce y quince, estuve follando con Goyita, a quien le regalé 1,500.-(MIL QUINIENTOS) pesos para sus gastos generales de Universidad, además de dos propinas separadas de cien pesos cada una con el fin de que ejercitara y cultivara el arte del ahorro. Desde luego que los precios en la RD han experimentado una vigorosa subida. Una postal sencilla que le envió a Wences me cuesta tres pesos, y una postal-tarjetón doble que le mando al cirujano Ramón Ochoa, de Guadalajara — el que me extirpó el pequeño papiloma de la espalda —... diez, lo cual me parece carísimo en proporción de nivel de vida. Le obsequio con una copia de mi "Granadinismo en el Caribe" al Sr. Bisonó, de la Librería América. Hablo por teléfono con Buesa Jr., el cual, por el tono de su expresividad y por los cuatro detalles que se le escapan, parece estar atravesando un momento económico bastante malo. Me encuentro con Carmen Díaz en el hall del Hotel Continental. Le digo que recibí, en efecto, una carta suya y dejamos las explicaciones para cuando ella me llame, como me anuncia. Curso telegramas a Paula Mateo — a Azua y a la última dirección suya que conozco en Santo Domingo; también a las hermanas Mercado, a Puerto Plata: los tres telegramas me cuestan 2,85.- pesos, menos de siete duros, increíblemente barato: veremos si los despachan y si llegan. Llamo a Jeanette y la encuentro en casa. Se pasa por el hotel un momento: sigue siendo atractiva — veintidós años — pero menos; y además pesa sobre ella la obsesión de que si se opera de su conato de mioma la pueden estropear los ovarios e impedirle tener descendencia:

¡Como para meterla en casa en calidad de pareja, con semejante paranoia! Con todo, quiero recordar que aquella noche tuve un sueño erótico, muy probablemente propiciado por dicha visita aséptica de Jeanette; sueño cuya heroína jamás se dibujó en mi conciencia con trazos nítidos. Si se hubiera tratado de Jeanette, en aquel trance onírico se me presentó como una cachonda callada pero tempestuosa cuando se echó a andar: no consintió en que la follara pero me felacionó en su boca con soltura. Se ve que tenía rodaje en el asunto. Sus pechos son abundosos y compactos. Ya anteriormente había configurado yo la teoría de que, según todos los indicios, las mujeres aquí se deben de iniciar en el arte de las mamadas prácticamente desde el momento en que tienen uso de razón; y si no lo ejercitan antes — cosa por determinar — es porque acaso pueda existir el temor de que hagan un extraño con los dientes y causen una avería desagradable. La felación es la única salida de alivio al miedo seguro de embarazo por contacto sexual en estas tierras.

Los conceptos "pobre" y "numeroso" se asimilan cada vez más, se hacen cada vez más inseparables. Las familias son "pobres" porque son "muchos". Si yo tuviera que proveer a tres de familia, por ejemplo, no podría viajar, ni tener (o haber tenido) dos coches Mercedes, extremos estos indicativos de capacidad económica por antonomasia. Ahora, sin tocar el reloj — cosa que yo nunca hago — es facilísimo determinar la hora debido a la diferencia de seis: se suman hacia adelante o se restan hacia atrás. Hago averiguaciones en un establecimiento de videos sobre el que me compré sobre Trujillo, y sobre las posibilidades de pasarlo del sistema americano al PAL europeo; y según parece es engorroso y caro; en una palabra, desproporcionado e inoperativo; en términos sentenciosos del individuo de la tienda: "Más cara la sal que el chivo".

El día 17, miércoles, es el primero de mi vacación en que me encuentro organizado, dejando que las cosas discurren con arreglo a sus propensiones naturales. Llamo a Divina Iris Robles, y según me cuenta el señor que contesta en el número que ella me dio, su proyectado matrimonio de marras se ha quedado en agua de borrajas. Estoy esperando a Magdalena Solano, la indiecita oscura, de mi viaje inmediatamente anterior de diciembre 1993-enero 1994. Es educada y bonita y me felicionó muy bien, hasta el momento la única vez que hemos estado juntos. En esta ocasión del 17 de agosto la he echado un señor polvo, muy meritorio en su simplicidad, precedido, como preludio, de una felación enardecedora. Deseaba yo ponerme encima durante el ratito del taladro.

Sigo leyendo la prensa, como rutina diaria y recortando y/o copiando las expresiones que más me llaman la atención: "Se le rindió guardia de honor con toque de cinco *floreos* [subrayado mío y que presumiblemente, como anglicismo que es, traduce a *flourish*], *Hoy*, 17-8-94. Sobre el mediodía de este 17 de agosto, miércoles, me encuentro inesperadamente con Divina Iris Robles en el vestíbulo del Hotel Continental, como si hubiera adivinado mi telefonazo. Estaba acompañada de otra amiga, y en misión laboral. Llevaba el pelo rapado, y sus piernas, ligeramente arqueadas — me pareció — y enjutas realzaban la abundancia de sus pechos. La encontré apetecible, enormemente deseable. Sentí una erección progresiva y resuelta. La situación no dio más que para saludarnos. En mis apuntes sobre la marcha no registro ningún otro detalle, como el de que ella pudiera haber propiciado realizar precisamente allí, en el Hotel Continental, la gestión de que se tratare, con el fin de encontrarse conmigo aleatoriamente. Por la noche ha venido Vilma a la que no veía desde el verano anterior, ocasión en la que le regalé la cantidad suficiente para que pusiera al día todos sus pagos y todas sus deudas. Vilma me

había escrito en diciembre de 1993, y yo le había contestado en enero 1994, justo después de mi regreso de Santo Domingo, sin por supuesto haberle dicho una palabra de mi viaje, ya que en aquella circunstancia no me había sido posible ponerme en contacto con ella. En su citada carta de diciembre 1993 me hablaba de un sin fin de penalidades y estrecheces cuyo argumento no añadía nada nuevo a lo ya normalmente sabido. Vaya por adelantado que, como digo, yo contesté dicha carta en enero de 1994, y como desagravio por cualquier cosa que hubiera podido entenderse como falta de atención o diligencia por mi parte, le envié otros 450.- (CUATROCIENTOS CINCUENTA) dólares que cubrirían los gastos inmediatos objeto y causa de su desazón . Así que tal era el panorama: no nos habíamos visto desde hacía más de un año, pero los 850 dólares que había recibido de mí habrían compensado su siempre halagadora nostalgia de mi persona. Por lo tanto, en este 17 de agosto de 1994 todo estaba a nuestro favor. La eché un polvazo poderoso y [empujador](#), precedido de una preciosa y sentida felación. Mientras se sentía penetrada, al preguntarme Vilma que si ella me gustaba y decirle yo que "sí", que naturalmente que sí, me añadió : "Consérvame". Curiosa observación, edificante propuesta, pensé yo. Mi cuaderno de bitácora registra hasta el momento las siguientes entradas: día 13, sábado: polvo a Goyita; día 14, domingo: polvo a Goyita; día 15, lunes: polvo a Goyita; día 17, miércoles, mañana: felación y polvo a Magdalena; tarde-noche: felación y polvo a Vilma. Este ritmo me anima y me mueve a seguir siendo. Todavía no me he metido en la piscina : tengo cada vez más reservas a que me de el sol en la sutura de la espalda, resultado de la remoción de mi papiloma... Sigo constatando que los nombres de los dominicanos son en una gran proporción cripto-exóticos: Kenia; Kirsis; Orquídea, para las

mujeres; Teudis; Jamílquez, etc. para los hombres, por poner unos ejemplos.

Hoy, día 18, jueves he ido a visitar a Yéssica, y a su mamá Lourdes. Yéssica sigue bonita, con pechos preciosos, ordenados con arreglo a un perfecto y ponderado "cleavage". Quedamos en salir a cenar un día de estos. Lo malo es que vive lejos, en la zona de Herrera. En *El Nuevo Diario* de esta fecha 18 de agosto leo: "¿Qué es lo que hay? Que el doctor [Joaquín Balaguer] comenzó con el remeneo de la mata... Así CMT pasa a Canciller del país". La noche del 18 al 19 la pareja ocupante de la habitación contigua a la mía en el hotel protagonizó una movida, un cuerpo a cuerpo, quiero decir, ruidoso, vocinglero, gritón, con todo el adobo conversacional, sobre todo por parte de ella, de melindres, expresiones querendonas, edulcoradas en el "tono" Caribe. Esta mañana he visto al hombre: una bola negra, rapada; semi-zambo al andar. A la chica, o lo que fuere, no he podido distinguirla. Este día 18 yo he descansado.

Y estamos en el día 19, viernes. Me levanto con picores, absolutamente atípicos, en el meato urinario, que con el transcurso de la jornada no sólo no disminuyen sino que acaso se acentúan. Por la tarde me acerco al Centro Clínico Quirúrgico de las calles Dr. Piñeyro y Jonás Salk, muy cerquita del hotel y casi enfrente de la residencia de Manolo Pareja. Contacto con el urólogo don Tabaré Mendoza Batista, hombre joven y suficientemente comunicativo, lo justo. Para más seguridad me toman muestras para unos análisis de secreción y de orina, análisis que se gestionan sobre la marcha, de inmediato. Según entiendo, el diagnóstico parece fácil, ya que el galeno esa misma tarde y a la vista de los resultados que no reflejan nada anormal, me prescribe Uvamin Retard, una unidad o cápsula cada ocho horas durante ocho días. Me dice también don Tabaré que hemos cogido el proceso a tiempo. Parece que mi infección tiene que

ver con la orina. La consulta, diagnóstico y medicina me cuesta 300.- pesos, y los análisis y recogida de orina 405.-, en total unas nueve mil pesetas, ni caro ni barato, para tratarse de la RD.

Llegamos al sábado 20. De mi lectura diaria de prensa esta vez destaco: "El doctor [Joaquín Balaguer] *desveliza* [<desvelar, develar, quitar el velo, descubrir + deslizar] una *tarja* [escudo; tabla; chapa] levantada en honor"..., *El Siglo* 20-8-1994. Viene Yéssica a verme y la llevo a comer al "Asadero Los Argentinos": ella, un churrasco del que yo — había pedido en prevención un plato más ligero de pescado — comí buena parte, combinando así los dos clásicos nutrientes. Con lo que ya no pude fue con el postre. Un café solo largo me dejó servido. Luego nos vamos a mi habitación. Yéssica me invita resueltamente a que la acaricie y la bese el busto. Los senos están muy apetecibles, aunque blanditos, como flanes temblones, y salpicados de pequeñas estrías. La echo un polvo a medio entrar, a medio penetrarla, porque me disparo con sólo besarla y acariciarla... Desde mi habitación 704 veo hoy, sábado, algunos barcos en el mar de enfrente; antiguamente no solía ver ninguno.

Y nos hemos plantado ya en el domingo 21. Los puertorriqueños no son "ni chicha ni limoná". Los dominicanos rotundos reconocen que en Pue[//]to Rico prepondera la "güelfé" [welfare] y que nadie da golpe. La canción más repetida en la radio esta vez es el bolero "Nos hemos hecho tanto, tanto daño"..., y que termina ... "de rodillas en la vida / frente a frente y nada más". Las mujeres no saben qué ponerse para llamar la atención: la abertura de unos vaqueros, por detrás, a la altura de la pantorrilla baja, adoptaba forma de corazón, obedeciendo al movimiento de fuelle de la pierna de la portadora. Tanto los puertorriqueños, como los Dominican-York, como los de a pie intercalan en el flujo conversacional las expresiones hechas, en inglés, como: "oh, shit", "come on", "shut up" y cosas por el

estilo que les presten — o ellos así lo creen — un mayor dinamismo internacional a lo que dicen. Ya dejé registrado en algún otro lugar que aquí los negros no dominicanos, y por supuesto y sobre todo, los de USA, apuntalan su inglés con el fin de diferenciarse; aunque el cordobán de su piel les iguala a todos ellos ante los ojos de un celtíbero como yo. Una de las chicas que trabajan en la peluquería del hotel se llama Deyanira. Conecto con Manuel Pareja y probablemente le vea a eso de las 17:00 pm. Aquí se dice *ultimar* por *matar*, *liquidar*. Creo que la próxima vez — si hay próxima vez — voy a morderme la cola, cerrar el círculo; es decir, voy a venir con un viaje organizado de excursión, si es posible a un hotel caro, como el Centenario, cuyo suplemento por habitación individual me cueste lo que me ahorre en el viaje. Y siempre dentro de la capital Santo Domingo. La rutina más visible del Hotel Continental es la observancia de la higiene: aspirado y limpieza de las moquetas de las habitaciones, fumigado de los mosquitos: pequeños, con vuelo como vacilante y planeador.

Llamo a Kenia y accede a acompañarme a visitar a Manuel Pareja y a su mujer en su "pequeña Alhambra" de la Avenida Independencia. Una vez más constato que en estos países en que "la carne" está en el mercado con una gran movilidad, con una dinámica consuetudinaria — bien sea "por libre" o a través de los conductos institucionales del des-casorio, etc. — las ofertas sofisticadas de sexo y lenitivos artificiales y sucedáneos, como las "líneas calientes" y cosas así, tienen una relevancia más bien pequeña en comparación a otros lugares; mientras que la proporción inversa entre la oferta de instancias desiderativas (*wishful thinking*) y el comercio real de la carne se opera a la perfección en los países más desarrollados. "A su o[//]den" es como suelen cerrar el diálogo los empleados, tenderos, o simplemente interlocutores que atienden nuestras gestiones. Otra

expresión conversacional corrientísima de esta gente es: "¿Y eso cómo va a ser?"

Lunes 22 de agosto. Hablo por teléfono con la madre de Mary Reyes, la chavalilla de San Francisco de Macorís, y la mujer, amabilísima, me dice que vaya a verles..., y además me recalca su dirección. Me dice que su niña, ahora ya con 16 años, le ha hablado de mí. Desde luego que no sería por falta de ganas. Hablo también con Judith, la menor de las hermanas Mercado, de Puerto Plata, y me parece que su tono ya no es tan austero, tan excluyente como el de otras veces. Me dice que no han recibido telegrama alguno [¿Es posible que un telegrama que cuesta 15 pesetas pueda llegar de Santo Domingo a Puerto Plata?]. Así que hoy ya

martes 23 pongo los mismos telegramas a Paula Mateo, a sus dos direcciones de Azua y de Santo Domingo respectivamente : precio : 1'95.- pesos. Es algo misterioso que convendría investigar, porque llegar a la conclusión de que alguien se pueda limpiar el sieso con este servicio público propiedad privativa del Estado... en verdad que parece fuerte. Por cierto que al volver de una de esas sesiones de teléfono/grafó coincidí en el concho que excepcionalmente había cogido, con una preciosidad de indiecita, estudiante de "mercadeo" en la UASD. Reflexioné sobre el sempiterno impasse de la mujer que se nos aparece, potencialmente única e incomparable, y se nos esfuma, dejándonos empozados en la perplejidad más insatisfecha que imaginar podamos. Le he comprado al señor Bisonó un ejemplar de *Enriquillo*, la gran novela histórica de Manuel de J. Galván. Para telefonar unas cuantas veces seguidas fuera de Santo Domingo, por ejemplo, a San Francisco de Macorís, a Puerto Plata, etc. me iba yo a un locutorio cercano, ya que desde el hotel los precios se duplicaban. Por la noche me encuentro en el hotel con la loca

celestina de la Yolanda, la podenca rubia, intermediaria de niñas. Iba con una, Lodys, que me gustaba pero que no se podía quedar. Los nombres son de concurso: Ivelisse, Lodys...

Tengo un pasaje en mis apuntes a pie de acción, relativo a Divina, que recuerdo distintamente y que sin embargo no logro encajar en la precisa categoría temporal. Pudo tratarse de este mismo martes 23; tal vez de un día antes; acaso después. Fue mi última oportunidad, y ahora, con la perspectiva que prestan catorce años, creo que la desaproveché. Desde luego, esta chica me atraía; me trasladaba morbo, y por mi parte, sin haber llegado a darle dinero, indirectamente le había cumplimentado algún que otro capricho suyo, como un envío voluminoso de libros Parramón sobre técnica de dibujo, desde España, además de una suscripción a *National Geographic* por lo menos durante dos años. Divina era, en teoría, una de las mejores amigas de Yéssica, lo cual tanto constituía un obstáculo para nuestras posibles expansiones, como una carga inequívoca de morbo, por lo menos en lo que a mí me atañía. Divina era culta, hablaba bien, y no carecía de pretendientes; el último, ya dijimos, parecía ser un italiano con el que ella no descartaba ni mucho menos alcanzar el techo institucional del casorio. Yo, desde las fechas que quedan recogidas en los capítulos anteriores y correspondientes de *Mujeres, lugares...* me había insinuado a la manera ya dicha: mediante la cortesía social del regalo y de la palabra. Divina se sentía halagada por mis atenciones, y en uno de mis anteriores viajes hasta me llevó al Hotel Continental, antes de salir yo para el aeropuerto, ya de regreso a España, un bonito recuerdo: una figurita de porcelana representando la cabeza de un buho o mochuelito, metido en una como casita de cartón con tejadillo, confeccionado por ella artesanalmente, y envuelto todo y sellado en papel de celofán con serpentinas enrolladas formando bucles; sobre toda esta pequeña

arquitectura, un cuadrito a guisa de pancarta que rezaba: "Buen viaje".

En la ocasión a la que ahora me estoy refiriendo, tengo anotado en mis apuntes: "Hablé con Divina Robles por teléfono", lo cual no significaba nada definitivo. Pero por lo que fuere, aunque dudo de que se tratara de una cita en regla, el caso es que ella llegó al hotel — posiblemente con alguna gente más — y que nos desglosamos a dar una vuelta hasta el Malecón. Yo también recuerdo que había hecho idea de verme con Carmen Díaz, tampoco sé si en razón de una cita acordada previamente — que creo que no — o simplemente porque a mí me constaba que Carmen celebraba en el Hotel Continental unas reuniones de trabajo con otras jóvenes empleadas y futuras ejecutivas. Fuere por lo que fuere, mi paseo con Divina lo había yo configurado como un menester más, de quijotismo y de socialización. Estúpidamente, me había yo cegado de antemano cualquier desarrollo que ulteriormente pudiera presentarse. Así como ejercitando de oficio la proverbial actitud varonil, sí recuerdo también que en un principio yo debí de sugerirle a Divina algo más acuciante que el escueto paseo y la mera charla. Pero el caso es que nos vimos en el Malecón, junto a una parada de taxis. Se acercaba la hora en que yo había previsto que Carmen podría haber terminado su reunión y por lo tanto estaría en alguna parte de las dependencias del hotel... Fue todo un conglomerado de reacciones tardías por mi parte; de reconsideraciones faltas de sazón por parte de Divina, porque el caso es que me pareció... ! oh, sí, sólo me pareció entender que ella quería volver al hotel, porque se fue convenciendo a medida que yo le iba diciendo cosas — pues tal es el poder allanador de la palabra — y que yo, que ya había hablado con el taxista del Malecón y le había puesto en la mano el importe que me dijo por la carrera hasta la casa de Divina..., dejé que ésta se marchara. No sé, no sé nada

ahora, después de catorce años. Lo único que percibo con la cercanía del golpe, en la contigüidad de la piel, es que me mortifica pensar en ella. Aquella mujer encerraba argumento; sentía algo por mí, tal vez algo más que algo; mi persona desempeñaba un cometido, el que fuese, en los engranajes de su máquina espiritual. Tampoco sé si fue en aquella ocasión, o en alguna anterior, cuando me expresó su extrañeza de no seguir — por lo visto — recibiendo mi regalo de *National Geographic*; es decir, lo daba por hecho, contaba con ello sin más, sin conjeturarse la posible lógica que se encierra en el hecho de interrumpir una secuencia de obsequios cuando la parte obsequiada no... da señales de... reciprocidad. Pero ahora veo que su *reciprocidad* podría haberse materializado aquí, en este momento, en este paseo nuestro por el Malecón. Quizás estuviera experimentando las horas más bajas de su incumbencia hacia el italiano; quizá Divina orquestaba un ritmo lento, de recogida dilatada de acordes para resolverlo en una explosión arrebatada y de compendio. Y a mí me sigue mortificando pensar en ella; porque la literatura es eso: poner en marcha por medio del *logos* a la realidad rediviva, operante, tal vez distorsionada por razón del apasionamiento.

Miércoles 24 de agosto. Llamo a Yolanda, la rubia Celestina, y me gestiona a Lodys que va a mi habitación. Como yo presumía, dispone de un busto precioso y de una figura muy atrayente. Me dice tener 18 años (?) y ser estudiante de 4º de Bachillerato. Le doy 500.- pesos para ella y 200.-para Yolanda, como habíamos acordado. Lodys, encantada de confiarme su teléfono y de que yo concierte con ella directamente. Me la he follado de pie, desde detrás, frente al espejo. Senos preciosos y compensados. La braguita, como de seda rasa, medio metida en la rajita del culo, atrayente: me pregunto si eso es lo que ahora llaman *tanga*. Sigo leyendo la prensa: a la *condecoración* lo

llaman aquí *preseas*. "Aquel orador excelso, enérgico y desafiante de antaño [Balaguer] trocábase ahora en connivente, anuente y hópito", *Hoy*, 24-8-94, pg. 16. "Aparecen *volantes* [panfletos, octavillas] contra"... *El Siglo*, 24-8-1994.

El jueves 25 de agosto me decido por fin y cumplo con el rito de llevar un ramo de rosas a Asunción, la mamá de Kenny, Jeanette y Karen Castellanos. Por 415.- pesos de ramo y otros 120.-de transporte, o sea, por unas 5,600.- (CINCO MIL SEISCIENTAS) pesetas arreglo el asunto. Karen se presentaba al día siguiente al concurso nacional de belleza "Señorita dominicana de menos de 20 años" o "Miss Teenage Dominicana 1994", a celebrar en el Hotel Lina. En caso de que no consiga el primer premio y todo lo que ello lleva consigo, espero escribir a Karen desde España e invitarla. "Son unos *cueros*, que sólo van buscando *proporción*" dijo el guarda privado del Hotel Continental de dos chavalas feíllas y *grillitos* [negritas] que pasaron por allí. Me doy cuenta de que la humedad ambiental no reseca la nariz, y me he sorprendido agradablemente de no hurgarme en la coriza. Por la noche concierto otro encuentro con Lodys, y por 600.- pesos [nos hemos beneficiado mutuamente de la comisión de 200.- pesos a Yolanda] la echo un polvo. Hoy se me ha presentado con pinta más golfa, con las tetas subidas por un sujetador de esos de media "cup". Sigue estando buena, bonita de chasis; mejor dicho, agraciada; pechos generosos y jóvenes. En el vestíbulo del Continental conozco a Lourdes, Public Relations [yo la tomé en un principio como azafata- guía de agencia] del Hotel Garden, de Bávaro Beach, y que había ido conduciendo a unos italianos. Lourdes es altita, bien proporcionada y morena, no sé si "por el sol de la alegría", por la acción del trópico, o por razón de sus genes de india. Lleva medias, buen distintivo de gusto y de feminidad. Le doy una tarjeta mía: no se sabe nunca.

Y llegamos al 26, viernes, penúltimo día de estancia. Llamo a María Isabel Espinal, la casada con médico; se pone su madre y no parece disgustarle la idea de que alguien como yo llame a su hija, por muy casada que esté. Luego marco el número antiguo, el único que tengo, de su prima Elizabeth Cepeda y ese teléfono ya parece pertenecer a otra familia porque no tienen idea de Elizabeth. Se vuelve a cumplir el terrible corolario de que aquí la gente no suele dejar rastro cuando se van, o cuando modifican su situación. Mi próximo viaje lo haré a un hotel de super-lujo, con una super-comprobación preventiva de todas las cuestiones concernientes a la higiene de comidas y de bebidas; sobre todo, las aguas y las frutas. Y no es que *ahora y aquí* no esté instrumentando con diligencia las debidas precauciones. En la pg. 18 de *Última Hora* de hoy 26-8-1994 leo: "Cinco casos de muerte por dengue". Por la noche me viene a ver Yéssica con el típico "dengue" de desganada. No follamos. Me desnudé, me tumbé y me estuvo acariciando un poco, sin pretensiones y sin llegar a nada. Le di mil cien pesos como regalo y como gasto de transporte, y creo que hasta que regrese de nuevo aquí no voy a comunicarme con ella.

Sábado 27 de agosto, día de mi partida... Acabo de terminar las cápsulas de antibióticos para la cosa del picor de uretra, y sólo al final de la toma lo he sentido desaparecer, como si la causa estuviera ahí todavía y se resistiese a batirse en retirada. Al mediodía me encuentro en el lobby con Yvonne, la venezolana de "Herbolife", una especie de Natur House, productos vegetarianos dietéticos, y me doy cuenta de que es bonita, sugerente, evocadora en sentido cierto y cabal medida. Le doy mi tarjeta, aunque también debí preguntarle que si lo que quería era ganar comisiones con la venta de su mercancía — pues tal me propuso —, que me vendiera o alquilara media hora de intimidad suya. Hallándome en mi habitación a las 14:00 pm.

me llama la cachonda de Lodys — todo un detalle —, muy tierna, muy incumbida por mi marcha. Entre que uno va perdiendo forma y que me resultó una sorpresa, el caso es que no reconocí su voz por teléfono. Creí que era Vilma, aunque me extrañaba en extremo. Empecé a tirar balones fuera hasta que me dijese algo más identificativo por entero. Al fin me confesó que era Lodys. Le agradecí la despedida...

La cosecha en total ha quedado de esta manera: tres polvos a Goyita; dos felaciones y dos polvos a Lodys; felación y polvo a Vilma; felación y polvo a Magdalena; polvo a Yéssica; encuentros de artesanía espiritual con Lourdes, la Public Relations del Hotel Garden de Punta Cana, Bávaro Beach; y con Yvonne, la venezolana vendedora-distribuidora de "Herbolife". No está mal el balance, sobre todo teniendo en cuenta la inhibición que me ha supuesto la afección urinaria uretral. Se me han vuelto a escapar — supongo que ahora ya sí que para siempre — Evelyn, Paula, y Divina: las tres se han llevado de mí regalos y obsequios, lo cual me enorgullece y celebro: Evelyn, la suscripción a *NGM*; Paula, unas sesenta mil pesetas gratis; y Divina, la suscripción a *NGM* durante por lo menos dos años, y los libros Parramón que le envié desde España. Bueno, gajes del oficio.

**Rosana; Lourdes; Vilma; Yéssica; Yajail; Magdalena;
Lodys: Santo Domingo (República Dominicana), 22
diciembre 1994 - 3 enero 1995**

Salimos con una hora de retraso porque dos equipajes parecen no tener dueño, i.e., que faltan dos pasajeros cuyas maletas obran en bodega y en contabilidad... y hay temores de que pueda tratarse de un atentado. El vuelo, bien. Pesado. Me toca de compañero a un viudo sevillano, radicado toda su vida en Balaguer (Lérida): Me dice — y me lo creo — que su matrimonio fue un éxito, música, vino y rosas todo el tiempo; que después de la muerte, de cáncer, de su mujer, se siente acabado, solo, irredento. Ha oído, le han dicho, que la República Dominicana es a los españoles lo que Filipinas a los estadounidenses, y el hombre se ha animado a venir de viaje: Su primero en avión, me dice!

Llego y me hospedo en el Hotel Lina, un cinco estrellas rebajado pero que al precio de 8,000.- día con desayuno incluido, no está mal, y hace que, acaso, de una vez por todas, desbanque al Continental, por sus chapucerías, sus mosquitos, etc. Los del Lina no parecen obligar a nadie — a mí por lo menos, no — a firmar en blanco el estadillo de la tarjeta de crédito, una vez que anuncio acceder a tal modalidad de pago. Nada más llegar esa primera noche me encuentro con una furcia simpática en el Hall del Hotel. Cuando a uno le descubre alguna 'jinetera' de estas, de vestíbulo de Hotel, la pregunta que habitualmente te hacen es "¿Andas solo?". Rosana se dice experta en masajes, pero yo me encuentro algo mareado y me da igual todo. Me felaciona con capuchón puesto y luego la penetro desde detrás, de pie, agarrada a la cómoda de la habitación. Le doy \$ U.S. 50.-, lo que me pide, sin regatear. Me parece una buena chica, con cara bonita; y además, con su ayuda, logro comunicar con Lourdes

Encarnación Abreu que está en el Hotel Jardín u Hotel Garden de Bávaro Beach Resort : Se encuentra allí mismo, en el momento de llamar yo, y la conversación la oye Rosana la cual, por el calor y el acento de mis razones, se da cuenta de que Lourdes me interesa. Rosana se olvida de un librito suyo en mi habitación: El *Rinoceronte*, de un tal Scott Alexander. Traducción de Evelyn Hernández. México : ZIP Editorial, 1983. Parece el típico libro para sociedades en desarrollo, sectarias, y buscadoras de éxito joven, limpio y energético. Espero verla otra vez por aquí y devolvérselo. Quedo con Lourdes en ir a verla al día siguiente — que ya es hoy, viernes 23 en que esto escribo —. Hay dos vuelos de la Bávaro Sun Flight, a \$ U.S. 45.- cada tramo, que no está mal. Lo que está mal es que uno es a las 07:00 am. y el otro a las 18:00 pm. Me levanto hoy

Viernes 23 de diciembre a las 06:30 am y desayuno fuerte. Me voy al Aeropuerto Herrera y me alquilo una avioneta con piloto: Ida y vuelta a Punta Cana, U.S. \$ 200.-, más ₡ 100.- por una hora de espera [la primera hora va con el viaje]. Lo más caro en proporción es el taxi desde el aeropuerto al complejo Bávaro Beach Resort: ₡ 250.- cada viaje. La verdad es que el taxista, Francisco, me esperó hora y media. El viaje, bien. Nos llevamos con nosotros al Sr. Coronel Cruz Jáquez [si capté correctamente el nombre] , jefe del aeropuerto de Punta Cana. Bueno, el tal aeropuerto es una pista de aterrizaje y otros pasillitos de rodaje, 'taxying' o 'carreteo', y lo demás es un complejo rústico, muy bien ambientado, de bambúes o cañas de azúcar, estrictamente sobrio, con los servicios mínimos y suficientes. Me dijo el piloto que la pista de 2,800.- metros admite Jumbos; que no dispone de sistema [no sé qué nombre de radar de aproximación sofisticado y último]... pero que con el sistema VOR (?), que sí que tienen, y en vista de la condición de llanura de todo el contorno, los aterrizajes no revisten dificultades. El esquema, como me

suponía, consiste en descargar aviones y más aviones de turistas en la tira de 'tarmac' de Punta Cana, y de ahí distribuirlos en los diferentes complejos. Como dije, el Hotel Jardín / Garden del Bávaro Beach Resort se hallaba a 24 kms. Todo ello forma el marco perfecto para las parejas que quieren pasar unos días con la suficiencia de tales ambientes autónómicamente abastecidos, sin referirse para nada al mundo exterior [Sólo con ver tu boca supe que tenía que morir en ella. Sólo con adivinar tu pecho sospeché que la concavidad táctil de mis manos no necesitaría de ninguna otra correspondencia, etc]. Para los que venimos a Santo Domingo y nos gusta lo variegado de los encuentros espontáneos y subitáneos, sitios así de veraneo podrían suponer, hasta cierto punto, una penitencia. Tan sólo, supongo, para un turista como yo, le sería tentador y válido ligarse al personal femenino empleado en los complejos hoteleros...

Me bajé del taxi y procedí al sitio donde, según información del mostrador principal de recepción, se hallaba el área o mesa de Relaciones Públicas... Según avanzaba, iba viendo con más fijación de inequívocos detalles a quien allí estaba, que no era otra sino Lourdes. Volví a reparar en su tremendamente hermosa boca, y en la corrección del volumen de sus senos, bajo la blusa blanca y un sujetador negro. Llevaba falda encarnada, la mitad del cromatismo de su bandera. Reía siempre que quería llenar los espacios que seguían a mis ocurrencias verbales, para las que ella no era probable que hubiese tenido respuestas retóricas. Y hacía bien: ¿Qué mejor respuesta al discurso impertinente y - acaso - prepotentemente culto como el mío, que la sonrisa allanadora y reparadora? Estuvimos hablando una hora y veinte minutos, y se nos pasó (o sea, que pasamos nosotros) sin tener conciencia de ello; dijimos todo y no dijimos nada, y el taxista estaba ya allí. Ah, le di a Lourdes los dos regalos, cada uno en su bolsa correspondiente

que adquirí en el avión de Iberia : El collarito de majóricas [12,000.-pts] , y el reloj ese, de marca francesa, supongo que de recubrimiento de oro... [voy a verlo en el ejemplar de Ronda Iberia, 25,000.- pts. marca 'Maurice Lacroix of Switzerland']. Me dice que tanto una cosa como la otra le vienen a las mil maravillas, el collar para un vestido... y el reloj porque el que tenía se le estropeó irremediablemente... [Pues qué bien!, me digo. Así da gusto hacer regalos]. Me falló el tema de las flores porque a estos centros turísticos las llevan de Higüey, y aunque el taxista me sugiere ir y volver allí, desisto porque se me hubiera ido el tiempo. Recreo la jugada de enviarle a su casa una tienda entera de rosas, doce o trece docenas en un ramo inmanejable, mundial. Veremos...

Probablemente me presenté a Lourdes con el pelo revuelto por el vapuleo del viento en el taxi; probablemente me faltó acicalamiento en alguna expresión: en el cuidado, siempre importante, de la imagen. Con todo, creo que le causé un razonable impacto. Regresé al aeropuerto Punta Cana, y el vuelo de vuelta fue algo temblón por la turbulencia que se genera entre Higüey y San Pedro de Macorís, según Félix, el piloto... [se me olvidaban algunas cosas, muchas cosas con Lourdes: Me comentó lo de mi carta, que había ido de acá para allá, por lo de 'azafata-guía', término vago, descafeinado y compendiador que se me ocurrió que mejor convendría a la función que le vi desempeñar en la ocasión de nuestro encuentro en el Hotel Continental; pero que la relación entre los empleados en la gestión turística era bastante estrecha y honesta, y que la carta llegó por fin a sus manos. Que le había gustado la descripción que hice de ella (por la noche de nuestro encuentro); que le había resultado una grata sorpresa, etc. Me dijo que estando en su cuarto con una amiga, ésta al mirar inadvertidamente el sobre y reparar en mi nombre..., dijo que me conocía...! Lourdes dijo

que la tal amiga, por nombre Mary, María..., trabajaba en una de las revistas del complejo... y me enseñó la foto del spot del show, en uno de los programas, y me señaló... "ésta es". Con el gorro, cofia o yelmo de lentejuelas que llevaba puesto, no pude reconocer a nadie. De cualquier forma, sólo de Yéssica Peralta puede tratarse ! (pensé). Yo no sólo no negué mi vida de amplia relación en este país, sino que la baremé en sus justas proporciones, haciendo hincapié en lo obvio: que había venido a verla a ella..., a Lourdes Encarnación Abreu... Ella ni daba señales de creer, ni lo contrario; sólo parecía sentirse halagada, y sin entrar en dédalos psicológicos...]

Esa misma tarde me telefona Lourdes al Hotel y me encuentra en la habitación. Era cierto que cuando llamó estaba yo con el pensamiento anclado, surto en ella y en sus atributos y condiciones. Seguimos hablando de cosas que pretendían acolchar la base o encofrado de mi único tema: el de haber venido a verla. Insistí en algo obvio, dolorosamente obvio para mí, como que el sentido común que yo comporto puede parecer especial por eso de que 'es el menos común de los sentidos'... [Recuerdo que el taxista que me trajo del aeropuerto Las Américas — carrera que compartí con una señora que iba a Villa Altagracia, y a quien di ₡ 100.- — decía muy atinadas razones sobre los condicionamientos de los pueblos; decía que la República Dominicana tiene sus cosas, buenas y malas, pero que países como... España venían aquí precisamente por esas cosas. Y es verdad. El papel que hace 30-40 años jugábamos..., el cometido que desempeñábamos respecto de los U.S.A., por ejemplo, nosotros como país sub-desarrollado y meritorio, aspirante a compartir el consorcio y el concierto del club de los más guapos y más poderosos, es el mismo que la República Dominicana desempeña ahora respecto de España. En Santo Domingo capital probablemente haya más de 50,000.

(CINCUENTA MIL) mujeres entre 18 y 25 años, absolutamente preciosas y asequibles al poder de persuasión, de generosidad y de recursos de un ciudadano español, normal, como yo, al alcance de un telefonazo, de un paseo, de una mínima gestión, etc., y esto, venía a decir el taxista, hay que reconocerlo, hay que agradecerlo; por lo menos, cuando no, compensarlo y pagarlo] Lourdes tuvo la muy dadivosa ocurrencia de suponerme clausurado por voluntad propia, y por eso me sugirió comunicarme con *dos* amigas suyas, como hermanas — recalcó — [y con las que colijo que debió haber ya 'largado' un rato sobre mí]. Me dio el teléfono de ellas y acto después de acabar nuestra conversación, llamé a la primera, Sandy... y, resumiendo, quedamos en vernos los tres esa misma noche: yo las invitaría a cenar, digamos, al Asadero Los Argentinos...

Llegó Sandy la primera y resultó ser un tanque encantador [ya la voz por teléfono lo había esbozado, si no delatado], una parlanchina y edulcorada moza de unos 80 kilos de peso o más... graciosamente vestida de encarnado, disimulando lo que supuse que serían dos opulentas y voluminosas tetas bajo los abalorios de lazos y adornos hinchables del vestido. ¡Tremenda! La otra amiga, Vianela, resultó ser una bonita y achinadita joven, la mitad de bulto que Sandy, y que venía vestida con un atuendo de una pieza, largo hasta el suelo, de espiguilla como moteada o lunarcitos blancos y negros mezclados, y dejando ver por arriba una buena parte de las dos tartitas de los senos, sin sujetador aparente, en bandejita como sostenida. Muy, pero que muy atractiva! Jugué la baza intensa y azarosa de confesarme sordo, ciego, inerte, y carente de olfato, gusto y tacto excepto para los ruidos, los paisajes, las motivaciones, los gustos y las emanaciones de Lourdes... ! No acababan Sandy y Vianela de entender mi juego. Seguramente Lourdes quiso probarme enviándome a sus 'dobles' [ersatz, alter ego o sosia espiritual, por

partida plural], y ver qué ocurría. Y ocurrió, en primer lugar, que los tres conectamos admirablemente bien; que, por supuesto, Sandy no podía encajar en mis esquemas eróticos por razones... de peso, y que sería una de las últimas criaturas del mundo a la que yo dedicara una polución. Pero que entre Vianela y yo puede ocurrir cualquier cosa, también es un hecho. Para contribuir a la ceremonia del estrechamiento de cerco a mi personalidad, Sandy me refiere que en no sé qué circunstancia social resulta que se menciona mi nombre como conocido de la, si no 'jet set', por lo menos 'fuck set' o 'in the make set'. Esta vez hablaba de una indiecita, con el pelo largo, así, señalaba Sandy, hasta la cintura... datos que otra vez, de nuevo, una vez más ! apuntaban a Anny Peralta, supongo que con la peluca que le compré en Madrid. ¡Pero si parecía imposible que en una conglomeración de 2,500,000.- habitantes fuese mi pobre 'yo' objeto de conocimiento y referencia! Volví a subrayar mi sentido 'casual' de la vida en lo relativo a mujeres, que es verdad; lo de mi 'vivir y dejar vivir' [si esto no es más que una frase, pues mejor para la frase], reconduciendo todo ahora a mi incumbencia hacia Lourdes. Mis explicaciones las convencieron a medias, pero amainó su disposición inquisitiva. La cena para ellas dos y unos zumos para mí en Los Argentinos, bien. Me costó ₡ 415. (cuatrocientos quince) más algo de propina al camarero y al guardacoches. Sandy tiene un carrito Dahiatsu, una monada, cuatro plazas y cuatro puertas, perfecto para el callejeo. [Por cierto que la avioneta tipo 'Hawk' que me llevó a, y me trajo de, Punta Cana desarrollaba una velocidad de unos 200 kms /h, y el viaje duró unos 65 minutos en cada tramo, lo que confirma el precio de \$ U.S. 100.- por hora aproximadamente] Sandy y Vianela eran de la opinión de que Lourdes querría venir a España...

24 de diciembre 1994. Hoy me he levantado tarde. He desayunado bien: corn-flakes; plato de fruta; café con leche y tres piezas pequeñas de bollería. Luego he estado todo el tiempo en mi habitación, escribiendo, y a eso de las 14:30 pm. he llamado a Lourdes a Bávaro; hemos hablado unos veinte minutos, fluidamente, distendidamente, recibiendo por su parte la risa 'carcajada fugitiva' de que habla Bécquer. Parece que está negociando su venirse a Santo Domingo para más de un día. Me inunda la perspectiva de que este patrón precioso de mujer se pase conmigo el tiempo que permanezca fuera de Bávaro. Si quiere y le colma su 'ego' podemos ir en avioneta al pico Duarte; o regiones menos conocidas de la frontera con Haití, por ejemplo; o volar por encima del lago Enriquillo y ver el criadero de caimanes y/o cocodrilos...

A eso de las 18:00 pm se me ocurre que sería tal vez buena idea hacer llegar a casa de Lourdes un ramo de rosas. Pero es Nochebuena y la única salida parece ser contactar a una señora que hace trabajos florales para el Hotel Lina. La tal señora (probablemente en la falsa creencia de que yo cultivaba billetes de diez mil pesetas en invernadero propio, o así!)..., la tal señora Ruth Helen o Elena, digo, me sale nada menos que con ₡ 400.- la docena de rosas y desisto de sus servicios, sobre todo porque ese precio correspondería, en cualquier caso, a un tipo de producto que no existe en la República Dominicana. Encuentro en la zona de Ozama una floristería, no muy buena, pero que tiene abierto excepcionalmente a tales horas, y que me proporciona diez docenas de rosas, más bien medianas tirando a pequeñas, pero que hacen volumen floral, y hasta alarma a quien se enfrenta con el ramo así, de buenas a primeras. Me gasto ₡ 1,000.- y quedo como un príncipe. El taxista del Hotel Lina, José Durán, me lleva durante dos horas y le doy un bono de ₡ 100.- (él me cobraba ₡ 200.- después de recortar el precio original de ₡ 250.- que es lo

oficialmente estipulado por dos horas). Me percato de que, movido por la exacta motivación, puedo desencadenar energía y vigor, y apretar la circunstancia hasta ponerla contra las cuerdas y obligarla a soltar la presa de la contraprestación requerida. El sobrecito del envío floral sólo lleva el nombre de Lourdes completo, así como la completa dirección. Dentro, en una tarjetita con grabado floral, pero en blanco y sin membrete alguno, únicamente mi nombre de pila envuelto en rúbrica. Todo un bombazo, supongo. En la floristería, ciertamente modesta, todo el mundo disponible intervino en la confección del "ramote". El tenido por 'decorador especialista' (según la información del señor que me atendiera por teléfono) no tenía ni la más ligera noción de flores y parecía haber dejado la paleta de dar yeso, la sierra o el martillo y puéstose a manejar rosas. Lo único que hacía bien era pelar de espinas los tronquitos de las rosas, sin pincharse, o por lo menos sin quejarse de los pinchazos. Algo es algo...

Domingo 25 de diciembre 1994. Día de Navidad. El tráfico durante la noche pasada ha decrecido sensiblemente. La ciudad experimenta un amago de letargo. Yo me he levantado a las 07:15 am. y he desayunado corn-flakes y otro tipo de cereales combinados; plato de fruta (papaya, sandía, piña); café con leche y cuatro piezas pequeñas de pan tratado con ligera confitura. Me he vestido ya desde por la mañana, como preparado para cualquier acontecimiento. Estoy escribiendo esto a las 08:45 am. y pienso que acaso Lourdes esté volando hacia aquí; o tal vez haya llegado ya. Me entretengo imaginando la impresión que han de causarle las flores, el impacto subitáneo y puntual, aplomador y desconcertante. Porque eso es lo que se pretende, y a eso podría reducirse todo el proceso, a ese único momento podría reducirse toda la operación [Recuerdo que desde el aire, desde la avioneta, en mi viaje a Punta Cana y regreso se veían los

manchones cuadrados y uniformes de caña de azúcar; el ferrocarril de la zafra; y sobre todo, los 'bateys' formando unidades cuadrangulares, separados de cualquier otra urbanización o comunidad, sin tendido visible de luz, ni conducciones de agua, ni nada excepto la sola estructura rústica de las viviendas]...

A las 11:00 am. no puedo más y llamo a casa de Lourdes en Santo Domingo. Un señor me dice que no ha venido y que sigue en Bávaro. Llamo a Bávaro acto seguido y me dice Lourdes que abriga la idea de coger el transporte de autobús que sale a las 13:00 pm. Así que espera estar aquí sobre las 18:00 pm. Esta tardanza y esta espera me están machacando como se puede uno imaginar. Pero hay que resistir. No hay alternativa. He terminado de leer el librito *El Rinoceronte* y debo reconocer que suscribo la casi totalidad de sus premisas, asertos y fundamentaciones. Es una pequeña 'biblia' de quehacer telúrico, para temperamentos y cosmovisiones calvinistas, orientadas al éxito, como respuesta al nihilismo y a la vagancia.

Día 26 de diciembre 1994, lunes. Me ponen la vacuna, en la UCE, dos manzanas abajo del Hotel Lina, en la misma Máximo Gómez. Le doy a la enfermera ₡ 25.- y se queda como unas Pascuas. Parece que en el área de 'emergencia' lo usual es no cobrar nada. De todas formas se cercioran de que el contenido del frasquito no es nada extraño, y hasta llaman 'a consulta' a la enfermera jefe y lo consensúan con alguien más de superiores instancias. Me pone la inyección con una superlentitud, y a mí se me estaba acabando la conversación. A mitad de la inyección le digo que supongo que ya está casi terminando y me contesta: "Más o menos", respuesta típica de estas gentes. Tenían un puñado de algodón metido en alcohol en un frasco, del que iban sacando mechones.

La espera por Lourdes me demuestra que somos niños nacidos el día anterior. No puedo, quiero decir que me cuesta trabajo asumir y corporeizar con la mente el grado de zozobra emocional que me está comportando este encuentro. Soy, somos niños nacidos con ocasión de cualquier peripecia del alma. Hay que empezar desde cero con cada relación 'próxima', prójima nueva. Todo lo que no sean leyes inconcusas e irrefragables son variables azarosas. Me es trabajoso zafarme del reclamo que protagoniza la recreación del desgranamiento de nuestro inmediato futuro... Me represento besando la hucha encarnada de la boca de Lourdes y comprobando la convexidad de sus senos y el pequeño obstáculo de sus botones. Parece increíble, independientemente de ser cierto, que cuando recibí la carta/postal de Lourdes tuve que distender la ola de calor emocional que me advino, aplicándome una masturbación. Calamitoso y sublime al mismo tiempo; pero simple y desnuda verdad. En estas tres horas de espera que, de momento, llevo he repasado la bodega de la conciencia y he inventariado algunos ejemplos de gentes que han sufrido la soledad y el abatimiento, no de tres horas, sino de tres meses, y hasta de tres años : Secuestros, toma de rehenes, etc. Aquel mediador eclesial, galés, que comisionado por el arzobispo de Canterbury, sufrió prisión, encadenado, en un garito del Líbano o parecido sitio. El día, o el día siguiente de su liberación parecía pletórico y hasta se permitió hacer sólo un paralelo entre la prisión de Samuel Pepys, con libros y suelto de manos, y la suya, aherrojado y sin más comunicación con *lo demás* que las propias aberturas, los propios pasajes de su conciencia y del arraigo de sus virtudes... O los secuestros de tantos otros más, durante meses, con todo el tráfago de pensamiento hacia atrás, hacia adelante, en todas direcciones, arañando y devastando los cursos de la conciencia... Y yo, he aquí que llevo tres horas, ahora ya tres horas y media,

penitenciales, sí, intensísimas, sí, también; incalculablemente frondosas de implicación y de encadenamientos motivacionales, que en cuestión de minutos se afectan al ritmo demoledor de la progresión geométrica, y al cubrir vorazmente espacios pensantes, ámbitos de alma, alcanzan en relativamente corto tiempo... de reloj ese umbral de la desesperanza...

A las 13:30 pm. llama Lourdes, y a las 14:15 pm. llega al Hotel. La llevan sus amigas Sandy y Vianela. Comemos en el Restaurante principal del Hotel Lina: bonito y bien servido. Un poquito más de 5,000.- pts. para los dos. Hacemos una sobremesa de tres horas y desgranamos — con variada fortuna retórica y de elocuencia por parte mía— el dédalo de entresijos, sutilezas y procelosidades de la relación humana [Recién llegada al vestíbulo del Hotel la había subido a mi cuarto... sólo para percibir la enorme distancia que tendría que salvar y vadear su disposición mental y emotiva para que se diera la magia tempestiva de mis anhelos. Me levanté en un momento dado y comencé a acariciarla el cogote, apartándola el pelo que de puro estropajo brillante lo sentía yo doblemente bello. Percibí la proporción abundosa de sus senos: venía vestida con una especie de sweater-chaleco como de punto, marrón, y unos pantalones de colores estampados en marrón y gris, motivos florales, de amplio vuelo. La vi alta, casi tanto como yo, y la carnosidad del belfo, prominente y tentadora, como fruto sazonado y en venta... Sólo que ignorando precio y comprador...]

27-12-1994 . Martes. Me queda la resaca del vacío; la sordera de las instancias silenciosas. Como para llenar de pacotilla los contenedores que deben albergar las preseas más opulentas y elegidas. Le llevo las consabidas flores a doña Asunción. También está Karen. Pero veo la cosa distante y cuarteada en desconfianza. Bueno. Hacemos el taxista y yo una visita de menos de diez minutos. Así es mejor. Pongo los

telegramas a la loca de la Paula. Regreso al Hotel y tengo una sabrosa conversación con Vianela Díaz, haciéndola desempeñar el cometido de "ersatz" de Lourdes, y diciéndole las cosas que yo hubiera dicho a Lourdes, y que yo sé que ella va a decir, o parafrasear, o comentar a Lourdes. Me quedo más tranquilo. [Ayer, al regresar de dejar a Lourdes en su casa, el taxista con cara así como de kurdo o palestino renegado, pero de razonamiento lúcido, me dijo que la causa por la que los hombres somos tan dependientes de las mujeres se da en el hecho tan simple de que nacemos de ellas y nos agarramos a su pecho, de pequeñitos; pero que hay que actuar "a lo macho", a lo mejicano, oponiendo a la contrariedad, (a los/las "pangs of despised love" - pensaba yo) todo el poder y reciedumbre de la voluntad. Pues allá iremos con la receta 'a la mejicana']...

Hablo con Vilma y quedamos para por la tarde. Le tengo preparados ₡ 5,000.- que deben resolverle los problemas de su Universidad completamente. Se ha cambiado de trabajo. Ahora está con una empresa de aceites. En el Hall, mientras espero a Vilma, entablo conversación con Idelsa Núñez, modelo de éstas de por aquí, tipo Yéssica y demás : es morena, alta y bien delineada; pecho breve más bien, pero bonita, vestida en tono blanco, con alguna transparencia en la parte del corpiño, etc. Me dice que es amiga de Divina Iris Robles, y que [me cuenta un rollo de teléfono que le van a cambiar] a través de ésta (Divina) me puedo comunicar con ella (Idelsa)... Llega Vilma, menudita, como siempre, vestida con el uniforme de la empresa, traje de chaqueta marrón café. Me felaciona con la habitual soltura y accede a que la penetre por el culo. Yo supongo que lo conocía ya, por la poca extrañeza o suavemente desmoronable extrañeza que le causa mi proposición... La penetración es sorprendentemente expedita... y ella dice que le gusta... que qué rico!, cuando yo ya estoy de vuelta, quiero decir, que me he

corrido. Le doy los ₡ 5,000.- y la chica se va feliz... Por lo menos duermo algo más densamente, si a estar inconsciente tres o cuatro horas, no más, se puede llamar dormir... porque hoy, ahora, 28-12-1994, miércoles, precisamente el primer día de los anunciados de huelga por el colectivo de pilotos de Iberia, sigo pensando en Lourdes, 'Lourditas', como ella dice que la llaman en su casa y como yo, desde ahora, me propongo llamarla... Sigo pensando en su planta de mezquita taína, si tal consorcio que me acabo de inventar tiene sentido estético...

Acabo de hablar con Yéssica Peralta... y sigue tan incalculablemente niña y zángana. Resulta que sí, que era cierto que ella y Lourdes se conocían de Bávaro; y lo que es más chistoso, al referirse a ella, con los típicos celos bobos y desfiguradores, la describió como "grande", "fea" y un tercer calificativo de semejante urdimbre negativa... !Yo no daba crédito a mis orejas... pero me complacía escuchar. Qué cosa hacen las mujeres; — pensaba. Yéssica se ha convertido en el testigo de las demás 'novias' mías de Santo Domingo; una especie de versión paralela y supletoria; de conciencia superpuesta de mis otras amigas. Por lo visto Yéssica y Lourdes hablaron de mí algo más de lo que cabría en una situación consuetudinaria de trámite. Yéssica le dijo a Lourdes que yo era muy "amistoso" [en el sentido de 'ligón', 'faldero', 'abordador' — supongo. Ah¡, se me olvidaba: Una camarera se refirió a la cortina interior de plástico grueso que impide la entrada de claridad por el ventanal de la habitación como a la "black-out"]. Yéssica ha venido a verme. La he encandilado un polvo que ni siquiera la ha penetrado del todo, después de un besuqueo intenso, de un merodeo de pezones también con los labios y de un restregueo por la piel. Le he dado ₡ 6,100.- [5,000.- para su mami; 1,000.- para ella, para vicios; y otros 100.- también para ella en concepto de taxi]. Llama a Elka, una amiga suya, finita,

pero atractiva y simpática, de 24 años, con un niño, según dijo, y las invité a comer en el Restaurante del Hotel Lina: elegante, musical, bonito. Al menos estas dos chiquillas, cada una de acuerdo a su capacidad y a su estilo, me han restituido mi confianza y el temple y el valor que mi persona convoca y puede comportar. [Sigo pensando en Lourdes a efectos del reflejo que la realidad de mis años y de mi tesitura puedan inspirarle. Si Yéssica y otras no echan de menos en mis besos la 'impronta' de tener ellas 35 años menos que yo, no puedo decir que toda la culpa sea mía. Y sigo pensando en Lourdes. Yéssica Peralta, al llegar a mi habitación y al sonsacarle yo más detalles sobre Lourdes, así, como de pasada, consintió en que Lourdes "no se ve fea", y que tiene la boca grande. Bueno. Algo es algo] Por cierto que aquí en la República Dominicana, en Santo Domingo, todavía no se ve mal que alguien se lleve el sobrante de comida, aunque se trate de un Restaurante de cierta categoría como el del Hotel Lina: Yéssica pidió un plato, un solo plato de canalones con marisco o algo así, y se dejó justamente las tres cuartas partes. Elka pidió un mero a la plancha y yo me comí el tercio del pescado: Así que en una bolsa prepararon el combinado de restos de uno y otro plato. [Por cierto también que los pechos de Yéssica han bajado de forma, de manera escandalosa: ahora, de perfil, tienen la estructura afilada de una bota de vino escurrida hacia abajo, lejos de aquellos globos de uva redondos y compactos de hace... dios mío! — sólo tres años y medio. Además, la frente parece que ha ahondado más en la cuneta o bache por encima de las cejas; y los ojos, como si se hubieran doblado hacia adentro... Se ha raído un montón, en una palabra] Por la tarde noche de este mismo miércoles hablo con Sandy Leyva, y quedamos para comer juntos, con Vianela, al día siguiente, jueves. Está claro que Lourdes no quiere ni imaginarse sexo conmigo; y parece estar claro que — a pitón pasado, por

supuesto — yo no debí mencionárselo. Pero lo que está más claro de todo es que yo podría haber seguido haciendo el jilipollas todo el tiempo del mundo sin saber a qué atenerme, instándole a Lourdes a creer que yo había venido a la República Dominicana, pues,... a fundar templos! Mejor cortarlo cuanto antes.

29-12-1994, jueves. Anoche, cuando regresé del pase de modelos en el Salón La Mancha y subí a mi habitación a eso de las 00:30 am. estaba el guiño del teléfono en acción. Tenía un mensaje. Me abrumó el corazón con su impaciente dulcedumbre, con su incontinente proyección. Era Lourdes! El señor del 'switch-board' del Hotel me lo dijo escuetamente y en vena como de confidencialidad; y a mi pregunta de si sería prudente llamar "a alguien" a tales horas, me dijo que... bueno, que sí; que si me habían llamado, aun sin dar más explicaciones, ello era porque la persona en cuestión esperaría mi llamada "de vuelta". Así que llamé a Bávaro, pero la centralita telefónica parecía clausurada... Antes de trasladarme a hoy por la mañana, digamos que ayer-noche, en el pase de modelos celebrado en el Salón La Mancha, me encontré de nuevo con Idelsa Núñez, la moza con quien entablé conversación la tarde anterior, mientras esperaba a Vilma. Le dije la verdad: que había llamado al teléfono que me dio, pero que ya no estaba en servicio; que también — y a mi pesar — había llamado a Divina, y me había dicho una amiga suya que Divina estaba en Bávaro [Dichoso Bávaro: Todo el mundo de mi incumbencia espiritual parecía haberse ido a Bávaro de súbito;] y que no volvería hasta... Bueno, lo de siempre: gente cuya accesibilidad para nosotros depende de un azaroso 'click', de un pequeño piñón del engranaje del destino... Se lo dije así a Idelsa... y me dijo (a la entrada hacia las dependencias del vestuario y cambio de trajes) que me vería luego... que ahora tenía prisa —obvio— porque la esperaban en

la organización del pase de modelos. Y así fue. Esperé todo el tiempo hasta casi el final. La vi lucir dos modelos, y pensando que no sería factible hablar con ella, con una colaboradora del festival le hice llegar una nota... El caso es que me dicen que el desfile continúa, pero que en todo caso las chicas tienen que salir por aquella puerta, por donde estoy yo.... Y así es también ! Acaba la exhibición e Idelsa me encuentra esperándola en el vestíbulo, pasillo general... Me dice con la mano, en ademán de apremio, que me espere, que ahora me habla. Me dice que su novio está allí, esperándola, pero que apunte su teléfono... tal y tal, y que va a estar en Bávaro el resto de semana. !Hay que ver; Le costó esa demostración de mi interés para rendir la pequeña fortaleza de la confidencialidad estricta del número de su teléfono... [adelanto que el número era falso]. Además, resulta que a una de las modelos la confundo con la amiga de Dany Díez... No es ella, no, no es Amarilis o Marilis o Mary Lys, sino Nancy, muy parecida y amiga de la anterior. Me escribe una nota para Dany...

Entonces, hoy, hoy por la mañana, jueves 29-12-1994 llamo a Bávaro y hablo con Lourdes: ¡Vueltas y variaciones de Brahms sobre el tema de Paganini! Pero, con todo, hay un gran avance. Ella recogió mi aviso de llamada a su casa y me llamó! Ella se ha dado cuenta de que — y aquí interviene el ciego azar del concurso involuntario de Yéssica Peralta... y otras — se da cuenta, digo, de que hay más mujeres que (de acuerdo, estarán locas) sí que me hacen caso... y que en definitiva el problema sería de Lourdes en lo que a ver en mí un animalito de tales y tales, y no de cuales y cuales, características. Hablamos sin decir nada nuevo, pero este distanciamiento ha agrandado la perspectiva considerablemente. Me encuentro más satisfecho...

Por otra parte, sigo tendiendo la infraestructura de relación: Paula; María Magdalena (telegrama y telefonazo,

respectivamente); Vilma (polvo anal); Elka, Anny (polvo a esta última); Idelsa Núñez (proyecto); Nancy (proyecto delegado); Divina (sabe que estoy); Sandy y Vianela (dos sustitutas de juego incierto, pero activo y real); Evelyn (telefonazo y constancia); Linabel (su hermana); Karen (visita y flores)... No está mal, creo yo, para estar saliendo del hoyo...! [En el acto de entrega de diplomas a las graduadas de los cursos de belleza, motivo del pase de modelos, intervino el cantante Eddy Herrera, ejecutor con su orquesta de 'merengues' estridentes y chillones, chillonísimos, sobre todo cuando las trompetas le pegaban fuerte. A veces el cantante acercaba la cazoleta del micro al grupo de 'graduadas' en el escenario y les pedía "una bullita"; o sea, que lanzaran su voz hacia el siniestro artilugio amplificador]. Hoy también percibo una llegada a cierta plataforma de objetividad que, por lo menos, me está evitando mucha amargura. El empozamiento a que 'mi cosa' con Lourdes me ha llevado de golpe no parecía tener indicios de horizonte. Pero sea como fuere, la luz ha comenzado a hacerse. Y en buena parte se ha conseguido mediante la afirmación, a través de la voluntad, de una serie de axiomas humanísticos sobre lo irrenunciable y lo ineluctable; sobre el hecho de que hemos nacido desnudos... y ya está!

Llegan Vianela y la loca de Sandy a comer conmigo y... nunca las sorpresas vienen solas. Me dicen que fue Sandy la que me llamó gratuitamente, en nombre de Lourdes, ayer a las 21:15 pm., más o menos a sabiendas o no de ésta. !Ya me extrañaba a mí; Aun con todo, no hay acto por disparatadamente perverso que pueda parecer, que no contenga algo aprovechable... Y aprovechable es que nos hayamos comunicado Lourdes y yo, impulsado yo por esa irrenunciable instancia de cortesía que debe primar sobre todo hasta el punto pertinente. A Sandy y a Vianela, entre otras cosas con las que creo haber cerrado el

formidable ejercicio de retórica dialéctica, les he dicho que no pienso volver a ver a Lourdes nunca más en mi vida (!); y mucho menos comunicarme con ella a iniciativa mía (?). Les ha parecido algo extremoso, y han puesto cara como de incrédulas, pero sé que lo van a considerar; y por supuesto, les va a faltar el tiempo para contárselo a Lourdes. Tengo que "esperar y construir con vehemencia niña" (Álvarez Ruz); y en segundo lugar, le he medio tirado los tejos a Vianela, para que sepa por donde van los tiros. Y ahora, una última especulación — última quisiera yo que fuese — sobre un aspecto que mi 'affaire', de momento frustrado, con Lourdes ha propiciado. Y ello es que estamos de acuerdo con que las pretensiones mías respecto de Lourdes fueron gratuitas, unilaterales, y no obedecieron a ninguna invitación expresa por parte de ella. Cierto. Tan cierto que ésa es precisa y justamente la razón por la que yo solo me he tragado el acíbar y me he pisado la polla de contrariedad, sin derramar el veneno sobre nadie. Pero no es menos cierto que una mujer que desempeña muy bien su cometido de sujeto pasivo respecto de los halagos, festejos, atenciones y manifestaciones de entusiasmo por parte de alguien como yo, y acepta las mostraciones de dicho estado de ánimo (como, digamos, pequeños regalos, etc.), no es menos cierto, digo, que esté protagonizando muy a conciencia la consumación del correspondiente desajuste; y en esa medida, en esa medida ni más ni menos, me parece muy poco equitativo tachar al hombre de... lo que sea: imprudente, infatuado, precipitado; o tan siquiera, ingenuo, o hasta incauto. Si acaso, podríasele tachar de "deportivamente optimista". Pero váyase lo uno por lo otro!

!!ATIZA¡¡ Ahora, hoy, todavía jueves 29-12-1994, a las 18:45 pm. me acaba de llamar la simple de Yéssica Peralta, y me dice quejosa que por qué no la he llamado; que tendría que estar llamándola cada hora (*sic*); y sobre todo, que su madre, *Lourdes*,

me llamó ayer a las 21:00 pm... Entonces, la gansa de Sandy me ha contado una mentira piadosa. Y lo grande y pasmoso es que todo encajaba... y que el fascinante claroscuro de la expresión de Lourdes Encarnación Abreu no dejaba traslucir la constatación inequívoca de ningún error... ¡Fabuloso! [Sandy, cuando vio que llevaba una *tirita* en un araño en el codo, me preguntó que de dónde sacaba 'las curitas'] Y también hablé con Nancy, la modelo, y por lo menos le caí simpático por teléfono: Dice que me llamará en cuanto pueda. No me lo creo en absoluto, pero me da igual que así sea. Me complace comprobar que le hice gracia y le proporcioné una dosis razonable de incumbencia cordial y de curiosidad activa.

30-12-94. Hoy se me ha vuelto a patentizar el 'baile' de teléfonos falsos o inexistentes que estas jovencitas suelen hacerle a uno saber. El de Idelsa Núñez, de momento, no funciona: da señal de línea errada al marcar la tercera cifra. El número de una de las dos indiecitas oscuras, Carla y Lilian, a quienes conocí en El Malecón, no funciona; bueno, quiero decir, que no lo coge nadie, como si hubiera dejado de tener dueño; y el número de la otra amiga, lo tengo tachado, por inservible en el viaje anterior. Aquí convendría administrarse una buena dosis diaria de "go get it on the spot". Hoy, día 30, he comprado dos botellas de ron Bermúdez ese, Aniversario, a ₡ 150.- cada una. Y hablando de Yéssica tengo que señalar aquí que el bajonazo que esta criatura ha experimentado en estos tres años y medio desde que nos conocimos ha sido demoledor: las tetas se le han convertido en flanes desmoronados que únicamente — ya lo dije — forman la figura de una bota de vino deshinchada. Está fatal, siempre hablando en términos comparativos, y no creo que nadie pueda ni quiera echarse sobre sus espaldas la tarea ascética de hacerse cargo de ella.

31-12-1994. Hemos llegado al día final de este año. Se me ocurre llamar a María Isabel Espinal (Ely), y descubro que se ha debido de separar de su marido o lo que fuere. Me pone erecto pensar que, tal como dice, puede pasarse por el Hotel a estar conmigo (Su desvirgamiento... es cosa suya. Ahora nos tendría que tocar a los demás)... Pero en vista de que no llama, cosa, recuerdo, bastante típica de su temperamento de pajarito, he llamado yo a un ramillete de antiguas amistades: a Orquídea Domínguez (Kyrsis): está en Nueva York; y al tiempo me dicen que Facelys (Araceli), su hermana, no ha muerto, pero que está "en el interior". Curioso: la noticia me vino del cuco, enterado y servicial Rafael, mozo de equipajes del Hotel Continental: que Facelys había muerto de Sida! Terrible: He hecho mal en escribir esta palabra, pues me va a costar trabajo y mucho disolvente borrarla. He llamado a Magdalena Solano: que está trabajando y que estará en casa a eso de las 18:30 pm. Bueno. He llamado al putoncito gracioso y cachondo de Lodys: que estaba en El Conde [¿que si sabía yo dónde estaba El Conde? Pues claro] y que regresaría a eso de las 14:30 pm. Pues bueno, también. Y por último, llamo a Yajail, la morena rellenita, de ascendencia árabe, a quien encontré el primer día en el Lina. Vive en Villa Altagracia y no se sabe lo que puede tardar. Bah, tengo todo hecho! "Que vengas cuando quieras", le digo. Y resulta que la niña Yajail se presenta en el tiempo récord de poco más de una hora: es bonita y dulce, y contradice la regla general de que la segunda visión o comprobación es menos sugestiva que la inicial. Me dice tener 18 años, y lo que digo yo es que tiene un pecho abultadito y atrayente [Así, así, o un poco mejor aún lo tenía Yéssica hace tres años y medio!] y unos morritos regordetes y limpios. Me invita, de entrada, a bañarme y/o ducharme con ella. Acepto la ducha. Ella consiente enjuagarse con Oraldine: Me felaciona con soltura pero con mimo

personalizado: La penetro en posición normal. La doy ₡ 400.- para empezar. La invito a comer en el Buffet de la Cafetería, y se pone morada. Por ser buena chica, le regalo otros ₡ 300.- lo cual totalizan ₡ 700.- que anejados a los \$ U.S. 10.- del otro día... bueno, no creo que me olvide en lo que le queda de vida. Con ésta, van cuatro chavalas: Rosana; Vilma; Yéssica; Yajail...

He llamado a Mary [Belkys] Reyes, la niñita de San Francisco de Macorís: Hablo con su mamá, ceremoniosa y untuosa, supongo que preguntándose quién... demonios es el tal Tomás, español, explicativo, etc. La tarde noche del 31-12-1994 conozco en el gran vestíbulo del Lina a don Rodrigo Moreno Heredia y Sra., ecuatorianos, quienes, al hilo de la conversación cambiante, me hacen saber la muerte de Humberto Vacas Gómez [semanas más tarde, en una amable carta, me informarían consternados de su error], periodista y humanista, padrastro de Ma. Isabel Holguín: acaso sea ésta la razón por la que la Holguín no me haya escrito últimamente. ¡Vaya Vd. a saber! El caso es que don Rodrigo se ofrece a enviarme cualquier cosa de Ecuador... y la cualquier cosa que le pido es que procure encontrarme alguna publicación del P. Aurelio Espinosa Pólit que contenga sus traducciones del inglés, en especial la de Francis Thompson, "The Hound of Heaven". En eso quedamos. Un grato encuentro. De verdad que los caminos de la vida son imprevisibles...

Hoy, 1-1-1995 quedo en visitar a las Hiciano por la tarde. Magdalena Solano ha dicho venir a verme a las 14:30pm. Y me apetece estar con esta indiecita afable y menuda, pero preciosa de chasis. Llega, en efecto, a las 14:50pm. Me felaciona como ninguna hasta ahora lo ha hecho. Pero prefiero terminar la sesión penetrándola. Es la quinta del viaje y la mejor, acaso. Le doy la revista *Ronda Iberia* y ₡ 1,000.-además de invitarla a comer y pagarle los ₡ 50.- del viaje de taxi de regreso. Vuelvo de ver a

las Hiciano a eso de las 17:30 pm. Voy a la piscina, hago media hora de ejercicio, primordial, insustituible. Subo de la piscina y me llama Linabel: me está calentando la polla. Dice que viene mañana a verme, porque me quiere preguntar..., bueno, sandeces: que querría ir a España y, sabedora de las muchas cortapisas existentes..., que si yo la podría recomendar, presentar, avalar, invitar, etc. Me encantaría follármela, por haber venido calentándome los huevos desde hace dos años y medio. La guerra es la guerra ! En el ascensor, subiéndome a descansar, me encuentro con un americano, John, de 48 años, con su hija, Jane, y nos bajamos a charlar al Hall. Una panzada de reír con ellos: él, como un chico grande y seguro de sus asertos; ella, el producto más genuino americano: confianza plena en los valores que la circundan, bondad según los cánones U.S.A., etc. Practico mi inglés que está algo oxidado, y no me manejo del todo bien en disquisiciones sutiles sobre el amor y aledaños... A estos americanos lineales los recovecos nuestros, los juegos y resortes de pensamiento y acción nuestros les dejan pasmados... Él, John, de 48 años — ya lo dije —, fuertote, divorciado, como mejor regalo me dijo que yo era "a good man", además de alabarme, tanto él como su hija, "mi inmensa cultura y conocimiento".

2-1-1995. En el *Listín Diario* de esta fecha leo: "Un avión... destruido al final de la pista de *carreteo*"... Buena traducción para 'taxying', o rodaje por las pistas. A eso de las 08:30 am. me voy a la UCE [Universidad Central del Este] y la preciosa indiecita oscura Daisy me pone la correspondiente dosis de vacuna: Me lo hace con más soltura que la vez anterior, y sin preguntar nada. Le doy ₡ 20.- que se los meto en el bolsillo de su bata blanca de enfermera... y ya está! A las 09:30 am. estoy escribiendo, con la mente puesta en Linabel, y la japonesita Ishumi. Pero como la calentapollas de Linabel no llama, llamo

yo a Lodys, y dice que viene 'ahora' (?). Y viene, sí, antes de lo esperado, siguiendo mi ruego de ponerse en marcha inmediatamente. Viene con un vestido largo, de escote cubierto [para que no hubiera posibilidad de error le dije que trajera las tetas tapadas por completo] y lo que sí trae escandalosos son los morros, con un color frambuesa espectacular; morros que me planta en el pómulo derecho y me lo deja como si le hubiera florecido una boca grande, sesgada, impresa con jugo de frutas... Una loca, sin remedio. Lo primero, ducharse: para lo cual se despoja de la falda y se deja lucir unas braguitas negras caladas, muy correctas y aparentes. Al sacarse la especie de camiseta que lleva bajo el vestido se le saltan gozosamente tentadores los pechos, muy, pero que muy atractivos, generosos y bien colocados. Se ducha y viene a mí cubierta con la toalla. La despojo, la siento en el borde de la cama, y la aplico su boca de grosor crecido a mi príapo. La pregunto, por preguntar, si quiere que la penetre; que cómo le gusta más... Levanta la cabezuela, dejando por un momento la acariciante succión, y me dice que a ella le gusta lo que a mí me guste... Vaya respuesta, idéntica a la de Yajail, a la de Magdalena, a la de Vilma... Recordamos juntos lo bien que nos salió haciéndolo de pie en el Hotel Continental, y le digo si lo quiere hacer así. Se pone en pie, de espaldas a mí, sujeta a la consola o cómoda de cajones sobre los que está la T.V... y merodeando por la zona con mi falo... le digo... que si lo ha hecho por el ano, y que si le importa... Me dice que no lo ha hecho pero que si a mí me gusta... Lo intento... pero ocurre que Lodys es un poquito más alta que lo normal, y el curso del falo se ve un 'chin' forzado hacia arriba... La comienzo a penetrar... decididamente, pero se queja de que le hago daño (y se lo estoy haciendo, sin duda)..., así que desisto y se la cuelo por su sitio que, con todo, debido a la altura de Lodys, me la escupe, como si no la quisiera... Pero claro que la

quiere... Lodys está buenísima: recién duchada con 'gel' su espalda es una gloria, y las tetas a mi alcance me procuran el orgasmo muy prontito... Le doy ₡ 600.- por su amabilidad y otros ₡ 100.- por el taxi o los taxis que pueda haber cogido para estar conmigo y haber hecho posible dicha amabilidad. Lodys hace la número seis... Yéssica Peralta y Elka se pasaron por el Hotel y me hallaron en un pasillo cuando venía yo de la piscina. Si Elka tuviera pecho [está y es tan plana como yo] sería irresistible. Venía yo en bañador, y de tocar a Yéssica que iba guapita, con las tetas levantadas y un bonito 'cleavage', y de mirar el halo espiritual que desprendía la otra, me ereccioné, y así se lo dije a las dos, aunque no me atreví a llevarle a Elka la mano a mis 'pudenda'. Por la noche vuelvo a charlar con la pareja de norteamericanos, John y Jane, padre e hija, gratificantes en su rudimentaria seguridad: lo de siempre, el endeble individuo que se sabe respaldado por un tremendo país. Me vienen a ver Elsa y Kenia Hiciano, a entregarme unos regalos para mí y un sobre con cosas para Celia [Les doy otros ₡ 500.-para que cenén a mi salud el día de Reyes, por ejemplo]. Janiris, la camarera, me pide que le traiga (supongo que de regalo, claro) una máquina de fotos [mi maldición sigue siendo que esta gente me ven cara de magnate] ... La otra camarera, Margarita, la del niño de tres años, tiene un volumen pectoral inconmensurable: la encontré sirviendo copas en el Casino y... a punto estuvo de convencerse de venirse conmigo a mi habitación a las 23:00 pm., cuando acabara su turno. La verdad, yo no insistí porque estaba bien follado de Lodys, pero sí me interesó constatar que con un poco de discreción cualquier empleada puede subir a la habitación de alguien como yo... [siendo, como ello es, la piedra de toque de las prohibiciones y de lo contraindicado para los empleados en un Hotel]

3-1-1995. Hoy, día martes, de la partida... miro hacia atrás y asiento con que éste ha sido uno de los viajes más intensos y particulares míos a la República Dominicana. Venir al Lina ha constituido un éxito: me ha evitado el innecesario compadreo con gente conocida (como es el caso del Continental), y me ha permitido una mayor concentración de actividades y menesteres, sin desgaste inútil de flujo cordial. La piscina ha resultado una bendición, y la comodidad de poder telefonar desde la habitación ha significado todo un salto cualitativo hacia adelante en mi valoración... Las diferencias son abultadas en todo respecto: En el Continental no tenían papel de escribir en las habitaciones, y en el Lina le dan a uno todo el que pida; el cuarto de baño está provisto de champú, 'gel' y lociones, y en el Continental no había nada de nada. El servicio de habitaciones tiene los precios equiparables en uno y otro, y la diferencia es abismal . . La moqueta de la habitación en el uno está llena de pequeña broza, y en el otro bastante limpia; en uno ponen agua y hielo de oficio, además de contar con una nevera que para el caso de guardar mi vacuna es oportunísimo... Hay caja de seguridad en las habitaciones del Lina [₡ 200.- por semana] y no hay nada de eso en el otro, etc. etc., etc. El régimen de visitas a las habitaciones, exactamente igual: sólo que en el Lina hacen hincapié en que la chica se registre si va a pasar la noche entera: por lo demás, nadie pone pega alguna.

Excepto el tercero (acaso también el segundo) y cuarto días en que tuve un amago de dolor de garganta, el resto de mi estancia ha sido espléndido en cuanto a salud... [sería fenomenal si los cenutrios granadinos salieran de su cavernicolidad e instalaran vestuarios, desde los cuales y con los cuales organizar la práctica del deporte: Creo que ahí reside buena parte del éxito, en sentirse fuerte y en que cuando le vean a uno desnudo no vean un guiñapo de hombre] Me he decidido y he marcado el teléfono

de Karen Castellanos... El mismo rollo: Que me quería despedir de ella y que... ¡qué éxito el de nuestro desencuentro! Hablábamos y se oía el repiqueteo del teléfono... a lo que Karen me dice que la reclaman "por la otra línea" (?) y que me llama de inmediato: "Yo te llamo ahora, mi rey" — me dijo. Aunque se hubiera tratado de un cliché adventicio y automático, me hizo gracia lo de "mi rey"... Han pasado ya diez minutos y el llamarme 'de inmediato' puede ser el final absoluto del asunto. Si no me llama doy por entendido el mensaje... Pero Karen me llamó !! a eso de los tres cuartos de hora... Todavía no parece haberse perdido todo. Yo vuelvo a especular sobre lo inútil de que alguien como ella pregunte por las "intenciones" de alguien como yo, porque — le dije — que sabiendo como ella sabía que yo me sentía muy atraído por ella, en todo caso se trataría de mí como la parte interesada en conocer las "intenciones" de ella. Quedó en escribirme y me di por contento con hacerle ver que nuestro silencio de todos los días míos pasados en Santo Domingo era la mejor prueba del respeto que yo le profesaba, y de la mesura y credibilidad de las cosas que le había estado yo diciendo en todas mis cartas desde España... Me hizo gracia en un pasaje de sus razonamientos cuando se refirió a lo "lindo de ramo" que le había llevado a mami... a su madre, a doña Asunción. Me pareció ver que a ella no le satisfacía esa entrega "para las mujeres de la casa" con la que yo vagamente acompañaba la justificación de mi visita a su domicilio en el barrio de "Los Mameyes". Karen, por supuesto, es un acertijo de 20 años, y con ella resultará lo que ella sugiera que resulte. No me veo yo instrumentando iniciativas...

Telefoné a Griselda Espinal, la chica de Santiago. Estaba en casa y cogió ella misma el teléfono: afectuosa y positiva. Me encareció que la llamara siempre que yo me encontrase en Santo Domingo... Todavía conservaba los zapatos color rosa, aquéllos

con que la vi por primera vez. También hablé con Olga Mercado (de Puerto Plata), hermana de Jackie y de Judith. Olga, ahora con 23 años es la mayor de las dos hermanas solteras [Ana Rosa, Jackie, se había casado, según me informó Olga]; la última de las tres, Judith, tiene 20 años. Nuestras conversaciones telefónicas son un modelo de urbanidad y decoro. Hasta ahora se han mostrado inmisericordemente hurañas; bueno, no: indiferentes, conmigo. No niego que la característica de estar "enganchadas", al parecer, en ambiente religioso abastecido por la correspondiente *secta*, espolea más y más mi deseo de abrir una grieta en ese murallón de piadosa estupidez. Le dije a Olga una y otra vez cosas que yo sé que le agradan oír: lo intensamente que mi alma conservaba su planta erecta, bella y femenina de aquella primera vez, cuando fui a visitar a Ana Rosa, y me encontré con las tres hermanas que estaban cuidando de su madre... Las he escrito desde aquí, desde España, de nuevo, y me solazo, no sé si fantasmagóricamente, pidiéndoles que me contesten, y que me manden una fotografía suya. A lo peor, sin querer, estoy provocando celos y reticencias de la una respecto de la otra... No descarto escribir... una carta, por separado, a cada una de ellas... Con las mujeres no se sabe nunca.

Por cierto que ahora recuerdo que el día que invité a Sandy y a Vianela a comer en el Hotel Lina, subieron luego conmigo a mi habitación y hurgaron ordenadamente, jocosamente, en mis cosas, con la excusa de que querían documentarse "on the spot" sobre el funcionamiento del quehacer hotelero, además de llegar a conocerme por ciertos hábitos míos. Tengo la impresión de que Sandy — gordita y más bien feíta — sintió una ligera animadversión ante el hecho de que yo hubiera desplegado tal concernimiento por Lourdes. El día de mi "despedida" de Lourdes, cuando hablé por teléfono con Sandy, en busca de consuelo, la percibí algo negativa en sus cálculos y valoraciones

respecto de mis posibilidades con Lourdes, que según ella eran... cero! Sandy cargó un poco la baza, algo así como para hacer de sus observaciones una lección amargamente recordable para mí... cargó la baza, digo, sobre mi mucha edad en comparación con los 21 años de Lourditas [yo le había calculado entre 24 y 26]... y, además, un poco por echar un borroncito en lo que a todas luces se mostraba como un temperamento culto, humanístico, contemporizador, comprensivo y universal como yo... echar un borroncito de reparo, una punzada de reproche ante — siempre según ella — mi ceguera o falta de olfato para lo evidente, a saber : que Lourdes... pues, que era joven... y que Lourdes no podría *nunca* interesarse por mí, que era... viejo... y supongo que nada más que Tomás Ramos, en vez de marajá de aquí o de allá... Sandy se las dio de sagaz recordándome "que se olía cuando algo no podía salir bien"... pero lo que no parecía ella oler es que yo estoy convencido —por las explicaciones que ella dio— de que su presunto actual 'novio' de 45 años probablemente tenga un físico no mejor que el mío; salga con ella sólo por su dinero (por el dinero de Sandy, quiero decir) y por follarla... y sobre todo que, con dinero o sin él, yo sí que huelo a un tanque de mujer como ella, de cerca de 80 kilos de sebo [y a tenor de la forma en que come, sin visos de adelgazar, etc]... No... Sandy no creo que pueda pensar que yo jamás me la follaría, de ninguna manera, porque me horrorizan sus piernazas juntas por los muslos y tirando hacia afuera como un compás loco... No obstante, tuvo gracia cuando en un momento dado en que al enseñarles mi cuarto de baño y hablarles de mi propensión al orden y al aseo... me aseguraron que Lourdes... que Lourditas "era muy desordenada", sí, sí, muy desordenada... "y que nosotros no duraríamos ni dos días juntos"... ¡Y a quién pollas se le ocurría durar, vivir con nadie! Mi proyección era y sigue siendo distinta. Pero todo eso, el tanque de mujer que es Sandy

no podía 'olerlo'; como no podía oler que a mí, ella, Sandy, me la arrugaría sin remedio... Un verdadero consuelo todo ello! Propiciada o inconscientemente, en los manejos femeninos pueden caber cosas de difícil digestión para el talante varonil, como puede ser que a Lourdes le interese ser amiga de una fea, Sandy; y que la otra, Vianela, la guapita, pues... para despistar. Creo, con todo, que Lourdes está jugando fuerte sus bazas, y ante un farol por su parte... otro farol, por la mía, el de esperar, construyendo, atacando. Escribo esto el día 23 de enero 1995, y no tengo más remedio que esperar a ver si en mi correspondencia que me vaya llegando a Alcalá de Henares pueda haber algo que levante la liebre...

Lourdes: Santo Domingo (República Dominicana) 1994

¿Quién era y cómo se cruzó Lourdes en mi vía dolorosa? Esta pregunta, con cuyo esquema tendría necesariamente que comenzar cualquier fórmula de indagación sobre la realidad de un relato, sólo es posible contestarla ahora, cuando el peso de lo acaecido ha fijado los hechos, las secuencias; lo mismo que los efectos de la devastación sólo pueden calcularse desde la perspectiva de lo ya concluido. Me palpo: estoy vivo; agarrado a un trozo de materia flotante también yo me he mantenido a flote, y unas veces braceando, otras dejándome llevar mientras fortalecía mi pensamiento respecto del curso de acción a poner en práctica, me he dado maña milagrosamente a alcanzar este promontorio, desde el que se me ofrece la modesta pero suficiente atalaya para llevar a cabo el menester que ahora me incumbe.

¿Quién era Lourdes? Una tarde del mes de agosto anterior [escribo esto en diciembre 1994], mientras hacía tiempo en el vestíbulo del Hotel Continental, también de Santo Domingo, esperando a alguna de mis muchas amistades, llegaron al mostrador de Recepción dos hombres, según toda la pinta y el discurso no castellano que inevitablemente se podía percibir a la prudente distancia en que yo me encontraba... turistas, acompañados de una joven, más bien alta, morena... En el Hall, además de mí se hallaban sentados unos criollos que servían algo así como de comparsa a un americano, parlanchín, con el típico deje de prepotencia en las intrascendentes tiradas de su discurso al que solamente uno de los nativos dominicanos, por saber algo de inglés, correspondía...

Estábamos en que llegan los dos turistas y la joven más bien alta, morena... y de espaldas los tres a nosotros por hallarse ya cumplimentado los requisitos de inscripción y registro en el Hotel, la joven ofrecía el escueto pero elocuentísimo y clamoroso panorama de su reverso: Cabeza oscura sin que la modalidad de peinado lo distinguiera de manera especial; chaqueta azul y falda encarnada que al nivel concedido y justo permitía la mostración rotunda, igualada y erguida de sus piernas en proporción modélica...

–“Wow, ¡Isn’t she nice?”– dijo el americano en lo que yo certifiqué como la única elocución vivencial y personalizada de toda su conversación... Sí, me dije yo, ya lo creo que es *nice*, muy, pero que muy *nice*!, y sin querer comencé a abrigar en las cárcavas de mi pecho ese sentimiento insolidario de los celos de todo y hacia todos. ¿Por qué esta preciosidad de animal tiene que estar con otros y no conmigo? Recibió una tregua el corazón mío al comprobar yo que los dos turistas subían solos y que ella se quedaba. Miró un poco a su alrededor y como no había mucho donde elegir se encaminó a sentarse al apartado del vestíbulo donde estaban los sofás propiamente dichos. Se hizo un silencio con vibración eléctrica entre todos los hombres tan locuaces momentos antes; y en presencia de la joven, allí, a tres, cuatro metros... a menos de haber optado por un abordaje conversacional... poco quedaba por hacer, y así, acaso presididas sus conciencias por el inconcreto pero ubicuo factor del impotente “sour grapes” (No están maduras) de la fábula, volvieron a reintegrarse en su cháchara, alcanzando las cotas de comunicatividad y francachela que la llegada de la chica había rebajado minutos antes... Me dio suficiente tiempo a fijarme en ella. Vestía chaqueta azul y falda roja –como dije– además de camisa blanca, los tres matices de la enseña dominicana, y sus

piernas iban enfundadas en unas medias de color marrón espesito, más bien sobrias de textura. Me llamó la atención su boca amplísima, como una hucha dilatada de la que el labio inferior fuera su rodaja más pulposa y más prominente. Una salvajada lírica de boca... ¡wow!...

– Mire, yo..., bueno, lamento interferir de esta manera tan poco urbana,... y presentarme. Creo honradamente que... ya no estoy tan seguro... quiero decir que me parece que nos hemos visto antes...

Con esta tan socorrida y, no por menos cierta, humanitaria instrumentación, resulta que antes de que mi corazón y mi cabeza se hubieran puesto de acuerdo sobre a cuál de los dos le correspondiera en definitiva la ejecución de semejante instancia... ya estaba yo aproximado a la belleza del cuento... En ese primer tanteo azaroso se suele uno jugar el éxito o el derrumbe de la catedral de intenciones que hemos empezado a construir... Me miró, sonrió con levedad, lo suficiente como para que la hendidura de su boca cubriera cotas más y más expansivas, de forma que sus comisuras laterales amagaran un conato de sajadura de las mejillas... Uuufffhhh!... tremendo, aquello era tremendo. Haciendo de todo aquel intento un ejercicio combinado por establecer una cabeza de playa en las márgenes de esplendorosa humanidad que aquella criatura desplegabá, amalgamé mi discurso con mi acción, y ya me vi sentado, un poco más cerca de ella, aunque dejando entre nosotros un prudencial espacio o tierra de nadie. Aquella argamasa tenue, aquel pegamento afectivo de la palabra se iba consolidando... y ya mi alma se permitió el primer respiro, la primera toma de aliento antes de reanudar la incursión... No, parece ser que no; por los detalles que intercambiamos, no parece que hubiéramos coincidido antes. ¿Y qué? Pues, mejor: Así coincidíamos entonces, y por lo menos yo, al mismo tiempo,

aprovechaba para hacer de tal coincidencia un acto de perseverancia...

Esta mujer encarnaba una belleza taína, indiecita absolutamente clara, pelo cumplidamente negro sin llegar al azabache, y altura algo más que consuetudinaria para una ejemplar de tan elocuentes y correctas proporciones. Recuerdo que le percibí un dejo de melosidad al hablar, de pura bobería o arrastre edulcorado de las palabras..., pero como, al captarlo con más intención, me di cuenta de que era en ella tan natural como que un árbol dé el fruto que le corresponde, retiré en secreto ese inoportuno reparo que mi perfeccionismo discriminante había erigido. La miré otra vez en los labios y por los labios. En el superior lucía un estrechísimo y casi imperceptible ribete de pelusilla de bozo, que ensalzaba su atributo de morenía... Pero, sobre todo, el reducto de mis pensamientos, la cámara interna de mis impresiones se vio enganchada con densísima intensidad en el canalillo de arranque de sus senos. Las mansas y abundosas prominencias insinuadas bajo la camisa blanca llevaron a todo mi espíritu hecho carne un estrujón agónico de errabundo y propagador anhelo... Sí, el “cleavage” o comienzo de la hendidura o zanja de partición de su pecho me pareció una portentosa instancia de poesía hecha cuerpo, de cuerpo hecho alma...

Es ahora, al recrear y galvanizar por medio de la palabra aquella intensísima epifanía, y aún hacen acopio mi carcaj, mis cuévanos, mi bulto todo, de ámbitos expansivos, ensanchadores, donde acoplar semejante marejada, semejante maremoto de sensaciones que me advino con la plenitud de cercanía de aquella taína egregia... Le di mi tarjeta... “No se sabe nunca” — le dije, por decir algo. Ella me dijo llamarse Lourdes... y que trabajaba en el Hotel Garden de Bávaro. Sólo eso. Lo poco que faltar

podiera... lo puse yo. Calculé que Lourdes tendría entre 24 y 26 años... Unos minutos después llegó mi cita, y nos despedimos!

Debió de ser bastante a últimos de septiembre, un poco antes de irme yo a Granada, cuando se me despertó la urgencia de hacerle saber a Lourdes que era yo quien la había encontrado en aquel día pretérito de agosto, en el Hotel Continental de Santo Domingo, etc., etc. ¿Para qué incidir sobre ello? Las decisiones de los humanos están sujetas a golpes y contragolpes, acelerones y retrocesos, desvíos y centramientos... ¿Por qué no le pedí *entonces*, allí, la dirección completa, un teléfono, dos teléfonos, vaya, lo normal en estos casos? ¿Por qué, por qué? Inútil mortificarse con lo ya ido y volatilizado en el soplo innabarcable del acabamiento... Resulta que sólo tenía de ella un nombre de pila... y un sitio de trabajo... Pero había que tentar la suerte, y me puse a la mesa de juego con mi mejor concentración y mi mejor claridad mental. La escribí a ella... Lourdes, y como especificación, por si para algo sirviera, añadí “Azafata-Guía”, pues tal era el menester que su atuendo, cuando nos vimos en el Hotel Continental, parecía informarla. Así que la carta la dirigí a “Lourdes [Azafata-Guía], Hotel Garden. Bávaro Beach / Playa Bávaro. República Dominicana...

Pasado el primer trimestre lectivo, regresé de Granada a Alcalá de Henares el viernes 16 de diciembre, y confirmé que se había afianzado con visos de certeza la opción de quedarme en mi casa durante todo el tiempo de Navidades y relevo de Año: Así escribiría algo, por lo menos en lo que tocaba a terminar la viñeta sobre mis dos años canadienses de la U.W.O... Escribiría, sí, e indagaría si mis amigos, supuestamente interesados en dar salida a mi primer volumen de *Mujeres, lugares, fechas*... habían hecho algo o pensaban hacerlo [En la habitación 715 del Hotel Lina de Santo Domingo donde hoy, 30-12-1994, estoy escribiendo esto, suena en la radio la canción esa de Raphael...

“Amor mío, háblame... la lluvia del adiós moja tu cara...” y me cautiva la fuerza y la proyección de emocional lirismo que contiene dicha interpretación]. El día 20 de diciembre, lunes, al retirar el correo del cajetín en la portería, me asaltó lo inevitable, ese acerico de pinchazos y sucesión de turbulencias por la sangre. Ni siquiera leí nada: Vi un sobre marrón amarillento, de ese papel cartón sólido, sin remite, sólo con mi nombre, con unos sellos que, por ceguedad empática e intuitiva, asumí que eran de la República Dominicana. Pero lo más revelador fue un gracioso [sticker] o pegatina, con un motivo animal lúdico, un osito, en la parte izquierda de arriba del sobre. En un margen de la pegatina leí: “To: Sr. Ramos”; y en el otro, en el derecho, “From: Lourdes”, todo ello dentro de dos recuadros, rojo y verde...

No me atreví a abrir el sobre en el mostrador del portal como acostumbro, con el fin de proceder a un primer escrutinio de los papeles antes de subirme a mi piso el correo que me interesa. No, no me atreví. Recompuse mi ánimo, escruté la restante correspondencia, eché a la basura toda la publicidad comercial, y ya arriba, me sentí algo más preparado para destapar aquello que se me antojaba bomba emocional. Lourdes y yo nos habíamos llamado [de usted] durante todo el recortado ámbito de nuestro encuentro en el Hotel Continental. Excepto la ranura alongada y pulposa de su boca, de su belfo como un gajo de papaya; excepto la visión sostenida de su arquitectura erecta e impecable [que ya había trascendido a todos nosotros mientras ella, de espaldas, gestionaba la facturación y/o registro de los clientes de su empresa], excepto eso y el colorido azul y rojo y blanco de simbología patria... su rostro se me desdibujaba en patrones generalizados de belleza armónica, justo lo contrario de lo que me ocurría con otras mujeres que, menos agraciadas en su asunción de atributos considerados como de hermosura, ofrecían a mi memoria claves concretas de absoluta

fidelidad, en función de las cuales se dibujaban sus facciones en mi conciencia como si de una fotocopia se tratara. El perfil de Lourdes se me diluía de tan clásica, universal y clamorosamente como su conjunto se encofraba en parámetros armónicos...

En la estela ya de ese arranque de fortaleza que mi alma se dio maña a propiciar, abrí el sobre y saqué una vistosa postal grande, curiosamente con un trozo de paisaje de playa de Las Terrenas [Samaná] El texto: “Sr. Ramos: Fue una grata sorpresa el recibir su carta, y claro que sé de quién se trataba; cómo olvidar a alguien tan agradable! [aquí el corazón mío adquirió velocidades de meteorito]. Ahora estoy en EE.UU. pero regresaré el 21-11-94 a mi país. Tardé mucho en recibir la carta porque decía [Azafata-Guía[y yo soy Relaciones Públicas [vaya, hombre, qué fallo más tonto el mío]. Ya no importa [Pues claro que no, reina mía!]. Pero es mejor si me escribe a la siguiente dirección... [se omite aquí] P.S. No la pude enviar desde EE.UU [la postal, hube de entender]”.

Inflamado en instancias incontestables, asumí que todo aquello era una impresionante confabulación de los designios empozados en el más ineluctable de los arcanos; y pertrechado con la alianza de tal realidad, dejé que mi flujo pensante buscara el curso que más le conviniera... La sangre se me llenó de himnos inéditos, y el alma de las cosas, mi propia alma adquirió plenamente conciencia material, corpóreamente tangible... Como si mis resortes se hubieran visto espoleados por todas las motivaciones, por todos los alientos... el caso es que... me percibí erecto con una furia noble, con entrega de holocausto personal... A nadie quise involucrar... Mis demonios me habían señalado y escogido a mí... y se tenía que consumir el sacrificio. Me levanté dolorido, abrumado de hinchazón y de estallante semen... y pongo por testigo a cualquier cosa que a tan redentora función quisiera prestarse, pongo por testigo, digo, que lo convocado con

Lourdes fue un compacto en que el alma, el alma, y sólo el alma transida de cuerpo era la fuerza cósmica que espoleaba los pegajos de mi semen... Su boca... su boca..., lo supe desde esa primera y desquiciante vírgula de tiempo, ese chispazo instantáneo y pletórico... lo supe..., supe que yo tendría que morir ahogado, ahito de naufragio en aquella boca de siderales e irremediables proporciones... Sí, supe que su boca sería la fosa de mi perdición, y que en las mansas premuras de las turgencias de su pecho tendrían que estrellarse, y levantar el vuelo, y anidarse de nuevo los anhelos de absoluto de mi tacto y de mi comunicación, en busca de ese místico mortero que sacralizara para todos los mundos por venir la concavidad de las manos mías. Sí, supe que su pecho sería mi reencuentro de muerte y resurrección, o de resurrección y muerte, que tanto monta. ¡Oh, Lourdes, mi música, mi catedral taína, mi avanzada en el Caribe... si así lo quieres, olvida la penetración..., no la requiero para reflejarte y recrearte en el vastísimo dominio que mis ansias de inmortalidad perforan, como mi redención, como lo que ya eras... la imperiosa proa imantada de mi voluntad de ser, de realización... como lo que podrías ser... el curso paralelo de mi sangre, la sintonía sajada en reparto... la voz única, señera, que al decirme “ven” hiciera del mundo una cosa inservible por abandonable y descartable... y que todos los parecidos, equivalencias y equiparabilidades perdieran su sentido por incorporar tú... el proyecto y el origen de mi significado... desde que me morí en tu boca, desde que mensuré el cómputo de toda la existencia en tus senos... desde que tu boca, como una bufanda de aromas me arropó y me fecundó el aliento..., desde que tu pecho, tu boca, oh, tu boca, oh, tus senos... oh, tus senos, oh, tu boca...

Los años no pasan en balde. Aquel disparo de semen en altiva parábola de las masturbaciones de los veinte años no tenía

posibilidades ahora. Sentí la muerte y la resurrección infinitas..., que si multiplicado o dividido por infinito sigue siendo eso... algo muy, muy grande... y en el golpe de flujo sopesado y chorreante de alma le entregué la vida libre y conscientemente a Lourdes, por un acto positivo de mi voluntad, y resucité con ella, también con ella...

El trasiego que mantuvo mi cerebro todo aquel lunes no es para escrito sino para vivido o para sempiternamente evitado... No se lo deseo ni a mi peor enemigo; hay fronteras para la estética y asimismo para la vesania... Hice como que no entendía nada de la postal de Lourdes. Anduve errabundo por mi piso, saboreando la herida descubierta y viva de la indecisión, y del tener que decidir... Dos días después, miércoles 21, me acerqué a Viajes Halcón y reservé billete, pues... para el día siguiente, jueves 22. Acto seguido le escribí a Lourdes marcando, por puro ejercicio retórico, los aspectos temporales de la producción de los hechos: “*Antesdeayer* [*antier*, en dominicano] recibí su carta, *hoy* he reservado billete y *mañana* espero estar volando a Santo Domingo”. Ya dije que Lourdes y yo nos llamamos [de Usted[en las dos únicas instancias comunicativas con que hasta entonces habíamos saldado nuestro coincidir: la personal de Santo Domingo; y la epistolar de mi carta y su postal. Ella acaso lo hiciera por un convencimiento natural, por el rodaje de deferencia que su actividad de [Relaciones Públicas[le había comportado. Lo mío era más intencionalmente intelectual, más dialécticamente estético... El [Usted[alejaba de la contigüidad consuetudinaria del mundo de la referencia aquello que el vaho candente del corazón mío se desvelaba por acercar. Y en este menester de alejamiento áulico y acercamiento emocional Lourdes desplegaba todo su mágico poder de convocatoria a mis empatías y a mis entropías sensoriales... Me agasajaba mi ego estético llamar “de Vd.” a Lourdes, el salto a la

ribera del tuteo siempre estaba ahí, al lado, disponible; pero no lo contrario...

Así que, como digo, la escribí una carta, y en cierto modo (quiero decir, tan incierto, que nunca supe establecer ni sus límites ni su condición) me tranquilicé del piélago de alfilerazos y sobresaltos que mi estado anterior de irresolución me había acarreado. Rematé apresuradamente las gestiones y actividades cuyo desarrollo me había anticipado expedir con toda la amplitud y acicalamiento que hubieren requerido durante mi estancia en Alcalá: Le dí un toque a Huerti sobre su [¿proyectada?] publicación de mis escritos. Dí un envite a mi correspondencia: la dejé lista hasta ese momento para contestarla con arreglo a motivos, países, frecuencia, temática, etc. Cursé mi orden de pedido de suscripciones de regalo a la *National Geographic Magazine*; me pasé por el Banco para fijar números y cuentas; le aboné al portero de nuestro inmueble el recibo extraordinario del próximo mes de agosto, además de entregarle la gratificación navideña... Adquirí en la farmacia colutorio y pasta dentífrica, además de asegurarme de que tenía jeringuillas desechables, de esas delgaditas, como para insulina, y que me vienen de perlas para mi vacuna... ¿Falta algo? Creo que nada...

El jueves 22 me hallaba en el vuelo IB 6601 de las 11:35 para Santo Domingo y destino final en Bogotá. Vuelo que, de origen, se vio lastrado por una espera de una hora justa, y que tuvimos que soportar dentro del avión, por la no comparecencia de dos viajeros cuyos equipajes sí estaban facturados... Bueno, la improbable pero siempre posible amenaza de atentado. En Santo Domingo me voy derecho al Hotel Lina, y resulta un acierto: El trato de los empleados, mucho más profesional que en el Continental; y además, por mi condición de miembro IAPA me acogen a una tarifa especial, razonablemente atractiva. Esa misma noche, aunque todavía sin el teléfono de Lourdes, pero ya

con su dirección completa en Santo Domingo, acierto después de varias tentativas a conectar con ella en su lugar de trabajo: Hotel Jardín / Garden Hotel del Bávaro Beach Resort. La entrada telefónica resulta que no aparece bajo Bávaro, ni bajo Garden/Jardín, ni bajo Beach/Playa, ni bajo Hotel, seguido, mezclado, antecedido o combinado con ninguno de los anteriores términos..., o por lo menos yo no acerté a detectarlo en las Guías... Dio igual. El servicio telefónico del Lina me lo resolvió de inmediato, entre otras cosas porque ambos Hoteles pertenecen a la cadena Barceló...

Pero el caso es que ya estoy hablando con Lourdes. Su voz, como untuosamente retenida, con un punto levísimo de guturalidad arrastrada, me venció y me convenció. Estaba yo bajo el maléfico y leviatánico efecto de las *catorce* horas de viaje [A ver: me levanté a las 08:30 am; el avión despegó a las 12:30 pm; duración del vuelo: ocho horas; llegada, trámites, traslado, acople, etc. Total: *catorce* horas desde que salí de la cama de mi casa hasta que, también sentado en una de las camas de mi habitación del Hotel Lina, estoy hablando con Lourdes, primero y principal y único tema de mi viaje a la República Dominicana]. Pero a pesar del mazazo de síndrome general que tengo en la cabeza y en las articulaciones, la conversación entre nosotros rebosa sustancia informativa... Desde mi catapulta de intencionalidades, o sea, de verla a ella, a Lourdes, el asunto se centra en los *cuándo* y en los *cómo*... Ah, sí, estupendo: existe una línea especial Bávaro Sun Flight [más tarde descubriría que dicha empresa opera una Agencia aquí mismo, en el Hotel Lina] que vuela a diario, salida a las 07:00 am. de Santo Domingo y regreso a las 18:00 pm, de Punta Cana... ¡Uuuuyyy... perfecto... sí, muy bien. ¿U.S. \$ 45.- sólo cada viaje; es decir, \$ U.S. 90.- ida y vuelta? Parece buen precio... Veremos. Sí, está bien. Si acaso [conforme hablaba se me iban organizando las secuencias

espacio-temporales...], si acaso, las 07:00 am. fuera demasiado temprano... [tendría que levantarme a las 06:00 am. o antes... ir al aeropuerto Herrera]... ¡Ah, ¿también desde Las Américas...? Bueno... sí. Digo que si acaso prefiriera no madrugar... yo iría a una hora prudencial de la mañana al Herrera, y me arreglaría...

Y claro que me arreglé. Hice lo que tenía que hacer. Lo demás hubiera distorsionado la marcha natural de las cosas. A las 18:00 pm. locales de Santo Domingo tenía yo las 23:00 pm. de España... y estaba con dolor de pesantez de conciencia, y reventado. No había comido casi nada en el avión, ni tenía ganas de comer ahora; así que, el desayuno del día siguiente en el Hotel sería el primer repuesto... Comenzar una jornada crítica con la tiranía de una hora fija... y la tensión añadida de todo lo demás... no venía a cuento. Además, regresar a las 18:00 pm, por muy risueñamente optimista que me representara yo mi encuentro con Lourdes..., no podía olvidar que ella estaba trabajando, y yo probablemente hubiera estado dando tumbos una enormidad de horas, etc., etc. En vista de todo lo cual — vine a decir como colofón a todos los *resultandos* y *considerandos* — me iría cuando me lo pidiera el cuerpo.

Y así fue. El viernes, sí, 23 de diciembre, me levanté, desayuné, eché en la bolsa de seda gafas de leer, de sol, bañador, shorts, perborato, barra/fármaco anti-picaduras, gorro de tela, etc. y me fui al aeropuerto Herrera. Allí los de Bávaro Sun Flights [que, por cierto, me puntualizaron que el vuelo matinal no salía a las 07:00 am. sino a las 07:30 am. bueno, media horita más tarde, algo es algo, pero aun así inservible para mis fines] me recondujeron a Caribair, otra empresita. Fácil todo: pago en efectivo, ida y vuelta a Punta Cana, una hora de espera incluida en el viaje, y ₡ 100.- por cada hora más de espera adicional, y avioneta y piloto, disponibles, allí mismo. De momento, los \$ U.S. 200.- traducidos a ₡. 2,570.- lo arreglan todo. La avioneta,

tipo Hawk, para dos tripulantes y dos pasajeros, el típico juguete maniobrero y práctico. Nos llevamos con nosotros al Sr. Jefe del aeropuerto de Punta Cana, Coronel don Cruz Jáquez...

Con menos de doscientos metros de carrerilla o “carreteo” despegan estos aparatitos. Volamos por encima del mar hasta alcanzar el trocito de tierra a modo de península en que se acomoda el primer aeropuerto del país, Las Américas. Félix, el piloto, aclara que la zona residencial del Presidente de la República es espacio restringido y no se puede sobrevolar. Los cuadrángulos verdes de las plantaciones de caña de azúcar son impresionantes. Otros, de menor volumen en su empuje hacia arriba, parecen cultivos de piña. Bastante verdecito todo. El caso es que este país, bien organizado y administrado... bueno, ya me he puesto a pensar tonterías. De todas formas..., termino de decir que... este país podría sostener a cinco millones de habitantes con holgura; pero con las sub-instituciones y la sub-cultura que aquí reina..., ni ocho, ni siete, ni cinco..., ni nada. San Pedro de Macorís aparece seccionada por el estuario del río... “¿Cómo se llama ese río, Félix?” [Félix, aunque contesta, no sabe]. La avionetilla, con el ruido estrepitoso que le presta su único motor y su velocidad de crucero de unos 200 kms/h., a partir de San Pedro de Macorís se adentra un poco más ya por encima de tierra firme, para dejar La Romana a la derecha y poner rumbo a Higüey, a la que divisamos a la izquierda, destacándose por toda ella la Basílica o Catedral de Nuestra Señora de la Altagracia [Menciono yo aquí tanto a Félix como al Sr. Coronel la visita que hice al Señor Arzobispo, don Hugo Eduardo Polanco Brito, en dicha ocasión exclusivamente en su calidad de Presidente de la Academia Dominicana de la Historia]. Unos quince minutos más tarde distinguimos la extensión pelada y plana del aeropuerto... pomposamente enunciado como [internacional] . El Sr. Coronel Jáquez nos precisa que la pista, única pista para

todos los efectos, mide 2,800.- metros, longitud que la capacita para permitir el aterrizaje y despegue hasta de los más voluminosos Jumbos, si bien, propiciado todo por la ausencia de elevaciones montañosas que hacen de la aproximación aérea un ejercicio plenamente asequible. Las edificaciones, o si se quiere, el terminal de pasajeros propiamente dicho, es lo más rústico y al tiempo ecológicamente ambientado y funcional que se pueda imaginar uno. Dependencias de aspecto campestre, divididas las estancias por biombos o paredes livianas como de caña o bambú, y con letreros por encima, colgando, “Aduana”, “Salida”... y cosas así. En otra zona habitable, vecina, a unos 100 metros, la cantina, cafetería y restaurante, todo junto. Es perfecto: Aquí no hay nada de nada excepto la pista de *tarmac*, las facilidades de acogida tanto humanitaria como administrativa y... a pastar hasta el momento del regreso!

Me despido del Sr. Coronel y salgo a la glorieta donde los taxistas se agolpan en busca de clientes. Menos mal que están organizados, y que el hecho de elegir uno... y de que a uno le elijan, no produce disensiones visibles... ¡A ver, ahí están los precios de la carrera a las distintas playas.. ¡Precios caros, excesivamente caros para este vice-país! Los 24 kms. al Hotel Garden... [por un momento se me había centrifugado del relato, con tanto detalle adventicio de medios para un fin, que yo iba al Hotel Garden, en la Playa Bávaro, donde el Norte de todos mis afanes, el fanal de todos mis oteamientos, la singladura de compendio de toda mi imaginería de nauta... Lourdes, en una palabra, estaba allí]... a ver, sí, al Hotel Garden... 24 kms. ₡. 250.- y otros ₡ 250.- de vuelta. Muy caro. Lo único aceptable del asunto era su inevitable concatenación. El taxista que lleva allí a alguien se tiene que volver solo. El cliente puede apretarle en el sentido de que... o se vuelve solo, teóricamente sin ganar ya nada más; o si quiere devolver el cliente al aeropuerto, que lo haga por

menos de los ₡. 250.- etc., etc., porque para pagar la misma cantidad por la vuelta el pasajero siempre tiene todo el tiempo del mundo [Bueno, no tanto, tratándose de parajes aislados, y sobre todo, si hay que estar con hora...]. El caso es que el taxista, José, de madre francesa y padre español, curtido y asendereado, comprendió lo simple e incontestable de mi razonamiento, y la potencial y velada represalia de, aun con todos los riesgos, agenciármelas sólo para el viaje de vuelta; y finalmente quedamos en que, una cosa por otra, él me esperaría allí... una hora, dos horas..., es decir, lo que hiciera falta, para traerme de regreso al aeropuerto de Punta Cana, tiempo que nunca sobrepasaría la hora y media, ya que Félix y yo habíamos concertado dos horas de espera de la avioneta...

En eso quedamos, y todos tan contentos. José tiene un buen coche americano, algo antiguo pero limpio y espacioso. El recorrido de los 24 kms. es el esperado. Apenas uno o dos vehículos por la carretera. Es lo típico. El saco del aeropuerto donde van a parar los cangilones y cangilones de turistas... Avión... Descarga... Autobuses de las distintas agencias esperando, recogiendo y distribuyendo a los veraneantes en los respectivos complejos y playas... y así todo el tiempo. Poquísimos coches particulares. Precioso, supongo, para los demás; adecuado para parejas, pero no para un lobo desglosado de toda otra referencia, de todo contorno, de toda comunicación. Así me lo contaba la mallorquina, aquella señora, compañera de avión [rescataré su nombre en casa, en España], de temperamento basculable y comunicable, animosa, romántica... La entendí; claro que la entendí. En una charla telefónica que celebramos y en las sendas cartas que nos escribimos, alcanzamos, de común sensibilidad, el símil de las granjas de engorde intensivo para las reses, para los cerdos [con perdón], y para las aves, con este patrón de turismo: En ambos casos se

reduce drásticamente el espectro pluridimensional de uno y otro asunto, en persecución del fin simplificado: Engorde, de un lado; y relajación abusiva y rayana en el nihilismo, de otro [Bueno, y a mí ¿qué?]. Los carteles se suceden... [Cabo Engaño] , [Cabeza de Toro] y por fin el Complejo Bávaro, [Hotel Casino Bávaro] , [Aparthotel Golf Bávaro] , [Hotel Jardín Bávaro] ... éste es, aquí es. Remesas de flujo furioso hasta las sienas, golpeando inmisericordemente todos los parámetros de mí... míos, de mi sustentación. El acceso, típico de los parajes de trópico sin escatimaciones de espacio. El taxi rueda alrededor de una glorieta hasta colocarse frente a unos escalones que abren a una estancia techada, amplísima, con diferentes mostradores, dependencias... áreas de comunicación a otras áreas y a otras zonas...

Se han tardado 25 minutos justos, así que me quedan una hora y tres cuartos máximo para volverme a encontrar con Félix, el piloto, en el aeropuerto de Punta Cana. Inútil atormentarme ahora por mi íntimo e imperioso deseo de haber traído a Lourdes un ramo de rosas mundial, de diez o doce docenas. Comprarlos en Santo Domingo hubiera significado un retraso decisivo, y el tremendo engorro de llevarlo a Herrera en taxi; del taxi a la avioneta, paseándolo por las dependencias administrativas... En la avioneta, con el pasajero añadido, coronel Cruz Jáquez, la cosa hubiera revestido su consiguiente complicación... Una vez en Punta Cana, claro que el problema hubiese estado resuelto.. Pero se trataba de una de esas circunstancias insalvables. Y en Bávaro, pensaba yo ¿habría flores? No, no había. Como típico mercado de turismo en su estadio final, allí no se vendían más que los productos de mantenimiento del turista ya llegado, ya asentado en el ambiente monocolor..., pero nada más. Las flores, me aseguraba José, venían de Higüey, ya compradas allí, pero no para vender en Bávaro. ¿Que si quería ir a Higüey a comprarlas?

Vaya, hombre, no hay cosa que más me joda que esas proposiciones tantalizantes cuando no las puedo realizar. Con tiempo sobrado hubiéramos recorrido los 90 kms. entre ida y vuelta, y llenado a rebosar de rosas el coche, para pasmo del personal. Pero lo que no puede ser... no puede ser; y además, y por si fuera poco, es imposible. José, con el muy ligero temor de perder el viaje de regreso, me dice que a qué hora me viene a recoger... a la que sea... que él se va a dar una vuelta... Sí, dentro de una hora y cuarto, en punto...

Música de charanga ambiental, merengue en lontananza, figuras, siluetas de bañistas cruzando, sajando los espacios poblados de plantas. Algunas parejas senescentes, con la educación y compostura acrisoladas en su rostro... Subo los peldaños hacia la glorieta cubierta. Miro, y al primer stand asistido, [manned], me acerco y pregunto... ¿Que dónde está el escritorio de Relaciones Públicas? Allí, allí mismo, enfrente, un poco a la izquierda... Yo debía de ir algo con el pelo desordenado, por efecto de la ventilación en el taxi... Me fui acercando, acercando... Una joven, blusa blanca, falda roja..., pelo negro, se inclinaba ante el escritorio y escribía mientras sujetaba el teléfono y lo aplicaba a una de sus sienas... Era directamente Lourdes. Me reconoció ella a mí antes que yo a ella. No sé, me pareció que desde la vez de agosto su pelo había experimentado un combazo, un desplazamiento leve pero perceptible a uno de sus lados... y que en agosto lo lucía centrado, liso, repartido por igual... Bueno, yo qué sé!

Hablamos de obviedades, de nuestro primer encuentro; de mi carta [le había gustado la descripción que, según parece, hacía yo de ella]; de su contestación [yo había traído la postal pero la dejé en Santo Domingo]; de los vuelos a y desde Punta Cana; del trabajo; del turismo; de su inglés [lo había aprendido mayormente, por no decir que en exclusiva, en Santo Domingo,

con independencia de los viajes que hiciera a los EE.UU. en nombre de su empresa, etc.]; de mi amiga, la señora mallorquina, y de lo que pensaba sobre este tipo de turismo; de lo mal que me encontraba yo el día de mi llegada..., y de lo peregrino y fácil al mismo tiempo que me resultó dar con ella [sí, Lourdes se encontraba en la cafetería cuando su compañera contestó el teléfono y la avisó... sí, ese complejo turístico consta de varios hoteles y el *switch-board* o centralita opera para el conjunto]...; de que ella iba a intentar por todos los medios que le concedieran un par de días de permiso y que nos veríamos en Santo Domingo [yo escrutaba el destino]...

Lourdes hablaba conmigo y seguía con su trabajo: un recado por aquí; un encargo por allá; un telefonazo por todas partes. Yo volví a certificar que era un verdadero chasis de belleza taína, y si ahora la oclusión de recato profesional de su blusa blanca por arriba impedía divisar el canalillo o [cleavage] , lo que sí pude distinguir fue un sujetador negro que, como un doble tazón convexo de azabache, resaltaba la formidable opulencia de su pecho en partición [Estoy escribiendo esto hoy, ahora, a las 11:15 am. del día 2-1-95 en mi habitación 715 del Hotel Lina, y mis vísceras están de nuevo recreando el punzazo desalentador del vértigo..., y el empuje de mis secreciones internas ha puesto enhiesta, dolorosamente erguida, el asta de mi vientre, el mango de mis ingles...]. Le hice entrega de los regalos que le había adquirido en mi vuelo IB 6601: un collar de majóricas, y un reloj Maurice Lacroix. La verdad, la escueta verdad es que me hubiera gustado llevarle algo definitivamente revelador, últimamente único... como... no sé... yo no entiendo mucho, yo no entiendo nada de eso... Algo que me hubiera costado mil o dos mil dólares... digo yo, por decir algo. Con todo, le agradaron mis regalos, añadiendo que el reloj le venía bien porque el suyo se le había cascado [aunque

clásica, buena explicación]; y que el collar le iría... de perlas [la expresión es mía, suyo es el sentido] con un vestido así y asao. Pues qué bien!

Pero el cenacho del tiempo con sus fauces siempre abiertas, siempre inmóviles y dispuestas a tragarse todo, nos había consumido con su abrasión una hora y veinte minutos de vida...

— “Es increíble... Si parece que hemos empezado a hablar hace un momento” —, dijo Lourdes [José ya estaba allí esperando]. Si a mi llegada la besé y estreché las manos a Lourdes, ahora prolongué mi zalema de retener y besar sus manos, con un beso en la carne frutal y tierna de sus mejillas, en un proyecto de contigüidad, de, siquiera, acercamiento pensado e imposible de nuestras comisuras.

El viaje de regreso al aeropuerto de Punta Cana, bien. Le di sus ₡ 500.- a José y el hombre echó el día con creces. De todas formas el tema de las tarifas de los taxis desde Punta Cana a las playas vecinas merece una revisión. ¿Quién puede saberlo? Acaso en una ocasión próxima me vea propiciado a ir allí de nuevo, en vista de que la mayoría de la nubilidad femenina dominicana vistosa y deseable se ocupa en Bávaro, haciendo del nombrecito una apostilla o estribillo de referencia algo impertinente por inevitable... [¿Puedo hablar con fulanita? ¿Está en casa? No, está en Bávaro...]

Entre Higüey y San Pedro de Macorís, me decía Félix que siempre hay turbulencias, y el avioncito trepidaba y avanzaba como a regañadientes... pero avanzaba. Ya dije (¿lo dije?) que el vuelo en cada sentido duraba un poco más de una hora. Estas maquinitas se desplazan a la misma velocidad que lo podría hacer un coche potente en una autopista segura... Sí, tenemos viento de cara, y otro de presagios comienza a alzarse por mi alma... No sé, no se sabe nunca... Se ignora la evidencia y se sabe lo que aún no se ha decantado en suceso firme... El caso es

que Lourdes y yo hemos proyectado un viaje en avioneta por los parajes que ella y yo deseamos ver del país. ¿Intentarlo con el pico Duarte? Me encantaría. Ya probé una vez, sin éxito... Acaso también sobrevolar el nuevo aeropuerto de Barahona... y también el Parque Nacional Los Haitises, debajo de la pestaña de Samaná, etc. etc... Los planes bellos y pujantes se truncaban, enzarzados en esa siniestra cortina de presagios, siendo el principal y mayor de todos, por ejemplo, que yo había comenzado ya a morir en el abismo bimembre de la boca de Lourdes, y que los senos de Lourdes significarían las cimas y las simas [buen distingo para los del seseo] de mi redención, de mis ansias agónicas por salvarme... Recordaba su voz de ingenua, casi imperceptible guturalidad... con algún levísimo tropiezo, como provocado, en su elocución..., su conato de carcajada como mejor y más elocuente respuesta a cualquier decir mío en clave de fruslería, de banalidad...

Hemos llegado a Herrera. Pago otros ₡ 100.- más por la hora extra de espera, engancho un taxi en la calle y me planto en el Lina. Yo me sentía vivir sólo por y para Lourdes, y qué gozo dedicarle mi ser y mi estar, todos los matices verbales en los que pudieran alojarse las virtualidades activas y pasivas... Ese día era viernes. Lourdes probablemente vendría al día siguiente; o si no, casi con total seguridad el domingo...

Santo Domingo-Alcalá de Henares-Granada
Diciembre 1994-enero 1995

CIERRE

Este viaje a la República Dominicana de diciembre 1994 - enero 1995 acabado de reseñar, tanto en su versión expansiva como en una más monográfica dedicada a su heroína principal Lourdes, sí sería, por fin y después de tantos amagos, el definitivamente, el improrrogablemente último que acometiera yo no sólo a la Isla Española sino a cualquier otro destino extranjero, con la única excepción de mi visita de dos días en febrero de 1998 a la ciudad escocesa de Aberdeen. Se imponía el momento de cierre, la fase de realizar mediante la palabra escrita todo lo vivido y visto, y sufrido y glorificado; de recoger las velas desplegadas en tantos años de aventura y exponerlas cuidadosamente, preservadas y ennoblecidas, en el pabellón de la literatura. Se trataba de acertar, de hacer que ambos cabos, el de la materia transformable en *logos* y el de mi disposición para llevar a término semejante reto, se encontraran, si no plenamente, en absoluta y concorde coincidencia, sí al menos en contigüidad, siquiera de perfil. Viajar más de lo que mi voluntad expresiva pudiera hacerse cargo habría sido un acto de desmesura estéril; al tiempo que haberme auto-constreñido hubiera significado un desperdicio de posibilidades. Un poco como el juego de las "siete y media" que incorpora la existencia de cada uno de nosotros.

Mi contacto postrero, epistolar, con el elemento femenino de la República Dominicana se produjo como sigue: Elka, la amiga de Yéssica (quien por cierto alternaba este nombre con el más casero de Anny) me escribe en abril de 1995 y me informa de que Anny está en Alemania (Dortmund), y que, por favor, la llame al número que asimismo me facilita. Contesto la carta de Elka escrupulosamente con otras dos más, de abril y junio respectivamente, y el asunto o tema que hubiera tenido a bien

participarme queda cumplimentado con creces por lo que a mí se refiere. El cinco de octubre (siempre de 1995) recibo una carta y una postal de Anny, desde Alemania, pensada como recordatorio y felicitación por mi cumpleaños de 29 de septiembre. La textualidad de lo que me dice es, por enternecedoramente elogioso y enaltecedor hacia mi persona, irreproducible en estas páginas: sería como quebrantar todos los votos sagrados y profanos y todos los compromisos tanto éticos como estéticos. Lo que sí es reproducible y oportuno es mi carta de seis de octubre a Anny. Aquí va a continuación. Ella significa el epílogo total. Los trece años y medio transcurridos desde entonces hasta un rato cualquiera de un día de marzo de 2009 en que redacto esta nota han estado envueltos en silencio; ellos mismos *han sido* silencio. Tal vez sea cierto eso de que "el hombre es una pasión inútil".

Hotel Casablanca
Frailes, 5
18005 - Granada, España

Granada 6 de octubre 1995

Querida Anny: Ha sido una enorme sorpresa tener carta tuya. La recibí ayer, sólo tardó cuatro días en llegar. Gracias por referirla, sobre todo, a mi cumpleaños, 29 septiembre, día de San Miguel, y por la preciosa postal. Yo estoy en Granada desde el 19 de septiembre también, y el Hotel Casablanca sigue siendo mi alojamiento. La Universidad, bien, normal, como siempre. Probablemente hasta Navidades no regrese a Alcalá, ya que buena parte de la carretera está de arreglos y el viaje se hace algo molesto.

Efectivamente, en marzo o tal vez abril tuve comunicación de Elka, muy amable y simpática, diciéndome que estabas en Alemania (!!!) y que te llamase yo allí. Me quedé sorprendidísimo, preguntándome qué es lo que te habría hecho ir a Alemania, ya que de todos los sitios del mundo nunca se me habría ocurrido pensar que en Alemania se te hubiera perdido algo. Pero Elka no pudo, supo, o quiso darme más explicaciones. Yo respeté por completo su discreción. Solamente me dio tu número de teléfono, y la recomendación de llamarte. Como desde Granada me es muy difícil e incómodo telefonar al extranjero, esperé a estar en Alcalá en el mes de junio, y desde allí sí que te llamé a Alemania, no una sino dos veces. La Sra. Lope, amabilísima y expresiva, me lo contó todo, y yo me llevé una tremenda alegría. En realidad, pensaba que ya estarías casada, esperando algún bebé, porque según me pareció entender, estabas pendiente de recibir algunos papeles para formalizar la boda. La primera vez que te llamé estabas durmiendo, y no consentí que te despertaran. La segunda (aunque te llamé cuando 'tu suegra' me dijo) resulta que te

habías acabado de marchar con tu prometido a una fiesta. La verdad es que, después de saber lo que ya sabía, lo único que hubiera hecho habría sido saludarte, decirte 'hola' y felicitarte directamente por el curso de los acontecimientos que me parecían providenciales y maravillosos. Lo de que habías enfermado del aparato respiratorio, no recuerdo que me lo dijera en absoluto; o acaso eso te ocurrió después. Si ahora regresas a la RD, ¿quiere decir ello que te casas; que ya te has casado; o que no te casas? Bueno: ya me contarás o ya acabaré yo enterándome. ¿Has aprendido alemán? ¿Has trabajado y ganado dinero?

Yo, este verano ha sido el primero en muchos, muchos años que no he viajado al extranjero: Estaba harto, ahito, exhausto, empachado de aviones, colas, gentes, esperas, retrasos, etc., etc. Me he quedado todo el verano en Alcalá escribiendo y descansando. Por supuesto que estuve a punto de coger un avión y marcharme a Sto. Domingo; pero sabiendo que no estabas, mi viaje perdía buena parte de su sentido, aunque hubiera pasado a ver a tu madre, a los Bencosme, y a alguna otra amistad antigua de las muchas que tengo (Pareja, Vargas, Vásquez, etc.). Bien, como digo, espero que todo te resulte bien. Paso tus recuerdos a mi familia que siempre te mandan los suyos. Besitos y abrazos

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Marisa; Cordelia; Cecilia; Yéssica; Vilma: Santo Domingo (República Dominicana) febrero 17-28, 1992	1
Facelis; Griselda; Jeanette; Marisa; Elena Clara; Vilma; Evelyn : Santo Domingo (República Dominicana), 18-30 de junio 1992	12
Hon; Mu; Saipin; Noi; Daa (Bangkok, Thailandia). Myra; Jasmine; Leivy; Myrna; Itel (Cebú, Filipinas). Gloria; Lourdes; Lynn; Rosario (Manila, Filipinas). Eli; Ariyani; Purnama; Elbi; Merci; Roy; Gina (Jakarta, Indonesia), julio-agosto 1992	20
Yéssica; María Magdalena; Polonia; Carmen; Vilma; Cordelia; Griselda: Santo Domingo (República Dominicana) 25 agosto - 7 septiembre 1992	110
Jampá; Saipin; Inn; Chompú; Nong; Pong; Tiap (Bangkok, Thailandia). Janice (Cebú, Filipinas). Sonemaly; Phathana; Tuy; buscadoras de oro, anónimas; Nang Sounthone; Nang Sensouphone; Bou-Achine (Luang Prabang; Vientiane, Laos) 25 diciembre 1992 - 13 enero 1993	120
Elena Clara; Vilma; Cordelia; Damaris; Aida; Olga; Vivien : Santo Domingo (República Dominicana) 11-20 febrero 1993	171
Tuddá; Bi; Nong; Nang; Prao; Neng; Am; Daa (Bangkok, Thailandia). Divina; Joy (Cebú, Filipinas).	

Maridel (Manila, Filipinas). Yun Suk (Seoul, Korea del Sur), junio-julio 1993	183
Vilma; Damira: Santo Domingo (República Dominicana), agosto - 1993	251
Goyita; Magdalena : Santo Domingo (República Dominicana) diciembre 1993-enero 1994	258
Goyita; Magdalena; Vilma; Divina; Yéssica; Lodys: Santo Domingo (República Dominicana) agosto 1994 .	280
Rosana; Lourdes; Vilma; Yéssica; Yajail; Magdalena; Lodys : Santo Domingo (República Dominicana), 22 diciembre 1994 - 3 enero 1995	296
Lourdes : Santo Domingo (República Dominicana) 1994	326
Cierre	352 346